

D. Navarro

PENAL DE INOCENTES

Domingo Navarro Barrera nació en Ciudad Real en 1946. Desde los cinco años pasó su infancia en un internado que daba albergue a niños huérfanos y pobres en tiempos de la posguerra, primero en un asilo de monjas y después en un hogar salesiano, donde adquirió los estudios primarios y el oficio de encuadernador. A los 19 años, tras corta estancia en Madrid, decidió emigrar a Alemania, país en el que aún reside.



"Penal de Inocentes" es una autobiografía basada en la vida en un «Hogar Provincial» -antiguo hospicio- en tiempos de la dictadura franquista: una verdadera odisea en la que el autor nos describe, de forma viva y penetrante, una serie de circunstancias y acontecimientos nada corrientes en una sociedad aparentemente civilizada.

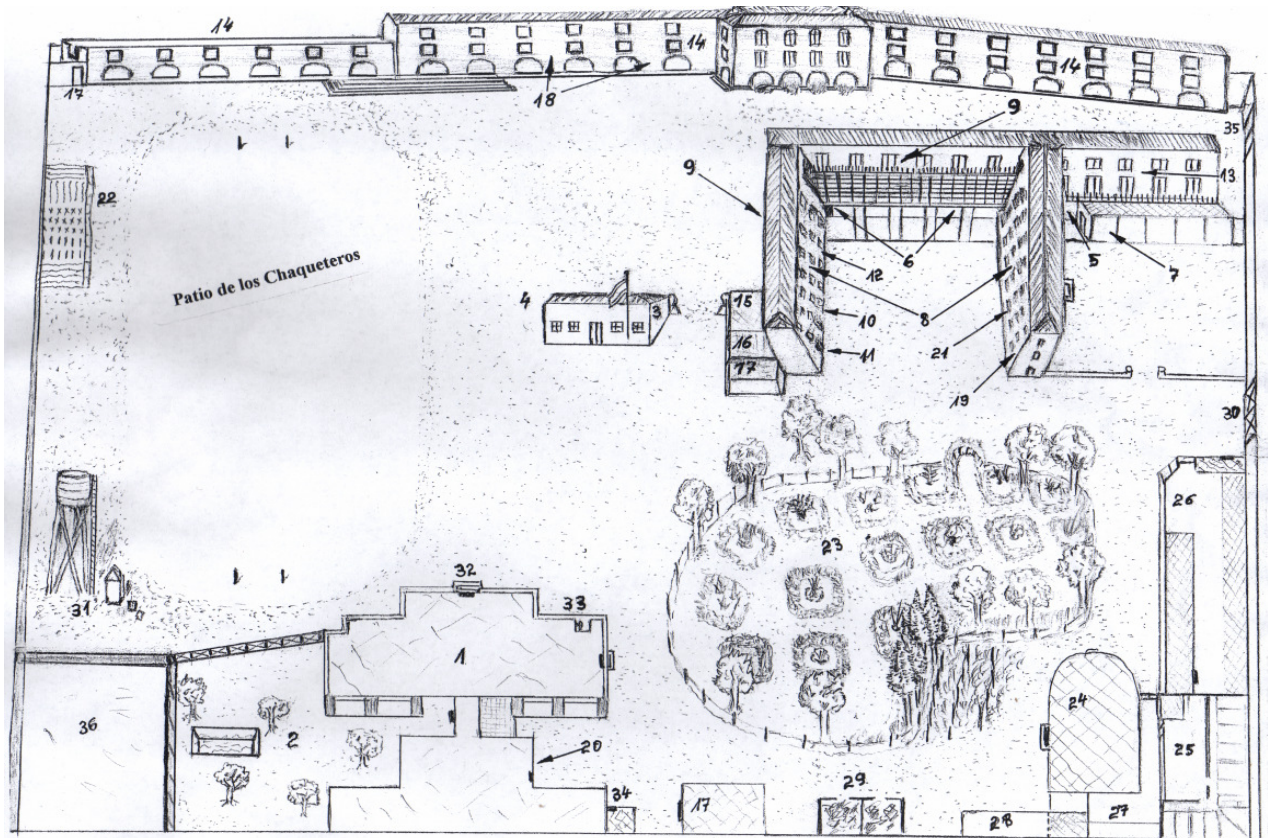
Escritor autodidacta, Domingo Navarro relata sus memorias en un estilo literario, si bien sencillo, muy filosófico y de ricas y emotivas ideas, aspectos estos muy destacables en su anterior obra *"Nostalgia de un Pueblo"* (Zambon Iberoamericana, 2001).

Quisiera expresar por medio de estas líneas un especial agradecimiento a mi amigo y compañero Artur Henke, que siempre infundió en la idea de escribir este libro, una fuerte estimulación de ánimo y entusiasmo.

Los nombres y apellidos que aparecen en esta historia de la vida real, menos el del autor, han sido escogidos libremente y son adversos por completo al de los verdaderos protagonistas y al de los que de cerca la vivieron. Solo los mote, –allí donde existen– y algún que otro rasgo característico y personal, han permanecido inalterables por no suponerlos una señal de identificación.

Situación del Hogar Provincial (Antiguo Hospicio) en el año 1954

- | | |
|---|---------------------------------|
| 1 Casa Cuna y Maternidad | 19 Despensa |
| 2 Patio de los Cuneros | 20 Cocina Principal |
| 3 Academia de Música (en reparación) | 21 Cocina Vieja |
| 4 Zapatería y Sasttrería | 22 Huerta de Octavio |
| 5 Imprenta | 23 Jardín |
| 6 Iglesia | 24 Lavaderos |
| 7 Academia de Música (provisionalmente) | 25 Guarreras |
| 8 Departamentos de las monjas | 26 Panadería |
| 9 Dormitorios | 27 Conejeras |
| 10 Barbería | 28 Gallinero |
| 11 Escuela (provisionalmente) | 29 Basurero |
| 12 Comedor | 30 Puerta Falsa Principal |
| 13 Departamentos de las chicas | 31 Depósito de Agua y Argibe |
| 14 Obra | 32 Puerta de la Casa Cuna |
| 15 Wáteres | 33 Grifo de Agua |
| 16 Cuarto de los Albañiles | 34 Cocinilla |
| 17 Cuarto de los Muertos (distintas épocas) | 35 Puerta Falsa |
| 18 Carpintería (provisionalmente) | 36 Mecánica (fuera del recinto) |



La verja, abierta de par en par, distaba pocos metros de la entrada al edificio. Pequeñas parcelas de tierra con flores y alguna que otra palmera embellecían a izquierda y derecha su fachada principal. En el centro, acoplada en un marco ovalado y decorada con perfiles salientes, una gran puerta mostraba tras fuertes barrotes de hierro un cristal grueso y opaco de gran cantidad de colores. A cada uno de los lados una pequeña ventanilla describían una perfecta simetría arquitectónica. Y a lo alto, con letras bien legibles y grabadas sobre un enorme rectángulo de azulejos, se leía esta frase: Maternidad y Casa Cuna.

Al cabo de unos segundos y después de haber sonado el timbre, la puerta se abrió, apareciendo una monja que hizo muestras de saludar y darnos la bienvenida. Por el espacio libre que ofrecía la abertura de la puerta se divisaba parte de una sala bastante amplia a la que pasamos una vez que mi madre me hubo bajado de sus brazos.

En el centro de la sala un pedestal de mármol sostenía un busto de bronce, custodiado a sus pies por un circuito de pequeñas columnas de hierro, unidas todas ellas por una maroma trenzada de color rojo. Alrededor, en forma exagonal, se encontraban otras puertas que debían de dar a algunas dependencias. Entre dos de estas comunicaciones sobresalía una hermosa chimenea en cuyo borde se alojaban gran cantidad de pequeñas figuras y otros objetos decorativos. Las demás paredes estaban adornadas con cuadros que mostraban figuras de santos, unas lamparillas que proveían de endeble luz a un Cristo Crucificado, y una hornacina, enclavada en el lado opuesto de la entrada y cuyo hueco daba cobijo a una imagen de la

Virgen. Lustrosas plantas, expuestas a gusto, embellecían los rincones y demás recodos de la estancia, en el que una mesa y unas sillas hacían de recibidor provisional, todo ello bajo unos reflejos de luz solar que se filtraban por la cristalera del techo y daban a todo su alcance una nítida claridad.

Pasaron unos minutos, cuando por una de aquellas puertas que lindaban alrededor apareció una señora muy alta y fuerte que con aire decidido se dirigió hacia nosotros. La monja intercambió con ella unas palabras, y acto seguido, mi madre, llena de emoción y con los ojos empapados en lágrimas, me tomó en vilo abrigándome en el más tierno y largo abrazo. Ambos llorábamos desafortadamente.

Seguidamente la señora alta me cogió de una mano, y bajo la mirada angustiada de mi madre, me llevó en dirección a la puerta por la que ella había llegado antes.

Sollozando, lleno de congoja y oponiendo la mayor resistencia en el caminar, seguía yo con la cabeza vuelta hacia mi madre hasta que cruzamos la sala. Al otro lado había una larga galería que comunicaba con un pasillo transversal y otros departamentos, con algunas ventanas en sus paredes por las que se colaba el sol.

–No llores... –decía la señora mientras tiraba de mí– aquí vas a estar muy bien; ya lo verás.

Según andábamos nos encontrábamos niños y niñas que, jugando, daban gritos y corrían de un lado para otro por los pasillos; otros, permanecían pasmados de curiosidad apoyados de espaldas a una y otra pared de la galería. Algunos de ellos empezaron a pregonar en aquellos momentos en voz alta y de forma canturreada:

–¡Ha venido un chico nuevo...! ¡ha venido un chico nuevo...!

Las voces de los que cantaban eran tan unísonas y el compás que llevaban tan rítmico y acompasado, que daba la sensación de que aquella situación se daba muy a menudo.

Al final de uno de los pasillos, frente a la entrada de un ascensor, pasamos a una sala donde nos encontramos con el resto de niños y niñas que allí vivían. En total deberían de ser unos treinta y cinco o cuarenta. En otra habitación contigua a esta había otros cuantos más jugando y la señora los

hechó inmediatamente fuera. Cuando nos quedamos solos cerró la puerta de éste último departamento y comenzó a desnudarme.

Aquel lugar hubo de ser un lavadero. Dos lavadoras antiguas, cuyos bombos transversales daban similitud a dos enormes barrigas con un orificio rectangular en el medio, yacían cada una a un lado de la estancia, en plena corrosión y llenas de polvo. Una de ellas aún tenía conectada la gran polea de transmisión, envuelta toda ella desde lo alto en una inmensa red de telarañas. A otro lado, justo al frente de la entrada, se encontraban dos pilones de piedra o cemento, uno de ellos con agua limpia, en el que me metió la señora una vez que estuve en cueros. Posteriormente me enjabonó, y cuando terminó de lavarme, me envolvió en una toalla diciendo:

–Ahora pareces otro.

Entretanto había dejado yo de llorar, tranquilizado tal vez por el trato cariñoso de que era objeto por aquella señora, a la que me hice inmediatamente como si de un familiar se tratara. Era altísima y corpulenta, al menos a mí me lo parecía, y creo que también bellísima.

Después, una vez que me hubo vestido con otras ropas a las que yo había traído, y pasado un peine sobre mi pelo, me dejó con los demás chicos y chicas, que casi todos se abalanzaron hacia mí y me abordaron con sus preguntas.

–¿Cómo te llamas?

–Domingo –les respondí.

–¿Cuántos años tienes?

–Cinco.

Todos ellos se mostraban muy curiosos. Unos eran mayores que yo y otros más pequeños. Aunque todos pertenecían a la «casa cuna», sin haber separación entre las edades y el sexo, formaban prácticamente tres grupos diferentes. Los más pequeñitos habían llegado hacía poco de «maternidad» donde vivieron hasta los tres años después de su nacimiento en la misma. Algunas de estas criaturas no sabían aún andar ni eran capaces de comer por si solos. Se movían a gatas, y para ir de un lado a otro eran ayudados por las niñeras, que más que cogerlos en vilo los llevaban casi a rastras; seguían haciéndose las necesidades en los pantalones; no sabían ni

siquiera como se llamaban, y a todo respondían con un «sa» o un «na», que era el si y el no de lo que le preguntaban. Entre estos primeros había uno, de tres años y medio a lo sumo, que denotaba una gran dificultad en el andar, pero que se movía de un lado a otro con un temperamento endiablado. La pierna derecha parecía tenerla más corta que la otra y bastante colgada, y a cada paso y brinco que daba se apoyaba en ella a la altura de la rodilla. Luego estaban los medianos, que comprendían una edad entre los cuatro a seis años, cuya situación era también muy atrasada. Por último quedaban los más mayores y que pronto abandonarían aquel lugar después de haber hecho la primera comunión, fijada a la edad de siete años aproximadamente. Tanto las niñas como los niños iban vestidos con un babero muy raído y lleno de remiendos que por su desgaste parecía haber sido de color azul y ahora lo era de un gris apagado apenas perceptible –el de ellas con una solapilla ondulada en el cuello de color blanco– y unas sencillas alpargatas de calzado.

Una vez que todos aquellos niños y niñas saciaron su curiosidad y me hubieron contemplado concienzudamente como a un ser extraño, se apartaron inmediatamente de mí. Al igual que si no hubiera ocurrido nada se entregaron de nuevo a sus juegos, que no consistían en otra cosa más que en entrar y salir de la habitación contigua donde la señora me había lavado, subirse a los bancos y a los poyetes de las ventanas para mirar hacia afuera, y corretear de un lado para otro dando vueltas continuamente y emitiendo gritos estridentes. Solo yo, permanecía aislado, sentado en uno de los bancos junto a un rincón, casi ausente de lo que acontecía a mi alrededor y acordándome de mi madre. En realidad no puedo definir con exactitud los pensamientos que entonces se plasmaban en mi mente. Era demasiado pequeño y mi experiencia muy corta para hacer juicio perfecto de las circunstancias que estaba viviendo. Solo sé que mi inocencia trataba de buscar una causa que justificara el por qué me encontraba en tal situación, y que era presa de un intenso estado de melancolía que embargaba terriblemente mi alma.

No sé tampoco el tiempo que me acompañó aquel intenso malestar hasta que conseguí acostumbrarme a estar en aquella casa. Debí desaparecer

inconscientemente, al tiempo que mi lucha en contra de tan oprimida situación iba perdiendo la fuerza y haciéndose monótona. Tal vez pasó un mes, quizás dos, pero la verdad fue que llegó un día en que me sentí igual que los demás niños que estaban allí de siempre. La auténtica causa de ello no se debió solo a la facultad que tiene el tiempo de borrar con su paso toda huella, sino quizás tanto más, a que aquella vida era bastante ajetreada y estaba llena de contrastes. No era tan sugestiva y apacible como la que yo había llevado antes de ingresar allí, en la que cuando no me encontraba en casa con mi madre y mi abuela, me encontraba con mis innumerables amigos jugando en la calle; pero eso sí: sus diversas obligaciones y quehaceres eran suficiente para que uno no estuviera siempre pendiente de lo que le preocupaba. Aunque muy deficiente y pobre, existía un programa para las tareas que se llevaban a cabo allí. Por la mañana temprano nos levantábamos siempre a la misma hora. Después, y tras habernos lavado un poco la cara, íbamos a desayunar al comedor. Más tarde, y hasta cerca casi del mediodía, asistíamos todos –menos los más pequeños– a la escuela. Por las tardes, tras varias horas de descanso y de pasar tal vez un rato en el patio, acudíamos de nuevo a la escuela. Luego hacíamos varias horas de recreo, y tras cenar, a una hora muy temprana, nos marchábamos a la cama.

Para atender estas tareas y bregar con los niños en uno y otro sitio, había destinadas dos mujeres y unas cuantas muchachas, llamadas allí «niñeras». Las primeras eran empleadas de la calle, y las otras, habían sido escogidas entre las chicas que se criaban en la casa y que por circunstancias no habían encontrado aún un trabajo para situarse fuera. Estas últimas no solo realizaban más trabajos, sino que estos eran de más importancia que los que encomendaban a las de fuera. A toda labor se unía a veces la colaboración de algunas mujeres de maternidad, que por haber tenido un hijo que vivía allí como uno más, y no tener adonde ir, residían y hacían vida en la casa, desempeñando cualquier trabajo.

Estas personas, a quienes se les confiaba el cuidado y –si queremos decirlo también– la educación de todos los que allí vivíamos, no poseían en absoluto ningún estudio sobre la formación y manera de educar a los niños.

No habían absolvido tan siquiera un simple cursillo sobre el trato a menores, ni recibido tampoco la más elementadísima norma a este respecto. No conocían ni en lo más mínimo la importancia que tiene la niñez para la vida de una persona.

Y bajo el mando y la cautela de estas niñeras, que en realidad no se les daba otro nombre, se desarrollaba toda nuestra vida donde quiera que nos encontráramos. Uno de los sitios en donde más libres nos veíamos de ellas era el patio. En este lugar pasábamos la mayor parte del día –por lo menos de momento– a pesar de que era muy pequeño para andar en él tantos niños. Todos los intervalos que dejaban los quehaceres diarios, tanto cortos como largos, nos llevaban a él para hacer recreo o para jugar, como bien solía decirse. En la realidad sin embargo este hecho no tenía otra finalidad que la de desprenderse eventualmente del fastidio de los niños, pues la mayoría de las veces quedábamos solos en el patio sin la presencia de una niñera. En cuanto a nuestro entretenimiento y seguridad, el patio era otra cosa muy diferente a lo que las monjas y las niñeras daban a entender. En el centro había una piscina en ruinas, completamente destrozada y llena de piedras y tierra, y cuyo futuro estaba aún por decidirse. Por lo visto, según decían, había sido construida poco antes de la guerra, cuando en dicha casa la vida y la educación de los internados eran guiadas con otras condiciones más consideradas. A un lado de esta discurría una muralla muy vieja y no muy alta que marcaba la linde de la calle con nuestro patio. Al otro extremo, éste era dividido de otro terreno mucho más amplio, conocido allí como «patio de los chaqueteros», por una valla de madera toda desecha y casi caída. Y al frente, cerrando por completo el recinto, se alzaba una otra muralla bien alta y firme, sobre la que pendían ramas de algunos árboles del exterior. Allí no había columpios ni nada de eso que pudiera servir de entretenimiento a los niños. La única diversión que existía era la de andar de un sitio para otro por el patio, y estar unos con otros corriendo y jugando.

Otra forma de pasar el tiempo en aquel lugar, muy especial además, consistía en contemplar a los chicos que vivían en la otra parte, pegada a la nuestra, conocidos por «chaqueteros». El nombre de chaqueteros se lo habían aplicado hacía mucho tiempo los pequeños de la «casa cuna»,

nuestra parte, por llevar muchos de ellos chaqueta. Allí se encontraban hombres, muchachos y niños, viviendo en mutua comunidad. A nosotros nos fascinaba enormemente verlos danzar por su patio y jugar al fútbol, como presenciar sus innumerables juegos, tan bárbaros a veces como divertidos. La violencia y el abuso de los mayores sobre los pequeños era sin embargo lo más destacable en ellos. Al no haber siempre celador abusaban unos de otros y maltrataban sin motivo ni razón a cualquier pequeño. Esto era lo que más nos asustaba a nosotros, los de la casa cuna, que a veces nos dejaba muy tristes.

De vez en cuando pasaba alguno de estos chaqueteros a nuestro patio, bien porque se les había embocado en él una pelota mientras jugaban al fútbol, como porque deseaban hablar y distraerse con nosotros. Para esto último se arrimaban más bien a la valla de madera que dividía ambos patios, la que ya estaba a punto de derrumbarse de tanto apoyarse en ella. Apenas se sentían aburridos con sus juegos y pasatiempos venían junto a nosotros buscando nuevo entretenimiento. En muchas ocasiones era sin embargo el hambre lo que les hacía arrimarse a nosotros, como lo demostraba el hecho de que por las tardes se apegotaran como moscas a la valla a la hora de comernos el postre de la comida –las raras veces que lo había, mayormente melón o sandía en tiempo de verano– y que ellos ya se habían comido al mediodía. Como fieras se agarraban a los postes cruzados de madera mirándonos recelosamente. En sus fijas miradas se reflejaba una tremenda envidia y las ansias desesperantes de conseguir el trocito de fruta o lo que estuviéramos comiendo. Algunos de ellos solían decirnos en un último intento por lograrlo: dame un cacho y te ajunto; queriendo decir con esto que serían nuestros amigos y nos librarían de que alguien nos pegara. Y aunque tales promesas solamente las hacían por conseguir que les diéramos algo, había algunos pequeños que accedían a ello, atraídos por tan seductora protección. Otros en cambio no se dejaban engañar y procuraban ante todo saciar su propia hambre. Y al final, hubieran conseguido o no un pedazo de melón o sandía, algunos de aquellos chaqueteros optaban incluso por la cáscara.

Este tipo de circunstancias en cuanto a la necesidad de comer no solo se daba en donde los chaqueteros sino igualmente en nuestra parte. En nosotros, los de la casa cuna, quizás no se apreciara de la misma forma, pero nuestras fatigas con el hambre eran también desesperantes. Tanto eran estas, que muchos días nos presentábamos ante la puerta de la cocina a pedir un pedacito de pan, sobre todo cuando estaba allí Felisa, que era una mujer muy cariñosa y siempre arriesgaba un sacrificio. Cuando más se apreciaba esta circunstancia, y esto en ambas partes conjuntamente, era en cambio los días de «portería», como allí llamaban a los días de visita. En tales días venían de visita los familiares de fuera. Para ello se colocaban unos bancos bajo los cobertizos de la casa cuna, donde se sentaban y daban a sus parientes las chucherías que les habían traído, así como bocadillos y otras cosas de comer. Aquella hora y media o dos horas que duraba la visita era el único tiempo en que hermanos de una y otra parte podían despachar conjuntamente con sus familiares, mayormente la madre. La situación era más difícil cuando se tenía una hermana que ya había dejado la casa cuna y pasado al otro lugar donde vivían los chaqueteros, pero separados de estos. En este caso los familiares repartían el tiempo de visita entre ambos sitios, sin

que los hermanos que los hermanos pudieran juntarse. Había algunos, bastantes, que no eran nunca visitados ni jamás lo habían sido. Su situación familiar era tan enigmática que ni ellos mismos sabían que tuvieran padre o madre o algún otro familiar. Ello no se debía ni mucho menos a que los padres hubieran muerto –salvo quizás alguna excepción–, ni fallecido en los años de la guerra, como en el caso de algunos internados que aún vivían en el orfanato, sino a que los padres habían abandonado allí a sus hijos sin dejar rastro de su paradero. Estas criaturas vivían sin embargo como despreocupadas de esta situación. Se habían acostumbrado a ello desde el mismo instante de nacer como si se tratara de algo normal. Eran tan pequeños aún que parecían no hallar en ello un motivo de preocupación y tristeza. Solamente los días de visita, cuando los demás eran cariñosamente mimados y obsequiados, era cuando percibían la amargura de aquella angustiosa soledad. Otros en cambio éramos visitados una o dos veces al

año, porque nuestros familiares se encontraban alejados –como en el caso de mi madre– y no podían hacer siempre el trayecto.

Y mientras que los que eran visitados comían de lo que les daban sus familiares, los que estábamos por fuera andábamos merodeando por los alrededores como moscas atraídos por el hambre. Incluso muchos visitantes, al ver nuestra envidia y necesidad, nos daban algo de lo que tenían para sus parientes, lo que a veces provocaba el enojo de estos. No exagero, pues que hambre no despertaría esta situación, que cuando se marchaba la visita pasábamos por donde habían estado sentados y controlábamos todo para ver si encontrábamos alguna migaja de pan o de otra cosa que llevar a la boca: algo así como si fuéramos perros.

Esto de buscar algo por el suelo, no ya los días que había visita, sino todos los días en general, se debía precisamente al hambre, como en parte también al aburrimiento por falta de ocupación. El no hacer nada, y al mismo tiempo sentir un extraño cosquilleo en el estómago, hacía que andáramos siempre con la cabeza inclinada hacia abajo, como si el pan y otros alimentos estuvieran tirados por el suelo. Por esta costumbre, que no era mía personal, sino propia de todos, sufrí yo un serio percance una tarde cuando merodeábamos por el patio de los chaqueteros, en las inmediaciones de la casa cuna. Había encontrado un trozo de cardo silvestre o de un hierbajo semejante mientras andaba mirando al suelo y dando patadas a las piedras que encontraba al paso. Creo que hasta los ojos me relampaguearon de sorpresa, pues había oído muchas veces que aquella planta se comía. A pesar de apreciar, por lo sucia que estaba, que llevaría mucho tiempo tirada en el suelo y que posiblemente había sido pisada, no lo dudé ni un momento y la cogí. Después me dirigí con toda prisa al grifo que había junto a la esquina de maternidad para lavarla. Al comprobar que no fluía agua la limpié como pude con el revés del babero y me la metí en la boca. No recuerdo muy bien si llegué a ingerir algún trozo o no, pues casi inmediatamente después experimenté una gran sensación de asco y angustia, seguida de náuseas y vómitos que me hicieron devolver. Todo un día creo que estuve enfermo a causa de aquel bocadito tan delicioso.

Otra vez sin embargo fué mucho más peligroso a lo que me incitó la fastidiosa hambre. En tal ocasión nos encontrábamos varios chicos en el botiquín, dispuesto todas las mañanas para los que tuvieran que tratarse alguna herida o enfermedad, incluidos los chaqueteros. Uno de mis compañeros, Víctor, gritó repentinamente:

–¡Azucar ! ¡Azucar !

Como auténticos desesperados nos lanzamos unos cuantos al papel que contenía el supuesto azúcar, colocado bajo una mesa, siendo yo, por estar más cerca que nadie, quien primero se llevó un pellizco a la boca. Todo fué ello, cuando me entró un escozor tan fuerte e inaguantable en los labios y la punta de la lengua, que tuve que estar varios minutos bajo el grifo del agua para calmarlo. Lo que parecía ser azúcar resultó ser nada menos que sosa, puesta bajo la mesa sobre un papel, para matar las ratas.

Recuerdo muy bien que aquel día me dijo tras ello una de las niñeras empleadas de la calle en contestación a una contradicción de mi revolucionaria actitud:

–Encima de que he ido por aceite de ricino para tí..., que si no hubiera sido por mí te hubieras muerto, tienes valor a ponerte así conmigo...

Esta mujer era muy pilla e inteligente. Usaba sin escrúpulos su experiencia y toda clase de mañas para engatusarnos a los niños y salirse con la suya. Lo único que pretendía con tal prodecer, entre otras cosas, era hacernos ver que las discordias que teníamos con ella eran injustas, para que de esta forma la tuviéramos en buena estima. Algunos de nosotros sin embargo no éramos tan fácil de engañar, y ello no solo porque comprendiéramos bastante bien sus intenciones, sino porque su comportamiento era realmente malo en todos los aspectos. Lo que más aborrecíamos de ella era la odiosa costumbre que tenía de comerse los alimentos de algunos pequeños a la hora de comer, pues además de ser muy astuta y sagaz para lo que le convenía, era una tragona también. Cuando tenía servicio y le daba de comer a los más pequeñitos, que no sabían hacerlo por si mismos, se llevaba una cucharada de comida a la boca por cada otra que comía el pequeño y varios trozos del poco pan que les daban. De tal forma que se comía casi la mitad de la comida de unos cuantos pequeñitos. Para ello

ponía una actitud en estado de alerta, mirando a un lado y a otro con el cuello alargado como un avestruz, cuidando seriamente de no ser vista. A veces simulaba soplar la comida de la cuchara, mas cuando hacía esta operación, era para metérsela ella misma en la boca y no para dársela al pequeño. Por las mañanas tomaba la cafetera en lo alto y hechaba largos tragos de café, «leche en polvo», el cual estaba destinado para nuestro desayuno. Operación esta última que realizaba normalmente en la antesala del comedor para que nadie la viera.

Todos nosotros la observábamos llenos de admiración y percibíamos una escalofriante sensación cuando por impedimento empinaba la cafetera en un rincón del comedor, y esperábamos, seguramente con más hambre que ella, a que nos repartiera el café. Algunos, entre los más mayores, comprendíamos muy bien el significado de tal acción. Lo más canallesco sin embargo es que no rehusaba de tan villano proceder ni aunque tuviera la presunción de que había poco café y no iba a llegar para todos. En tal caso vertía mucho menos en cada plato, por lo que tocábamos a nada y menos, ya que solo nos daban una cafetera para los treinta y tantos que éramos. Y si a veces se quedaba demasiado corta no tenía tampoco el valor, –tal vez por que no desconfiaran de ella–, de ir a la cocina por un poco más, aún cuando era de suponer que debían tener algo de sobra.

Este proceder refleja el trato a que estábamos sometidos con algunas de aquellas niñeras y la libertad que estas tenían o se tomaban para hacer lo que más les viniera en gana. En realidad eran ellas las que normalmente regían nuestra vida y las que se ocupaban de nuestros quehaceres. A veces sin embargo asumían cargos que bien pertenecían a las monjas, pero por lo general se apreciaba en ellas esa falta de formación para practicar la labor que estaban desempeñando y que ya he dado a conocer. Ello se notaba más que nada cuando se salían del marco de sus obligaciones; es decir: cuando por alguna causa incomprensible hacían uso insensato de su poder o se entregaban a sus absurdas y condenadas ideas. Particularmente, estas manías iban dirigidas a pasar el rato con la inocencia e ignorancia de los pequeños.

Precisamente la peor costumbre que tenían las niñeras, sobre todo las que pertenecían a la casa, era la de aterrorizar a los niños. Algunas noches marchaban a la cama de los más pequeños y los torturaban con sus horribles e insensatas ingenuidades diciéndoles: duerme pronto granuja que viene la bruja; o bien: los niños que duermen poco se los lleva el coco. Otras veces se cubrían el cuerpo con una sábana blanca y se acercaban a los pequeños para asustarlos. Casi todos ellos irrumpían en pánico. La ignorancia sin límites de estos y el ambiente tímido en que desarrollaban su formación, eran la causa de tan extremado temor ante estas viejas y conocidas tiranías.

La ordinariéz sin embargo había hecho perder bastante este efecto, resultando ya menos atractivo para las niñeras. Por tal motivo se lo hacían mayormente a los más pequeñitos, o a los que aún se asustaban de verdad. A veces en cambio, cuando se presentaba la oportunidad, buscaban para ello una nueva víctima, como era yo por casualidad entonces. El emplear este tipo de atrocidades con niños de diferente mentalidad y carácter a los de allí congregados, excitaba aún más en ellas el instinto que tenían de perversión, procurándolas nuevas y desconocidas experiencias. Nada extraño pues, que aquellas brujerías y barbaridades hubieran ido dirigidas casi exclusivamente a mí en los meses siguientes a mi ingreso en aquella casa. Yo era lo que podía definirse como un «cebo especial». El único inconveniente que tenían de por medio es que yo no consentía tales salvajadas. Mi manera de ser y de obrar era diferente a la de los demás niños. Aún no estaba, al menos de momento, sometido a la voluntad de las niñeras. Y como era natural, me rebelaba siempre en contra de ellas, de una forma además enérgica y temeraria. Así ocurrió una noche en que alguien entró en el dormitorio con intención de asustarme. Quien fuera, se había liado una sábana al cuerpo y fué adentrándose poco a poco en la gran alcoba. Alrededor de la cabeza, apoyada sobre los hombros, y cogida por los extremos a la altura de la barbilla, llevaba una almohada. Su delgada silueta blanca y su andar eran tan perceptibles que casi podía adivinarse de qué persona se trataba.

Al momento se produjo un profundo y misterioso silencio en la alcoba. Todo el mundo aguantaba la respiración temeroso de que el fingido fantasma se dirigiese hacia ellos. Al llegar al centro dió un giro a la izquierda y siguió en línea recta hasta donde yo me encontraba, deteniéndose con mucho cuidado entre mi cama y la de mi compañero.

Con una precaución que a mí me resultó extraña, se arrimó algo más a mi lecho, al tiempo que hacía ademán de querer sacar entre las prendas el cuchillo grande de cocina que portaba en la mano derecha. Al hacer este movimiento dejó por décimas de segundo parte de su cara al descubierto, delatándome con ello su identidad.

Inmediatamente me erguí ligeramente en el lecho y apoyándome en una pierna le propiné con la otra un patadón tan fuerte en el pecho que llegó a hacer un gesto de dolor. A continuación se marchó precipitadamente con la sábana medio caída y tratando de cubrirse.

Ante este soberbio proceder mío, no solo de la citada ocasión, sino de otras más, las niñeras me impusieron el apelativo de «flamencón», y puedo decir, con cierto orgullo para mí entonces, que entre los demás niños gozaba por ello de gran admiración. Con el tiempo sin embargo todos aquellos matices de «niño indomable e incorregible» fueron desapareciendo de mí y llegué a ser exactamente igual que los demás: miedoso, ignorante, acomplexado... Fuí integrado de tal manera a ser «cunero» –como llamaban allí a los niños de la casa cuna– y a la vida que estos llevaban, que de «mí», había un abismo al otro «Domingo» de cuando entré en aquella casa. Ya, no me extrañaba cuando se asustaban los demás niños, porque yo también me asustaba. Tampoco encontraba raro que lloraran por cualquier insignificancia, ni me sorprendía que estuvieran sometidos a la voluntad de las niñeras. Nada en ellos era ya adverso a mi manera de ser y de ver las cosas.

Con este cambio no es que me hubiera acostumbrado ni mucho menos a la vida tan desconsolada que vivíamos allí. Esto era algo realmente imposible. Ello hubiera significado que no era tan penosa, y que tenía alguna similitud con la que yo había vivido antes. Sería como comparar mi acogedora y modesta casita con aquel caserón de la casa cuna, y el calor de

mi madre con la frialdad de las niñeras. Quedaba además esa libertad que yo siempre había tenido allá en mi antiguo hogar, como era el ir a las ferias, salir de paseo a la ciudad y corretear diariamente con mis amigos por los alrededores de la vecindad. En aquel otro lugar en cambio dicha libertad era tan escasa, que daba la sensación de que nos encontrábamos en una cárcel o correccional de menores. Las únicas veces que salíamos a la calle durante el año era cuando íbamos a ver las procesiones de Semana Santa, o bien, a visitar los belenes que instalaban en algunos lugares de la ciudad por época de Navidad. En estas salidas debíamos de ir además en fila de a dos, dándonos la mano uno a otro y en continuo silencio, modales estos que no solo aborrecíamos, sino que nos quitaba las ganas de salir.

Al único sitio sin embargo que sí nos gustaba ir a nosotros y que en los meses de buen tiempo íbamos con bastante frecuencia, era al patio de los chaqueteros, Este otro lugar era mucho más grande que el nuestro. Tenía, al menos a nosotros nos lo parecía, mucho más espacio y posibilidades donde correr y jugar y donde satisfacer esas enormes ganas que teníamos de libertad. Según decían, había sido en otros tiempos un hospicio, y juntamente con maternidad y la casa cuna, pertenecía a lo que ahora llamaban el Hogar Provincial. En una parte, ocupando una gran superficie, se encontraba el terreno donde jugaban al fútbol, con dos postes pequeños de madera en cada lado, viejos y carcomidos, que servían de porterías. Algo retirado de este, junto a un ricón, unas vigas gigantescas sostenían a elevada altura una gran cubeta destinada para guardar la reserva de agua de la casa. A sus pies, junto a una caseta, se hallaba un aljibe abierto, y al lado de este, al igual que un objeto extraño, la gruesa y cuadrada piedra que hacía de tapadera. Al fondo, cubriendo todo un lateral, se extendía una "obra" grandísima que hacía muchos años habían empezado a construir y otros tantos que llevaba parada. Era un edificio suntuoso hecho de piedra, y según decían, sería el nuevo albergue para los allí congregados, en un futuro no muy lejano. Casi en el centro del recinto, a pocos metros del terreno de juego, se hallaba otro edificio más pequeño que continuamente lo andaban renovando y en el que estaban enclavadas la academia de música, la zapatería y la sastrería. Al otro extremo había un espacioso jardín muy

bien cuidado con gran número de árboles y plantas, y pegado a este, los viejos pabellones de la casa, donde se encontraban algunos talleres y dependencias y los aposentos de los chaqueteros, de las chicas y de las monjas.

El motivo por el que a nosotros, los de la casa cuna, nos gustaba mucho ir a aquella otra parte no se debía sin embargo a que allí gozáramos de mayor libertad, sino más que nada a que observábamos de cerca la vida que hacían los chaqueteros, mucho más fascinante y entretenida que la nuestra. Por esta razón sentíamos una inmensa alegría los días que la niñera de turno ordenaba en voz alta la marcha al depósito.

Cierto día sin embargo dicha marcha se vió consternada por un grave incidente ocurrido en aquel lugar. En tal ocasión la niñera que nos llevaba al depósito, era Catalina, la tragona, la que se comía la comida de los pequeños y se bebía la leche en polvo por las mañanas; una mujer muy gorda y egoísta que solamente se preocupaba de tener la barriga llena. Todos, la seguíamos de cerca mientras caminábamos por el patio de los chaqueteros, que parecíamos a su lado una manada de polluelos. Ella llevaba un niño en cada mano de los que no sabían andar, cogido por los tirantes de los pantalones por la parte de atrás, de tal manera que ellos iban en vilo con el cuerpo boca abajo, a un palmo del suelo y horizontal a este. Una casualidad, que debido a los viejos y desgastados tirantes, y al peso de los pequeños, no hubiéramos visto nunca estrellarse a uno de ellos de cara contra el suelo.

Cuando llegamos al depósito cada cual se dispersó por aquellos alrededores según era costumbre. Algunos empezaron a subirse inmediatamente a las vigas oxidadas que sostenían la cubeta, colgándose y dejándose resbalar por ellas. Los demás, íbamos y veníamos a nuestro antojo por aquellos contornos, menos los que no sabían andar, que pasaban el rato sentados y gateando por la hierba.

Aquel día había hecho bastante calor y muchos de los mayores de aquella parte estaban descansando sobre el césped que crecía al borde del terreno donde solían jugar al fútbol. A aquella hora se percibía el frescor de la brisa de la tarde, y el césped, enfriado por las sombras, despedía un agradable

rocio de humedad. La niñera hablaba animadamente con Aurelio, un «medio empleado» de la casa apodado «El Pipa», que hacía muchos años había sido

internado de la casa, y ahora se encargaba de hacer algunas labores especiales y de arreglar el jardín.

Todo parecía tranquilo y normal cuando repentinamente me quedé paralizado sin poder moverme. Lo que mis ojos vieron en aquel momento me produjo tal shock que me dejó sin habla y completamente inmóvil. A metro y medio de mí, dentro del aljibe lleno de agua, había un niño de los más pequeños con las manos clavadas como garras a uno de los bordes. Su mirada, cargada de hipnotismo y absorbimiento, se concentraba en mí llegándome a paralizar y neutralizándome toda acción. Por espacio de unos segundos quedé completamente inerte sin poder moverme. Mi sugestión era tan tenaz en aquellos momentos, que no percibía otra cosa más que la petrificada mirada del pequeño, quien parecía suplicarme auxilio con sus vivos y encendidos ojos. Luego, tras un lapso de tiempo que pasó inadvertidamente, pude reaccionar y giré la vista hacia donde se encontraban Aurelio y Catalina.

Todo fue ello, cuando el hombre, percatado en aquellos mismos momentos de la situación, se levantó de la silla y se dirigió como un rayo hacia el pequeño, sacándolo del agua, de la que estaba empapado hasta el cuello.

A continuación, muy sobresaltada por el contratiempo, la niñera comenzó a reunirnos a todos y volvimos a la casa cuna.

Cuando nos dirigíamos allí, mucho antes de que la penumbra del anochecer entrara en la tarde, iba yo experimentando una amarga desgustación de todas aquellas extrañas circunstancias que acaecían a mi alrededor. Absorto por el horrible suceso andaba confuso sin sentir noción de mi caminar ni del tiempo. Me encontraba fuera de mis dominios cerebrales, abstraído por la embriaguez de unas ideas ininteligibles que atormentaban constantemente mi mente. La viva imagen del pequeño, con sus hirritados ojos, seguía persiguiéndome como un fantasma y acosando mis pensamientos.

Este suceso fue el más sobresaliente y desagradable de los últimos días. Aún la gravedad del mismo no sería lo suficiente llamativa como para despertar una ajena y extraña impresión en la normalidad de nuestras costumbres. Todo pasó de una manera tan rápida, que ni siquiera los chaqueteros, los mayores de la otra parte, llegaron a enterarse. Fue un siniestro incidente sin espectación ni medios propagandísticos de los muchos que se hacían allí cuando sucedía algo. Para mí en cambio, que a pesar de llevar ya bastante tiempo en aquella casa no me había hecho del todo a sus costumbres y forma de vivir, este comportamiento fue de lo más extraño e incomprensible. Aunque por mi corta edad no podía hacer juicio claro de lo que me rodeaba, experimenté una inmensa decepción al comprobar de que vivía en un mundo injusto y de lo más irresponsable.

Esta sensación fue mucho mayor y más decepcionante en una otra ocasión en que por casualidad también nos encontrábamos en el patio de los chaqueteros y la situación, para mí precisamente, se presentaba un tanto embarazosa. La pronta reacción de mis compañeros, los cuneros, me llamó entonces inmensamente la atención. Con una espontaneidad sorprendente se pusieron a cantar en voz alta todos ellos a la vez, al tiempo que pregonaban:

–¿¡Huy el Domingo...! ¡Huy...! ¡Ha sido el Domingo...!

Cantaban tan unísonamente que parecía fuera solo una voz. La melodía que empleaban era al mismo tiempo tan matizante y rítmica, que daba la sensación de que la habían estado ensayando largo tiempo. Lo único que no hacían perfecto, o es que quizás fuera así, era la tonalidad, bajando poco a poco a medida que cantaban, y ascendiendo repentinamente otra vez cuando el canto se hacía imperceptible.

En resumición: había lanzado el calcetín de una chica a la calle por encima de una muralla del patio de los chaqueteros.

Esta costumbre de pregonar cantando lo que alguien había hecho la conocía yo de sobra. Aquella vez sin embargo me causó verdadera sorpresa, debido a que al tiempo que cantaban, avanzaban lentamente todos hacia mí desde los lugares donde se encontraban, formando un círculo a mi alrededor y acechándome con sus curiosas y asombrosas

miradas. Daba la sensación de que yo había hecho algo en contra de ellos, y ellos ahora, me acorralaban todos a la vez para tomar represalias.

Al escuchar los cánticos apareció inmediatamente Guillermina, la niñera que aquella tarde estaba al cargo de nosotros, que acudió al lugar como si hubiera sido avisada.

–¿Qué ha pasado? –preguntó con aire de gran autoridad–.

Cuando se lo hubieron contado me agarró de malos modales diciendo: ¡Ven aquí! Y tirando de mí, me llevó hacia el otro lado del patio de los chaqueteros.

Los mayores de aquella otra parte jugaban al fútbol en aquellos momentos. En un gran tumulto de voces se pedían unos a otro la pelota de goma al tiempo que corrían de un lado para otro. Muchos otros, que no participaban en el balompié, andaban curioseando por las cercanías de la obra o ambulaban por los alrededores del depósito observando a los cuneros. Otros más, que también deambulaban de un lado para otro por el patio sin hacer nada concreto, se nos quedaban mirando curiosamente desde el lugar donde se encontraban.

Al cruzar el terreno de juego, ya a la altura del local de la música, se veían claramente los parches de yeso en los viejos edificios del antiguo hospicio, revelando con sus diferentes claros las veces que habían sido reformados por su parte posterior. Sus formas, casi rectangulares, daban una fugaz impresión a los cuadrados de un inmenso tablero de ajedrez. Allí, a pocos metros, en unos locales casi en ruinas, se encontraban los wáteres o los que servían de tales, un recinto cerrado de muy poca amplitud que anteriormente había estado destinado a guarreras y ahora guardaban en él aparatos y herramientas de albañilería, y un pequeño cuartucho, también cerrado, que de momento hacía las veces de depósito de cadáveres por no disponerse de otro más adecuado.

Este último departamento era necesario allí en la casa, al menos provisionalmente, –aunque no desde luego en el patio de los chaqueteros y en unas condiciones tan desastrosas– dado que en maternidad, que era un centro especializado exclusivamente para partos, se daban algunos casos de defunción. Dicho cuarto tenía una puerta viejísima, asegurada

simplemente por fuera con un cerrojo de hierro, también muy viejo y lleno de óxido.

Al llegar allí la niñera corrió de forma temperamental el pasador y abrió la puerta de un tirón. Los últimos focos de luz diurna iluminaron el interior de aquel pequeño cuchitril que era muy estrecho y de unos tres metros de largo aproximadamente. Dentro, había una mesa estrecha y larga que casi ocupaba todo el recinto.

Dándome un fuerte tirón del brazo y con mal humor, me hizo pasar adentro, hechando a continuación el oxidado cerrojo. Mientras efectuaba esta última operación, dijo a los muchachos que rondaban por allí cerca:

–¡Que nadie le abra!

Con la seguridad de que la harían caso, por miedo tal vez al mayor o mayores que aquel día estuvieran de mandonres o encargados en aquella parte, de los que solían decir que daban unas palizas de muerte, se marchó despreocupadamente.

Dentro ya de aquella estrecha y oscura habitación me agaché junto a la puerta de cara al exterior. Poseído de miedo arriesgué el intento de mirar varias veces hacia atrás donde se encontraba la mesa, pues era bien cierto que aquel local estaba reconocido oficialmente como «cuarto de los muertos», y que en él habían metido en bastantes ocasiones un ataúd, y sacado después para llevarlo al entierro, por lo que resultaba difícil saber, si la existencia del ataúd era permanente en estado de reserva, o solamente cuando había alguna defunción. «Esto me lleva aún a la duda de si aquel día había o no sobre la mesa un ataúd. No lo recuerdo. La gran afluencia de hechos y circunstancias vividas con posteridad en este aspecto, y mi gran inconsciencia de entonces, han adulterado con los años la sucesión cronológica de los recuerdos. Lo que sí recuerdo es que el miedo a la tenebrosa oscuridad de aquel camarote me hizo experimentar un sentimiento de indignación en el que el odio a Guillermina, y hacia todo lo amargamente vivido en aquella casa, fluyeron por mi mente en un incontenible torrencial».

Aquella tarde debió ser de últimos de verano. El sol se ocultó pronto y empecé a sentir algo de fresco en aquella especie de celda. La puerta tenía

un agujero bastante grande en la parte de abajo, de esos que eran muy propicios para que pasaran los gatos, pues ratas y ratones no faltaban.

Mi situación se hizo más seria y angustiosa cuando pasado un rato largo marcharon los chaqueteros a dormir, a cuya posteridad siguió un enorme y desconcertante silencio. A partir de este momento fue cuando empecé a sentir miedo de verdad y a mirar continuamente por el agujero de la puerta por si alguien pasaba por el patio. Cansado y desesperado cambiaba continuamente de postura: de rodillas, sentado sobre las corbas de las piernas; recostado de espalda a la pared; en cuclillas; de rodillas y apoyando las manos en el suelo... De vez en cuando me agachaba de nuevo para mirar otra vez por el boquete de la puerta. Fuera, reinaba un silencio y una calma que cada vez se me hacían más insoportables, quitándome toda esperanza de que alguien pasara por allí y me abriera.

La angustia que yo vivía en aquellos momentos era tan intensa, que aún con las palabras más solicitadas y precisas me es imposible describirla. El miedo, la melancolía, el repudio hacia aquella detestable situación, y un incontable número de sentimientos agobiantes, abatían mi ánimo en un estado de incontrolable depresión.

Quizás llevara dos o tres horas metido en aquel cuartucho tan oscuro, quizás más. La impaciencia por salir de él me hizo perder la noción de tiempo, que discurría paulatinamente como un acompañante indiferente de mi gran incertidumbre. La noche ya había cerrado por completo, y la única luz que orientaba la visibilidad, era la parda claridad de la luna, que pasaba por el boquete e iluminaba débilmente como un foco desfallecido las inmediaciones de la puerta. Nadie circulaba por el patio. Todo era silencio en aquella noche tan oscura.

Por fin escuché pasos. Me asomé por el agujero, y ví a dos monjas que, alejándose, estaban a punto de doblar la esquina de la música y desaparecer del alcance de mi vista. ¿Cómo fue posible que no me hubiera dado cuenta, si cruzaron junto a la esquina del cuarto donde yo me encontraba? –me pregunté–. Ensimismado en la decepción y entregado a mi desdicha, debí perder toda captación acústica procedente del exterior. Sin pensarlo, me puse a gritar con todas mis fuerzas:

–¡Sor Inés! ¡Sor Inés! –suponiendo que fuera esta una de ellas, por su estatura y corpulencia–.

Viendo que no reaccionaban volví a gritar mucho más fuerte:

–¡Sor Inés! ¡Sor Inés!

Al oírme dieron las dos monjas media vuelta y se quedaron unos segundos vacilando sin moverse del sitio.

–¡Aquí, aquí! –grité una vez más–.

Entonces avanzaron hacia donde yo me encontraba, guiadas por el emitido de mi voz. El paso que llevaban era lento e indeciso como si estuvieran confusas y no supieran adonde dirigirse. Quizás no pudieran imaginarse el que hubiera alguien por aquellos lugares a aquellas horas de la noche, o igualmente pudo haberlas sobresaltado el grito infantil que irrumpía en la noche desde aquellos deshabitados edificios. Cuando estuvieron cerca del lugar, aún volví a indicarles una vez más donde me encontraba, temeroso de que no dieran con el sitio.

Enseguida me abrieron la puerta. Entonces sor Inés, –que era efectivamente una de ellas, acompañada por sor María de la Concepción–, no explicándose lo que veía, exclamó llena de admiración, con una voz muy apagada y profunda:

–¡Dios mío...!, ¿quién te ha metido ahí?

Muy asustado contesté: la Guillermina.

Estando en la creencia de que el castigo que estaba cumpliendo era normal, o simplemente por estar envuelto en el mundo ignorante de los niños, a esa edad en que nada de esto se comprende, tuve miedo que las monjas me preguntaran el por qué me metió allí la niñera, por temor a que no me dejaran marchar y me encerraran otra vez dentro del estrecho cuarto. Ellas en cambio no me hicieron tal pregunta y en vez de ello me mandaron ir a dormir.

Al día siguiente, mientras estábamos desayunando, Guillermina, muy flamencona y engreída como siempre, se encaró a mí diciéndome:

–Ahora parece que estás muy callado. ¿Qué pasa, se te han aplacado ya los humos?

Pensando en la reacción que mostraron las monjas la noche anterior, me dije para mis adentros: te vas a enterar cuando te llamen la atención... Aquel «Dios mío» tan profundo, exhalado con tanta admiración, y el espanto que sobrecogió a las monjas –que seguramente cambiaron hasta de color–, me dió esta esperanza, y como la sabia intuición de que aquel castigo que me había impuesto ella era una horribilidad. El día anterior, antes de que las monjas me sacaran del cuarto de los muertos, tenía otra opinión. Ahora en cambio, tras la reacción tan conmovedora que mostraron las monjas, no solo estaba convencido de que la íban a llamar la atención, sino de que tal vez la quitarían el puesto de niñera.

Desgraciadamente, y según la inactividad que siguió a aquel acontecimiento, nada llegó a ocurrir, por lo que el miedo hacia aquella especie de bestia continuó igual en mí.

«Hoy día, más de medio siglo después, pienso en lo extraño que todo esto fue. No me explico, por más que lo intento, la mentalidad que aquellas monjas pudieran tener. No comprendo, de ninguna de las maneras, como algo así pudieran pasarlo por alto sin darle ninguna importancia».

Las monjas por lo general, aunque lo pareciera, no estaban muy en contacto con nosotros los chicos ni con lo que a nuestro alrededor acontecía. Tanto en donde los chaqueteros, como en nuestra parte, sus ocupaciones no tenían apenas, salvo en algunos casos, una relación directa con nosotros y nuestro vivir. Se ocupaban de la casa, eso es verdad, pero tal ocupación atendía por lo general a nuestras necesidades de tipo material, como la manutención y el lavado de la ropa, la preparación de la comida etc., pero no a nuestra vida y formación. En la casa cuna había destinada una de ellas a nuestro cargo. Esta era sor Engracia, una monja muy calladita y de carácter aparentemente sereno. A pesar de estar todo el día allí metida, no la veíamos con la asiduidad que debía ser menester. Apenas tenía contacto con nosotros, ya en cuanto a nuestra intimidad como a nuestra necesaria educación. La misión que cumplía se desarrollaba íntegra y exclusivamente dentro del marco religioso: en enseñarnos las oraciones y prepararnos para hacer la primera comunión. Eso si, casi todo lo que

hacíamos, aunque fueran tonterías, se lo contaban a ella. Sobre todo los más pequeños, estaban continuamente dirigiéndose a ella:

–¡Sor Engracia, fulanito ha hecho esto! ¡Sor Engracia, menganito hizo lo otro!

Y la monja, siguiendo tales chivatazos, no paraba de imponer uno y otro castigo a los afectados.

A mí me sería imposible recordar ahora la gran cantidad de veces que fui víctima por medio de este proceder, es decir, del chivatazo, pero sí recuerdo un día en que, no sé por qué motivo, dicha monja me hubo castigado sin salir a la calle. Al verme triste, una de las niñeras me dijo con gran compasión:

–Vé y pídele perdón a sor Engracia.

Cuando llegué al cuarto donde se encontraba la monja me dirigí espontáneamente y algo precipitado a ella diciéndole a secas:

–¿Me perdona usted sor Engracia?

Muy seria, se me quedó mirando...

–¿Es así como te han enseñado a pedir perdón? –me dijo en un tono muy áspero y severo–.

Sin dejar de mirarme se acercó después a mí, y apoyando sus manos sobre mis hombros, me hizo poner de rodillas con las manos juntas y la cabeza baja, haciéndome repetir que le pidiera perdón. Solamente cuando así lo hice, fue cuando levantó el castigo, dándome a continuación a besar el crucifijo que pendía sobre su hábito.

Sor Engracia parecía no comprender o no querer admitir el que se pudiera obtener perdón sin ser necesarias aquellas adoraciones y reverencias, pues en la forma que me hizo poner, daba la sensación de que me dirigía a una santa y no a una monja. Dicho proceder fue para mí tan confuso que no supe si quiso enseñarme a pedir perdón en la mejor de las composturas o indicarme que tal comportamineto le era debido a ella por el hecho de ser monja. Pero cualquiera que hubiera sido la intención de sor Engracia lo cierto es que dicha forma de pedir perdón no era en absoluto necesaria ni siquiera a una monja aunque se tratara de la superiora. Pasaba como con el rezar, que lo importante era rezar, o mejor dicho, hablar con Dios, y no los

modales que para ello se adoptaran. Lo que no era cierto sin embargo, es que a mí me hubieran enseñado a pedir perdón en la forma que ella había dado a entender. Ni ella ni nadie se había dirigido jamás a mí con tal finalidad u otra parecida. Aquella vez fue la única, y ello, porque se dió la circunstancia, como siempre que actuaba así. Claro, que yo tampoco me había dirigido nunca a ella dándole tal posibilidad, y en lo que al futuro se refería, me había hecho la preposición de no hacerlo tampoco, no, por evitar aquel exagerado comportamiento, sino por no verme enfrentado a ella. Antes que ello prefería quedarme sin salir a la calle, metido o encerrado en la «sala de recreo», que era el lugar de reclusión cuando nos castigaban por haber hecho alguna trastada. Este cuartucho era el más tenebroso de todos los que había en la casa cuna. Tendría unos veinte metros cuadrados aproximadamente y estaba casi oculto en el interior del edificio. Aún en pleno día, e incluso en los meses de verano, reinaba en él una oscuridad desmoralizante. El nombre de sala de recreo le fue asignado seguramente por el simple hecho de que muchos días pasábamos en él las pausas de la escuela y parte del tiempo libre en general, compartido a veces con el patio. Cuando más nos tenían metidos en él era en cambio en invierno, por aquello de protegernos del frío, aunque tal protección no se debía al frío en si, sino a que las ropas que llevábamos puestas no eran adecuadas para dicha época. Andábamos tan insuficientemente abrigados, que era un milagro que no estuviéramos siempre enfermos. Lo que si teníamos siempre era las manos llenas de sabañones, afección que era muy latosa en invierno y que allí era tratada de una manera muy curiosa. Recuerdo que una de las niñeras procuraba un cubo de cinc, y ordenándonos colocar en fila a los niños varones, debíamos pasar uno tras otro y orinar en él. Esto se hacía, –cosa rara– públicamente y sin ninguna clase de reparos, y a veces hasta en la puerta de la casa cuna que daba al patio de los chaqueteros, lo que originaba que los mayores de aquel lado la emprendieran a bromas con la niñera. Después, pasábamos todos, también las niñas, y teníamos que introducir las manos en el orín común, frotándolas por todas partes. Al pasar el último por el cubo volvíamos a empezar de nuevo hasta dar dos o tres vueltas.

Pese al frío y a estas circunstancias a nosotros nos encantaba enormemente salir al patio los días que nevaba. Antes que estar recluidos y muertos de aburrimiento en la sala de recreo preferíamos salir afuera y corretear de un sitio a otro por el patio teñido de blanco; jugar entretenidamente tirándonos unos a otros pelotas de nieve, y hacer entre unos cuantos, bolas y muñecos gigantescos. Los años y los días que caía nieve, y la cantidad que solía cuajar en el suelo, eran sin embargo muy escasos, por lo que eran contadas las veces que podíamos disfrutar de dicha manera.

También en verano era muy largo el tiempo que nos tenían encerrados en la sala de recreo, con la diferencia de que entonces lo hacían por el calor, y que para nosotros los pequeños, resultaba mucho más fastidioso que en invierno. Este periodo de tiempo era el peor que pasábamos en aquella casa de todo el año. Los tres largos meses de calor –llamados sin razón de vacaciones– en los que no hacíamos absolutamente nada, resultaban insoportables de aburrimiento. Al principio deseábamos que llegaran por librarnos de la escuela y de la autoridad de doña Lucrecia, la maestra de escuela, quien se había convertido en una niñera más, muy dura y severa por cierto. Luego en cambio, y cuando pasaban los primeros días en el asadero del patio y en la lúgubre sala de recreo, hechábamos de menos la escuela deseando que empezara otra vez.

Una excepción sin embargo fue el verano que tuvimos terminada la piscina. Llevaba ya unos días arreglada y llena de agua sin que nadie supiera cuando nos íbamos a bañar en ella. Ello nos pilló de sorpresa cuando una de las niñeras, inesperadamente, anunció una tarde:

–¡Haber, quien quiera bañarse en la piscina, que levante una mano!

Unos cuantos la levantamos inmediatamente. Los más pequeños no lo hicieron, pues ya habían visto la piscina llena de agua y quizás les impresionó.

El que al final hubieran arreglado la piscina y sido puesta a disposición para bañarse en ella fue un hecho extraño que no pasaba con la modestia y las enormes necesidades de la casa. La gran sequía que todos los años azotaba la región no haría posible que la llenaran o cambiaran de agua

siempre que fuera menester, pero en todo caso, y aunque solo fuera de momento y cuando nos dejaran, tendríamos donde refrescarnos los días de excesivo calor.

No recuerdo si nos dieron alguna prenda especial para bañarnos, pero reunidos todos, marchamos a la piscina. Su profundidad era muy escasa, pues apenas tapanía a los más pequeños. En las esquinas, por la parte de fuera, formaron unos montoncitos de arena bien aplastados, simulando una especie de trampolines.

Para este estreno tan extraordinario se había congregado allí casi todo el personal de la casa cuna. En el patio, formando un amplio semicírculo, estaban todas las niñeras y empleadas, junto con el resto de niños y niñas que no se iban a bañar. Monjas y mujeres de maternidad se asomaban por la terraza y ventanas, aguardando el momento en que nos tiráramos al agua. Al otro lado había que ver la cara de envidia que tenían los chaqueteros, que posaban en su típica postura junto a las vallas, como quien aguarda el inicio de un gran espectáculo. El resto de los que aún andaban por el patio acudió inmediatamente, nada más escuchar el chasquido de las aguas.

Días después comenzaron a poner una nueva alambra en lugar de la valla antigua en la demarcación de nuestro patio y el de los chaqueteros debido a que los mayores de aquel lado se colaban más a menudo a nuestra parte. No solamente hacían lo de antes, ir por una pelota o simplemente a curiosear, sino que se metían en el agua cuando no les veían y se liaban a martirizar a los pequeños de su parte y a veces incluso a otros de la nuestra, zambulléndolos involuntariamente en el agua. Esto no lo hacían además de una forma bromista, es decir, dándoles simples aguadillos y dejándoles después tranquilos, sino brutal y salvajemente, como incivilizados que no saben lo que hacen. Sin reparos ni miramientos sujetaban fuertemente a los pequeños metiéndoles la cabeza bajo el agua y contando largo rato para comprobar quien resistía más. Todo esto de una manera violenta, a la que los pequeños no podían oponerse. De tal forma que muchos de aquellos mayores disfrutaban extasiadamente viendo niños tan pequeños que gritaban y lloraban. Había algunos chaqueteros que por cierta aversión a un pequeño de una u otra parte coreaban en voz alta:

–¡A fulano, meter a fulano en el agua, que es muy engreido y se tiene por muy valiente!

Lo de engreido y valiente iba más bien por excitar aún más el ardor y decisión de aquellos torturadores, cuya ignorancia no advertía tan sádicas intenciones.

Naturalmente que esto lo hacían a una hora en que a la monja y al personal

de la casa cuna no se les veía por ninguna parte, que era generalmente la hora de la siesta, y cuando el celador de los chaqueteros ya se había marchado a su casa.

Este horrible hecho, como muchos otros que cometían los mayores de los chaqueteros ante nuestra vista, se debía mayormente a que no tenían celador por las tardes y a que en nuestro patio faltaba muy a menudo una persona encargada –a pesar de haber muchas para ello– que velara por la seguridad de los pequeños. Era tan llamativa esta situación, que podía darse por una gran excepción la vez que la monja destinada a la casa cuna salía al patio. Nos hallábamos siempre en tal abandono, que los mayores de los chaqueteros se hubieron acostumbrado a obrar desalmadamente, sin temor a que alguien pudiera llamarles la atención y recriminar sus actos. Lo mismo le sacudían un palizón a un pequeño de los de su parte, como se colaban a nuestro patio y le arreaban un par de tortazos a uno de los nuestros. Tenían en realidad un instinto tan villano y salvaje, que muchas tardes se arribaban a la valla de nuestro patio con la única pretensión de azuzarnos unos contra otros y pasar así un rato entretenidos.

Nosotros, los cuneros, habíamos adoptado no obstante una costumbre en defensa del abusivo proceder de los chaqueteros, tan atroz y salvaje como sus propias barbaridades. Esta costumbre consistía en tirarles piedras, tanto cuando pasaban a nuestro patio, como cuando estaban en el suyo. De tal forma, que a partir de entonces no solo no cruzaban tanto a nuestro patio, sino que este se encontraba siempre mucho más limpio de piedras. Ellos por su parte nos habían cogido con el tiempo un miedo espantoso. «No saben lo que hacen», «no tienen sentido común» –decían muchas veces dándonos por imposibles–. Y llevaban mucha razón: los apedreábamos sin tener

verdadera noción de lo que hacíamos; nuestra edad, y el mundo ignorante en que vivíamos, tampoco nos daban entendimiento para ello.

Lo malo de tal proceder es que no siempre se acertaba el blanco, y si la piedra se desviaba, bien podía uno alcanzar un cristal de las ventanas, como el que tuvo que pagar mi madre en cierta ocasión, y que como era de suponer, el dinero del mismo se lo chupó la persona acostumbrada a chuparse todo lo que se podía chupar, ya que lo que se rompía allí lo pagaba la Diputación Provincial, si es que llegaban a arreglarlo. Pero estas veces eran al fin y al cabo raras excepciones, por lo que si las piedras no alcanzaban a un chaquetero, iban a perderse en el suelo.

La réplica que aplicaban los chaqueteros ante nuestra costumbre de tirarles piedras era la de amenazarnos de forma verbal, diciéndonos constantemente: ¡cuando bajeis os vais a enterar!, queriendo decir con ello que cuando llegara el momento y pasáramos a la parte donde ellos se encontraban, las íbamos a pagar todas juntas.

Y el día del traslado de algunos de nosotros adonde los chaqueteros no debía estar muy largo, pues sor Engracia ya nos había juntado a un grupo de niños y niñas, advirtiéndonos que debíamos aprendernos muy bien el catecismo, ya que en poco tiempo tendríamos que hacer la primera comunión; aunque aquel poco tiempo a que se refería sor Engracia era bastante largo, para que en ese periodo pudiéramos aprendernos todo fácilmente. Cada año eran unos cuantos entre niños y niñas los que hacían la primera comunión, y para prepararlos, los tenían largo tiempo en la escuela a una hora fuera de clase. Era raro, pero apenas sabíamos leer cuatro letras, nos hacían aprender, por medio de la inculcación, cosas que ni siquiera comprendíamos.

«Aunque aprender el catecismo no resultaba en realidad tan divertido, el hacer la primera comunión suponía un hecho emocional y de felicidad. La importancia con que allí se tomaban este asunto emplazaba a los aspirantes en una situación distinguida y excepcional. Desde el momento de la designación hasta el día de la realización, los destinados a hacer la primera comunión eran la causa principal de toda cuestión. Ellos mismos, en virtud de lo que ello representaba, debían guardar un comportamiento beato, limpio e

intachable, propio de un candidato a hacer la primera comunión en la mayor y más pura Gracia de Dios».

Cuando llegó el día señalado vino mi madre a verme junto con una amiga suya. Aquel día nos vistieron muy bien y de largo, con traje de color gris y guantes blancos. En una mano llevábamos un lujoso misal de esos que tenían un broche para cerrarlo y abrirlo y que por fuera parecían de nácar, y en la otra, un rosario de piedras preciosas. Todo el mundo se nos quedaba mirando cuando íbamos camino de la iglesia. La capilla estaba esta vez muy bien arreglada y adornada con flores. Sobre los primeros bancos, donde nos situaron a nosotros, habían puesto unos manteles blancos, muy bien planchados y ceñidos a las partes planas. El ambiente tan diferente demostraba que aquel día era muy especial.

Al terminar la larga misa con la comunión y confirmación, a la que acudió un numeroso público de fuera, nos colocaron uno al lado de otro en la galería anterior a la iglesia: los chicos a una parte y las chicas a otra.

Posteriormente pasó por delante de nosotros sor Natividad, la superiora, quien con gran sensibilidad y emoción nos dió a todos un beso en la cara llegando a decir: estos son unos angelitos...

Después nos llevaron al departamento de las monjas, según era costumbre todos los años, donde nos dieron un desayuno de bollo y chocolate.

A continuación, y tras haberse dado por terminada la celebración, mi madre y yo pasamos el resto del día en la ciudad, llendo a un fotógrafo para que me retratara y visitando a personas conocidas. Aquellas horas felices pasaron sin embargo demasiado pronto, y al encontrarme de nuevo en la casa cuna volví a notar otra vez ese vacío y esa sensación de angustia que tanto me embargaba. Al mismo tiempo pude apreciar de como en un día tan señalado la mayoría de los que hicieron conmigo la primera comunión no fueron visitados. Además, nunca lo serían. Quizás, no conocieran el roce de la madre, ni supieran lo que significaba estar unas horas con un ser querido para sentir después esa sensación tan fría que yo en aquellos momentos notaba. Cuando me reuní con ellos en la sombría sala de recreo parecían jugar todos con los demás compañeros como si tal cosa, pero en el fondo de

sus almas se advertía la tristeza de aquella falta y un poco de envidia hacia mí suerte y la de los que como yo habían sido visitados.

Poco tiempo después pasamos unos cuantos de los que habíamos hecho la primera comunión a la parte de los chaqueteros. Nicasio, el celador de estos, nos llevó ante sor Milagros, que era la monja que normalmente bregaba con los mayores y chicos de aquel otro lado. Esta nos preguntó, después de hecharnos una sonrisa:

–¿Vais a ser buenos...?

Quedando la pregunta en el aire sonreimos nosotros también inocentemente.

Algo después, la monja nos dejó de nuevo con el celador, quien nos llevó junto a los chaqueteros.

Fuimos cuatro los que hicimos el cambio en aquella ocasión: Fernando, Víctor, Cristóbal y yo.

Nada más llegar al patio nos juntamos con los chicos de aquel otro lugar. No se encontraban todos allí. Las vacaciones de verano acababan de empezar y solamente los que tenían edad escolar andaban merodeando por el patio o jugando unos con otros en pequeños grupos. Los mayores, y los que aprendían un oficio, asistían en aquellos momentos a talleres.

Unos cuantos de aquellos chicos se acercaron inmediatamente a nosotros llenos de curiosidad igual que ocurría en la casa cuna cuando ingresaba allí alguno nuevo de la calle. Estos en cambio ya nos conocían casi todos de tanto habernos visto en nuestro antiguo patio. Ni siquiera ignoraban como nos llamábamos y algunas de las particularidades de nuestra forma de ser. También nosotros conocíamos a casi todos ellos, y especialmente a los que no hacía mucho tiempo habían hecho el cambio, y que estuvieron con nosotros en la casa cuna.

A la hora de comer acudió el resto de los que vivían allí llenando poco a poco las muchas plazas del gran comedor. Por la puerta entraban hombres cuya edad y presencia nos imponía a nosotros un inmenso respeto. También apareció sor Milagros, que tras estar todos acoplados ante sus respectivos sitios, comenzó una oración a la que se unió el resto del comedor. Al terminar, todo el mundo se sentó, y a mis tres compañeros y a mí nos buscaron un lugar entre las plazas vacantes de algunas mesas. Al contrario que en la casa cuna en aquel lugar no existía clasificación alguna con el personal. Al ser todos varones no se hacían grupos y en todas partes convivían conjuntamente unos con otros sin que importara para nada la edad o cualquier otra circunstancia.

Ya, nos encontrábamos allí, en donde a pesar de todo lo que habíamos visto y oído, queríamos estar. El dejar de ser «cunero», que era ser pequeño o más bien renacuajo, le daba a uno la sensación de haberse hecho mayor en algo, de ser más fuerte, o engreidamente más valiente. De mayores entre menores habíamos pasado a ser menores entre mayores. A partir de aquel momento ya no dependíamos de la casa cuna y no estaríamos como hasta ahora bajo el que, aunque muy deficiente, siempre amparo de las niñeras y de sor Engracia. Ya no éramos «cuneros», sino «chaqueteros», y en vez de vivir solo con niños como antes, lo hacíamos además con hombres, que según la fama que tenían y lo que nosotros sabíamos de ellos, solían dar unas palizas de muerte.

Hasta el presente momento en el comedor la vida en aquel otro sitio parecía ser por un estilo a la de la casa cuna. A mis compañeros y a mí sin embargo no nos hizo falta muchos días para comprender que no era así. Nos bastó aquella primera tarde que pasamos allí para percatarnos bien de ello.

Al rato de salir del comedor desapareció el celador, imponiéndose en el patio un verdadero desorden. Ante la falta de un programa que rigiera unas normas de vida o de comportamiento, cada uno hacía lo que le venía en gana. Los más mayores abandonaban enseguida el patio marchando a cualquier parte o metiéndose en sus talleres, de donde algunos de ellos tenían una llave. Otros marchaban incluso a la calle, en la que permanecían hasta la hora del trabajo. Los pequeños y medianos se entregaban por el contrario a jugar, y los mayores que quedaban allí, si no disponían de una pelota de goma con la que jugar al fútbol, entorpecían por aburrimiento la buena armonía en el juego de los primeros.

A pesar de las dificultades era fascinante la rapidez y el modo con que la mayoría de aquellos chicos se organizaban para pasar el tiempo. En unos minutos estaban todos ellos implicados en una serie de juegos la mar de variados y divertidos, tales como: el trompo, las bolas, la luz, el comboy y otros más entre los más corrientes; siendo preferidos los más agitados y típicos allí, como la pita y la tala, las porterías o rompecamisas, el güito, la pídola y los cucones, que consistía en pasar la baraja de cartas ante el

perdedor, dándole tirones de orejas o de pelos, capones, o golpes en la frente con el cuenco de la mano –según era el palo–, hasta que apareciera el triunfo elegido. Todos estos juegos eran impetuosos y de mucho temperamento, estando de sobra los llamados allí de «mariquitas», como calificaban al teje, a la gallinita ciega y a los que generalmente jugaban mucho las niñas. Cuando se cansaban de jugar a una cosa cambiaban a otra, pidiendo autorización para ello a los que participaban en ella o a quien la había organizado. Así pasaban horas y horas sin dar muestras de aburrimiento. En invierno, cuando las atracciones en el patio eran más exiguas, solía jugarse al famoso juego de “las piedras” con el obstinado afán de ganar a unos y a otros las castañas o los higos que a veces nos daban para comer.

Muchos de aquellos muchachos llevaban el pelo cortado al cero. Esto era algo muy corriente allí, bien, empleado como castigo, o porque se tenía piojos en la cabeza. Las ropas las tenían casi todos rotas y llenas de remiendos. Unos vestían con pantalones largos y otros con cortos, todos ellos en tal desuniformidad y descolorido que daba la sensación de que sus prendas habían sido recogidas en una colecta para gente pobre. Los pies, sin calcetines, los llevaban llenos de polvo y con una costra negra del tiempo que hacía que no se los lavaban. Las alpargatas, de blanca que había sido su tela, estaban negras y con una capa de grasa resbalosa que se acumulaba por el sudor. Casi todos las tenían rotas, y algunos en tal estado, que preferían llevarlas en las manos hasta que les dieran otras, a ir con ellas arrastras y de mala manera. No digamos nada de como tenían la cara y las manos después de estar todo el día danzando por el patio y sin la posibilidad de lavarse.

Entre todos aquellos internados había un gran número de mayores. Aunque en muchos de ellos la edad era injustificable, había algunos, bastantes, que bien podían rebasar los veinte años. Otros, no tantos, pero también un nutrido grupo, mediaba entre esta edad y cerca de los treinta, uno de ellos sin piernas desde por encima de las rodillas, que se servía de dos muletas para moverse de un lado a otro. Estos últimos eran los famosos mayores, temidos y respetados por el resto de los que vivían allí. Tales

mayores sin embargo apenas hacían una vida reglamentaria como los demás internados. Parecían tener una gran libertad, sobre todo por las tardes, de poder estar en cualquier parte sin ninguna clase de preocupación. Solamente en las horas claves y cuando había que acudir al comedor, dormitorio, etc., era cuando aparecían todos. Con este comportamiento muchos de ellos trataban de pasar desapercibidos, rehuyendo así la difícil situación que vivían.

El motivo por el que hombres de tan avanzada edad se encontraran aún allí en el Hogar Provincial tenía una sencilla explicación que seguía atendiendo a una norma o costumbre del antiguo hospicio. Normalmente, y cuando un muchacho era lo bastante mayor como para tener que estar en la calle ganándose la vida por su cuenta, lo mandaban de voluntario a cumplir la mili en la marina como única alternativa para sacarlo de allí; muchos de ellos a una edad algo atrasada para dicho servicio porque tanto ellos, como en el Hogar Provincial, no sabían exactamente cuando habían nacido. De lo único que se disponía en estos casos era de la edad aproximada en que los afectados hubieron ingresado en la casa, si es que acaso había testigos, y del tiempo que vivieron en ella. Más que a la falta de documentación el problema se debía muchas veces a que no se conocía el punto de partida ni el lugar de origen de los afectados, y a que nunca jamás, ni antes ni después, habían sido familiarizados con su procedencia y fecha de nacimiento. Esto último no lo practicaban ni siquiera con los nacidos allí en Maternidad, ni con los ingresados en la Casa Cuna, cuya afiliación debía estar bien anotada. La situación era hasta tal punto delicada y confusa que el preguntar a algunos internados por su edad era como agredir su intimidad personal, llegando muchos de ellos, también entre los mayores, a sentir una horrible vergüenza. “A saber de qué forma llegaron unos y otros a conseguir una documentación adecuada que les acreditara una personalidad de cara al futuro y a sus quehaceres en la vida civil”; pues algunos de ellos, tiempo después de haber salido de allí, se llegaban de nuevo al Hogar Provincial por culpa de la documentación.

Lo asombroso de esta situación es que con documentación o sin ella cuando tales mayores se licenciaban en la marina, allá a los dos años

aproximadamente, si es que no reenganchaban por más tiempo o hallaban un trabajo en cualquier parte, algunos de ellos volvían otra vez al Hogar provincial. Al no haber quien se lo impidiera se metían de nuevo en la casa, esta vez con el único deseo de buscarse un chollo y hechar raíces allí, ya que, según se hablaba entre los demás internados, no reunían el valor suficiente para enfrentarse a la vida; éste, se lo dejaban aparentemente en las milicias, en donde no les valía de nada ese aire que tenían de matones. Pero lo que era más asombroso todavía sin embargo es que a base de aguantar y dejar pasar el tiempo, no solo conseguían su propósito de quedarse allí como uno más, sino que Algunos de ellos adquirían incluso una plaza en los talleres donde trabajaban, haciéndose así empleados de la casa.

Y estos mayores, hasta que conseguían la solución para su futuro, eran prácticamente los que regían la vida de los internados. Mandaban en un sitio y en otro como si fueran auténticos celadores. Para ello no es que tuvieran ni mucho menos la autorización de las monjas –salvo quizás algunas excepciones, como pudiera ser tal vez la del mayor que aquella tarde hacía de encargado–. Lo que ocurría es que, ante la facilidad que había allí para mandar y hacer lo que se quisiera, y la costumbre de que ya se venía haciendo así de siempre, se tomaban ellos por su cuenta tal decisión. Además, que no se conformaban solo con mandar, sino que procuraban a toda costa hacerse respetar y obedecer por los demás, y si era posible, también por los mismos compañeros que, como ellos, ya habían cumplido el servicio militar y se encontraban en la misma situación.

La brutalidad que empleaban para ejercer dicho poder pudimos presenciarla aquella misma tarde a la hora de cenar. Ya para formar y dirigirnos al comedor se escuchó el bozarrón del mayor que aquel día parecía estar de encargado:

–¡A ver el último...!

Igual que flechas de fuego salieron todos corriendo –también nosotros los cuatro nuevos, que no conocíamos aquella costumbre de juntar al personal– en dirección adonde se encontraba dicho mayor. Delante de él se formó una fila india cuyo final se peleaba por no ocupar los últimos puestos. Al estar

toda uniformada y quieta, el mayor se dirigió al que estaba en última posición. No podía ser otro, naturalmente, que uno de los que pasamos aquel día a aquella parte. Este era Fernando. El mayor se plantó muy serio ante él, mirándole con gran severidad. Algo debió cohibirle de no darle el puntapié o el puñetazo que acostumbraba dar al último cuando ya estaba formada la fila.

–La próxima vez sé más rápido chaval –dijo con cierta consideración en vez de ello al tiempo que se alejaba–.

La mentalidad y manera de obrar del mayor eran tan absurdas, y él mismo tan imbécil e ignorante, que no comprendía tan siquiera que alguno debía de ser el último; que éste, no había desobedecido su orden de acudir pronto a filas, sino que había quedado en dicha posición por destino e infortunio. Ante tal comportamiento daba la sensación de que en vez de juntar al personal para ir al comedor, quería entablar una carrera entre todos para castigar al último. Tanto en la orden del mayor al gritar: ¡haber el último!, como en su forma de hablar y de proceder, se advertía un increíble carácter de engreimiento y orgullo militar.

Ya en el comedor, y tras rezarse la acostumbrada oración, –que era siempre la misma– y empezar a repartirse la cena a las órdenes del citado mayor, otros mayores de aquellos se picaron con él, envidiosos tal vez del respeto que gozaba. Eran precisamente dos compañeros que hacía poco se habían licenciado de la marina y vuelto al Hogar provincial, quienes por vergüenza de verse inferiores, no aguantaban estar en la retaguardia y mucho menos ser mandados por otro que era igual que ellos. Como auténticos guardianes se pusieron a pasear de punta a punta del comedor mientras comíamos, haciendo gestos agresivos que llegaban a desafiar. Con los puños cerrados se mostraban provocativos, no solo ante todos los demás, sino de la misma forma ante el mayor que parecía estar de encargado, quien se limitaba a seguir dando vueltas por el comedor sin tomar muy en serio tal provocación. Con dicho proceder trataban de demostrar que ellos también tenían poder para mandar y que no temían al mayor que hacía de encargado. Había quien creía sin embargo que tal competitividad iba dirigida muchas veces con la pretensión de hacerses

respetar y poder alcanzar una plaza de celador para las tardes, ya que por aquellos entonces no había ninguno.

Al mismo tiempo había de verse el sorprendente silencio que todos los que estábamos allí guardábamos. Mayormente los pequeños –como también nosotros los nuevos, a pesar de no conocer aquella situación tan bárbara– estaban todos atemorizados por semejante proceder de los mayores. Los únicos que se permitían hablar eran aquellos que también habían cumplido la mili y que sin inmiscuirse en la tiranía que practicaban sus compañeros seguían su vida como si tal cosa. Estos eran, al menos algunos de ellos, los que se conocían por «los mayores buenos», por la única razón de que no acostumbraban maltratar a los pequeños.

Para nosotros, los cuatro nuevos, resultó extraño y al mismo tiempo muy decepcionante el que durante la cena no hubiera hecho acto de presencia en el comedor alguna monja. En la comida del mediodía se había acercado a él sor Milagros, por lo que llegamos a creer que ello era una norma general en ella.

Mucho peor que lo del comedor fue sin embargo el panorama que se nos ofreció en el dormitorio a la hora de irnos a dormir. Al igual que para cenar se había escuchado de nuevo el grito de: «¡haber el último!», llamando a formar la fila, otra vez con ese desplante militar del general que dá ordenes a su tropa.

Cuando nos dirigíamos allí, poco antes de que empezara a oscurecer, varios mayores custodiaban de una punta a otra la marcha de la fila. Algunos de ellos asumían a la vez un aire autoritario, en parte provocador, como quien ejerce una operación de suma importancia. Daba la impresión de que éramos presos, conducidos a las celdas bajo la vigilancia de los guardianes. “Evitar que habláramos”, solamente esto, era aparentemente el motivo y el «pretexto», por el que tanto hombre paseaba entre nosotros observando y vigilando nuestro paso y hasta repartiendo golpes. En realidad no era otra cosa más que una costumbre muy aclimatizada en todos ellos con la que imponían su poder maltratando a unos y otros, siempre y cuando, claro estaba, que el celador no estuviera de servicio y que las monjas no se hallaran presentes. Pero por desgracia, el primero solo tenía servicio por las

mañanas, y las monjas, como ya se ha dicho, no se dejaban ver por ninguna parte.

Antes de acostarse existía la costumbre de rezar una oración, para lo que tuvimos que colocarnos en una amplia habitación, muy pegados uno al lado del otro y de espaldas a la pared. El que hacía de encargado y los otros mayores permanecieron en el centro, y a una señal del primero, se comenzó con la oración. Seguidamente y mientras se rezaba, todos ellos empezaron a dar vueltas ante nosotros, observando quienes rezábamos y quienes no.

«Al igual que en el comedor a la hora de la cena, allí tampoco apareció sor Milagros ni alguna otra monja. El hecho resultaba tan inconcebible que no era necesario tener mucho juicio para percatarse de su anormalidad. Lo único que cabía pensar, ante tanto desentendimiento, es que las monjas confiaban a los mayores muchas de sus obligaciones por falta de tiempo o cualquier otra necesidad»

Aquello que rezaban allí antes de acostarse ni era oración ni lo parecía. Los santos se hubieran alborotado al escucharla. Todas las voces se confundían en un murmullo en el que no se entendía ni una palabra. Los mayores sin embargo le metían un puñetazo al que no cantaba aquella oración, que podía escalabrarse al darse con la cabeza en la pared; o bien un puntapié en donde les pillara. Por tal motivo, y al pasar aquellos mastodontes por delante de uno, el chapurreo se hacía más destacable, por temor a que pudieran apreciar que no rezaba.

Aquella oración tan larga y complicada no nos la enseñaron a nosotros los que estábamos recién venidos de la casa cuna y creo que tampoco a la mayoría de los internados que habitaban allí, pues casi todos ellos se la aprendieron en la forma que la sabían de escuchársela a los antiguos y estos seguramente de otras generaciones anteriores que ya hacía muchos años no vivían allí. Nosotros, los cuatro nuevos, acabábamos de hacer la primera comunión y era segurísimo que conocíamos y sabíamos de memoria las oraciones más corrientes, como el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo y otras más. Pero la citada oración, seguramente un rezo muy antiguo «en acción de gracias» a la hora de acostarse por el día vivido, era para nosotros completamente extraña. El caso era que los mayores que

íbans dando vueltas y pegando tampoco sabían la dichosa oración ni la canturreaban siquiera cuando se paseaban delante de nosotros. Ellos solamente se ocupaban de controlar a los demás, haciendo prevalecer su «pretexto» para maltratar a unos y a otros.

Hasta que punto no tendría yo miedo en aquellos momentos tras ver lo que hacían aquellos mayores y a pesar de confiar en que por ser nuevo y no haberme sido enseñada la oración no me pegarían, que cuando pasaba delante de mí uno de ellos, mi cuerpo se estremecía llegando a tiritar. Al mismo tiempo concentraba de tal manera la respiración que hubiera sido muy difícil escucharla. Este pánico podía apreciarse en la mayoría de los pequeños y de los medianos; cual no sería la forma de maltratar de aquellos indeseables.

«Tiempo más tarde, los cuatro nuevos, Fernando, Víctor, Cristóbal y yo, pudimos comprender que el famoso "pretexto" por el que los mayores maltrataban durante la extraña oración estaba también camuflado por la intención de algunos invertidos de someter a los pequeños a sus perversas pretensiones».

Lo más espantoso de aquella noche lo presenciamos sin embargo a continuación, una vez acabada la extraña y larga oración y dada la orden del mayor que hacía de encargado para que nos fuéramos a la cama. Antes de acostarnos íbamos al único wáter disponible por aquellas dependencias, formándose una enorme cola en espera de hacer las necesidades. Durante esos momentos varios mayores se llegaban adonde algunos pequeños, sacudiéndoles repentinamente y a bocajarro un par de tortazos o haciéndoles poner las manos con las palmas hacia arriba y golpeándoselas repetidas veces con un palo. Algunos pequeños se dirigían por el contrario a los mayores, diciendo al estar ante ellos: me tenía que presentar a tí por la noche..., así, en un tono, tan contundente y respetuoso que solamente hacia falta cuadrarse para que fuera militar. Había pequeños que tras haber cumplimentado tal presentación eran despachados por consideración con la frase: ¡anda, vete a la cama! Otros en cambio recibían un par de tortazos, golpes en las manos con un palo, o una tanda de correazos con un cinto de sujetar los pantalones. Aparte de la vileza y desconsideración de aquellos

mayores, todo esto era, como bien se sabía, un ajuste personal de cuentas con los pequeños por los inconvenientes y rivalidades que habían tenido con ellos durante el día, como por la antipatía y animadversión que ya de por sí sentían hacia los mismos.

En una de las esquinas, donde estaba situado un grupo pequeño, algo separado de los demás, la masacre era de tal índole, que los que veíamos por primera vez aquellas horribles brutalidades palidecíamos de temor. Allí dormían los «meones», llamados así, porque por las noches se orinaban en la cama. Unos y otros mayores se dirigían a ellos según iban terminando con la primera parte de aquella macabrosa operación. Después de que pasaba uno se presentaban otros, ya con correas o palos o con las manos vacías, maltratando una y otra vez a aquellos infelices. Los continuos sollozos y lamentosos ayes de éstos, mezclados con los golpes de los palos y de las correas, mostraban una imagen horrible y angustiosa. Y si alguno de los maltratados, tanto de los citados en primer como en segundo lugar, tenía el atrevimiento de revelarse o de hacer simplemente una vaga insinuación al comportamiento del mayor, podía llover entonces sobre él una auténtica tunda de palos que lo dejaban baldado.

Muchos de aquellos meones estaban tan habituados a orinarse en la cama que bien podía tratarse de una enuresis. En la mayoría de los casos sin embargo se podía creer que era el miedo lo que les hacía cometer tal micción; el miedo a que les pegaran otra vez, de la misma forma que lo estaban haciendo aquella noche, pues lo hacían de tal manera, que si mi amigo el lector hubiera presenciado aquellas salvajadas, no hubiera comprendido como era posible semejante atrocidad en plena civilización, si es que acaso a aquella gente se le podía considerar civilizada.

Aparte de todo esto los llamados meones contaban con otro castigo que cumplían de vez en cuando si continuaba la insistencia de orinarse en la cama. Este castigo parecía haber sido impuesto por las monjas y consistía en pasar unas cuantas horas de la noche en las guarreras junto a los cerdos. Pero aún a pesar de tener que aguantar olores irresistibles, todos ellos preferían ir allí, a tener que comparecer ante los mayores, ya que a

este lugar se los llevaban inmediatamente después de canturrear la complicada y larguísima oración en la antesala de los dormitorios.

Todos los citados atropellamientos de aquella noche en donde los chaqueteros ocurrieron en algo así como diez o quince minutos de tiempo; unos momentos antes de que en la puerta del dormitorio apareciera la madre de Fernando, nuestro compañero, que venía a ver a su hijo antes de que se durmiera, como hacía siempre en la casa cuna. Al entrar adentro todo el mundo se quedó mirando hacia ella como si nunca hubieran visto allí una mujer. Ello tampoco era corriente.

Cuando le indicaron donde se encontraba su hijo se dirigió a él, que dormía precisamente junto conmigo por falta de camas. Tras haberle hecho unas preguntas se despidió de él, dándole un beso en la frente, hecho que repitió también en mí.

Lucía, que así se llamaba la madre de Fernando, se había portado siempre muy bien con nosotros. Ella fue la que me lavó y me vistió aquel día que llegué por primera vez a la casa cuna.

–Qué orgulloso –pensé aquella noche–, debe sentirse Fernando teniendo aquí a su madre. Y más que nada, porque Lucía era una de esas madres que adoran inmensamente a sus hijos. Cuando estábamos en la casa cuna no pasábamos de una dependencia a otra o de la escuela al patio, sin que apareciera ella y se preocupara por la situación del momento de su hijo. Por tal motivo venía a verlo al dormitorio de los chaqueteros, aún después de no estar en la casa cuna, donde ella prestaba sus servicios y donde podía visitarlo con mayor facilidad. Sabía muy bien que su hijo allí la necesitaba aún mucho más, y que el cambio de la casa cuna a aquel otro lugar, donde había tantos hombres y tanto descontrol, era para él, que siempre estuvo a su lado, un golpe muy duro. Aquella noche fue sin embargo la única vez que Lucía se llegó al dormitorio de los chaqueteros. Tal vez, las monjas, que generalmente no se preocupaban absolutamente de nada, ni de lo que en realidad pudiera pasar en los dormitorios, debieron haberle prohibido llegarse a él.

Al día siguiente cambió el panorama por completo sin parecerse en nada al de la noche anterior. Ya desde el momento de levantarnos estaba

presente el celador. Para ir a misa, a la que acudíamos todas las mañanas, los mayores y el que había hecho de encargado ya no hacían de guardianes y formaban en fila como los demás; se colocaban incluso en primera posición. Tampoco en el comedor a la hora de desayunar mostraban aquel alarde de chulería y poder, paseándose de una punta a la otra. Allí estaba solamente Nicasio, el celador, que era el que mantenía el orden.

A mis tres compañeros y a mí, que llevábamos pocos días en aquella otra parte, el proceder de los mayores nos llamaba sorprendentemente la atención. En un principio nos parecían ser unos auténticos salvajes y seres viles sin pizca de conocimiento. En el fondo sin embargo nos dábamos cuenta de que eran verdaderos cobardes. En realidad no era el respeto a Nicasio, el celador, lo que les inducía a cambiar bruscamente de proceder, sino un miedo espantoso a que por cualquier causa los echaran de allí. El hecho de no valerse por si mismos para defenderse en la vida era lo que todavía les retenía en aquel lugar pese a la edad que tenían.

Algo que también nos llamaba inmensamente la atención a los cuatro nuevos, no solo en aquellos momentos en el comedor, sino en todas partes donde nos encontrábamos, era la poca, casi ninguna, asistencia de las monjas. Daba la sensación, ante este comportamiento, de que no tenían obligaciones para con nosotros, o que éstas, como ya se ha dicho antes, se las cedían al celador y a los mayores. Poco antes las habíamos visto a todas ellas en la iglesia, unas, distribuidas a uno y otro lado del pasillo central a lo largo de los bancos de las chicas y de los chicos, acopladas en sendas banquetas acolchadas con terciopelo rojo; otras, arriba en el palco, con las chicas que formaban el coro de canto, y otras últimas, mayormente de avanzada edad y depurada salud, en unos balconcillos que daban directamente a sus departamentos. Allí al comedor sin embargo no se llegó ninguna, pese a ser uno de los lugares donde más acudían. Por la mañana eran rarisimas las veces que se llegaban a él. Solamente algunas noches, y más que nada los almediodías, era cuando más solían acudir allí. Pero la vez que aparecían, tanto sor Milagros, como sor María Dolores, que eran las que más se ocupaban de nosotros, podía declararse nula su presencia. Al no estar siempre en contacto con nosotros no disponían de una condición

adecuada para enfrentarse a nuestros problemas. Por eso se ponían a veces muy nerviosas cuando unos y otros iban a reclamar a ellas que no tenían cubierto para comer o con cualquier otra pega, y ante el murmullo general y el aturdimiento que las abatía, gritaban enfurecidas: ¡Silencio!, lo que originaba que Nicasio, el celador, la emprendiera a palos con unos y otros sin razón alguna.

Y era verdad, algunos de los internados no tenían allí cubierto, teniéndose que buscar la vida para comer, ya fuera robándolo o pidiéndoselo prestado a otros compañeros después de que hubieran terminado ellos. Y si se tenía, había que marcarlo con unas señales y esconderlo muy bien en cualquier parte del comedor o entre los orificios de las patas de hierro de las mesas; o bien, y esto ya era más difícil, llevárselo consigo como hacían unos cuantos mayores. Esta situación sin embargo no perduró así eternamente. Más tarde, en una época que no puedo precisar con exactitud, se adoptó la norma de llevar todos los cubiertos junto al piloncillo que había en una de las esquinas del comedor, donde se lavaban juntamente con los platos.

Otro lugar donde se notaba mucho la falta de las monjas y que por la grave situación se hacía imprescindible su presencia eran los dormitorios. No digamos del patio, que con la obra y otros muchos cuchitriles era en donde más peligro corría nuestra vida y educación bajo la constante amenaza de los mayores. Las monjas por regla general solo se dedicaban al cuidado de la casa y de las chicas; es decir: al mando de los trabajos domésticos y al custodiamento de las chicas que vivían allí. Y esto último en particular se veía palpablemente que lo hacían de manera especial. Bien es verdad que las condiciones de que disponían para llevar la casa eran de los más miserable y que a estas se sumaban un sin fin más de dificultades a las que ellas no podían hacer frente. Pero aún así, todo ello no era una razón que explicara tal proceder de las monjas, que solo podía ser calificado de irresponsable.

Esta irresponsabilidad, y no solo de las monjas, sino de otras muchas personas con más o menos mando en la casa, era la causa principal de que el Hogar Provincial no marchara como debiera. La nota más destacable en él era el desorden y desconcierto que había en todas partes. Tanto en un

sitio como en otro, todo el mundo hacía prácticamente lo que le venía en gana, no ya solo con respecto a sus obligaciones, sino también a la vida de los internados. Esto se veía incluso en los talleres, en los que había bastantes empleados de la calle. Allí acudían muchos aprendices con vistas de prepararse profesionalmente, donde más que aprender, lo que hacían por desgracia era perder el tiempo. Y ello no por culpa desde luego de los aprendices, sino por la malísima disposición de aquellos tallerzuchos, como por la deficiente enseñanza. Los carpinteros se pasaban el tiempo enderezando clavos para usarlos otra vez, y haciendo recados a varios sitios. Otras veces tenían que transportar grandes tablones a cualquier parte a fuerza de hombros. Y cuando estaban aburridos por no tener que hacer, fabricaban alcancías que no iban a contener jamás un céntimo dentro, tablas y talas para jugar al tranco, o un palo bien liso y derecho para golpear, encargado especialmente por algún mayor. Los que trabajaban en la mecánica sufrían las mismas consecuencias. Así estaban todos más o menos, salvo los de la imprenta, que a pesar de tener como los demás talleres unas máquinas muy viejas e insuficiente cantidad y variedad de trabajo, solían aprender algo. Los panaderos contaban entonces con la ventaja de poder hacerse –no siempre desde luego ni declaradamente– con algún chusquillo de pan con el que matar el hambre. Junto con todo esto debían someterse en uno y otro taller a la voluntad de algunos empleados, que más que interesarse por la situación de los aprendices, se preocupaban por la suya propia y por sus asuntos particulares.

Un caso muy especial de los empleados en esto de imponer su voluntad, era Raimundo, el maestro de la música. En este lugar no se ingresaba siempre por mera voluntad, como solía ocurrir en los talleres, ni era necesario para ello haber cumplimentado el tiempo de escolaridad. Ello sucedía casi exclusivamente por cuenta propia y personal de Raimundo, que se esmeraba de forma especial por tener la academia llena de alumnos y prepararlos para la banda de música. Apenas pasaban algunos niños de la casa cuna a aquella parte, o venían nuevos de la calle, este hombre les hechaba el guante y les obligaba forzosamente a hacerse músicos, sin preguntarles tan siquiera si les gustaba la música y si querían formar parte

de la banda. Los pequeños en cambio, que no conocían las razones de este proceder, obedecían sin poner impedimentos como si se tratara de una actividad obligatoria impuesta por la casa. Y una vez que ya se estaba dentro del local de la música era casi imposible escapar a tal decisión.

Precisamente el mismo día de haber hecho nosotros el cambio a los chaqueteros, Raimundo se llevó para la música a Fernando, Víctor y Cristóbal. Para esto solo hacía falta mostrarse algo curioso por los alrededores de la academia y llamar la atención del maestro de música. Y sobre todo eso: tener cara de inteligente. Yo, quizás el más interesado en ello, venía asomándome todas las tardes a las ventanas de dicho local – pues por las mañanas lo impedía el celador, ya que para ello había que atravesar el patio de punta a punta y plantarse ante los departamentos de las monjas– escuchando como canturreaba todo el mundo las lecciones, al tiempo que movían las manos, o bien, soplaban en los instrumentos, practicando algunas marchas y pasodobles. Obsesionado me apoyaba en la tela metálica que resguardaba las ventanas como quien no ha visto nunca algo parecido. Y si he de decir verdad, el ambiente que reinaba en la academia, me atraía apasionadamente.

Cierta tarde de aquellas me dijo Cristóbal muy confiadamente desde una de las ventanas:

–Esto es muy fácil, mira: do, re, mi, fa, 1, 2, 3, y 4, sol, la, si do ...–cantó y contó acompasadamente, al tiempo que fijaba la vista en un método de música y movía el brazo derecho marcando los tiempos.

Por fin, una de aquellas veces de mi constante acercamiento a las ventanas, el maestro se apostó al otro lado y me preguntó:

–¿Tú qué quieres?

–Ser músico –le respondí.

La contestación que me dió, muy rara y nada habitual en él, me dejó completamente decepcionado y aturdido.

–Tú, eres muy feo. ¡Véte de aquí ! –me dijo.

A pesar de ello no cesé en mi insistencia de acudir todas las tardes a las ventanas de la academia, hasta que una de ellas me hizo entrar en el local. Sin hacer ninguna otra observación me indicó un sitio y me ordenó:

– ¡Ponte ahí a estudiar!

Para ello no me entregó un método con el que poder estudiar ni me asignó tampoco un compañero que me explicara y enseñara las primeras lecciones según hacían por no haber suficientes métodos. Esperando que ello ocurriera después me quedé sentado en el lugar que me indicó, junto a otro chico mayor que yo llamado Celestino, observando y escuchando a mi alrededor.

Al rato de estar dentro de aquel local, no tan atrayente como yo había pensado al principio, me arrepentí de haberme colocado en las ventanas, al ver la forma tan salvaje que tenía Raimundo de tratar a los discípulos. Al no saber uno de ellos la lección o equivocarse varias veces, le sacudía en las palmas de las manos con una vieja correa de sujetar el bombo, o le agarraba de las orejas forcejeándole fuertemente la cabeza.

Al día siguiente, entre aquel trajín de canto y de sonidos de instrumentos en el que cada discípulo cantaba o interpretaba una pieza diferente, surgió una voz diciendo:

–¡Domingo, te llama Raimundo a dar la lección!

Sorprendido me llegué junto al maestro, quien me hechó una corta y extraña mirada y retrocedió unas páginas en el método de solfeo que tenía por delante, colocado sobre un atril.

–¡Vamos! –dijo a continuación, alzando la mano por iniciarme en el compás–.

Desconcertado miré sorprendentemente al maestro. Pese a mi corta experiencia no salía de mi espasmo ante aquella extraña situación en la que, al igual que en el resto de la casa, todo solía hacerse a un estilo que muchos años después consideré como militar. Naturalmente que no sabía ni empezar el 1, 2, 3 y 4 ese que tan medidamente canturreado tanto se oía y que era el tema de la primera lección y por tanto la primera que se aprendía, y que según la bárbara manera de enseñar de aquel maestro, ya debía yo de saber. Pero, ¿cómo iba a saberlo, si ni siquiera me habían explicado lo que era una nota musical?

–¡Pon las manos! –me ordenó tras comprobar repetidas veces que no la sabía.

Con la citada correa del bombo me sacudió repetidas veces en cada palma de las manos que se me pusieron coloradas y me produjeron gran dolor.

Llorando me fuí de nuevo a mi sitio, al lado de Celestino, a quien le dió mucha pena de mí y empezó inmediatamente a enseñarme la lección primera.

Como un relámpago me vino a continuación la idea de escarpape de la música y de no aparecer más por allí. A esto me dijo Celestino que no se me ocurriera, que Raimundo tenía muy mala leche y me daría una paliza.

A pesar de ello yo me escapé, guiado tal vez por la engreida intuición de que al ser nuevo no sería lo mismo que si lo hacía uno que ya llevaba tiempo. A mí además parecía que no me tenía en mucha estima como futuro miembro de la banda, lo que también me animó a escaparme.

Según había predicho Celestino, al día siguiente, o al posterior, no recuerdo muy bien cual de ellos, Raimundo me propinó un palizón cuando me pilló escondido detrás de una de las columnas del cobertizo que daba a la iglesia. Sin contemplaciones me sacudió con la correa del bombo, de la que no se separaba ni un momento. Esta vez me dejó las manos amoratadas.

El comportamiento de Raimundo estaba reflejado sin duda en el temor a perder su puesto de trabajo. Lo único que a él le interesaba es que la banda de música siguiera adelante aunque fuera a costa de someter por la fuerza su voluntad a los pequeños. Era una postura desde luego muy comprensible, pues de haberse deshecho la banda, hubiera podido perder el puesto de trabajo. Aunque la banda de música no tuviera como otros talleres cierta misión de abastecimiento de la casa, necesitaba también de personal para su supervivencia. Por eso Raimundo se llevaba para la academia a todo aquel que le inspiraba confianza de poder ser buen músico, y si alguno se ponía tonto, lo mondaba a palos con su inseparable correa del bombo. A él no había quien le impidiera tal cosa. Pasaba igual que con los mayores, que hacían lo que querían, sin encontrar oponencia en ello.

Pero la forma de maltratar de Raimundo no podía compararse ni mucho menos a la de los mayores. Yo, y los tres compañeros que hicieron conmigo

el cambio a aquella otra parte, ya habíamos sufrido y aguantado bastantes veces esta experiencia, a pesar del poco tiempo que llevábamos en ella. A mí personalmente me hubiera sido muy difícil contar las ocasiones en que aquellos bárbaros, quizás por gusto o por el simple motivo de que aún no lo habían hecho, llegaron a maltratarme. Estos casos se iban intensificando y haciéndose más canallescros a medida que ya era conocido como los demás y no recaía sobre mí la excusa de haber venido recientemente de la casa cuna. No puedo asegurar con exactitud, pero casi diariamente, y algunos días hasta varias veces, era maltratado por unos y otros mayores, como también lo eran otros compañeros. Quienes maltrataban no eran sin embargo los más mayores, sino los más imbéciles e insensatos. No era el hecho de ser mayor lo que implicaba obrar de tan salvaje manera, sino el hecho de ser mayor y al mismo tiempo idiota. Estos eran los que por falta de inteligencia e iniciativa quedaban allí rezagados sin saber que hacer y los que precisamente por ser tontos e ignorantes perdían el tiempo tan villanamente en vez de ocuparse de su apurada situación. Estos eran también los que por regla general volvían otra vez al Hogar Provincial, tras cumplir la mili en la marina, en espera de poder colocarse allí.

Uno de estos cernícalos que más se ensañaba maltratándonos a los pequeños era Rufino Carvajal. Este hombrezuelo, que de hombre tampoco tenía nada por su cobardía y falta de experiencia, era de los que pasaban de veinte años y estaba a punto de que lo mandaran a la marina a cumplir el servicio militar. No pertenecía todavía a los que en aquellos entonces mandaban o hacían de encargado, pero sí de los que estaban en espera de poder llegar pronto a ello y de los que por tal ambición atropellaban cuando podían a los pequeños.

El motivo por el que el citado mayor solía maltratar, que era el mismo por el que casi siempre lo hacían los demás mayores, se debía precisamente al hecho de atender a esa responsabilidad que él mismo se imponía. Estaba tan sediento de poder, que cualquier insignificancia era más que suficiente para intentar consolidar su superioridad y respeto ante los pequeños. Claro, que esto solo lo hacía cuando su intromisión no desafiaba al poder de los

mayores que estaban por encima de él, como era por ejemplo en los dormitorios, cuando unos y otros empleaban su ya conocido terror.

Esta fué la razón y no otra, por la que el citado mayor se dirigió a mí cierto día por la tarde en que yo me hallaba merodeando por los basureros, adonde íbamos mucho los pequeños a buscar objetos para jugar. Él, venía por el camino que bordeaba el jardín que iba a dar a los lavaderos y a la panadería, y al verme, me ordenó en ese aire tan típicamente militar de los mayores:

–¡Eh tú, ven aquí!

En cuanto hube respondido a su pregunta de el por qué me encontraba allí, me sacudió un fuerte bofetón en cada mejilla advirtiéndome amenazadoramente:

–¡Qué sea la última vez que andas por aquí.

La única forma con que yo repliqué a tan villano proceder fue hechándole una odiosa mirada, a lo que él replicó dándome nuevos tortazos y puntapiés donde le pillaba.

En otra ocasión este mismo mayor me sacudió un puñetazo en el estómago al salir de la iglesia que casi me quitó la respiración. A continuación, y como quiera que yo me quedara rezagado agarrándome el estómago por el dolor, tiró de mí brutalmente hacía afuera por que las monjas no me vieran en semejante situación.

Aquello no terminó allí. Dentro del comedor, y cuando empezaba a recuperarme del golpe en el estómago, me dió varios guantazos que por poco me llegan a tumbar, llevado por el enojo de que la postura que yo había puesto en la iglesia al darme él el golpe, fue intencionada, para llamar la atención.

Como este Rufino había allí muchos otros que practicaban toda clase de abusos con los pequeños. Los más mayores, aquellos que ya habían cumplido el servicio militar y aún seguían allí, rara vez pegaban a un pequeño, bien por cierta compasión o incluso por vergüenza. El hecho de seguir allí a tan avanzada edad sin la decisión suficiente para enfrentarse a la vida y al mismo tiempo maltratar a los pequeños, era algo tan dispar y degradante, que debía ser para ellos motivo de cohibición. No así sin

embargo para aquellos otros cernícalos que usaban todo su valor, no ya simplemente para maltratar, sino para vencer la enorme vejez y el reparo que imponía el hacerlo a criaturas indefensas. Muchos pequeños en cambio procuraban sentirse seguros de todo atropello y hacían la pelotilla tanto a unos como a otros mayores. De ellos decían que eran los más fuertes, los que más podían, los que mejor jugaban al fútbol, etc.. Había veces que se hacían servir hasta de recaderos para intercambios de un simple juego de palabras entre tales mayores y algunas niñeras de la casa cuna. Pero la verdadera pelota se la hacían por lo general dándoles el pan de la comida o parte de él, y algunas cosillas de comer cuando las había especiales.

Además de esto existían otros motivos para disfrutar de la confianza de los mayores y no ser víctima de sus atropellos. Uno de ellos era el tener una hermana donde las chicas, sobre todo si esta era guapa o tenía un cuerpo bonito. Otro motivo, y esto solamente entre los homosexuales o "medio invertidos", era el de gustar físicamente a tales invertidos. Tanto por una cosa como por otra podía verse uno protegido por los mayores; por unos, porque andaban detrás de la hermana y creían que de esta forma tendrían más posibilidades de llegar a ella, y por otros, porque de aquella manera intencionada y precavida que usaban, pretendían conseguir más fácilmente sus perversas ambiciones. Chicos que tenían allí una hermana había unos cuantos, y los que eran perseguidos por los homosexuales eran tantos, que no se podrían contar.

Otra protección contra el abuso de los mayores, y que era quizás mucho más segura y efectiva que todas las citadas, era sin embargo la de tener allí la madre, como en el caso de Fernando. Esto se demostró de forma especial cierto día en que al mayor que hacía de encargado se le ocurrió pegarle a este chico.

A la mañana siguiente, al poco de salir del comedor, se armó por tal motivo una tremenda discusión junto a la puerta de la casa cuna, de la que fuimos testigos una gran espectáculo.

Javier Durán "El Teniente", que así se llamaba el citado mayor con mote y todo, era quizás el más viejo de todos los mayores del momento y de los que

pese a su avanzada edad aún seguía en la casa sin claras perspectivas de futuro. Desde hacía algún tiempo venía haciendo de mandón por las tardes, así como los domingos y días de fiesta., bien porque algún día se lo hubo mandado alguien y desde entonces continuó, o por la costumbre que ya había allí de ello, pues como ya se ha explicado, cuando un mayor abandonaba la casa, un otro asumía el cargo de forma automática. Así sucedió con "Tinín Hambrón" y Elías Morano. Pero Javier Durán era otra clase de mandón muy diferente a sus antecedores. Era muy bajito y delgadísimo, medio bizco y de un aspecto flojo y deprimente, y semejante fisonomía dejaba bien claro que el ejercer allí el poder no era solamente cuestión de edad y de corpulencia, sino también de antigüedad, y que los años llevados en el orfanato cuajaban al final respeto y autoridad. Por estas características más su acusado carácter, le impusieron el apelativo de "El Teniente". Su mayor distintivo, aparte del mote y de una ignorancia incalificable, era en cambio su eterna e insípida vanidad. Cual no sería ésta, que el día que se licenció de las milicias, con cierta vergüenza escrita en la cara, y con el petate verde hechado sobre el hombro, apareció en el patio levantando los brazos y emitiendo el enaltecido grito de: ¡Ya soy padre! ¡Ya soy padre!

El honor de Javier Durán como mandón y como hombre –y también como teniente–, y toda su envalentonada vanidad, quedaron sin embargo completamente envilecidos cuando Lucía, con una rabia incontenible, se plantó ante él la referida mañana, chillándole con palabras insultantes.

–¡Cobarde! ¡Cerdo! ¡Hijo de perra! ¡Con criaturas te atreves! –gritaba enérgicamente Lucía mientras agitaba nerviosamente los brazos en señal de amenaza–. (Palabras testuales todas estas, que aún no he olvidado y que dejaron en mí harta constancia del admirable proceder de Lucía). No le llamó «hijo de puta», no, sino hijo de perra.

Javier Durán permanecía sin decir palabra, desconcertado y medio avergonzado, ante la reprimenda que le estaba hechando la mujer. Parecía asustado, y tímidamente intentaba disculparse balbuciendo algunas palabras.

–Como vuelvas a tocar a mi hijo te rajo –seguía gritando la madre de Fernando, completamente excitada y amagando con los brazos a Javier–. Su estado, irritado al máximo, adquirió el aspecto de una verdadera fiera; algo así como una leona que defiende desesperadamente a su cachorro.

–Y esto vá también por vosotros –añadió después, señalando a los mayores que se encontraban por allí cerca.

Y vaya si lo hacía, pues si hay mujeres lo suficientemente fuertes para poder contra un hombre, Lucía era una de ellas. Su corpulencia y temperamento podían deshacer a pedazos al renacuajo de Javier, que con su bajísima estatura y su desfachante personalidad, no era más que un monigote.

Fernando tuvo la suerte de tener su madre allí y de que esta decidió sacarlo de aquel odioso lugar, llevada sin lugar a dudas por el citado incidente y porque la vida de su hijo allí, al igual que la nuestra, sería una calamidad. Al poco tiempo, un par de meses acaso, salía Fernando con su madre del hospicio para no volver jamás a él.

Aquel día fue inmensamente feliz para mí. Creo que la alegría de Fernando por abandonar aquel odiable refugio repercutió en muchos de nosotros, que participamos de su felicidad como si de la nuestra se tratara. Para mí en especial fue motivo de envidia al mismo tiempo, deseando ansiosamente que mi madre hiciera otro tanto por mí. Solo el hecho de poder forjarme tal ilusión, que era una dicha muy singular entre todos los internados que vivíamos allí, excitó en mí grandes esperanzas de seguir el mismo camino y dejar pronto aquella condenada casa.

«Sería al año aproximadamente cuando vino Lucia de visita y nos habló de Fernando, que se encontraba en El Escorial, donde por mediación de ciertas relaciones familiares, lo había puesto a estudiar.

Al ver a Javier Durán solamente le dirigió una mirada de desprecio, dándole a entender que debería darle vergüenza de seguir todavía en aquel lugar sin atreverse a abandonarlo por temor a tener que enfrentarse a la vida. Esta acción fue una especie de bofetada para el mayor, quien no había aprendido la lección que le diera la mujer, y aún seguía maltratándonos ignorantemente a los pequeños».

Lo extraño del caso de Fernando a pesar de haber sido algo especial y de que armó cierto revuelo es que ni las monjas ni ninguna otra persona responsable del Hogar Provincial mostraron reacción contra el modo de proceder de los mayores. No se supo si Lucía se lo comunicó a alguna monja o persona con autoridad, aunque el abuso y maltrato de los mayores era tan relevante, que no hacía falta contárselo a nadie para que tuvieran conocimiento de ello. Además, ¿que despotismo y extralimitación se puede ignorar de la mutua convivencia de niños y hombres, en la que no solo no rige ningún orden ni ninguna clase de separación entre unos y otros, como ocurría allí, sino que tampoco existe una dirección que imponga autoridad y respeto en la vida de los internados?

El hecho de no haber intervenido en contra de la tiranía de los mayores no demuestra por lo tanto que se hubiera tenido ignorancia de su existencia, sino haber fracasado ante el deseo de combatirla, o no haberla combatido tan siquiera. Y esto último, es lo que más bien pareció ser el motivo de aquella inacción, pues no solamente no se procuraba que los pequeños estuviéramos separados y protegidos de los mayores, sino que tampoco se hacía distinción en esto entre otra clase de personas mucho más delicadas y que también vivían allí conjuntamente con nosotros. Estos eran los «mudos», llamados así por todos nosotros, porque no podían oír ni hablar.

Este grupo de minusválidos serían unos treinta, un número bastante alto en comparación con el nuestro, que venía a ser de unos ochenta.. Nosotros los nombrábamos por números: mudo número ocho, número diez, etc., que era la numeración que tenían con respecto a la distribución de ropas, como también la teníamos nosotros. Cuando departíamos personalmente con ellos procurábamos sin embargo silabear marcadamente sus verdaderos nombres, porque de lo contrario se enfadaban. Todo era común entre ellos y nosotros. Comíamos juntos, estábamos juntos en el patio, dormíamos en los mismos dormitorios...La única diferencia, claro estaba, es que asistían a otra escuela. A los sordomudos tampoco les faltaba un mote como teníamos casi todos nosotros, tan típicos e ingeniosamente escogidos y que pasaban muy bien con los apodados, como: hambrón, porque era un tragón; trápala, por embustero; fanfarrón, por dárselas de listo; lentejas, por tener pecas en la

cara; majarino, por ser un poco frenético; camello, por tener algo de chepa; hoyo, por tener hundidos los mofletes, y un incontable número de apelativos más con los que se podía formar una sociedad de apodados.

Algo muy notable en los sordomudos era la sólida y consistente unión que tenían entre sí. La dificultad de no poder oír ni hablar unió aún más sus sentimientos haciendo de ellos un bloque inquebrantable con fuerzas suficientes para resistir toda clase de pruebas que la vida en aquel condenado orfanato pudiera presentarles. Rara vez se les veía pegarse entre ellos, y si se daba la circunstancia, intercedían sus mayores normalizando rápidamente la situación. Por el contrario, participaban en toda bronca o pelea que llevara por objetivo la defensa de un compañero; estas tomaban a veces tal dimensión, que se veían todos implicados en ellas.

Precisamente los sordomudos, a pesar de su invalidez, eran los más destacables entre los internados y quienes más bullicio hacían, convirtiendo a veces el patio en una especie de campo de batalla cuando jugaban al fútbol o cuando en una de sus acostumbradas correrías perseguían indignados a un mayor de los nuestros. La carrera en este caso era tan espontánea y explosiva, que parecían pájaros espantados. Los ruidos de sus pisadas se mezclaban en un gran alboroto con el inconfundible clamor de sus chillidos. Esta forma tan peculiar de reaccionar de los sordomudos era capaz de volver loco a cualquiera. Sus desagradables gritos, tan agudos como desafinados, penetraban en los oídos como el desgarrante sonido que produce el diamante al deslizarse por el cristal, y todo en conjunto daba la semejanza, si la comparación lo permite, a las arremetidas de las tribus indias en sus ataques en la lucha, según las muestran en el cine.

En general tenían los sordomudos una manera de comportarse muy personal e incluso mucho más sensata e inteligente que nosotros. Su gran espíritu de compañerismo; la fuerte unión entre sí, y la fidelidad de los unos para con los otros, eran el mejor ejemplo a seguir para librarse de la tiranía de los mayores y para sobrellevar mejor la pobre y dificultosa vida que allí llevábamos. Sin embargo, esta maravillosa lección de los sordomudos no supimos aprenderla nosotros nunca.

Según decían, a los sordomudos los habían llevado al Hogar Provincial porque allí iban a instalar un centro especial para sordomudos. De verídico en esto no hubo nada, salvo que sor María de la Concepción, una monja del departamento de las chicas, estuvo una temporada dándoles unas clases especiales con unos aparatos que habían traído para ellos. Lo que sí fue cierto, es que años más tarde fueron trasladados a Zaragoza.

A decir verdad, la falta de un adecuado reglamento en el internado, tanto para los sordomudos como para nosotros, se debía en parte también a la situación en que se encontraba la casa, que era una verdadera ruina y no tenía suficiente capacidad para acoger a tanto gentío como había allí metido. Sus pisos y pabellones eran tan viejísimos que daba la sensación de que cualquier día se iban a hundir. Por tal motivo eran cambiadas las dependencias muy a menudo de lugar, algunas veces de manera circunstancial y otras, la mayoría de ellas, por una larga temporada o definitivamente. En algunas ocasiones se trasladaban a la obra, que seguía como siempre parada, y que era menester la terminaran de una vez, pues de continuar así, la casa antigua podría llegar a convertirse en sepultura de todos los que vivíamos allí. Las dependencias que más sufrían este continuo cambio de lugar eran sin embargo los dormitorios y el comedor, que habían estado ya en tantas partes, que sería difícil recordarlas. Otras de estas dependencias eran la zapatería y la sastrería, que en aquellos momentos se encontraban en el edificio situado en el centro del patio, y adonde iría a parar pronto y por segunda vez la academia de música. Cerca de allí había unos váteres sin agua como los que quizás no se encontrarían en todo el territorio. Al lado de estos y de manera provisional se hallaban las guarreras, que también desaparecerían pronto de allí, para volver al lugar donde estuvieron antes, que entretanto estaba siendo renovado y ampliado. En otra parte, junto a la cocinilla y los basureros, estaban construyendo un edificio que según decían iba a ser el nuevo depósito de cadáveres, o cuarto de los muertos, como lo llamaban allí, y que antes de esto resultó ser una escuela. El viejo, en el que me metió a mí la Guillermina cuando yo me encontraba en la casa cuna, lo habían derribado, aprovechándose mientras tanto para este

fin un recodo de terreno de unos pocos metros cuadrados entre el final de la obra y la tapia que dividía nuestro patio de la calle.

Y en consecuencia de este quitar y poner a veces quitaban hasta los wáteres que teníamos en el patio. Y esto ocurría también con bastante frecuencia debido a que se atascaban, haciéndose su uso insoportable. Por tal motivo inutilizaban su servicio quitando la puerta, si la había, y colocando en la abertura una muralla de ladrillos.

Mientras tanto, y hasta que repararan los retretes o pusieran otros a nuestra disposición para el tiempo que andubiéramos en el patio, teníamos que buscar donde fuera la manera más segura y discreta para hacer las necesidades, costumbre esta, que ya veníamos cogiendo al encontrarse los mismos imposibles para su uso. Las monjas, como las demás personas responsables del orfanato, no se hacían cargo de esta dificultosa situación, dejándola transcurrir como si no existiera. Ni siquiera se ocupaban de indicarnos un servicio provisional entre los disponibles de la casa. De esta forma solo por las noches podíamos hacer las necesidades, y ello en un pequeño water próximo a los dormitorios y tras pedirle permiso al mayor de turno que, como ocurría en todas partes, también hacía constancia de su poder en este otro asunto. Pero durante el día no teníamos donde, salvo los mayores y los que aprendían un oficio, que contaban con los servicios de los talleres. Así que, cuando estábamos en el patio y sentíamos el deseo de hacer necesidades, nos escondíamos para ello detrás de la caseta que había junto a las vigas del depósito, procurando temerosamente que no nos viera nadie y sobre todo Nicasio, el celador, pues de lo contrario nos podíamos preparar; o bien: aprovechábamos un momento en que éste andubiera atareado por cualquier parte de la casa para meternos en la obra y buscar un rincón donde satisfacerlas.

A nosotros, acostumbrados a vivir con toda clase de dificultades, estos contratiempos no nos desplazaban a ninguna situación alarmante. Pero aún así aquella forma tan impropia de tener que hacer las necesidades infundía en nosotros una vergüenza enorme, percibiendo incluso la sensación de que aquello que hacíamos, (aún sin tener otro remedio), era propio de salvajes. En consecuencia de tal proceder el rincón y los alrededores del depósito,

como también el amplio recodo detrás de la casa vieja que daba por fuera a la pared de la iglesia, se convertían en poco tiempo en el más indignante y asqueroso lugar. En el interior de la obra no había en tales épocas un departamento o recodo que no se encontrara igualmente afectado. A todas horas podía apreciarse la concurrencia de unos cuantos internados, satisfaciendo irremediamente sus necesidades por estos lugares.

Lo peor de esta embarazosa situación, que a veces llegaba a sacar de quicio, era la pasmosa curiosidad de muchos observadores, sobre todo de los más pequeños, que a veces merodeaban por aquellos contornos sin retirarse ni sentirse asqueados. Ello se hacía tan normal que no llamaba apenas la atención.

Una mañana sin embargo de aquellos tiempos sin wáteres la situación nos mostró una de sus más graves circunstancias. Nos encontrábamos unos cuantos junto a la caseta del depósito, cuando gritó un compañero:

—¡Chicos, mirad el Instantino!

Este crío, cuyo nombre no me viene ahora a la memoria, era el más pequeño de los internados en aquella precisa época. Había venido hacía muy poco tiempo directamente de la calle junto con un hermano suyo algo mayor que él. Por su edad, que quizás no llegara a los ocho años, debería estar más bien en la casa cuna, pero por ser esa más o menos la edad en que solían hacer el cambio de aquella parte a la nuestra, tal vez no lo ingresaron allí. Esta criatura padecía una enfermedad intestinal, de ahí el apodo que le impusieron.

Cuando los que estábamos por aquellos alrededores de la caseta y el aljibe miramos hacia él, que se encontraba agachadito y muy intimidado haciendo sus necesidades, quedó sobrecogido y abrumado como un animalito acorralado. Meneando continuamente la cabeza en todas direcciones rehuía las miradas como si intentara ocultar algo.

Del ano, le pendía un trozo de tripa.

Pronto llamaron a su hermano que se encontraba por aquellas inmediaciones, quien sin cortedad ninguna, y ante la mirada sorprendente de los que nos encontrábamos allí, se la volvió a introducir con el dedo.

Esta situación, aparte de ser muy repugnante e incivilizada, era al mismo tiempo una de las más apuradas y angustiosas que se vivían en el Hogar provincial. El querer ser discreto en la realización de tan imprescindible necesidad, y ser por el contrario objeto de la más descarada observación, era una aplastante y vergonzosa humillación. Y aunque pareciera increíble había muchos chicos que preferían esta situación porque así se libraban de limpiar los repulsivos retretes que era otra de las innumerables formas con que los mayores imponían su poder. En vez de pegar o mandar presentarse a ellos a la hora de acostarse, decían en un tono autoritario y militar:

–¡En media hora, teneis que desatascar y limpiar los wáteres!

De fácil no tenía nada este trabajo, y ello debía de hacerse sin una pizca de agua, que era la causa principal por lo que se hacían inservibles y los eliminaban. Por tal razón quizás fuera más conveniente recibir un par de tortazos que realizar semejante faena.

Esta circunstancia, no la de limpiar los wáteres, sino la carencia de agua, era una de las cosas que más agravaban la situación y la vida en el orfanato. Su falta resultaba a veces tan llamativa como el desorden y la mala organización. En verano, debido a la fuerte sequía que azotaba la región, ello llegaba a ser desesperante de verdad. Tanto era, que el agua se racionaba estrictamente, y en todas partes se notaba una tremenda escasez. Entonces esta se vendía por las calles, en los parques y en el cine, a perra gorda el trago, y se formaban colas en las fuentes de la ciudad al ser conectado su paso. Y allí en el Hogar Provincial, (cuyo nombre suena a reforma tras haber sido un hospicio), sufríamos los internados, no siempre por causa de la escasez, las calamidades que en tales circunstancias produce la sed.

Más que nadie quienes más padecíamos bajo esta lamentable situación éramos los pequeños, que como pasaba en todo, estábamos en desventaja frente a las demás personas de la casa, incluidos los cuneros. Y el caso era que en el patio había un grifo a nuestra disposición, pero en él solo podíamos beber durante el poco tiempo que corría el agua. En los talleres y demás dependencias, aparte de los respectivos grifos, tenían sendos y hermosos botijos. A pesar de ello, en estos sitios también se hacía sentir la

sed en los días de calor y sequía, ya que estos recipientes solo podían llenarse cuando el agua estaba dada. De todas formas los botijos se llenaban, y aunque la mayor parte del tiempo estuvieran vacíos, la necesidad de beber en estos lugares no llegaba a ser tan alarmante. En cambio para nosotros los pequeños, que no teníamos tal posibilidad, era diferente; y mucho más, durante los tres meses de verano que duraban las vacaciones de la escuela, en que el único sitio en que podíamos estar era el patio y bajo el sol.

Así es, que cuando nos encontrábamos en el patio y teníamos sed, andábamos merodeando por los alrededores del grifo esperando el momento que conectaran el agua. Y si se daba la circunstancia de que en aquellos momentos fluía agua, entonces se oía un tremendo grito: ¡chicos, cae agua!, y allá que nos lanzábamos todos como animales, poniéndonos en cola para beber según íbamos llegando. Esta casualidad no coincidía siempre ya que cuando daban el agua era por espacio de muy poco tiempo y a una hora que nosotros no conocíamos. Ello no iba solamente con la escasez y las reservas de agua de la ciudad, sino mayormente con las de la casa, pues el paso de agua que daban oficialmente en la ciudad, estaba interceptado por el orfanato. Así era que cuando fluía agua, era cosa de la casa y no de la ciudad. Algunos días, la mayoría, la daban una o varias veces por escaso tiempo, a veces minutos, y otros, permanecía cortada el día entero. En estos días pasábamos una sed tan agobiante que andábamos por todas partes buscando donde beber. Donde más lo intentábamos era en la cocina, apostándonos en los poyetes de las ventanas y pidiéndonosela a las mujeres que allí trabajaban, de una forma espontánea y suplicante, como quien pide que le perdonen la vida. También íbamos a los locales de la despensa cuando esta se encontraba abierta, a los lavaderos, e incluso a las guarreras. En última instancia, y si en los citados lugares no encontrábamos agua que beber, nos metíamos en el jardín y absorbíamos de los pitorros de riego, igual que hacíamos en el grifo de nuestro patio cuando no había agua, o bien, nos íbamos a hacer lo mismo al que había donde las tuberías del depósito, junto al aljibe. Este lugar, destinado para guardar el agua de la casa, era precisamente el que más vacío estaba durante los meses de

verano, y solo cuando de manera extraordinaria se le hacían unas infiltraciones, era cuando contenía agua dentro. Estas infiltraciones eran traídas directamente en unos camiones cisternas del Pantano de Gasset, de Fernancaballero, uno de los mayores de la provincia y que también todos los veranos sufría grandes pérdidas en sus reservas de agua por razón de la sequía. Recuerdo muy bien que en tales días se formaban verdaderos barullos por beber agua directamente del camión cisterna, pues a pesar de tan esplendorosa remesa de agua, nuestra situación no cambiaba en absoluto con respecto a la sed. Así sucedió cierta tarde, cuyas particularidades no quiero dejar de contar.

Ya en el mismo momento en que el camión cisterna cruzara el patio y se apostaba junto a la caseta del depósito, y antes de que comenzaran con la infiltración, estábamos todos listos y colocados a uno de sus lados. Mientras el conductor, ayudado por Aurelio, el Pipa, preparaba la conexión, la aglomeración empujaba y se peleaba por situarse junto a la palanca de paso. A correazos, intentaba el empleado disolver el amotinamiento, que se agolpaba desesperadamente junto al camión. Se notaba que los mayores y el que hacía de encargado no estaban allí presentes en aquellos momentos. Hubiera bastado una sola orden de uno de ellos para que todos nos hubiéramos retirado del camión. Pero al encontrarse estos en los talleres, no había quien fuera capaz de ello; ni siquiera el enchufado de el Pipa, con sus voces y correazos. Algunos, entre los más mayorcitos, se encaraban incluso con él; otros, la empleaban a golpes contra quienes les disputaban colocarse junto a la palanca de paso, y cada cual, miraba la forma de situarse en el lugar conveniente para poder beber agua.

«Al mismo tiempo aquella situación hubiera sido muy fácil de solucionar. Hubiera bastado que Aurelio y el conductor nos hubieran dado de beber hasta saciarnos, pues tanta agua no íbamos a consumir en ello. Ellos sin embargo no llegaron a tener tal ocurrencia, o tal vez no obraron así por disposición de la casa».

Una vez acabado todo y girada la palanca para la colación, comenzó a brotar por la junta del grifo un chorro considerable de agua. En el desesperado intento por colocarse bajo el chorro cristallino tiraban

brutalmente unos de otros por temor a quedarse sin beber. Los demás, los más pequeños, permanecíamos con la mirada clavada en el chorro, contemplando tristemente como el sabroso y ansiado líquido se desperdiciaba inútilmente desparramándose por los suelos.

Hubo ocasiones en aquellas donaciones de agua que el camión cisterna hechaba varios viajes hasta llenar por completo el depósito y el aljibe. Entonces, y una vez acabado todo, se corría a un lado la piedra rectangular que hacía de tapadera, y con botes y latas primero, y con la ayuda de cuerdas y alambres después, cogíamos agua para beber hasta que esta iba consumiéndose y se alejaba de nuestro alcance. Aún así, nuestra posibilidad de beber agua de aquella extraña manera era circunstancial, ya que a los pocos días el aljibe quedaba de nuevo vacío. Además, algunos mayores también se anteponían con su poder a ello, a pesar de ser ellos mismos los primeros en quitar la piedra para beber agua.

La irresponsabilidad y despreocupación de las personas con más o menos mando en el orfanato no podían ser mayores ante estas circunstancias. A pesar de conocerse las enormes dificultades que pasábamos nadie en absoluto intentaba hacer algo por remediarlo. Daba la sensación de que no advertían la extremada situación que se vivía, ni percibían los momentos de sed angustiosa que nosotros vivíamos, sobre todo los más pequeños. Aún en la cocina, y pese a que se llenaran todos los perolos que tenían a disposición, apenas llegaba el agua para hacer la comida. Tampoco aquí parecía haber alguien que se interesara por conseguir otros cacharros para acumular más agua cuando fuera dada y de esta forma mejorar algo la situación de todos en general. Era verdad, eso sí, que la escasez de agua no podía ser muchas veces más desesperante y hacía el mantenimiento de la casa mucho más dificultoso. Pero si se hubiera llevado una buena administración de tan apreciable líquido, y se hubiera prestado más atención a la preocupante situación que vivíamos, la gravedad hubiera sido menos seria en lo que respecta a la necesidad de beber. Lo más sorprendente sin embargo es que a pesar de tan apuradas circunstancias se hacían otros aprovechamientos con el agua de mucha menos necesidad que el beber. Uno de ellos era regar el inmenso jardín, sobre el que crecía un gran número

de árboles y plantas. De ello se encargaba Hilario, otro «medio empleado» más de la casa, hermano de el Pipa, y que al igual que este también había sido internado de la misma, o bien alguno de los mayores, mandados probablemente por las monjas, a quienes les gustaba tenerlo siempre limpio y lujoso como una patena. Y con toda verdad podía decirse que este lugar era el único de toda la casa por el que daba gusto pasar. Sobre todo en los meses de Abril y Mayo había tal colorido y perfume de flores, que el agua que se derrochaba en él parecía estar en ello justificada.

Donde no estaba justificado el derroche de agua era sin embargo en la famosa «huerta de Octavio», algo muy especial en lo que estaban implicados los mayores. Este huerto, de unos ochenta metros cuadrados de extensión aproximadamente, era arreglado de forma tradicional todos los años por unos cuantos mayores. Estaba siempre tan bien cuidado y lustroso que parecía ser una pertenencia más de la casa. Ello en cambio no era así y su existencia se debía a la pura y personal invención de los mayores. Era otra de las cosas que hacían por su propia voluntad y sin ninguna autorización por parte de las monjas u otra autoridad del orfanato. Al principio fue más que nada un jobi para su fundador, el tal Octavio, y para otros más, que parecían amar de forma especial la siembra y las labores del campo. Luego más tarde se convirtió sin embargo en algo necesario para sus sucesores, que la siguieron arreglando y la añadieron incluso más terreno hasta triplicar su extensión. Nada extraño este proceder, pues allí sembraban melones y sandías, girasoles, chufas, tomates, pepinos y lechugas y gran números de cosas más que allí en la casa no llegaban a probarse.

Y no digamos nada de lo que algunos pequeños pasábamos regando aquel dichoso huertecito. Para ello nos cogían a unos cuantos, y a base de latas viejas y un par de cubos rotos, teníamos que transportar agua del grifo, que se encontraba a unos ochenta metros de distancia. Debido a que el agua, como ya se ha dicho, solían darla muchas veces, –el día que la daban– unos minutos nada más, teníamos que correr a la velocidad del rayo para acarrear la mayor cantidad posible, y ello con gran cuidado de no derramar mucha. De no ser así, uno de aquellos mayores nos sacudía un

par de guantazos al llegar al huerto. Y si el agua la cortaban antes de que hubieran regado la tierra con suficiencia, como ocurría con frecuencia, entonces nos ponían de rodillas allí mismo por enojo, después de habernos pegado un par de tortazos o un puntapié en cualquier parte del cuerpo.

Y aquí en esto si que se notaba de forma clara la irresponsabilidad y el abandono de la autoridad del Hogar provincial, no solo por el hecho de rehuir la responsabilidad a que estaban sumidos y ceder la libertad a los mayores de hacer lo que quisieran y maltratar a los pequeños, sino en igual medida, por permitir a aquellos semejante consumo de agua, en una época en que esta tanto escaseaba. Ante esta incapacidad no cabía disculpa alguna de no haber visto ni advertido los hechos, pues estos, (como otros de la misma índole), tenía lugar en pleno patio abierta y claramente como todo lo que en él acontecía. Lo que si podía decirse ante tal comportamiento, sinceramente y sin llegar a equivocarse, es que la necesidad que pasábamos de beber no se debía exclusivamente a la falta de agua, sino mucho más a la falta de una buena administración y responsabilidad. Esto era una gran verdad que se apreciaba en el patio y en todas partes y de manera especial en el comedor donde el agua era tan necesaria como en el patio y nuestra sed por el contrario igualmente calamitosa. En este lugar sucedía lo que en la cocina, que no había suficientes cacharros para coger agua. Tan solo cuatro o cinco jarras de aluminio se hallaban distribuidas entre las mesas, todas ellas completamente rayadas y llenas de bollos. Los vasos, también de aluminio, no sobrepasarían la docena, todos ellos con las mismas marcas de las jarras. Al igual que las ropas, estos objetos tenían marcado un número en su parte posterior, lo que indicaba que algún día había pertenecido uno de ellos a cada internado.

Estando lo que podíamos llamar casi sedientos pasábamos al comedor más que nada con la esperanza de encontrar agua en las jarras para beber. La comida era lo de menos en aquellas circunstancias, pues a veces, a pesar del hambre que allí generalmente se pasaba, nos costaba verdadero trabajo comer por la sed que teníamos. Cuando hallábamos agua en las jarras, que podíamos considerarlo como un auténtico milagro, se formaban barullos y peleas por beber, interviniendo el celador –si aún estaba de

servicio—, o bien los mayores en su forma habitual. No se puede decir que alguien de las personas responsables del orfanato, o las monjas mismamente, denominadas «hijas de la caridad», se hubieran preocupado de procurarnos agua en aquellas ocasiones o de haber hecho llenar, al menos durante los meses de verano, las pocas jarras que había en el comedor. Ni siquiera cuando bajaban a este y advertían nuestra necesidad, mandaban ir por agua adonde pudiera haberla, para que al menos durante las comidas no nos faltara de beber.

Una excepción sobre este particular fue sin embargo sor María Teresa, una monja ya muy mayor y fuera de servicio, que uno de los veranos, a la hora precisa de irnos a dormir, mandaba colocar varios cubos de agua en la terraza, junto a los dormitorios, que ella misma llenaba o hacía llenar durante el día. Aunque este hecho se dió años después, la buena de sor María Teresa se había dado cuenta no obstante de la situación que vivíamos y no dudó en socorrernos. En realidad no era necesario fijarse mucho ni hacer grandes investigaciones para advertir las necesidades que pasábamos y que podían ser remediadas. Para ello solamente hacía falta más responsabilidad en el cumplimiento de las obligaciones, no interesarse exclusivamente por lo más concerniente y cercano a uno, tener buen corazón, y una buena voluntad.

Quizás lleváramos muchas horas sin beber cuando nos daban los cubos de agua de sor María Teresa, tal vez desde la mañana cuando habíamos tomado la leche en polvo del desayuno. Unas veces era más largo este periodo de sed y angustia que otros, y todo ello bajo un calor asfixiante que muchos días rondaba los cuarenta grados. Cual no sería en realidad nuestra sed, que pese a que el agua estuviera temperada con el calor, metíamos uno a uno los morros en el borde del cubo de cinc, bebiendo largamente hasta llenar la barriga.

Por desgracia no siempre habíamos contado con los cubos de agua de la buena de sor María Teresa. En épocas anteriores, que son las que aquí se tratan, marchábamos a dormir sin más, después de haber pasado un día de una sed bárbara. Por tales fechas intentábamos beber agua en el grifo que había instalado en la terraza del dormitorio, pero por las noches era muy raro

que estuviera dada. Además, el mayor que hacía de encargado se anteponía a ello cuando queríamos acercarnos a él antes de dirigirnos a la cama, pues en aquellos momentos quienes mandaban allí, como ya se ha dado a conocer, eran los mayores.

–¡Que nadie vaya al grifo! –decía el mayor de turno dando un grito.

De esta forma teníamos que pedirle permiso como si se tratara de un alto jefe o de un hombre con mucho poder y responsabilidad a su cargo y como si fuera suyo el grifo y el agua que de él pudiera fluir. Y para consolidar aún más el respeto que casi todos le teníamos, o mejor dicho, el miedo, añadía otras veces:

–¡Y que a nadie se le ocurra pedirme permiso!

Esto no iba naturalmente por los más mayores, quienes se llegaban al grifo si se les antojaba, sin importarles nada lo que el mandón ordenara. Algunos hacían incluso esta operación intencionadamente para desafiarle y demostrar ante los demás que no le tenían miedo. Además, qué miedo le iban a tener, si algunos de ellos se codeaban con él en el mandar y el maltratar.

Nosotros los pequeños y medianos en cambio no éramos capaces de desobedecer la orden del mandón y nos íbamos directamente a la cama con una sed a veces realmente desesperante. Nuestro temor a que nos maltrataran era tan inmenso, que aún aunque supiéramos que había agua, no nos acercábamos al grifo.

Pero a decir verdad, el proceder del mandón no era en realidad la causa principal de que por las noches no llegáramos a beber agua, al menos, antes de dormirnos. Su orden no era más que una intimidación eventual y solo tenía eficacia en el momento. Luego más tarde, y una vez que él y los demás mayores habían terminado con sus bárbaros atropellamientos a los pequeños y todos ellos se habían acostado y dormían, nos levantábamos con cuidado de la cama como para ir al water y nos dirigíamos al grifo, hartos de luchar ya contra el tiempo y la sed. Si no caía agua, como era lo corriente, metíamos este dentro de la boca y absorbíamos fuertemente para hacer llegar alguna poca que pudiera estar atascada en las cañerías. Hasta la media noche eran muchos los que acudían al grifo, a veces entre sueño y

sueño, para intentar beber por este procedimiento, pero solo los primeros que llegaban al grifo y hacían tal operación, solían tener algo de suerte. El resto en cambio malgastábamos inútilmente nuestras fuerzas absorbiendo en el grifo hasta consumir nuestra paciencia. Al final no nos quedaba otro remedio que volver a acostarnos y esperar a que el cansancio venciera nuestra sed y pudiéramos dormirnos.

Aquellos momentos eran de verdad uno de los más angustiosos que vivíamos en el orfanato. Ni las palizas de los mayores ni nada de lo que padecíamos en aquella perra vida podía compararse a las fatigas que nos hacía pasar la sed. Tanto era, que a veces teníamos los labios secos y agrietados, y para sofocar la sed, humedecíamos los labios con saliva y aspirábamos fuertemente con la boca abierta refrigerando así un poco la garganta. «experiencia esta que no era personal mía, sino de muchos compañeros». Y mientras esperábamos dormirnos, cosa que nos costaba mucho trabajo a pesar de estar cansados, deseábamos ansiosamente que llegara la mañana siguiente para beber agua en los lavabos a la hora de lavarnos. Ello sin embargo no era tampoco muy seguro, debido a la consiguiente circunstancia de que tal vez tampoco había agua, no obstante de que por las mañanas la sed no resultaba tan agobiante como por las noches antes de dormirse. Entonces nos quedábamos también sin asearnos, que era otra de las necesidades que de igual forma se veían afectadas por la escasez de agua. Aún a aquellas horas recién levantados eran contados los días que nos podíamos lavar en tales épocas de verano, e incluso en otro tiempo. «¡No cae agua!», era la contraseña. Y cuando había agua y nos lavábamos, la cosa no tenía nada de gracia, ya que tampoco teníamos con que secarnos. Mas el caso es que había algunas toallas, tres o cuatro, o quizás alguna más, colgadas de unos ganchos ajustados a una de las paredes. Además que eran auténticas, de ese paño fibroso y especial, cuya rareza tanto nos gustaba acariciar y tener en las manos. Pero si nos acercábamos a ellas con intención de secarnos, se anteponía a ello la voluntad de los mayores, quienes ostentaban su derecho como si fueran personalmente de ellos. Así, que, a excepción de algunas escasas mañanas, andábamos a todas partes con la suciedad a cuestas,

empalmando a veces un día con otro sin lavarnos, hasta llegar el sábado, día de aseo general. Había sábados incluso que debido a la citada escasez de agua tampoco nos lavábamos.

Dicho aseo general constaba en lavarse todo el cuerpo y cambiarse de ropa interior, para lo que primeramente nos dirigíamos a una habitación lindante a nuestros dormitorios, donde nos entregaban la «muda» que lleváramos puesta la semana anterior, ya limpia y doblada, e incluso zurcida, y después, a los lavaderos. En este local era donde se lavaba la ropa de toda la casa, incluida maternidad y la casa cuna. Estaba dotado de dos gigantescas lavadoras de bombo transversal, un gran secador de aire caliente con varios compartimientos y cuatro pilones de piedra que tal vez los reservaran para remojar la ropa, lavarla y aclararla a mano. Aunque todos estos pilones estuvieran llenos de agua, solo uno o dos de ellos eran puestos a nuestra disposición.

Comenzando por los mayores y terminando por los más pequeños nos metíamos en el pilón, los primeros de tres en tres y los últimos de cuatro o de cinco en cinco. Ello debíamos hacerlo además en calzoncillos, quizás tanto por cuestión de moral, como porque a veces, muy raramente, se acercaba por allí una monja, que aunque no pasaba al mismo lavadero, andaba de un lado para otro por sus dependencias. Para frotar el cuerpo y sacar la mugre se usaba el mismo jabón de lavar la ropa a mano, un jabón muy basto de color verde; especie de bloque de tales dimensiones, que apenas podía ser apresado con una mano. Las ropas mientras tanto las dejaba cada cual entre las lavadoras, las mesas o en cualquier poyete, siempre a la vista de que nadie las tocara.

Cuando tocaba lavarse a los más pequeños, ya de que hubieran pasado más de cien personas por el pilón, el agua estaba tan mugrienta que salía uno de allí más sucio de lo que había entrado. Sobre el pelo de la cabeza y en los bellos de la piel se adhería la suciedad de los cuerpos y la sustancia grasienta y turbia del malísimo jabón. Realmente causaba un verdadero asco meterse dentro de aquel agua tan espesa y grasienta y de color gris blanquecino.

Esta norma de que los mayores se lavaran antes que los pequeños no parecía haber sido impuesta por las monjas ni nadie con autoridad en el orfanato, sino una costumbre más adoptada por los mismos mayores, ya que lo contrario hubiera sido lo más adecuado, tanto por condición social como porque luego más tarde desaparecía el celador, quedando el lavadero sin vigilancia alguna.

Para secarse ocurría igual que en los lavabos del dormitorio, solo que en vez de un par de toallas, colgaban una o dos sábanas inservibles y muy rotas en un pico saliente de unas de las lavadoras. De tal manera que cuando se secaban los primeros en ellas quedaban totalmente empapadas e imposibles para quitarse el agua del cuerpo. Entonces lo hacíamos con la camiseta vieja que hechábamos para lavar, o buscábamos para ello la de otro compañero, si es que la nuestra ya nos la había cogido y usado alguien. A consecuencia de esto había semanas que le cogían a uno la camiseta nueva, y al no encontrarla o estar muy empapada, tenía que ponerse de nuevo la vieja.

Aquí en los lavaderos los mayores practicaban también su acostumbrada tiranía contra los pequeños. Lo que algunos de aquellos energúmenos hacían allí podía calificarse del más sádico procedimiento para divertirse. Apenas se veían libres del celador, que era la hora en que este terminaba el servicio y marchaba a su casa, nos cogían a algunos pequeños, y sujetándonos con ambas manos, nos zambullían largo tiempo bajo el agua sucia del pilón, igual que hacían en la pequeña piscina de la casa cuna cuando había agua en ella. Entre los gritos de pánico emitidos por algunos pequeños se escuchaba un coro de carcajadas de los que disfrutaban con tal villano espectáculo. Cuando se aburrían con uno lo hacían con otro, o bien, con quien pedía la chusma, mediante los típicos ruegos en tales ocasiones de:

–¡A fulano! ¡A mengano!

Que yo recuerde, esta terrible manera de intimidación y avasallar a los pequeños no la usaban siempre, al menos con esa asiduidad con que aquellos ignorantes practicaban otras muchas. Lo que sí puedo atestiguar es que tal procedimiento fue intensificándose con el tiempo y adquiriendo

mucha más brutalidad. Esto se debía a que los que iban reemplazando a los mayores que marchaban eran cada vez más numerosos y a que la libertad que había en la casa para hacer lo que se quisiera era tanta o más que antes. El hábito de mandar y abusar de los pequeños fue pasando de los pocos antiguos que marchaban a sus muchos sucesores, haciéndose por tales razones más expansivo. Entonces ya no disponían o pegaban unos cuantos, sino que eran un montón los que lo hacían. De tal forma que los pequeños estábamos más en contacto con la crueldad de los mayores que en tiempos anteriores. Estos mayores tenían además muchas ganas de poder y de llegar hacerse los mandones, lo que los hacía más peligrosos.

Así fue, que a la vuelta de un par de años la situación en los lavaderos, como en todos los sitios donde aquellos energúmenos ejercían el poder sobre nosotros, pasó a ser mucho más grave y terrible aún. Lo peor no era desde luego que quisieran imponerse a todos los demás, cosa que ya habían conseguido hacía tiempo y a lo que nosotros los pequeños estábamos acostumbrados, sino que el villano proceder que practicaban se había convertido en muchos de ellos, tras tanto uso, en una asidua y empedernida costumbre. Es más, el pegar y maltratar, parecía ser el mejor pasatiempo que tenían. En todo tiempo y lugar no había un momento donde estuviéramos libres y seguros de sus acechos. Estar cerca de ellos era exponerse a que le sacudieran a uno las costillas. Para ello no hacía falta motivo ni justificación. Era como si la ocupación de las largas horas que allí pasaban lo requisieran. Daba la sensación, dicho de otra manera, de que el no ejercer poder sobre los demás, era para muchos de aquellos grandullones algo así como ser un monigote. En realidad no era otra cosa más que la propia ignorancia lo que guiaba tal comportamiento, ante el hecho de que no les bastaba con verse y sentirse más fuertes y mayores, sino que además debían de consolidar tales condiciones.

Quizás por esta razón, como por la rencilla que cada uno de aquellos tuviera contra nosotros, buscaron otros medios y lugares donde practicar más libre y ampliamente tan villano proceder. Esto lo hallaron entre otros sitios en el dormitorio, no ya por las noches, cuando el abuso y maltratamiento no podían ser mayores, sino por las mañanas, después de

desayunar. A tales horas existía la costumbre de que unos cuantos chicos, mayormente entre los medianos, se dedicaran a hacer la limpieza del dormitorio, norma esta que según decían, había sido impuesta hacía ya bastante tiempo por la antigua superiora, sor Natividad. Estos chicos eran unos cualquiera, escogidos cada mañana por Nicasio, el celador, quien los mandaba al dormitorio. Allá iban también voluntarios y por cuenta propia algunos mayores, más que a hacer la limpieza, a practicar sus tácticas horribles contra los pequeños. Para ello no era necesario más que hallar un pretexto –y que por falta de fundamentos siempre venía a ser el de no haber hecho bien la cama–, para hacer llamar a uno y pegarle golpes hasta hincharle los morros. Simplemente por eso: por maltratar.

Y con tal excusa bajaban continuamente chicos al patio en busca de unos y otros, avisándoles que subieran al dormitorio. No les decían que habían hecho mal la cama y debían hacerla de nuevo, sino que les llamaba fulano o mengano, que era uno de los citados mayores. Muchos de aquellos emisarios, adversos por completo al papel que hacían, sentían verdadera compasión al transmitirles tales sentencias a sus compañeros. Esta situación hizo de por sí que muchos de los afectados tomaran la costumbre de prestarse voluntarios para hacer la limpieza. De esta forma no solamente solían librarse de los maltratamientos, sino que le hacían cara desafiadoramente al cinismo y tiranía de los mayores.

A mí, que también aprovechaba cuando podía dicha posibilidad, me resultaría imposible sumar la inmensa cantidad de veces que fui llamado al dormitorio y maltratado por aquellos cernícalos. Recuerdo sin embargo muchas de ellas que bien quisiera olvidar pero hasta hoy me ha sido imposible, sobre todo algunas como la que cito a continuación, que vino a buscarme un compañero.

–¡Domingo, te llama Olegario!

Mientras me dirigía arriba por la escalera iba asustadísimo, lleno de congoja y con una amargura que aprisionaba mi alma. Sabía por otras veces lo que me esperaba y el cuerpo hasta me tiritaba de temor. En semejante delirio, y como cada vez que vivía una situación parecida, iba forjándome también la esperanza de que todo pasara sin mayor tormento para mí. A

veces, por algo inesperado, como el hecho de que apareciera repentinamente sor Milagros –que algunas mañanas solía dar una vuelta por el dormitorio–, o porque estuviera allí presente alguno de los mayores que no compartían el maltrato a los pequeños, la situación tomaba otro rumbo diferente.

Al llegar al descansillo que daba a los departamentos de las monjas tuve la intención de tocar al timbre de la puerta y darlas conocimiento de lo que pasaba. Fué una idea fulminante e irreflexiva, surgida por un sentimiento de rebeldía y temor. El mismo agobio que llevaba encima era lo que me incitaba a ello, con la esperanza de acabar así para siempre con la tiranía de los mayores. El miedo sin embargo a que tal resolución resultara fallida y a que los mayores tomaran después represalias contra mí, detuvieron al final mi idea. Mi desconfianza era tan grande, que no podía imaginarme que las monjas fueran a tomarse en serio mis quejas. Esta superstición se debía en parte también a mi creencia, casi segura, de que las monjas ya estaban enteradas de lo que yo pudiera contarles de la tiranía los mayores.

Ya en el dormitorio lo primero que ví fue a Olegario Navas, que aguardaba impaciente con un palo en la mano, de esos que hacían los carpinteros a medida y por petición de algunos mayores.

Este Olegario, apodado "el Trápala", era uno de esos típicos ignorantes que a los veintiuno o veintidós años de edad creían haber conseguido la más alta gloria entre los de su clase. Su vanidad era tan inmensurable que a base de abusar y maltratar pretendía forjarse entre los demás cierta fama de machote y de quien todo lo puede. Como a muchos de aquellos imbéciles le gustaba ser el punto céntrico de las conversaciones y la admiración de los pequeños, tanto en una cosa como en otra. Por lo visto, según decían, era uno de los «cagones» que años atrás no se atrevía a rechistar a los mayores de entonces. Ahora en cambio, y cuando tenía a su disposición la ley del más fuerte, no dudaba en abusar de nosotros los pequeños, sobre todo de aquellos que, por una cuestión o por otra, no teníamos amparo ninguno.

–¿Es que tú no sabes hacer la cama? –me preguntó Olegario cuando estuve frente a él.

–Si la he hecho bien –contesté lleno de pánico.

Y mirando alrededor, ví como mi cama, junto con la de otros compañeros, la habían desecho intencionadamente. Se notaba de manera clara el típico hoyo en el colchón hecho con el puño, y el tirón de ropas.

Sin decir nada más, Olegario levantó la fuerte estaca en lo alto y se lió a palos conmigo, dándome golpes con ella donde le pillaba. Como yo tratara de cubrirme con los brazos, añadió a los golpes puntapiés, llevándome de un lado a otro del dormitorio. Ni siquiera desistió de tan villano proceder cuando hube tropezado con los pies de una cama y caído al suelo. En vez de ello continuó dándome puntapiés al tiempo que me ordenaba levantarme.

Todos los pequeños y medianos que se encontraban allí en el dormitorio en aquellos momentos contemplaban estupefactos la bárbara forma que tenía Olegario de maltratarme. Algunos de ellos me transmitían con la mirada su compasión y pesar, y exquivaban la de Olegario por que este no advirtiera tal desestimación. Se solidarizaban conmigo y sentían hacía Olegario una gran repugnancia y animadversión por su villano proceder. Esta forma de sentir el dolor de los demás era algo muy común y corriente entre los pequeños y particularmente entre los que más padecíamos bajo la crueldad de los mayores. Además de mutua conmiseración, ello era una auténtica transmisión de los sentimientos. Formábamos un bloque tan compacto y sensible, que bastaba que maltrataran a uno, para que sufriéramos también los demás. Nuestra pena era la del compañero y la suya la nuestra.

Esta clase de sentimientos los experimentaba yo también infinidades de veces, sobre todo cuando la iniquidad de los mayores tomaba por víctima a uno de los más pequeños o de los que yo más apreciaba. Una de ellas, entre las más impresionantes, fue con Avelino. Este chavalín, algo más pequeño que yo, hacía poco que pasó de la casa cuna a nuestra parte. Su edad apenas sobrepasaría los ocho años, y era de los más asiduos en orinarse en la cama. Por este hecho, como ya se sabe, muchos mayores se tomaban la plena libertad de maltratar a estos chicos –calificados y llamados desconsideradamente meones–, como si fueran ellos los responsables de castigarles por tener dicha falta. Ahora ya no solamente lo hacían por las noches, sino también por las mañanas a la hora de la limpieza. Algunos

hasta se habían impuesto el propósito de corregirles dicho defecto, en un vanidoso desafío a su propia valía. Esto lo decían ellos mismos muchas veces, exponiendo a tan ignorante presunción: a este le quito yo el vicio de mearse en la cama. Y todos los días, llevados por esta bárbara obstinación, mas la reincidencia del referido muchacho en orinarse en la cama, la emprendían a palos con él sin ninguna compasión. La mayoría de ellos no se detenían tan siquiera ante los más pequeños ni parecían sentir por ello la más mínima conmoción. Y si alguno de los compañeros les hacía alguna objeción en cuanto a semejante comportamiento, respondían resueltamente, muy seguros de sí mismos y de lo que hacían: si lo hago por su bien. Al mismo tiempo aquellos hombres inútiles no eran capaces de formarse la idea de si tal costumbre de orinarse en la cama se debía a una enfermedad o a cualquier otra cosa.

Y este fue el motivo ni más ni menos por el que uno de los citados mayores, cuyo nombre no me viene ahora a la memoria, había maltratado en aquella ocasión a Avelino. Cual no sería la tanda de palos que recibió, que quedó medio desfigurado. Uno de los ojos le había sido inchado; derramaba sangre por la nariz y por los dientes; el labio inferior, más abultado que el otro, parecía tenerlo roto, y toda la cara en conjunto, la tenía roja, amoratada, como si se la hubiesen pisoteado. Cuando yo lo ví en este lastimoso estado me estremecí de tal manera que me entraron ganas hasta de llorar. Él, se me quedó mirando lleno de tristeza, como un animalito que implora protección. Yo por mi parte, y al no poder hacer otra cosa, sentí por él una gran compasión y un inmenso desprecio hacia el mayor que lo maltrató. Al igual que si me encontrara yo en su situación, pasé unos momentos de verdadera angustia y dolor. No solamente padecí por él, sino que los muchos sufrimientos que tenía yo pasados de aquella misma manera, volvieron a repercutir en mí. Luego después, como en cada ocasión, me ví envuelto en un juicio mental, deparando examinadoramente en lo ocurrido a Avelino y en el comportamiento de los mayores. Mis conocimientos de la vida y de las cosas eran ya lo bastante expertos para comprender a la perfección el motivo de dicho proceder y las circunstancias que allí vivíamos. Me daba cuenta perfecta de que quienes más culpa tenían

de ello –aparte de las principales autoridades del hospicio–, eran las monjas, y sobre todo, el celador, la persona más cercana a nosotros y a tales acontecimientos. Este hombre, Nicasio, daba siempre la sensación de no tener noción de lo que los mayores hacían en el dormitorio a la hora de hacerse la limpieza del mismo. Se comportaba como si ellos fueran los verdaderos responsables de dirigir aquella labor y como si no supiera que en vez de a hacer la limpieza a lo que iban allí era a abusar de los pequeños. Y aún cuando alguno de estos era llamado con el pretexto de no haber hecho bien la cama para ser maltratado, desenrollaba a veces la larga y flexible correa de goma que llevaba en el bolsillo y la emprendía a palos con él. Todo esto, habiendo estado él mismo anteriormente en el dormitorio y haber podido comprobar que las camas no se hacían tan mal como para provocar aquel continuo alboroto.

Este proceder tan desinteresado e irresponsable de Nicasio, el celador, era más bien propio de las monjas, quienes entregaban el poder a los mayores sin preocuparse para nada del uso que hacían de él. La única diferencia es que las monjas, según parecía, lo hacían deliberadamente, mientras que Nicasio, con un reparo y temor que resultaban extraños. Como en muchos empleados de la casa se apreciaba en él cierta cohibición a la hora de actuar y una gran incapacidad para desarrollar su labor. Esto en cambio no era tampoco nada de extrañar, ya que desempeñaba dicha labor por pura casualidad y no por auténtica vocación. "Como años después se comprobó, él había ingresado allí de profesor de música, y por razones que nosotros no conocíamos, fue mandado más tarde a hacer de celador, o mejor dicho, a dar palos, condiciones estas para lo que tampoco tenía muchas facultades, no solo por su diminuta, casi esquelética fisonomía, sino por su carácter irresoluto". Tal vez por esto fue por lo que se hizo con una goma para golpear, muy parecida a las correas trapezoidales de los coches, aunque mucho más lisa y flexible. Dicha correa la llevaba siempre consigo en uno de los bolsillos de la chaqueta muy bien liadita y recogida. No siempre que la sacaba era sin ambargo para pegar con ella a alguien. A veces lo hacía porque se le había desenrollado, y tras liarla otra vez muy cuidadosamente, la introducía de nuevo en el bolsillo. Este hecho lo repetía

en cambio con tanta frecuencia y obsesión que parecía ser una costumbre nacida del deseo de pegar. Y esto otro tampoco era de extrañar, ya que según su manera de obrar, no podía calificarse de otra forma. Sobre todo con nosotros, los pequeños, bastaba cualquier motivo insignificante, como el haber hablado algo con un compañero en el comedor durante la comida, para que la emprendiera a palos con uno. Lo más sorprendente de este osado proceder era sin embargo la gran transigencia que tenía con los mayores. Nosotros, los pequeños, llegamos a pensar que ello se debía al respeto y temor que él tenía a algunos de ellos, y al final, tuvimos que creerlo. Nunca, que hubiéramos sabido, le había llamado la atención a uno de aquellos mastodontes que vivían en el internado después de haber cumplido el servicio militar, y mucho menos, claro está, golpeado con la goma. Sabía perfectamente que algunos de dichos mayores, y sobre todo los que seguían a estos, atropellaban sin piedad a los pequeños, pero no hacía nada por evitarlo. Al igual que las monjas actuaba de forma pasiva y desentendida, permitiendo que unos y otros abusaran de nosotros, y ello no solo en el dormitorio a la hora de hacerse la limpieza, sino en el mismo patio, y hasta en el comedor, donde él siempre estaba presente con nosotros y donde los mayores también utilizaban sus tácticas para imponerse a los demás. Aquí en este lugar sin embargo no acostumbraban tanto a pegar, sobre todo cuando el celador o alguna monja estaba presente, y en vez de ello lo que hacían era castigar a uno sin el pan, o bien sin el postre, si lo había, así, simplemente porque ellos lo mandaban. Este hecho se llevaba a cabo con gran precaución por parte de los castigados y de los castigadores para que el celador, así como la monja, no se dieran cuenta de ello. Los unos debían de entregar el pan o el postre a los otros, bien durante el tiempo de la comida o al salir del comedor. Aún así dicho hecho era tan relevante, que si el celador y las monjas no intervinieron nunca en contra de él, no puede decirse que fue porque no lo advirtieron. A consecuencia de este proceder algunos mayores, y también algún que otro pequeño, tenían junto a su plato dos o tres raciones de pan, mientras que otros cuantos pequeños se quedaban sin él. Había veces, muy raras, que el celador mandaba ir a la cocina por más raciones de pan, pero aunque los afectados tuvieran la

suerte de recibir un pedazo, los citados mayores hacían también opción a él, más por el orgullo de anteponer su voluntad, que por llevarse el trozo de pan.

Por las tardes en cambio la situación era mucho más diferente ya que no había celador y la monja no se acercaba casi nunca al comedor. A tales horas los mayores tenían una libertad tan grande para practicar tal proceder que en vez de castigar sin el pan castigaban sin cenar. Para ello solo hacía falta que le ordenaran a uno, siempre de esa forma autoritaria y de aspecto militar:

–¡Esta noche te quedas sin cenar!

Con esta amenaza bastaba para que el pequeño dejara sin tocar los alimentos encima del plato a la hora de cenar. Y si esa tarde bajaba por casualidad sor Milagros u otra monja al comedor, –lo que no era una norma habitual–, el pequeño volvía el plato hacía abajo, aduciendo que no tenía hambre. Ante esta incomprensible actitud del muchacho la monja no hacía ninguna indagación ni lo intentaba siquiera. ¿Es que has tenido visita y te han traído de comer? –preguntaba al respecto como máximo, sabiendo además que allí no había visita todos los días, y que no éramos muchos los que teníamos algún familiar que nos visitara extemporáneamente–. A nosotros los pequeños no se nos ocurría decir tampoco que nos había castigado fulano o mengano; así, de esa forma determinante: como si fulano o mengano tuvieran de verdad autorización para mandar y castigar y como si el castigo hubiera sido por ello justo. Este proceder nuestro se debía principalmente al temor que teníamos a los mayores y a que casi todo el mundo había perdido la esperanza de que las monjas fueran a librarnos de la tiranía de los mismos. Yo en cambio, que como algunos pequeños de mi edad aún no había perdido tal esperanza, deseaba ansiosamente que las monjas advirtieran de una forma completamente palpable y clara el comportamiento de los mayores en el comedor, no solo lo de castigar sin cenar y lo demás, sino lo que hacía conmigo Facundo "el Loco", otro de aquellos cernícalos que pasaba ya de los veinte años y no se atrevía a salir de allí. Este canalla, que no podía dársele otro calificativo, era de los más sanguinarios y poseía unas facultades insuperables para el mal. En el

comedor ocupó sitio durante una larga temporada, quizás dos años o más, en la misma mesa que yo y enfrente de mí. Esto otro, el que los mayores estuvieran distribuidos entre las demás mesas junto a los pequeños y no algo separados entre si, parecía ser otra de sus tácticas para emplear el poder, o bien una vieja norma aplicada en algún tiempo por las monjas. En cada mesa, colocados a los extremos, había uno o dos mayores, manteniendo siempre una postura tan cautelosa y llamativa, que daban la sensación de estar de guardianes o de ser algo así como jefes de mesa.

No creo que sea necesario destacar las clases de comida que allí en el orfanato nos daban, pero dentro de que no eran nada selectas, cosa que se comprende, había algunos platos de mejor gusto que otros, siendo ellos, como era natural, preferidos. En muchas comidas del mediodía y de la noche el citado Facundo me quitaba lo mejor para dárselo a Cecilio "el Soso", otro chico más pequeño que yo, o comérselo él mismo, por lo que muchas veces me quedaba prácticamente sin comer, y por la noche sin cenar. A pesar de ser yo mucho más pequeño que él intenté infinidad de veces sublevarme a su indignante salvajismo, pero lo único que conseguía era que la emprendiera a golpes contra mí, saliendo por culpa de ello mucho más perjudicado. Cuán no sería de abominable la manera de comportarse de Facundo, y qué efecto no causaría, que cierta vez enterneció incluso a Olegario Navas, otro mayor igual que él, quien lleno de indignación se levantó de su sitio y colocó dos trozos de pan de los que él tenía, junto a mi plato.

Tanto este proceder de Facundo, como el hecho de castigar sin el pan o sin cenar, no tenían mucho que ver sin embargo con el hambre que pasábamos en el internado como quizás pueda parecerlo. Era verdad, eso sí, que la falta de comer era a veces atenuante, aunque no tanto como para obrar continuamente de tal manera; ello se debía más bien a la conducta personal de tales mayores así como a sus malignas y perversas intenciones. El hambre además no se manifestaba por regla general en el comedor a la hora de comer, al menos de esa forma tan horrenda, sino más bien en ocasiones de tipo especial, como eran por ejemplo los días de visita, que al igual que en el pasado, tenían lugar cada dos domingos. Esto en cambio no

se realizaba ya conjuntamente en la casa cuna como en tiempos anteriores. Ahora, por orden de sor María Begoña, la nueva superiora, se celebraba al mismo tiempo, pero por separado. De esta forma, las madres que tenían un hijo en la casa cuna y otro en nuestra parte, debían repartir el tiempo de visita, sin que los hermanos llegaran a encontrarse, según se venía haciendo cuando se trataba de una chica. Y mientras que los cuneros seguían recibiendo las visitas en el mismo lugar de siempre y de manera cómoda, en nuestra parte los visitados y sus familiares iban a sentarse en los bordes de las aceras del edificio de maternidad, ya que sor María Begoña, la nueva superiora, no había dispuesto un lugar más adecuado para ello. Su capacidad para regir no pudo ser más inepta, al tratar de evitar que los internados de una y otra parte pudieran juntarse los días de visita, mientras que de ordinario se seguía permitiendo que los mayores de nuestra parte continuaran pasando adonde los cuneros y cometieran contra ellos toda clase de atropellos. Con tal disposición no arregló la situación, sino más bien la estropeó. La presencia en nuestro patio de los familiares de fuera no solo mostraba una imagen extraña y desconcertante, sino que perturbaba la acostumbrada marcha del internado. Y luego después, al terminar la visita, es cuando precisamente se formaba un tremendo desorden, y ello en gran parte por culpa de la nueva orden impuesta por la nueva superiora. Dichos días venían a ser de los más trágicos en lo que al desorden y la tiranía de los mayores se refiere. Al celebrarse la visita libremente en el patio y no en un lugar adecuado, ocasionaba una gran depresión entre los que no recibían visita. Éstos, que por motivos ya explicados éramos siempre los mismos, dábamos vueltas de un lado a otro contemplando cómo nuestros compañeros recibían el cariño de sus familiares y comían copiosamente de lo que les habían traído. El bocadillo de anchoas o de cualquier otra cosa, el paquetito de galletas, la tableta de chocolate y algunos que otros caramelos y demás dulces, era más que suficiente para que los unos saciaran plenamente el hambre y los otros muriéramos de envidia observándoles.

Nada extraño ante este cuadro que nada más terminar la visita nos acercáramos a los que habían sido visitados buscando que nos dieran de lo que les habían traído, si es que aún les quedaba algo. A algunos mayores

les bastaba con dirigirse a ellos y decirles de forma casi amenazante: qué, ¿me das algo?, para que los interrogados accedieran inmediatamente a ello. Y si estos se negaban, –cosa que era muy rara– se exponían a que les quitaran lo que llevaban, y encima les pegaran.

Esto exactamente me ocurrió a mí en cierta ocasión en que mi madre me hubo mandado un paquete de galletas y golosinas. Como siempre que había venido a verme o mandado uno de estos paquetes, me dispuse a repartir todas las chucherías entre aquellos que me unía una mayor amistad y entre los que no tenían familia que los visitara. «Quizás suene un tanto generoso, pero la verdad es, que jamás llegué a comerme yo solo tales dulces y nunca me duraron largo tiempo en mis manos. Tener chupando un caramelo en la boca, y otros guardados en los bolsillos ante la mirada triste y en tanto envidiosa de los demás, era algo que iba en contra de mis principios de compañerismo y de humanidad».

Apenas hube terminado de repartir el resto del paquete, sin quedarme tan siquiera con un solo caramelo, se acercó por allí el zángano de Facundo. Al darse cuenta de la situación se dirigió a mí diciéndome:

–¿Qué pasa, es que ha venido tu madre?

–No, me ha mandado un paquete –le contesté con cierto temor.

–¿Y no me has guardado nada? –preguntó de nuevo Facundo en un tono impulsivo muy característico en él.

Presintiendo lo que iba a ocurrir le expuse un simple tretexo.

–Es que me ha mandado muy poco y ya se me ha terminado...

–¡Toma, para que otra vez te acuerdes! –contestó Facundo, atestándome con la mano un bofetón en toda la cara.

Llevándome las manos a la mejilla por el dolor del golpe recibido, le repliqué malhumorado, al tiempo que le lanzaba una mirada cargada de odio y de indignación:

–¡Déjame abusón!

Sujetándome fuertemente me pegó después un tirón que me revolcó en el suelo. Yo, traté con todos mis medios de defenderme pero fue inútil. Mientras retrocedía a su acoso me sacudió un puñetazo en la boca del estómago que me hizo retorcerme y respirar con gran dificultad, y un

puntapié a continuación en el hueso saliente de la cadera izquierda, que me dejó cojo por unos momentos y me estuvo doliendo varios días.

Los siete u ocho compañeros que andaban por allí y presenciaban el villano proceder de Facundo no podían hacer otra cosa por mí que recriminar con la mirada y tal vez con el pensamiento la actitud del mayor. Como tantas veces que fuí maltratado salí llorando y hecho una piltrafa. El pómulo izquierdo lo tenía algo inflamado y en él apareció después un hematoma. Por mis delicadas narices volvía a derramar sangre una vez más.

Indiscutiblemente que este proceder de Facundo no se debió a que no le hubiera guardado algo de lo que me mandó mi madre. Ello fue el pretexto como también pudo haber encontrado otro cualquiera. El motivo no era otro, que su intuitiva inclinación a maltratar, guiada por una inexplicable aversión hacia mí. También la envidia pudo haber influenciado tal proceder, pues Facundo era uno de esos mayores que por motivos ya explicados, nunca recibía una visita. Lo que sí era verdad, y esto ya lo tenía yo más que comprobado, es que cada vez que mi madre venía a verme o me mandaba un paquete con galletas y demás dulces, me veía yo envuelto en uno de estos incidentes. Una vez incluso el mismo día de Nochebuena, que era cuando más acostumbraba ella a enviarme tales paquetes. En tal ocasión no solo fuí maltratado yo, sino también otros compañeros, además de habernos sido estropeado uno de los momentos más felices de tan señalada fecha, como era el celebrar la «comilona». Esto consistía en guardarse entre unos cuantos algunas cosas de la cena especial de aquella noche y comérselas después ellos mismos en el dormitorio simulando así un banquete. Era algo que hacíamos únicamente los pequeños y medianos, con una originalidad además tan extraordinaria, que daba la impresión de que nos encontrábamos en familia. Ello tenía sin embargo mucho más aliciente cuando alguien aportaba algo especial a la comilona, como era por ejemplo vino o mistela, anís, chorizo, entre lo más normal, o bien turrón y figuritas de mazapán, membrillo, galletas y otros dulces, como había hecho yo en dicha ocasión.

Para celebrar la comilona los tres compañeros y yo no usamos la costumbre de acomodarnos en la cama de uno de nosotros y fuimos a hacerlo en la estrecha pieza situada entre el pasillo que daba a la terraza de los dormitorios y los lavabos. Nos encontrábamos la mar de tranquilos y gozosos, repartiéndonos y comiendo poco a poco lo que habíamos juntado, cuando se presentaron allí dos mayores. Uno de ellos era Doroteo, quien en poco tiempo sería enviado a Cartagena para cumplir el servicio militar en la marina; el otro era Evaristo, algo más joven, pero tanto o más canalla que el primero.

–¡Anda, mira éstos, haciendo la comilona! –exclamó Doroteo con cara de lobo hambriento al ver lo que teníamos de comida. ¿Nos dais algo...?

Nosotros nos miramos unos a otros con cierto temor. Éramos todos pequeños, menos, Arévalo, que contaría unos trece o catorce años de edad, y que fue el que procuró la mistela para beber. Ambos mayores eran además de los que había que tener cuidado con ellos; es decir, de los más imbéciles y villanos.

Sin decir nada más, el mayor de los dos, Doroteo, empezó a coger del turrón y de las figuritas de mazapán, dándole también al compañero. Luego cogió la botella de mistela y hechó un largo trago.

–¡Joder...! –exclamó resoplando a continuación. ¿Quien os ha dado tantas cosas de comer? Todo esto no es de la cena de hoy...

Nosotros no contestamos, seguimos serios y sin atrevernos a decir una palabra. Ni siquiera fuimos capaces de cruzar entre nosotros una corta mirada sentenciando tal proceder.

Por fin el citado mayor, que era el único que hablaba, cogió casi el resto de las figuritas de mazapán y el trozo de chorizo diciendo: ¡vámonos!

Apenas hubieron desaparecido y cruzado el pequeño pasillo, el más grandullón, Doroteo, volvió a presentarse como un rayo en la estancia al escuchar el insulto que le hizo Arévalo. Sin dar explicación se acercó a él y le sacudió golpes hasta hacerle sangrar y dejarlo tumbado en el suelo. Luego después se dirigió a los otros dos compañeros y a mí, y dándonos un par de tortazos a cada uno, nos ordenó: en un minuto os quiero ver a los cuatro en la cama.

A pesar de que los pequeños estábamos más que acostumbrados a la tiranía de los mayores este hecho fue para nosotros de singular gravedad por haberse dado en una noche tan señalada como era aquella. Nochebuena, era lo que se podía decir, «la noche excepcional del año» en cuanto al matratamiento y abuso de los mayores. En dicha fiesta se vivían unos momentos tan alegres y entusiasmantes que nadie tenía ánimos de destruirlos. Hasta los meones, que noche tras noche eran maltratados sin compasión, se veían libres de ello en Nochebuena. Esta rara y singular reacción de los mayores, que no era ya una determinación tomada por ellos, sino un hecho intuitivo guiado por las circunstancias, hacía posible que los pequeños perdiéramos por completo el miedo a sus bárbaras atrocidades, aunque solo fuera por unas horas. Aparte de esto, Nochebuena era para nosotros la noche de mayor libertad del año y la que nos llevaban más tarde a dormir, o mejor dicho a la cama, ya que eso de dormir, acaecía por regla general a partir de la una de la noche.

Después de cenar nos juntábamos todos en el patio y procedíamos a celebrar la famosa juerga. Unos con las típicas zambombas, casi todas hechas por ellos mismos, y otros con una especie de pandeetas, compuestas con palos y pequeñas chapas, íbamos armando jaleo por el patio, al tiempo que cantábamos villancicos. Lo más interesante para nosotros en aquella noche era sin embargo la tradicional y amistosa pelea que luego más tarde organizábamos en el dormitorio, una vez que los más mayores marchaban a la misa de gallo. Con la almohada de la cama, aprisionada y hecha una bola en el fondo de la funda, hacíamos una especie de porra para golpear. Luego nos distribuíamos libremente entre las camas y pasillos del dormitorio y comenzábamos a darnos golpes unos a otros en un gran alboroto y barullo y dentro de una buena armonía. Desde lo alto de una cama un muchacho hacía de animador, pregonando en voz alta la marcha de la amistosa pelea y vitoreando a aquellos que a la hora de dar y esquivar los golpes empleaban las mejores mañas. Cual no sería en realidad la juerga que allí nos pasábamos, que algunos mayores no iban a la misa de gallo por pasarlo con nosotros.

Este exagerado ambiente navideño comenzaba días antes con la construcción del bonito belén que montaban en la iglesia y con los villancicos que cantaba el coro de chicas por las mañanas a la hora de la misa. Más que escuchar los cánticos de las chicas, que los sabíamos de memoria, lo que más nos gustaba a los pequeños era presenciar de cerca el belén. Aquel mundo en miniatura nos llamaba inmensamente la atención y excitaba en nosotros una gran curiosidad y fantasía: los Reyes Magos, que iban por las montañas en camellos; los pastores junto a los rebaños y próximos al portal; el ángel con las manos esparcidas que aparecía entre las ramas de un árbol, y la Virgen y San José, que aguardaban de pie, junto a la cunita vacía, en espera de ser colocado el niño Jesús la misma Navidad.

Luego después, y tras el cambio del año, llegaba el día de Reyes, que en todas partes se hacían regalos a los niños. Esta otra festividad se celebraba allí con especial interés, quizás por aquello de que, los niños del Hogar provincial, (por no decir los del hospicio, como a veces nos llamaban), por ser los más pobres, deberían de ser los primeros y los más allegados a tan buena costumbre, honrándose de esta forma la auténtica causa de su tradición. Los preparativos se llevaban a cabo un mes antes aproximadamente. Por orden de lista uno de los mayores se encargaba de anotar en un folio los artículos elegidos por cada internado y luego se entregaba a las monjas. Esto se hacía de igual forma que en la casa cuna, solo con la diferencia de que allí le preguntaban a uno: ¿qué quieres que te traigan los Reyes Magos?, y aquí, el mayor que apuntaba, usaba un lenguaje mucho más natural diciendo: ¿qué quieres de reyes? Como era de comprender, no había libertad de elección, existiendo únicamente para ello una modestísima relación de objetos clasificados y de poco valor, como el bolígrafo, los lapiceros de colores, la pelota de goma, la lotería, el parchís, la carraca, el trompo y la armónica, entre otros muchos para los pequeños, y la maquinilla de afeitar para los mayores. Aquel día quizás fuera el más deseado del año por todos nosotros. El recibir un regalo, por muy insignificante que pareciera, llenaba de alegría nuestro corazón. Era el único del año y tal vez por ello lo considerábamos de gran valor. Quienes no parecían muy felices con tales regalos eran en cambio los mayores. Algunos

de ellos ni siquiera se presentaban a la hora de la distribución, no ya por menospreciar lo que les daban, sino por vergüenza de verse reconocidos como unos holgazanes en medio de todos nosotros. Luego después sin embargo, y una vez que se marchaban las autoridades y no quedaba allí nadie de fuera, solían hacer sufrir a los demás estropeándoles y rompiéndoles los juguetes. Este tipo tan bajo de villanía lo practicaban sin lugar a dudas por pura envidia y porque no eran capaces de transigir la felicidad que vivíamos los pequeños, sobre todo, aquellos que no les caíamos muy bien. Sin otra pretensión que la de hacer daño, se acercaban a uno y le decían: eh, tú, ¿a ver lo que te han hechado de reyes? Y según fuera la reacción del pequeño, así respondía el mayor con su juguete. Lo más corriente en ellos sin embargo, y esto lo hacían más que nada por divertirse, era embocar las pelotas de goma a la calle cuando botaban en sus cercanías o pincharlas con clavos y objetos puntiagudos, llegando incluso a rajarlas, si sus dueños las protegían con demasiado recelo.

Este incauto proceder de algunos mayores, completamente inconcebible en personas de tal edad, hizo que año tras año fueran cada vez más pequeños los obsequios que se pedían a los reyes, con el fin de poderlos esconder mucho mejor. Incluso días antes de hacerse la lista se corría la advertencia que avisaba a unos y a otros y sobre todo a los que eran nuevos o estaban recién venidos de la casa cuna: ¡no pidais una pelota, que en cuanto os la den, os la van a romper! Yo particularmente, y a raíz de esta experiencia, elegí durante varios años consecutivos una armónica, muy a pesar de que cada vez me daban el mismo modelo. Ya el primer año la cogí en tal estima que hasta llegué a aprenderme algunas cancioncillas. Y cuando pasado cierto tiempo llegaba a estropearse me quedaba al menos la ilusión de pedir otra al año siguiente. Esta continua insistencia duró precisamente hasta el mismo año en que dicho instrumento no se rompió por propio uso y desgaste, sino que me lo rompió un mayor: Jacinto Yañez "el Chepudo", otro de aquellos cernícalos que no nos dejaban vivir en paz a los pequeños. Sin haber existido siquiera el más mínimo motivo para que se incomodara conmigo me arrebató con toda violencia la armónica y la pisoteó repetidas veces contra el suelo hasta aplastarla. Lo hizo además con tanta

rabia y enojo que parecía odiar horriblemente aquel instrumento. Luego después, y como quiera que yo hube murmurado algunas palabras en contra de él, me propinó media docena de guantazos y unos cuantos puntapiés.

Esta vez no fue la primera que este mayor llegó a maltratarme. Lo había hecho ya tal número de veces, que me sería difícil sumarlas. Era uno más de la cuadrilla de Facundo "el Loco", Sergio Aranda, Olegario Navas "el Trápala", Félix del castillo y otros más de la misma calaña. Al igual que ellos era también de los que empezaban a ejercer el poder sobre los demás, aprovechando que los antiguos mayores iban desapareciendo. Lo más canallesco de su proceder es que su maldad iba dirigida de manera exclusiva contra unos cuantos que veníamos a ser siempre los mismos. Esto en realidad era igual en Jacinto como en cualquier otro mayor de los que empleaban el poder para abusar de los demás. Con esto no quiero decir que ese escogido grupo fuéramos los únicos que estuviéramos sometidos por los mayores. Ello no era así, sometidos estábamos todos los pequeños y medianos. Lo que sí era cierto, es que de todos nosotros, un gran número disfrutaba de la simpatía de algunos mayores, mientras que otros, padecíamos de lo contrario. Todo era, aparte de ciertas condiciones que ya he dado a conocer, caer en gracia a aquellos mayores para sentirse libres de sus maltratamientos. De esta forma se comprendía que unos estuviéramos bajo la tiranía de ellos y otros se placieran con su amistad. Y no solo esto, sino que por la misma causa, los primeros fuéramos también objeto de abuso por parte de los segundos. Esta otra clase de tiranía era tan villana o más que la de los mayores, y yo personalmente viví un caso muy especial con Gabriel Medaño. Este chaval, algo más pequeño que yo, era uno de esos que tenía una hermana donde las chicas, –ya mayorcita y bastante guapa por cierto– y que gozaba por tal motivo de la confianza de algunos mayores. Esto le hizo crearse un enorme complejo de superioridad ante muchos compañeros, lo mismo más pequeños que mayores que él. Además de tener muy malvadas ideas era muy engreido, gustándole con delirio jugar y presumir con su falso y respaldado poder. Estaba lo que se dice envenenado por la protección que de algunos mayores disfrutaba,

sobre todo del citado Jacinto "el Chepudo", quien le protegía como si se tratara de un hermano.

Cierto día, mientras andábamos jugando en el patio, se acercó a mí el tal Gabriel, y sin otro motivo que el de valentearse y demostrar su dominio sobre mí, me sacudió adrede un puntapié en la espinilla. Al encararme yo a él por el malintencionado hecho me atestó un fuerte puñetazo en los labios que empecé a sangrar al instante.

Simplemente por defenderme y no dejarme agredir por aquel mocoso me revolví contra él hasta tirarle al suelo. Enseguida, al ver que la pelea se inclinaba en desfavor de Gabriel, vino hacia mí el grandullón de Jacinto, su amigo y presunto pretendiente de su hermana, quien me cogió por detrás apartándome de Gabriel y dándome a continuación unos cuantos tortazos y puntapiés. Como siempre, la escena fue presenciada de forma curiosa por los que se encontraban cerca del lugar. Y nadie de los presentes, ni siquiera uno de los mayores que pudieran sentir cierta consideración hacia mí y gran aversión al injusto proceder de Javier, hizo algo en contra de ello.

En otra ocasión sin embargo, ya algo mayorcitos entretanto y cuando Gabriel no tenía en quien ampararse, nos enredamos en otra de nuestras muchas peleas. Desde una parte del patio me llevó a otra dándome puñetazos sin que yo fuera capaz de defenderme a pesar de estar chorreando sangre por los labios y las narices. Mi cuerpo, superior al suyo en estatura y corpulencia, y mi temperamento, nada comparable al de aquel renacuajo, no pudieron contra su agresión. Mi ira y mis nervios se esfumaron en ese shock psíquico que en tales situaciones me apesaba. La fuerza y la furia me abandonaron por completo en aquellos momentos. En él, seguía imperando el complejo de superioridad que hubo adquirido en los años anteriores; en mí, perduraba el miedo, que había penetrado en lo más hondo de mi ser y formaba ya parte de mi espíritu.

Este miedo que tanto me atenazaba entonces, igual por el maltrato de los mayores como por otras muchas cosas, no era sin embargo una afección natural de mi propio carácter, sino que me había sido inculcado. Años antes, cuando me encontraba en mi casa, era un niño normal, más bien algo travieso y atrevido. Incluso durante mi estancia en la casa cuna no

había apenas cosas que me impusieran ni compañero que me intimidara. Aquí, en cambio, y antes las constantes torturas que practicaban los mayores, era diferente. Obraban en verdad de una forma tan incivilizada que podía creerse que eran animales en vez de personas. Mucha gente de allí, e incluso de fuera, solía decirlo: están salvajes. Y tenían razón. Sin embargo no era tampoco nada extraño, después de la miserable educación que habían recibido, si es que así se puede calificar el no haber recibido en realidad ninguna educación. El mundo tan oscuro y cerrado en el que habían vivido siempre, y la vida tan inculta y desorientada que igualmente habían llevado, no les ofreció la posibilidad de desarrollar su formación en un ambiente más humano y de sensibilidad. El poco juicio y la poca experiencia que tenían aquellos hombres, a pesar de sus años, hacía de ellos unos verdaderos salvajes con la facultad irracional de una bestia y el sentido común de un niño pequeño. Por tiempos eran niños y por tiempos eran bestias. Lo mismo se complacían con los juegos de los pequeños que con sus bárbaras atrocidades. Esto se apreciaba entre otras cosas en la forma de pasar el rato cuando estaban aburridos. Aparte de jugar al fútbol, lo que no siempre tenían oportunidad, podía vérselos implicados en una serie de actos o juegos, incluso manías, impropios de personas civilizadas. Uno de estos, al que solamente se entregaban cuando se les presentaba la ocasión y les venía la idea, era el «manteo». Este pasatiempo no era allí un juego común de todos, sino un entretenimiento exclusivamente de algunos mayores, y en vez de en la forma alegre y bromista que todo el mundo conocemos, se realizaba de una otra mucho más sádica y brutal. En vez de a voluntarios escogían para ello a los más pequeños, y de manera especial a los más miedosos, por resultar las particularidades que estos presentaban mucho más sugestivas. Mas si alguno de ellos mostraba disconformidad, o se incomodaba con los mayores que practicaban el manteo, se exponía encima de ello a que le pegaran un par de tortazos. Alrededor de los que practicaban el manteo se agrupaban muchos presenciadores que se divertían ante las acrobacias que hacía en el aire el manteado. Contra más altura alcanzaba este y más espectaculares eran sus equilibrios, mayor eran

las risas y carcajadas de todos ellos, pese a que el pequeño estuviera medio mareado o tal vez llorando.

Otras veces, y también cuando se les ofrecía la oportunidad, tomaban en brazos a un niño pequeño de la casa cuna, y por el simple hecho de querer matar el rato y de poner a prueba la seguridad y confianza en sí mismos, se lo lanzaban de uno a otro como si se tratara de un muñeco, separando la distancia entre ellos cada vez más hasta llegar hacerse peligroso. Los más pequeños de nuestra parte, que siempre andaban curioseando por todos sitios, obserban admirados como si presenciaran alguna cosa fantástica. Ante esta humilde espectación, y mayormente ante la que ofrecían algunas chicas o mujeres de la casa cuna y maternidad, que a veces seguían la situación como una cosa normal, se sentían aquellos inbéciles más interesantes y daban a sus movimientos y acciones un matiz más exagerado para llamar más la atención. Entregados a tan bárbaras locuras no escuchaban las lamentaciones de los pequeños, que no tenían otra forma de anteponerse a ellas más que con sus llantos.

Hasta que punto serían ignorantes aquellos energúmenos lo demuestra cierto hecho que alguna que otra vez pudimos presenciar en la azotea junto a los dormitorios. En esta azotea había una sencilla barandilla de hierro, no muy alta, acoplada a todo lo largo de los veinte o veinticinco metros que aproximadamente mediría de longitud. Dicha barandilla, que protegía uno de los lados para que nadie cayera al fondo del patio, estaba muy mal sujeta y se tambaleaba al menor roce, sobre todo por su parte central. El peligro que suponía esta situación incitaba a unos y a otros a continuas bromas y a la macabrosa chaladura de coger a un pequeño y sostenerlo unos momentos por encima de la barandilla, sobre el peligroso vacío.

«Naturalmente que esta manera de obrar tan salvaje no era una asidua costumbre del modo de proceder de todos los mayores ni tampoco un medio habitual para divertirse; solamente era una manía del carácter bárbaro de unos cuantos, a la que se entregaban cuando les acontecía la idea».

Lo que sí podía tenerse como una costumbre y medio habitual de aquellos ignorantes para divertirse, al menos de unos cuantos, eran los no menos salvajes «combates de boxeo» que tan desconsideradamente organizaban

con nosotros. Para esto nos hacían ir a la obra, donde no había peligro de que tal brutalidad pudiera ser descubierta. Allí, a unos cuatro metros del fondo de una galería, debíamos sentarnos en el suelo como si estuviéramos delante de un escenario. Los mayores lo hacían a uno de los lados en el espacio libre, formando algo así como un jurado. Luego después, y tras tomar decisiones, iban señalando a dos contrincantes entre los pequeños y medianos para que se pegaran mutuamente. En esto intercedía más que nada la simpatía o el repudio que sintieran los mayores hacia unos y otros, reservándose un contrario sencillo o difícil, según se tratara. Había algunos que por consideración o temor se negaban a pelear, poniéndoles los mayores otro contrario o dándoles un par de tortazos, de forma que no les quedaba otro remedio que pegarse. Algunas peleas sin embargo adquirían un matiz competitivo y pujante cuando los contrincantes llegaban seriamente a picarse o cuando la espectación, en pie y dividida en dos bandos, animaba ardorosamente a su simpatizante. La mayoría de las veces no obstante intercedían brutalmente los mayores por romper la inactividad de los contrincantes, azuzándoles y calificándolos de miedosos y cobardes y haciendo que todos los presentes, absortos tal vez en un completo y decepcionante silencio, participaran en esta incitación.

Ni que decir tiene las consecuencias que este monstruoso proceder solía tener para nosotros y para la relación con nuestros compañeros. De aquellos combates salíamos muchas veces malparados y chorreando sangre, y con un terrible odio hacia algunos compañeros, a quienes no siempre podía considerárseles culpables.

Otra costumbre tan bárbara o más que la anterior, y esta no solo de los mayores, sino de todos en general, era la de hacer «los perrillos», tomada allí como una broma divertida y que era sin embargo un hecho brutísimo, sádico e inmoral, de incalculable salvajismo. Esta atrocidad se practicaba solamente en el dormitorio a la hora de acostarse y de una forma rápida y sorprendente. Para ello saltaban de improviso varios chicos sobre un otro, –elegido previamente–, sujetándole con fuerza y cubriéndole de forma violenta el rostro con una almohada u otra prenda. Seguidamente después salían disparados otros diez o doce –según se terciara–, quienes se

apostaban en torno a la cama del citado elegido o víctima de los perrillos. Unos, lo sujetaban por los brazos, otros, por las piernas, y todos a la vez, lo desnudaban. La iniciativa para este bárbaro proceder era conspirada y tomada con frecuencia por algunos maliciosos, o bien pervertidos, con el fin de ver en cueros a aquellos chicos que no permitían de ninguna manera que su cuerpo les sirviera a ellos de placer.

A continuación, y cuando el muchacho víctima de los perrillos estaba completamente desnudo, las uñas de todas aquellas manos se deslizaban provocadoras por la piel de su cuerpo al descubierto, arrancándole, entre ásperas maldiciones, las risas desesperantes de sus cosquillas. Su cuerpo se agitaba violentamente, abatiéndose en la más desesperante lucha contra aquella humillación. Algunos, acariciaban maliciosamente su cuerpo desprotegido, bien por motivos de perversión o por encoraginar más así al afectado. Posteriormente y como tormento final, las bocas de todos los acosadores llenaban de escupitajos sus partes más íntimas.

Esta escalofriante y horrible salvajada duraba escasos minutos, pero la moral del afectado era de tal forma agredida, que consumida, caía desvanecido entre mil sollozos.

Y junto con la forma referida de distraerse de los mayores existían otros modos tan salvajes o más de pasar el rato, en los que no solo estaban implicados los mayores, sino casi todos los internados. Uno de ellos era el cazar pájaros, sobre todo mediada la primavera y en verano, que era el tiempo de la cría y cuando más pájaros abundaban. Por esta época se veían algunos internados danzando por el jardín con sendos tirachinas, apostados sigilosamente bajo los árboles, a la espera de que algún pájaro se posara en la rama de un árbol para dispararle. Más que cazar lo que hacían en realidad era pasar el tiempo probando la puntería y espantando los pájaros. Con lo que sí se cazaba de verdad era con las trampas de alambre grueso que se compraban en la calle por cincuenta céntimos, esparcidas unas de otras en puntos distinguibles, y muy bien camufladas entre la tierra.

En el tiempo libre, y sobre todo los domingos y días festivos, nos tirábamos las horas muertas sentados en el escalón de la puerta donde se encontraban las calderas de la calefacción y alrededores esperando que los

pajaritos acudieran adonde estaban colocadas las trampas. En estas se ponía un trocito de pan como cebo, y cuando los pájaros tiraban de él, quedaban apresados por los alambres.

Nuestro ánimo, cansado de esperar, exhalaba un suspiro de satisfacción al ver que la bandada de pájaros que acudía a los ceños alzaba repentinamente el vuelo huyendo entre lamentables trinos.

–¡Ha picado uno! –decíamos al momento.

Tras liberar y coger al animal se colocaban otra vez las trampas y esperábamos nuevamente con paciencia que los pájaros volvieran a picar.

Después de tenerse varios animalitos se ataban a unos hilos y el responsable cazador, generalmente un mayor, se paseaba presumidamente con ellos. Había algunos que pasaban el tiempo acariciándoles y haciéndoles susurros, algo así como queriendo demostrar que sentían cariño hacia ellos. Así de canallesca y absurda era la mentalidad que se tenía allí. Daba la sensación de que los pobres animalitos eran capturados por puro cariño.

Lo más decepcionante de este proceder no era solamente el hecho de cazar pájaros, sino el ver a tíos tan grandullones envueltos en tan deprimente ocupación; hombres, algunos de ellos, que habían cumplido ya el servicio militar y que en vez de preocuparse por hallar un trabajo y salir de allí, consumían el tiempo de aquella manera irracional. Este era el caso, entre otros más, de Rufino Carvajal, quien cierta mañana se acercó a mostrar a Sor Remedios gran número de pájaros amarrados a unos hilos. Esta monja, que prestaba su servicio en maternidad, la teníamos considerada como una de las mejores y como buenísima persona. A esto tal vez contribuyó el poco roce que teníamos con ella, como porque cuando la veíamos, que era casi todas las mañanas cuando se dirigía a maternidad, era para saludarla y darla los buenos días; aunque esto no quiere decir tampoco que no lo fuera en realidad. Lo que sí era verdad, es que cada vez que la saludábamos correspondía muy amablemente a nuestro saludo y mostraba gran interés por nosotros y nuestro estado de salud. Es decir, que conversaba sinceramente con nosotros, cosa que no solía apreciarse con

todas las monjas. A mí incluso me preguntaba muy a menudo por mi madre, lo que no dejaba de ser un detalle bastante significativo y cariñoso.

En aquella ocasión sin embargo su proceder me dejó completamente decepcionado –y creo que a otros compañeros también–, al escuchar lo que le dijo a Rufino, cuando este se hubo acercado a ella con los gorriones atados a los hilos.

–¡Anda, cuantos pajaritos tienes! ¿Qué vas a hacer con ellos? –fue su testual comentario.

Podía ser cierto que el cazar pájaros se hubiera convertido para nosotros, incluso para los más pequeños, en algo rutinario y sin importancia. Pero para una monja, que realmente demostraba ser bondadosa, la mentalidad al respecto debería ser otra. Esto es lo que a mí me chocó, y que la monja no hubiera tratado de convencer a Rufino de que aquel proceder no era bueno, para que este soltara los pajarillos.

Pero no ocurrió así, y el mayor, que no supo ni dar contestación a lo que le preguntó sor Remedios, permaneció quieto unos momentos delante de ella, manejando constantemente los hilos contra el revuelo de los pajarillos, en su intento por hechar a volar y liberarse de las ataduras. Luego siguió paseándose con ese aire que tenía de engreído, llevando los gorriones al igual que si llevara un auténtico trofeo: muy orgulloso, como si el haberlos cazado hubiera sido muy arriesgado y motivo para vanagloriarse.

El destino final que tuvieron aquellos pajarillos, una vez que el ignorante de Rufino se hubo divertido largo tiempo con ellos, fue ir a parar a la cocinilla, una caseta pequeña con un fogón dentro, pegada a la cocina, donde por costumbre, o quizás más bien por tradición, se asaban y se comían. Nosotros los pequeños más que nada lo que hacíamos era observar, y si no comíamos de ellos, era porque no podíamos.

Pero todo no acababa tampoco en cazar y comerse los pájaros, que bajo ciertas circunstancias que se daban allí, podía ser conceptuado de lógico y restársele gravedad. A veces había incluso quien se dedicaba a cojer o derribar las crías de los nidos para poner a prueba el instinto maternal de la madre. Dejando cerca al animalito capturado, aún incapaz de volar, esperaban que atrajera con sus piídos a la madre, sin darle a esta la

posibilidad de que se lo llevara. Al estar en su cercanía la espantaban con piedras para poder seguir experimentando y simultáneamente entretenerse por más tiempo. Había veces que arriesgaban tanto la curiosidad, que la cría, a base de saltos y de cortos vuelos, conseguía distanciarse y huir con la madre, siendo ello causa de admiración para unos y de decepción para otros. Otras veces en cambio aguardaban inútilmente la presencia de la madre. Mas si esta no acudía por largo tiempo a los piídos de la cría, cogían entonces al animalito y lo devolvían al nido, o bien, se quedaban con él como si se tratara de un juguete.

Al final, y cuando ya estaban hartos también de pasar el tiempo de esta otra forma, y cuando la cría, de tanto manuseo y sufrimiento parecía estar a punto de morirse, había algunos que experimentaban un poco de compasión por el animalito. Entonces se oían frases de arrepentimiento y dolor como: qué lástima... Se va a morir. Es mejor que no sufra. Pobrecito...

Todas estas lamentaciones eran proferidas por muchas de aquellas bocas de insensatos que anteriormente se habían divertido cazando y torturando al animal. Daba la impresión de que eran inconscientes de lo que hacían y después sentían dolor por lo que habían hecho; igual que auténticos chiquillos que no saben lo que hacen, que al ver la barbaridad de sus hechos es cuando advierten su imprudencia.

Por último terminaban estrellando a bocajarro al animalito contra el suelo por quererle dar una muerte rápida y sin sufrimientos. Y lo más asombroso es que creían que obraban bien, tanto por semejante hecho, como por haberle acariciado y puesto tal vez a comer en la mano unas migajas de pan humedecidas con saliva.

De lo que no se daban cuenta sin embargo, ni siquiera advertían, era la crueldad de tan horrible comportamiento. Esto en realidad no lo advertíamos nadie de los que vivíamos allí. Tampoco las monjas, responsables directas de nuestra educación, y que tenían la misma mentalidad que nosotros. Prueba de ello, es que a pesar de saber que se cometían tales salvajadas, jamás se opusieron a ellas. Tanto el cazar pájaros para comerlos, como el divertirse con ellos torturándolos, lo permitían como si se tratara de una cosa normal. No hubo jamás por parte de ellas una prohibición de tales hechos, ni

el más simple comentario a tan villano proceder. Las monjas además, no eran tampoco muy complacientes con los animales, que digamos, sobre todo cuando se trataba de exterminar la inmensa plaga de gatos que continuamente andaba por todos los lugares de la casa. Esto era algo muy corriente y casi siempre mandaban para ello a Luciano, el hombre que estaba al cuidado de los cerdos, quien se hacía con un saco para atraparlos y después matarlos. Algunos chicos teníamos que ayudarlo, azuzando a los gatos para que pasaran por los agujeros que había en las puertas de una y otra dependencia. Al otro lado aguardaba Luciano con el saco abierto para que se colaran dentro de él. Y a decir verdad, este bárbaro proceder no nos conmovía lo más mínimo, tal vez porque el número de gatos era tan relevante que presentaba un verdadero problema para la casa, como porque nosotros no teníamos contacto con ellos como lo teníamos con los perros que había allí. Estos otros animales no eran tal vez de tanta utilidad para la casa como los gatos, pero aún así no era necesario que las monjas ni nadie tomaran ninguna clase de medidas para exterminarlos. No había muchos además, dos o tres, a lo sumo, y no causaban ninguna clase de molestia. No obstante hubo una ocasión en que se obró de dicha manera, y ello cuando una de las perras había tenido crías. Esta perra era la Estrella, un animal muy dócil y manso, que todos queríamos mucho. Dicho día andaba olfateando por los alrededores del depósito y escarbando con las patas en el suelo como si estuviera buscando algo. Al animal se le veía muy raro y decaído y con grandes ojeras. Las iris de sus ojos, empapadas de lágrima y muy brillosas, acentuaban aún más la tristeza de su mirada. El cuerpo le daba tambaleones como si estuviera enferma y las piernas no podían con su peso.

–Está buscando a las crías, que las han matado y enterrado aquí –dijeron algunos compañeros cuando la vieron en aquella situación.

Efectivamente. Después de mucho escarbar en un sitio y en otro sacó varios animalitos muertos de entre la tierra.

Por primera vez ocurría un hecho como este en el Hogar Provincial. En tiempos anteriores se repartían las crías a varios sitios y había incluso empleados y gente de fuera que se las llevaban para ellos, una vez que ya

eran algo mayores y podían sobrevivir sin la madre. Pero el hecho de matarlas era algo que nunca se había conocido.

Lo que podía haber sido extraño y que ya no lo era, porque muchas otras cosas hablaban en su desfavor, es que quien mandó matar las crías fue sor María Begoña, la nueva superiora, diciendo, según testigos, que ya había bastantes perros allí y que aquello no podía convertirse en una perrera.

Y si el cazar pájaros y mandar exterminar las crías de los perros no era tan horrible como quizás pudieran pensar algunas personas, había otras cosas que sí lo eran de verdad, y que ni las monjas ni nadie se opusieron a ellas. Todo lo contrario, para muchas de aquellas personas tales hechos parecían ser algo muy oportuno y necesario y que debía de hacerse a toda costa. Una de estas cosas era la de apedrear a los perros extraños que entraban en el orfanato. Y esto si que era horrible de verdad, tan horrible, que el recuerdo de ello aún me sigue impresionando.

Apenas asomaba un perro por la puerta falsa principal y se adentraba en las pertenencias de la casa, ya estaba todo el mundo alerta para acorralarlo y apedrearlo. Esto sin embargo no resultaba nada fácil, ya que casi siempre le salían al paso los perros de casa, haciendo que se marchara. Pero cuando alguno conseguía entrar adentro y rebasar la linde del jardín sin ser advertido y ahullentado, entonces era cuando el desafortunado animal se exponía a ser acribillado con piedras e incluso a que lo mataran con ellas; más que nada, porque casi todos los que se daban cuenta de su presencia se comportaban de una manera astuta y precavida por que no notara ninguna extraña sensación, pues tal comportamiento iba conducido únicamente con la intención de apedrear conscientemente y sin compasión a los perros extraños que entraran allí, y no por evitar que se colaran en el internado. Lo más contradictorio de esta situación era el hecho de que la puerta falsa permaneciera innecesariamente y casi de continuo abierta, sobre todo por las mañanas, lo que hacía pensar que la dejaban a propósito así.

Uno de estos casos tan horribles, el más impresionante quizás en aquellos primeros años de mi estancia donde los chaqueteros, acaeció una mañana poco después de desayunar y salir al patio. Debió ser domingo o

día de fiesta, ya que los demás días de semana, al estar el celador de servicio, era él personalmente quien se encargaba de despachar al animal y hecharlo fuera.

El perro que se coló dicha vez por la puerta falsa principal junto a la panadería era un perro mestizo de color ocre y bastante grande de esos que se veían muy a denudo danzar en solitario por los barrios y calles. Olfateando, fue merodeando por los alrededores del jardín hasta que se aproximó a las inmediaciones de la obra, cerca del estrecho paso sin salida que formaban este edificio y la pared de la iglesia por su costado posterior. Mientras avanzaba confiadamente, acercándose cada vez más al estrecho paso o callejón sin salida, no había quien hiciera un raro movimiento que lo pudiera asustar y espantar. Todos los internados nos manteníamos tranquilos como si no pretendiéramos absolutamente nada. Avanzábamos sin embargo en dirección adonde se encontraba el animal, aguardando impacientes a que se adentrara aún más en las cercanías de la obra. Era como una emboscada en la que se esperaba que la presa cayera en la trampa.

A base de gritos y de tirar piedras, los más próximos de la aglomeración ahuyentaron al final al animal, que no tuvo otro remedio que salir precipitadamente corriendo hacia el callejón. Detrás le seguimos casi todos los que estábamos en el patio en aquellos momentos, en una forma tan bárbara y decidida, que parecíamos estar endemoniados. La mayoría llevaban ya piedras en las manos para tirárselas al animal e iban cogiendo otras que se encontraban al paso.

En otras ocasiones hubo perros que aún en los momentos más críticos consiguieron escapar antes de pasar a aquel callejón de la obra o situarse en un rincón sin salida, pues a pesar de la precaución que se tenía por que no se espantaran, algunos llegaban a percibir cierta anormalidad y salían corriendo asustados. Este otro sin embargo no llegó a percibir tal sensación y se metió en la cueva del oso.

Cuando la multitud alcanzamos el final de aquel paso estrecho lo encontramos apostado junto a la puerta grande que había en aquella otra parte. Lleno de miedo, se movía ante el cierre de la puerta, como si

aguardara a que la abrieran. Impaciente, agitaba el cuerpo azarosamente buscando una salida o un remedio por donde escapar. Sus patas, temblorosas y en continuo movimiento, parecían no poder con el peso del cuerpo. Nuestra espantosa y amenazante presencia lo puso más nervioso aún.

Al salir disparada la primera piedra siguió una intensa lluvia de muchas más buscando el cuerpo del animal. Los cantos sonaban como el repiqueteo de una ametralladora al chocar contra los maderos de la puerta. Algunos alcanzaban de lleno al perro, que al poco rato de aquel martirio, mostraba una espantosa y horrible imagen.

Allí, nos habíamos congregados casi todos los internados del orfanato, junto con los sordomudos. Entre la aglomeración se encontraban los apedreadores sin compasión; aquellos fanáticos que parecían disfrutar viendo sufrir a los animales y que se dedicaban a ello como si se tratara de una ocupación legal. Algo más apartados, formando segunda fila, los simples curiosos, y más retirados de estos, los que no podían presenciar de cerca tales masacres.

El animal emitía alaridos de dolor. De su cabeza y hocico brotaban grandes y largos chorreones de sangre y su aspecto estaba completamente desfigurado. Las piedras sin embargo siguieron siendo lanzadas hasta que el animal, totalmente decaído y en un momento de flaqueza, cayó al suelo. A ello se impuso un silencio impresionante. Por unos segundos la multitud quedó completamente paralizada. Las piedras que quedaban en las manos, dispuestas para seguir acribillando al perro, fueron desechadas con cierto desdén, como quien se desprende de objetos despreciables y de villano uso.

En un segundo la multitud cambió de proceder y de forma de ser. De salvaje pasó radicalmente a sensible, y de irresponsable a culpable. Un silencio sepulcral reinó durante un par de minutos. La multitud pareció haber sentido la pesadumbre de aquel horrible hecho.

El animal, casi sin vida, levantaba a intervalos la cabeza y se lamía la sangre que le corría por las extremidades delanteras.

Al final, y ensumida en sus pensamientos, la concentración abandonó aquel lugar, dejando al animal solo en su agonía. Si moría, alguien se

encargaría de llevarlo a los sótanos de la obra y dejarlo allí tirado entre escombros, o bien, y esto ya no era tan seguro, de enterrarlo cerca del depósito, lo que generalmente estaba destinado a los perros de la casa cuando morían.

«Así de trágica y cruel era la vida que llevábamos en el aquel indeseable orfanato. El trato tan miserable a que tanto los animales como las personas éramos sometidos, suponía una fuerte afección que además de hacer de nosotros unos incultos salvajes, marcaba intensamente nuestra sensibilidad y manera de sentir. Semejante forma de vivir era un lento proceso de humillación en el que el ser era incompasivamente arrastrado a intensificar cada vez más su ya extenuada sensibilidad».

Y junto con lo referido existían otras causas y circunstancias más que también afectaban nuestra vida y forma de sentir. Algunas de ellas eran de aspecto leve y solo dejaban un pequeño rastro de su existencia. Otras en cambio entrañaban tal gravedad, que abrían un profunda e incurable huella en nuestra alma. Y tanto unas como otras no podían atribuirse siempre y exclusivamente al proceder de los mayores ni a la bárbara mentalidad de unas y otras personas. Estas se debían en parte, pero muy pequeña, a las catastróficas circunstancias en que se encontraba la casa, pero más que nada a la irresponsabilidad y el desorden que siempre reinaban en ella, ambas cosas puestas de manifiesto en todas partes y de forma constante. Por eso no era de extrañar que a veces ocurrieran ciertas desgracias que no tenían por qué suceder, como la dolida muerte de Santiago, uno de los niños más pequeños de la casa cuna.

Este lamentable hecho fue la más destacable consecuencia de la irresponsabilidad de las personas que estaban al cuidado de la casa cuna y del orfanato. Algunos chicos lo pregonaron en voz alta por el patio, según era costumbre cuando sucedía algo grave:

-¡Ha muerto Tiaito! ¡Ha muerto Tiaito!

La noticia causó tal impresión que al poco rato todos los de nuestra parte, excepto los mayores, que asistían a talleres, nos dimos cita en el patio de los cuneros. En aquellos momentos no había allí ni una sola alma. No se oía nada del alegre bullicio de los niños que todos los días a aquellas horas

amenizaban el ambiente con sus juegos y gritos. Por aquel entonces la alambrada que separara ambos lugares tenía un par de rajones grandes y pudimos adentrarnos hasta las mismas ventanas de algunos departamentos de la casa cuna. Solo por la ventana del botiquín asomaban de vez en cuando algunas personas que parecían estar ocupadas con el suceso. Indignadas, hacían señas a través de los cristales para que nos marcháramos. Nosotros en cambio permanecíamos allí sin obedecer, escuchando en corrillos lo ocurrido, y de como Tiaito se había ahogado en la piscina de la casa cuna. Nadie tenía una idea clara sin embargo de como había sucedido realmente. Lo único que se sabía de cierto, según los comentarios, es que otro niño de la casa cuna, algo mayor que Tiaito, llegó a presenciar los hechos, pero nadie sabía de quien se trataba. Los cuneros además no se encontraban allí para preguntarles, y según decían, al citado pequeño que fue testigo de lo acontecido se lo llevaron eventualmente a otro sitio apartado de los demás.

Poco después, avisado tal vez por alguna persona de la casa cuna, apareció por allí Nicasio, el celador, quien nos ordenó marchar a nuestro patio.

Santiago había sido una de esas criaturas de la casa cuna que a la edad de tres años aún no sabía andar teniendo que ser llevado a todas partes o llendo él mismo a gatas. No sabía tampoco hablar ni una palabra y a todo contestaba con un movimiento de cabeza. Todo esto, naturalmente, porque no le habían enseñado, pues él no era el único que se encontraba en tales circunstancias en aquel lugar. Cuando le preguntaban por el nombre, muy tímido, sobrecogido y lleno de ternura, dejaba escuchar difícilmente su apagada voz al responder: Tiaito, apodo que le habían sacado de Santiago y que en realidad quería decir Santiaguito.

Su mirada angelical, llena de temor, era capaz de conmover al más duro corazón. Su aspecto, como el de muchos de aquellos angelitos, era la más triste imagen que de criatura alguna podamos imaginar. Sentado en el peldaño de una acera de la casa cuna pasaba las horas enteras sin otro consuelo que las bromitas inocentes que le gastaban sus compañeros y la presencia curiosa, llena de compasión, de algunos de nosotros. Su forma de

balbucear, en tanto graciosa, se había convertido para muchos otros en chacoteo. Esto era algo que mi manera de ser, y la de muchos otros compañeros, no podían soportar.

Según se comentó, a Santiago le empujó otro chico mayor que él de los que vivían allí en la casa cuna, o bien, se cayó él solo en la piscina, sin que el compañero que estaba junto a él hubiera podido sacarlo de ella antes de que se ahogara. Tanto el hecho, como las versiones que se hicieron de él, encubrían un gran misterio e inseguridad. Pareció como si hubiera habido una imposición por parte de las monjas y autoridades del internado en la que hubieran prohibido toda divulgación de lo ocurrido. Hasta los niños y niñas de aquella parte fueron sacados de allí inmediatamente sin que se supiera donde estaban. De todas maneras era incomprensible que aquella mañana, a una hora en que normalmente el patio era concurrido todos los días por niños y niñas, se hallaran aquellas dos criaturas en la piscina sin nadie que las protegiera. Era incomprensible también, que en aquella piscinilla, hecha a propósito para niños pequeños, pudiera ahogarse aquella criatura a pesar de contar con una pequeña ayuda.

Fue lamentable, que aquella mañana y en aquel preciso momento, no se hubieran encontrado allí algunos de aquellos sádicos de nuestra parte que tanto iban a la piscina a divertirse dando aguadillos a los pequeños. Fue imperdonable también el hecho criminal de haber abandonado irresponsablemente a aquellas criaturas dejándolas solas ante semejante peligro.

La culpa de esta terrible desgracia no podíamos hechársela de ninguna forma al pequeño que sobrevivió los hechos, que no supo o no pudo sacar a Santiago del agua, bien por falta de facultades o porque el susto le hubiera neutralizado toda acción. La incapacidad y la insuficiente preparación para desarrollar la profesión; la irresponsabilidad en el cumplimiento de las obligaciones; el poco aprecio a la vida de los demás, y la miserable organización, fueron en realidad la auténtica razón de aquel penoso suceso. Esto era algo sin embargo de lo que en aquellos momentos nadie se ocupaba, salvo quizás algunas conciencias sensibles y expertas. El hecho había ocurrido, y de nada valía preocuparse de quienes o qué circunstancias

tuvieron la culpa. Ello no devolvería además la vida al pequeño Santiago. Lo malo fue que dicha desgracia no llegó a servir de ejemplo a las personas responsables de la casa para enmendar en lo posible la situación que allí se vivía. En el futuro todo seguiría igual, como si la muerte de Santiago no hubiera tenido ninguna importancia.

Al día siguiente, en el parapeto rectangular que formaban por el exterior el cuarto de los muertos y la escuela, oculto por completo a la parte de maternidad y a nuestro patio, colocaron una mesa sobre la que pusieron la cajita de madera que contenía el cuerpo sin vida de Santiago. Delante, el capellán de la casa, don Anselmo del Manzano y dos monaguillos, se disponían a celebrar los oficios religiosos para estos casos.

Este acto tan fúnebre y doloroso no evitó sin embargo, y a pesar de encontrarnos en un centro regido por religiosas, que la acostumbrada marcha del orfanato siguiera su ritmo de siempre. En el patio y cerca de aquel lugar continuaban los juegos con toda normalidad como si no ocurriera nada especial. La mayoría jugaban al fútbol en aquellos momentos y los gritos de unos y otros dominaban claramente como siempre todo el espacio del patio y alrededores. Yo, en cambio, que no me hallaba en el patio, sino exactamente junto al arco de entrada del jardín, algo oculto entre la fronda, seguía estupefacto y lleno de admiración dicha celebración. Aunque entonces no tenía la experiencia suficiente para juzgar aquella situación en la medida en que hoy la juzgo, me daba cuenta perfectamente de lo extraña que era. No concebía sin embargo que en una casa como aquella, guiada por un personal religioso, pudieran tener lugar a la vez dos situaciones tan dispares: un sepelio, celebrado de manera muy sencilla, y cien personas corriendo y jugando despreocupadamente; mientras que un chavalín de unos nueve o diez años, seguía escépticamente la triste ceremonia, pendiente más que nada del pequeño ataúd y figurándose en su interior el cuerpo sin vida de Santiago.

Aquel sepelio fue quizás el único del mundo en el que no se derramaron lágrimas. A él no acudieron ni la madre ni el padre, ni familiar alguno del difunto. Las monjas, llamadas «hijas de la caridad», no solamente no estuvieron presentes, sino que no se preocuparon ni de mantener un poco

de orden y hacer que aquellos momentos de tanto sentimiento fueran guardados y consagrados con todo respeto para el entierro de Santiago.

«Esta contradicción me recuerda el día en que murió sor María Luisa, una monja de edad muy avanzada, retirada ya de todo servicio. Entonces todo fue diferente. La intensificación con que se propagó la noticia; los preparativos para los funerales, celebrados en la iglesia de San Pedro, quizás por ser mayor que la nuestra; el entierro; las múltiples oraciones en sufragio por su alma, y los continuos comentarios al respecto, envolvieron el internado en el más trágico luto. En aquella ocasión recuerdo que nos colocaron por grupos a los pequeños alrededor del cadáver para rezar un rosario. Quizás Santiago no necesitaba tantas oraciones por ser inocente y por aquello que decían de que, al haber sido bautizado un niño pequeño, se le borraba el pecado con que había nacido y que privaba a su alma la entrada directa en los cielos, pero no por ello, le fue prometida menos gloria».

Cuando el cura y los dos monaguillos terminaron con los oficios religiosos y salvatorios, un coche de difuntos se llevó la cajita de madera con el cadáver de Santiago, quedando así borrado y concluido el misterioso suceso que ocasionó su triste muerte.

Así de sencillo podía uno desaparecer de aquel indigno orfanato, sin que se hiciera, como en aquella ocasión, una investigación justa de los hechos por parte de la autoridad. Las personas con mando en el orfanato, que jamás habían cumplido con responsabilidad sus obligaciones, no adoptaron tampoco para el futuro otra conducta que velara más y mejor por la seguridad de todos los que allí vivíamos. Dadas estas circunstancias no era extraño que nuestra vida y situación continuara siempre en las mismas condiciones de antes y que los percances siguieran sucediéndose como si ello fuera cosa de un destino irremediable. Por esta causa, al menos es lo que se puede pensar, sucedió también la muerte de Diego Galvano, otra tragedia en la que la irresponsabilidad y el desorden volvieron a dejar huella de su enorme incapacidad. «Con esta aclaración no se trata de justificar, ni se podría tampoco, que dicha incapacidad llegó a ser la causante de esta otra desgracia, ya que Galvano murió presuntamente de una

enfermedad, pero sí hacer constar, que ello fue lo más responsable de todo el laberinto que precedió a su muerte». Su enfermedad se tuvo en poca estima y tal vez por ello se llegó a tan fatal consecuencia. Mas, si se es legal con las circunstancias, también puede decirse que esta desestimación se debió en parte a que dicha enfermedad era un tanto extraña y completamente desconocida. Es decir, poco corriente allí.

Y era verdad. El índice de enfermedades que allí se padecían era relativamente bajo y de escasa seriedad a pesar de la poquísima higiene y de la insuficiente alimentación. Salvo los dolores de cabeza, producidos más que nada por el tufo del picón de los braseros en los meses de invierno, no conocíamos otra clase de males contra la salud. Bien se puede decir, no obstante, que esto también se debía a que la asistencia médica fue siempre reemplazada por la defensa personal del cuerpo contra las enfermedades. Todo esto sin embargo no son motivos ni excusas que justifiquen la despreocupación que se tuvo con la enfermedad de Galvano. Tampoco para las monjas, que fueron las que principalmente se acostumbraron a obrar de dicha manera, pese a ser ellas las más responsables de nuestra situación. Cuando estas se llegaban al comedor –que era el lugar en que más cerca estaban de nosotros– y se daban cuenta, –sobre todo por las noches durante los meses de invierno–, de que alguno estaba enfermo, apenas le concedían importancia. El que a uno le doliera la cabeza y al día siguiente se encontrara bien, por no sobrevenir ello de una enfermedad crónica y seria, era tan corriente que se acostumbraron a tomarlo como una rutina. ¿Qué puede tener un chico tan joven? –se dirían–.

¿Dónde está fulano? –preguntaban algunas veces cuando notaban la falta de alguien o advertían un lugar vacío en una de las mesas.

–Está malo –respondían los compañeros.

¡Vaya por Dios! –suspiraban.

No se preocupaban si le dolía el estómago o el corazón o si tenía anginas o cualquier otra cosa. Para ellas estaba enfermo y se acabó. Mañana estará mejor, solían decir.

Pero a veces no era un simple dolor de cabeza y no se estaba solo una tarde en la cama. Y si a consecuencia de dicho proceder le daban a alguno

que llevara largo tiempo enfermo por olvidado, podía darse este por perdido. Así exactamente ocurrió en el caso de Galvano, el más grave de todos ellos.

Galvano era un chico algo más pequeño que yo. Además de ser muy alegre y bastante simpático, había disfrutado siempre de una salud y vitalidad de lo más normal, pero de pronto se puso enfermo, y cuando quisieron darse cuenta, ya llevaba un montón de días en la cama. La despreocupación y abandono en que lo tuvieron fue en realidad tan considerable que nadie hubiera podido calcular con exactitud el número de días, e incluso semanas, que ya llevaba en tal estado. Tampoco yo, pese a la mucha memoria que en aquel entonces pudiera tener. Eso sí, le llevaban las comidas reglamentariamente, cosa, que a decir verdad, más bien salía de algunos compañeros que de las mismas monjas. Es más, había alguna que a veces se oponía a que se llevara la comida a los enfermos, por aquello de que: «quien está enfermo, mejor que no coma», como quizás también porque siempre había alguien que le gustaba hacerse el enfermo.

Al final vino un médico a visitar a Galvano, que tras hacerle un reconocimiento, ordenó inmediatamente su ingreso en el hospital. Entonces empezaron a hacerse comentarios sobre el por qué se lo llevaban y sobre lo que hubiera podido pasarle. Hubo hasta quien sacó a relucir que un mayor le había pegado un tremendo palizón; que le había doblado el cuerpo hacia delante sujetándole por la nuca, dándole golpes con los puños y los codos en las costillas hasta que cayó al suelo sin fuerzas. Esto pudo ser verdad, aunque no como para creer que fue la causa del mal estado de Galvano, ya que ello hubiera llegado a descubrirse. Tal vez pudo ser también que quien hizo esta declaración quizás se refería a una ocasión ocurrida con bastante anterioridad a su enfermedad. Se hicieron en fin, múltiples comentarios, que como siempre solo sirvieron para satisfacer la ociosa curiosidad.

Lo más decepcionante del caso de Galvano es que su muerte debió acontecer a los pocos días o semanas de ingresar en el hospital, sin que nosotros, que éramos sus compañeros y habíamos vivido muchos años con él, llegáramos a enterarnos. De las monjas, que apenas se ocupaban de nuestra situación, no podíamos esperar una aclaración abierta y concluyente de lo sucedido. Ello podría despertar un gran malestar entre

nosotros y cierto criterio en cuanto a su poca responsabilidad. Como con todo lo que no interesaba debieron dejar pasar el tiempo esperando que con él nos olvidáramos de Galvano. Pero ni tan cauteloso proceder ni tampoco el tiempo, podían hechar en olvido el paradero de un compañero, cuyo destino aún no había llegado a su conclusión. Al menos para mí, –como también quizás para otros compañeros–, que cuanto más esperaba el desanlace de lo ocurrido, más crecía mi incertidumbre. Y mi sorpresa no pudo ser mayor cuando preguntando a sor María Dolores por el nuevo estado de Galvano, la monja me respondió que había muerto, en una forma además tan cohibida y reservada, que llegó a sobrecogerme. Por su rehuída mirada me dí perfecta cuenta de que ella lo sentía enormemente y de que no deseaba dar más explicaciones al respecto. En este caso, como en el de Santiago, el niño pequeño de la casa cuna, tampoco hubo rosarios ni rezos, ni acompañamos al cadáver al cementerio, como era costumbre cuando moría una monja.

Lo que sí ocurrió tras la muerte de Galvano, y que no nos pudo ser ocultado, es que su madre sacó inmediatamente de allí a una hija que tenía donde las chicas. Pareció ser que cogió miedo por lo que le ocurrió a su hijo, y presintió que le pudiera pasar también a ella algo parecido. Pues si estudió un poquito lo que a simple vista podía apreciarse, no cabe la menor duda de que se atemorizara y llegara a pensar que en aquella casa todo era posible en desfavorecimiento para la vida de los que allí vivíamos.

Y esto que la madre de Galvano hizo con su hija, como también lo había hecho hacía algún tiempo Lucía con su hijo Ferrnando, era lo que yo deseaba de mi madre: que me sacara de allí de una vez para siempre, para acabar por fin con aquella penosa y triste vida. Por mediación de las cartas, y cuando venía a verme, yo se lo pedía implorantemente y con mucha más insistencia que antes. Le decía lo mucho que sufría y lo que nos maltrataban; que deseaba más que nada en el mundo salir de aquella casa. Y aunque ella nunca me dió una contestación pisitiva, yo me formaba ilusiones, pensando que alguna vez lo decidiría. Pero sus visitas acontecían por dificultad muy de tarde en tarde, por lo que cuando volvía de nuevo ya había pasado por lo general un año. Y de esta manera, como porque mis ilusiones se iban desvaneciendo poco a poco, perdí la esperanza de que ello

llegara a realizarse. A veces pensaba que si mi madre no me sacaba de allí era porque no creía en las salvajadas que yo le contaba. Y cuando venía a verme la próxima vez, volvía yo a exponerle con mucha más insistencia las causas y razones de mis deseos. De lo que menos me daba yo cuenta entonces era de las dificultades que ella tenía para ello. A mi corta edad no podía comprender que si me encontraba en aquella casa, que antes había sido un hospicio y ahora, siendo aún un orfanato, se denominada Hogar provincial, no era por su gusto, sino muy a pesar suyo. Ella por el contrario sí que podía advertir fácilmente que lo que yo le decía era verdad, ya que saltaba a la vista de todo el mundo que entraba allí. Precisamente una de las veces que vino a verme en aquellos primeros años de mi estancia donde los chaqueteros pudo comprobarlo de manera clara. En tal ocasión fuimos a visitar a unos conocidos suyos que vivían cerca del orfanato, al otro lado de la estación ferroviaria. Allí hablé de lo mal que nos trataban en el Hogar provincial, dando a entender que nos maltrataban y sufríamos mucho.

Después de que discutieran e hicieran comentarios, tomando por exagerado lo que yo les contaba y poniéndolo hasta en duda, me quité la camisa –no sin haberme dejado rogar antes– a fin de que se percataran por mi propia espalda de la verdad. Cuando me la vieron, soltaron todos a la vez una exclamación llena de extrañeza, quedándose atónitos por unos segundos.

–¡Dios mio! ¿Quién te ha hecho eso? –preguntaron algunos.

Mi madre rompió en sollozos, y el resto de la tarde lo pasamos en un ambiente de tristeza y resignación.

Lo único que yo deseaba, a pesar de haber hecho aquella demostración, es que no dijeran nada a nadie de lo que les había contado, pues de lo contrario me exponía a que llegara a oídos de los mayores y estos me pegaran más. Por eso les rogué que callaran. Además, aunque dieran conocimiento de ello, la cosa no tendría especiales consecuencias. Para mi seguridad no podía yo imaginarme que aquellas personas, e incluso mi madre, no tuvieran tal vez el atrevimiento y el coraje cívico suficientes para exponer sus quejas a las autoridades del Hogar Provincial. En el fondo sin

embargo me hacía también la ilusión de que si llegaban a contarlo se acabarían allí para siempre toda clase de abusos y atropellos.

En realidad tenía la espalda llena de cardenales. No sé si fue Nicasio, el celador, quien me la puso así, después de haberme maltratado con la gruesa y fuerte goma que llevaba siempre consigo en el bolsillo de la chaqueta, o bien uno de los mayores, con un cinto de sujetar los pantalones.

Cuando más podía advertir mi madre la mala vida que existía en el orfanato era sin embargo cuando venía a verme por un par de horas solamente y en vez de salir a la calle, como a veces podíamos, nos quedábamos allí. En tales ocasiones solíamos acoplarnos en nuestro patio, generalmente junto al edificio de maternidad, sentados en el borde de una de las aceras y ella quizás en una silla que le prestaban. Allí lo pasábamos juntos hasta que se marchaba. Este tiempo era más que suficiente para que ella, como cualquiera

otra persona mayor, hubiera podido darse perfecta cuenta de lo que sucedía en aquella casa. Los graves acontecimientos no eran tan asiduos y solían darse de improviso, pero el desorden y el mal ambiente se manifestaban con una frecuencia tan latente y continua, que era imposible dar un vistazo por sus alrededores y no percatarse de ello. Si era por las tardes, a una hora en que los mayores andaban también por el patio, tal vez sin celador, la apreciación era aún más destacable y advertible.

«Con estas declaraciones no es que yo quiera destacar ahora, ni muchos menos, los motivos que existían para que mi madre me sacara del orfanato, sino justificar por el contrario las enormes dificultades que ella tenía para ello. Aparte de que su situación económica era de lo más lamentable, no tenía a nadie con quien dejarme. El hecho de tener un hijo sin estar casada, o mejor dicho, de soltera, era una gran incomodidad incluso para los propios familiares, que rehuían la situación como si de un maleficio se tratara. Además, ¿cómo iba a sacarme de aquel lugar, si me había metido en él por la necesidad de sobrevivir?

«Esta circunstancia era sin embargo demasiado compleja para que un púber de unos diez u once años como yo era entonces, ignorantillo e inocentón, pudiera comprenderla. Mucho más tarde me llegó el

entendimiento y la razón convincente para percatarme de lo utópicos que eran entonces mis deseos, así como la plena persuasión de que el hecho de haber ingresado en aquel asilo de huérfanos llegó a ser tanto o más costoso como hubiera podido ser el de salir de él. Tal desgracia no surgió por la falta del padre, sino precisamente por la falta de ayuda familiar a la muerte de mi abuela, «una madre más», el único apoyo con que contaba mi madre. A ello siguió el andar de un lado para otro sin hospedaje ni manutención en busca de un orfanato complaciente; la incapacidad de la autoridad burocrática, desconocedora de las leyes y displicente con sus deberes; la horrible odisea de un sin fin de calamidades, y la acción redentora de un obispo bueno y responsable, para ir a parar al final a aquel condenado lugar».

Pero a decir verdad mi situación allí en el orfanato no era de las más lamentables entre los internados, pese al trauma de no tener padre y ser hijo de soltera. Yo al menos contaba con mi madre, lo que muchos de aquellos infelices no sabían siquiera que existiera; no tenían la menor noción de quien era el ser que les dió la vida. Algunos, tenían conocimiento de la madre, pero tal conocimiento se reflejaba en muchos casos en una confusa y remota idea de los primeros años de la niñez, como también en inculcaciones adquiridas en aquel lugar cuando aún vivían en la inconsciencia. La verdad es que con el pasar del tiempo se habían hecho mayores sin que hubieran sabido nunca más de la madre. Era curioso, pero salvo algún caso extraño, allí no se hablaba más que de la madre. «¡Mi madre!», «¡mi madre!». El padre parecía ser más bien una figura alegórica de carácter puramente representativo. Su ausencia se achacaba generalmente a la desafortunada orfandaz, borrándose de esta forma su deshonrosa existencia y su estirpe de progenitor. Había un pequeño grupo, entre los más viejos, cuyo estado de orfandaz, incluso de madre, sí que era real y verdaderamente trágico. La guerra civil había dejado miles de niños huérfanos, y aquella casa fue lugar de cobijo para muchos de ellos, especialmente aquellos, cuyos padres habían pertenecido al bando más desafortunado. Esta circunstancia era precisamente la causa principal por la que algunos mayores seguían todavía allí de internados a una edad muy avanzada. Quien contaba con un familiar que mirara por él, sobre todo la madre, no solamente vivía con menos pena,

sino que las posibilidades de salir de allí, fuera ya a la edad que fuera, eran mucho mayores.

Y dadas estas circunstancias era lógico que yo me afanzara en mi madre como única esperanza de todos mis anhelos. Aparte de la sensación de no encontrarme solo en el mundo ello me proporcionaba cierto calor y seguridad. Me sentía orgulloso de tenerla y de saber que se preocupaba por mi, a pesar de lo largo que se encontraba y de que no conseguía sacarme de allí. Ella era mi único sostén y consuelo y en quien yo me cobijaba en los momentos difíciles.

Esta clase de sentimientos no se daban sin embargo solamente en mi, sino con más o menos intensidad en todos aquellos que sabían de la madre, y digo sabían, más por el contacto que había con la madre que por el hecho de que se conociera su existencia. Los otros, aquellos que no sabían de la madre ni de ningún otro familiar, vivían en un mundo diferente, casi despreocupados. Entre unos y otros existía una gran diferencia a pesar de que todos nos desarrollábamos en el mismo ambiente. Los primeros nos sentíamos mucho más seguros de nosotros mismos, conocíamos en parte nuestra procedencia y teníamos una personalidad familiar. No ignorábamos el día en que nacimos, y sabíamos a ciencia cierta cuales eran nuestros apellidos, aunque estos fueran los mismos que los de la madre. Los otros en cambio vivían mucho más inseguros y no tenían claros conocimientos en cuanto a su procedencia e identificación. En estos últimos era muy difícil suponerse la clase de sentimientos que pudiera fluir con respecto a la madre y al padre. Sin duda deberían ser mucho más sensibles y entrañables que los nuestros. La causa de los padres sería infinitamente añorada. Por último conspirarían la razón por la que estos se desprendieron de ellos, sin llegar tal vez a explicársela.

En realidad resultaba muy difícil saber cual de estas dos situaciones era la más penosa, si la de los que contábamos con la madre, o la de los que no tenían a nadie en el mundo. La de estos últimos estaba bien clara. A pesar de que sufrirían toda la vida por esta circunstancia, con el tiempo llegarían a hacerse a ello, como algo que no tenía remedio. Los otros por el contrario manteníamos una lucha abierta por algo que no habíamos perdido, pero que

no llegábamos a tener. También es verdad que muchos de estos habían segregado en contra de la madre un inmenso desdén y encono, culpándola a ella, a veces sin razón, de la desgracia que ellos vivían. En este caso la situación podía ser incluso mucho más grave que la de los que no conocían a los padres. Estos otros sentimientos sin embargo se daban por regla general a una edad en la que el entendimiento comenzaba a despertar, aunque bien sin la debida experiencia. Entonces se hacía juicio sobre las causas por la que uno se encontraba allí; se sentenciaba al padre, que no había cumplido con su obligación de hombre y abandonó de forma irresponsable a su propio hijo; maquinalmente, y por cuestión de mentalidad, se sometía también a prueba el honor y la pureza de la madre, y se hacían, en fin, una serie interminable de investigaciones mentales que explicaran el por qué de aquella situación.

Estas particularidades no eran en cambio el motivo principal de tal animadversión y frialdad hacia la madre. Ello se debía más que nada al hecho de estar encerrado en aquella casa de huérfanos, en la que solo se conocían sufrimientos y calamidades, como igualmente a la causa por la que fueron ingresados en ella. Muchas madres habían ingresado allí a su hijo por pura necesidad. Algunas otras lo habían hecho también por lo mismo, pero guiadas al mismo tiempo por el simple egoísmo de que el día de mañana aprendería un oficio, como si tal posibilidad no se diera en ninguna otra parte. Algo muy típico en otras madres, era el tener un hijo exclavizado en aquel lugar triste y cochambroso, mientras que una hija vivía con ella, libre de tormentos. Esto era una auténtica discriminación que irritaba por fuerza a los afectados. Con ello se hacía distinción con el sexo femenino, como si acaso fuera más sensible a la vida en reclusión y sin el calor de la madre que el sexo opuesto. Y aunque este concepto haya sido sacado de la experiencia, existían pruebas evidentes de que ello sucedía verdaderamente así. Allí había bastantes muchachos que tenían una hermana; unos, donde las chicas, y otros, no pocos, que vivían con la madre. Lo que no se conocía, es que alguna chica internada en el orfanato, tuviera algún hermano viviendo con la madre. Nada extraño, que tras estas circunstancias y el aislamiento y

dolor que se vivían en aquella casa, muchos internados hubieran renegado de la madre.

Y esta vida de descomunicación familiar, tanto parcial para unos como total para otros, daba comienzo por lo general en el mismo instante del nacimiento, ocurrido en muchos de los casos en la misma «casa cuna», centro de maternidad, que formaba parte del Hogar Provincial. Allí ingresaban casi diariamente mujeres para dar a luz. La mayoría llegaban acompañadas de sus esposos, marchando otra vez a los dos o tres días con el hijo que habían tenido. Otras en cambio, que eran solteras involuntariamente, es decir, abandonadas por sus novios, y que no tenían medios para mantener al hijo, quedaban allí trabajando gratuitamente durante una temporada, o marchaban dejando al hijo. Algunas de estas debían obrar tan irresponsablemente que no llegaban a acordarse más de él.

Estas circunstancias se daban de una manera tan sencilla y rutinaria que parecían formar parte de un sistema legalmente consentido. La aparición en maternidad de una mujer embarazada, pobre y sin marido, revelaba de manera inconfundible su situación social y familiar y hasta el doble motivo por el que pudiera acudir allí. No era ya la necesidad de dar a luz asistidamente lo que llevaba a algunas mujeres a la casa cuna, sino la imposibilidad de sacar después el niño adelante, y hasta la idea incluso de abandonarlo.

Cuando algunas mañanas una empleada de maternidad cruzaba por nuestro patio con un bebé en brazos, bien cubierto entre ropas blancas, era porque se había dado uno de estos casos. Con él se dirigía a la capilla del orfanato para que fuera bautizado, por no haber dispuesto la madre otro lugar para ello, ya que de todas maneras se iba a quedar allí. Esto lo hacían al segundo día de nacer como más tardar, quizás por aquello de liberarles cuanto antes del pecado original, que como decían y hacían creer, condenaba a los inocentes después de la muerte a la eterna permanencia en el Limbo, apartados de la presencia de Dios.

Y, como dice el refrán: «quien no tiene padrinos no se bautiza»; y este podría ser el caso –podemos pensar– de aquellos angelitos, que si no tenían padres, ya que tenerlos y no sentirlos es lo mismo que no tenerlos, más

difícil sería aún buscarles padrinos. Si los propios padres prescindieron del derecho a ellos, negándoles el cariño y su protección, ¿qué otra persona extraña podría asumir estos sentimientos y obligación?

A falta de todo esto la única solución que allí tomaban era bien sencilla y la más natural con arreglo a las circunstancias. Una monja llevaba a la capilla a un chico y una chica del orfanato, escogidos al tun tun, y tras preguntarles como se llamaban, imponían sus nombres como padrinos del bautizado. ¿Qué significado tendría el que en el libro de registro constara el nombre de la señora y el del señor tal, o el de fulanita y menganito como apadrinadores? Lo importante era el destino de aquellas criaturas y éste, por desgracia, estaba ya marcado.

A veces sucedía sin embargo que a consecuencia de un parto complicado moría una mujer en maternidad, o un niño, en el momento preciso de ver la luz del mundo. Estos casos se daban de vez en cuando y por lo general pasaban desapercibidos para nosotros los internados. Pese a que maternidad se encontraba junto a nuestro patio, era muy difícil que nos enteráramos de ellos, ya que las defunciones acaecían en sus locales interiores y de allí nadie las comentaba. En tales ocasiones solía usarse sin embargo el cuarto de los muertos, que aunque andaba constantemente deambulando de un sitio para otro, siempre estuvo en nuestro patio o junto a nuestras dependencias. Y muy a pesar de que a veces decían que estaba ocupado, nunca pudimos llegar a convencernos de que en un lugar tan cochambroso y abandonado pudieran meter a un cadáver, aunque solo fuera de manera provisional. Solo una vez llegamos a comprobar en él con nuestros propios ojos la existencia de un cadáver, y ello por la casualidad de que un chico andaba merodeando en aquellos momentos en su interior.

—¡Un niño muerto! —salió pregonando repetidas veces y a toda voz el citado chaval en tal ocasión del cuarto de los muertos.

Todos los que nos encontrábamos en el patio aquella mañana dejamos al instante los juegos y nos dirigimos como un rayo al cuarto de los muertos. El pasar adentro no era ningún problema, ya que inexplicablemente estaba casi siempre sin cerrar con llave y a veces hasta con la puerta entornada o medio abierta. Dicho local hacía poco tiempo que lo habían cogido para cuarto de

los muertos. De haberse mantenido en orden hubiera quedado algo decente, pero al hallarse en esa típica situación con que allí solían hacer las cosas, era el más ruín de todos los que hubo antes. Estaba instalado al final de la obra en un pequeño terreno triangular y en parte sin techar, pegado a la muralla que marcaba el límite del orfanato y aislado de nuestro patio por una tapia cementada. Al fondo del todo, en la parte más estrecha, habían construido una cámara, tipo covacha, pudiéndose divisar parte de su interior por una mirilla. Delante de la puerta, y hasta la entrada del recinto, se encontraba una mesa estrecha bastante vieja, sillas rotas, tablas, cajas de cartón de todas las medidas y otros muchos enseres, todo ello en un gran desorden que apenas quedaba lugar por donde pasar. Sobre la mesa, entre otros objetos de mediano tamaño, había una caja de cartón, muy parecida a las de empaquetar zapatos, pero bastante más grande.

Cuando uno de los que llegamos primero levantó la tapa, quedó al descubierto el cuerpo sin vida de un niño recién nacido. Posiblemente ya hubiera nacido muerto, pues a la altura del vientre aún le pendía parte de lo que debería ser el cordón umbilical. Su piel sin embargo conservaba un color fresco y sonrojado, como si su muerte se hubiera producido hacía escasos minutos.

Aquella escena nos causó tanta impresión que salimos corriendo hacia el patio medio atemorizados, pues todos los que nos encontrábamos allí éramos de los pequeños, ya que los mayores y medianos se encontraban en los talleres en aquellos momentos. Estos, tal vez se hubieran alarmado también ante semejante situación, por tratarse de algo tan extraño y misterioso. Ello sin embargo pasó y se olvidó al instante como una de tantas cosas, pues en aquella casa estas se sucedían con tanta asiduidad y rapidez, que lo pasado se olvidaba enseguida, no dando tiempo a reparar en los nuevos incidentes. Creo que ni siquiera se llevaron a cabo los típicos y consiguientes comentarios de cuando ocurría algo fuera de lo normal, como si se hubiera tratado de un percance sin importancia. Pero aún así, y aunque pareciera que pasó desapercibido, dejó bien grabadas sus huellas en nosotros, de la misma manera que lo dejaron la muerte de Santiago en la casa cuna, la de Diego Galvano en nuestra parte y otros muchos incidentes

de gravedad que no tuvieron nada que ver con muerte alguna. Lo extraño en todos estos casos, y que nosotros los pequeños, a pesar de nuestra inocencia advertíamos perfectamente, era el mudismo y la irresponsabilidad por parte de las monjas y demás autoridades del orfanato.

Este caso del niño muerto nos hizo identificarnos de manera especial con nosotros mismos que habíamos sido uno exactamente como él. Veíamos que lo que se hacía con su cadáver se hubiera hecho igual con el nuestro, si hubiéramos corrido la misma suerte. No se nos hubiera llevado como a los fallecidos de mujeres casadas al lugar de procedencia de los padres, y dado dignamente sepultura bajo el seno de la familia.

Nuestro destino sin embargo no fue subir tan prematuramente a los cielos como el de aquella criatura. Antes de ello debíamos someternos a la dura prueba que implica el hecho de nacer y vivir sin la protección y el cariño de unos padres. Y no solamente esto, sino que además, estábamos condenados a tener que pasar muchos años en aquella sombría y triste casa hasta que saliéramos de allí después de habernos hecho mayores. Los tres primeros años de vida en dicho lugar transcurrían en maternidad, en un ambiente tan solitario como inconsciente. El único calor humano que se percibía allí era el de una mujer extraña que tenía asignado el cuidado de varios pequeños y entre ellos tal vez el suyo propio. A veces era una mujer algo mayor que tenía ya sus hijos en la casa cuna o en la parte nuestra. Toda la ternura y cariño que estas mujeres pudieran dar a tan pequeñas criaturas dependía entre otras cosas del carácter personal de cada una de ellas y del tiempo libre que les dejaran los demás trabajos que tenían que hacer. Luego se pasaba a la casa cuna, donde una monja y algunas niñeras, asumían el cuidado de los pequeños hasta los siete u ocho años, edad aproximada en que se hacía el cambio al lugar donde nos encontrábamos nosotros, una vez realizada la primera comunión. Este sitio era el peor de los tres. De maternidad quizás no pudiéramos decir mucho, pero la diferencia que había de la casa cuna a este otro lugar, era enormemente grande. Esto sin embargo no intimidaba a los pequeños de aquel lado que cada año tenían que hacer el traspaso. Al contrario, querían pasar cuanto antes a nuestra parte, porque creían que en ella iban a estar mejor. Nosotros les

advertíamos muchas veces de lo confundido que estaban, cuando charlábamos con ellos a través de la alambreras que dividían su patio del nuestro. Tratábamos de hacerles ver que en donde mejor se encontraban era precisamente en la casa cuna. Ellos por su parte no parecían comprenderlo. Tenían además tantas ganas de cambiar de ambiente, que estaban deseosos de hacer la primera comunión para pasar junto a nosotros.

Aparte de mi propia experiencia obtenida en esto, cierta vez fui testigo de manera especial de la inmensa alegría que daba a los de la casa cuna pasar a nuestra parte. No sé si fue la primera o segunda promoción a la de mi cambio y el de mis compañeros Fernando, Víctor y Cristóbal, no lo recuerdo bien. En aquella ocasión sin embargo no fueron trasladados cuatro chicos, sino ocho, los mismos que días antes habían hecho la primera comunión. Fueron acompañados también por Nicasio, el celador, a través del patio y llevados a las dependencias, tal vez junto a sor Milagros, como ya era tradición. «El que un año fueran cuatro o cinco los niños que hacían el cambio de la casa cuna a nuestra parte y otro por el contrario ocho o más, no dependía siempre del número de niños que hubiera realizado la primera comunión, sino de la situación de plazas en uno y otro lugar».

En el mismo momento en que cruzaban el patio a la altura del jardín me junté casi con ellos mientras me dirigía a uno de los dormitorios al haber sido llamado por uno de los mayores para arreglar de nuevo la cama y que luego resultó ser para maltratarme, según era costumbre y que ya he dado a conocer. Mientras caminaban pude apreciar lo orgullosos que estaban por hacer el cambio. Sobre la marcha iban forjándose toda clase de planes con respecto al futuro que para ellos acababa de comenzar. Alegrementemente porfiaban si jugarían al escondite y a la «luz» –un juego muy apasionado y divertido en nuestra parte–, a la pídola y a las bolas, y a muchos de nuestros juegos que ellos divisaban desde su patio y encontraban fascinantes. Algunos, según iban andando, volvían de vez en cuando la cabeza hacia atrás, dirigiéndome una mirada curiosa y alegre. Yo, no hice comentario a lo que decían y creo que tampoco llegué a devolverles la sonrisa, preocupado sin lugar a dudas por lo que me aguardaba en el dormitorio. Pensé

solamente en lo equivocados que estaban y en la enorme sorpresa que pronto se llevarían. Los primeros días transcurrirían para ellos sin embargo sin gran novedad y sin que se dieran verdadera cuenta de lo que les rodeaba. Se sentirían orgullosos de estar entre hombres tan mayores, y percibirían una sensación de independencia y superioridad. Esto, hasta que se amoldaran a la nueva clase de vida, y hasta que conocieran a los mayores por su auténtica forma de ser y de obrar. Entonces, lamentarían el día y la hora en que abandonaron la casa cuna.

La mayor decepción que se llevarían sería el ver que allí quienes mandaban no eran las monjas, sino los mayores. El poder absoluto que estos tenían en todas partes y con todas las cosas influenciaría de forma decisiva y perjudicial la vida de los pequeños. Estos grandullones serían, si no se daba ninguna excepción, los que determinarían el sitio que ocuparían en el comedor y en los demás lugares. De momento y mientras fueran pequeños, dormirían junto con otro en un mismo lecho por falta de camas. También esto, lo decidirían probablemente los mayores, y lo peor del caso es que obraran con perversas intenciones, pues a veces sucedía que alguno de aquellos invertidos ya le habían hechado el ojo a uno de aquellos pequeños, antes incluso de haber pasado a nuestra parte.

Esta libertad de destinarles un sitio en el dormitorio a los pequeños recién venidos de la casa cuna no era en realidad una resolución tomada por los mayores, sino más bien un hecho circunstancial, casi necesario. Ello se debía sin lugar a dudas al comportamiento desinteresado de las monjas, que no siempre se preocupaban de ello. Algunas veces, –cuando había alguien presente que conocía bien la distribución del personal–, les asignaban el lugar de dormir a la hora de hacer la presentación, que era cuando el celador los llevaba junto a sor Milagros o la monja de turno. Otras veces por el contrario se hacía por la noche en el momento de acostarse, teniendo que ser el mayor que hacía de celador o bien otros mayores, quienes los acoplaron, ya que a aquellas horas no solía ir por allí ninguna monja.

Fuera de esta función era también muy normal el cambio de lugar en los dormitorios, bien por experimentar alguna variación o por cualquier conveniencia. Este era el caso de algunos mayores invertidos, que por estar

cerca de alguien, se cambiaban de puesto o cambiaban a ese alguien a su lado. De esta forma tenían más posibilidades de consumir su vicio con quien deseaban sin tener que buscarse tantas complicaciones; aunque la mayoría de estos invertidos, por lo insistentes que eran en ello, acostumbraban más bien ir durante la noche a la cama del que deseaban. Algunos eran tan asiduos en este vicio que casi cada noche iban a la cama de un chico diferente.

Muchas veces, irrumpía en el silencio sereno de la noche un violento grito:

–¡Déjame!

O bién:

–¡Estate quieto!

Estas voces llegaban a despertar a uno y por ellas sabíamos que algunos de los invertidos andaban merodeando en la oscuridad con perversas intenciones. Para estos homosexuales la hora de ir a la cama –y la noche– parecía ser la hora más deseada, la más propicia y la más fecunda para sus perversos deseos.

En pleno día mandaban ir al pequeño a la obra –aún parada–, que con sus muchos departamentos y la oscuridad que en ellos reinaba, ofrecía el escondite adecuado que les aseguraba de no ser vistos. Este gran edificio, debido a la inmensa cantidad de cuartos y galerías que tenía en su interior, brindaba para nosotros los pequeños muchas posibilidades de juego que no siempre podíamos practicar. Aquel lugar era el más adecuado para jugar al escondite, el juego más divertido en algunas temporadas. Allí teníamos suficientes sitios para escondernos; cuartos muy oscuros y estrechos; escaleras rectas y curvadas que formaban un hueco en la parte de abajo; grandes columnas de hormigón repartidas entre las espaciosas estancias y un incontable número de departamentos a medio construir que se comunicaban entre sí. En las esquinas de muchas habitaciones, pegado al mismo rincón, había un boquete bastante amplio en el suelo, bordeando y dando paso a las cañerías de desagüe que se conectaban de una planta a otra. Por allí, agarrados a los tubos, nos dejábamos resbalar de un piso a otro cuando jugábamos al escondite o cuando algún mayor de los matones pasaba por los departamentos de la obra curioseando.

Una tarde, mientras andábamos correteando por aquellos lugares de la obra, nos encontramos a un pequeño que parecía haberse extraviado en el laberinto oscuro de galerías, cuartos y escaleras. Allí en el orfanato teníamos la costumbre de llamar pequeños a los que oscilaban entre ocho y catorce años –quizás tal vez porque todos ellos llevábamos pantalones cortos– que era la edad aproximada en que se dejaba la escuela y se pasaba a talleres; y mayores, a los que sobrepasaban más o menos los dieciocho años y a los que habían cumplido el servicio militar y aún seguían allí. El citado chico que encontramos aquella tarde en la obra era uno de los medianos entre los pequeños, algo más pequeño que yo. Estaba como asustado y acongojado en un rincón junto a la entrada de una de las estancias del interior. Nuestra presencia pareció haberlo sobresaltado del todo. Tenía los calzones medio caídos y los colgantes malamente abotonados. Sus ojos daban la impresión de haber derramado lágrimas por el llanto.

Cuando dirigimos nuestra mirada hacia él, una oleada de vergüenza y turbación embargó su semblante. Por un momento llegamos a pensar que se hallaba allí por un motivo muy particular y de personal discreción, pero ello era muy difícil de suponer a aquellas horas de la tarde en que el sol ya se había ocultado y ningún pequeño pasaba solo a la obra. Después comprendimos irremediablemente la verdad.

–¡A ese, es que lo han follao! –exclamó alguien del grupo burlona y desconsideradamente.

Algunos se echaron inmediatamente a reír e hicieron algún que otro comentario sin importancia, intentando sonsacar al citado pequeño los pormenores de lo ocurrido, quien tímidamente y algo avergonzado se unió al grupo.

Casos como este se daban allí por docenas al cabo del día. Esto no asustaba a nadie y quizás por ello se llegó a tomar a chirigota. Era uno de los pocos vicios que se conocían en el Hogar Provincial, pero su práctica llegó a ser tan habitual, que se hizo incorregible y vulgar. Algunos habían llegado hasta tal punto que ya no podían vivir sin él. Su constante uso se había convertido para ellos en una especie de droga. Algo parecido les

ocurría también a algunos pequeños y medianos que llegaron a ser invertidos forzosa e involuntariamente y ahora no podían deshacerse de tal vicio. Para unos y otros, la homosexualidad, o esa forma corrompida de darse placer, aparte de pecado contra Dios y contra la carne, era una necesidad para la consumición de sus días. Es más, la única diferencia que mostraban de las mujeres viciosas, es que no cobraban dinero por permitir que abusaran de ellos. Muchos mayores por el contrario ofrecían a algunos pequeños objetos de poco valor, así como un lápiz, un tebeo viejo o cualquier cosa insignificante, si no veían otra forma de conseguir lo que pretendían. Y cuando por medio de estas artimañas tampoco lograban conseguir su propósito, llegaban incluso a emplear la violencia. Entonces dejaban a uno sin cenar, le pegaban en el dormitorio por las noches, o hechaban mano a cualquiera de sus villanos métodos. Tal tipo de persecución llegaba a convertirse a veces en una discutida lucha. Cuanta más resistencia oponía el pequeño o el perseguido, más fuerte era la presión y el acoso que ejercía el mayor por lograr su pretensión. Al final, y como última alternativa, el mayor optaba por ir por la noche a la cama del pequeño y abusar de él. Este proceder era muy corriente entre aquellos empedernidos homosexuales. A muchos no les preocupaba ni siquiera el que el personal no durmiera aún y pudieran ser vistos. Si alguien les sorprendía en tan escandalosa situación tampoco les iban a decir nada o regañar, aunque se tratara de uno de los mayores que odiaban tales hechos. Mas, si en vez de ser un mayor era un pequeño el que por circunstancias llegaba a descubrir tales embrollos, el hecho podía resultarle carísimo. Esto casi me sucedió a mí en cierta ocasión en que por casualidad llegué a presenciar cómo uno de aquellos pervertidos abusaba de un pequeño. Aquella noche había oído algo así como suspiros que llegaban de algún lugar del dormitorio. Era verano, y la luna, probablemente bastante alta ya, filtraba su luz oblicua a través de los balcones e iluminaba por parcelas rectangulares muy pequeñas el interior del salón. El susurro existente de respiraciones agitadas, ronquidos y bostezos, mezclado con el murmullo procedente del exterior, no permitían distinguir el lugar de donde procedían dichos suspiros.

El recelo de que pudiera tratarse de alguno de aquellos líos que los homosexuales solían buscarse después de haber dado la acostumbrada ronda por el dormitorio me dejó confuso e indeciso. Titubeé varias veces, pero el temor de que alguno no se encontrara bien, me hizo levantarme y dirigirme hacia el lugar de donde parecían provenir los gemidos.

Al llegar allí pude descubrir lo que había presentado. Uno de los mayores estaba en la cama de un pequeño, encima de él, atrapándolo con su cuerpo y satisfaciendo con toda violencia su perversa obsesión. El pequeño parecía oponer resistencia y forcejeaba inutilmente ante la opresión del mayor. Hubiera bastado un solo grito del pequeño para que el mayor hubiera abandonado aquella situación y dejado al pequeño en paz, pero el temor a los palos, más la vergüenza que este pasaría si lo veían así, lo dejaron indefenso ante la acción del mayor.

A la mañana siguiente el citado mayor se encaró a mí hechándome fuertemente una mano a la garganta y amenazándome:

–Como digas algo, te pego un palizón.

Esta amenaza fue suficiente para que yo, por la cuenta que me tenía, no hubiera dicho nada. Lo sucedido era sin embargo tan vulgar y ordinario que tal vez no se me hubiera ni ocurrido. Con tal proceder, Sergio, que así se llamaba el citado mayor, no trató de encubrir su más que conocida condición homosexual, sino evitar a toda costa ser reconocido como el autor del hecho. Eran bastantes los mayores que así actuaban, y cuando no se detectaba al autor, no había culpable.

En otra ocasión sin embargo sí que me maltrató uno de aquellos mayores pervertidos, y ello no precisamente porque hubiera contado algo suyo a alguien, sino por no haber accedido a su perversa voluntad. Este otro era Facundo, otro ignorante de aquellos, además de invertido. Se encontraba en la cocinilla, adonde yo había ido a dar una vuelta por curiosar. Al rato después se dirigió a mí en el patio y me sacudió inesperadamente un par de patadas y tortazos y un puñetazo en el estómago que me hizo retorcerme, al tiempo que me advertió:

–¡Toma, para que otra vez hagas caso!

Ello lo había dicho además en voz alta y sin ninguna cortedad ante los demás que se encontraban cerca de mí, como si el motivo por el que no le había obedecido hubiera sido otro. Esto a él, –como a todos los invertidos mayores– no le importaba tampoco. Sabía de sobra que a mí no se me ocurriría declararlo. Y era verdad, esta clase de incidentes no se les podía contar a nadie, ni siquiera a los compañeros más íntimos, tanto por temor a represalias de dichos mayores, como por la vergüenza que se pasaba. Pues allí, por cualquier circunstancia sobre este particular en la que se viera uno involuntariamente envuelto, lo criticaban y le ponían fama de invertido, aún sin haber llegado a hacer nada.

La peor de todas las situaciones en este tipo de circunstancias era sin embargo el verse acorralado y enjuiciado por una aglomeración de chicos. Esto se daba con bastante frecuencia, sobre todo cuando se trataba de uno que no era tan pequeño o cuando el afectado no disfrutaba de mucha simpatía entre los demás. Un caso muy especial y de lo más canallesco aconteció una tarde, poco después de haber salido de la iglesia, tras asistir al manifiesto.

El manifiesto era una función religiosa de unos tres cuartos de hora de duración que se practicaba exclusivamente en los días del mes de Mayo. Todos los actos religiosos, fueran ya de corta o de larga duración y con un programa más o menos intenso, resultaban pesadísimos para nosotros, sobre todo las interminables misas cantadas que se celebraban en los días de fiesta, durante las cuales había quien llegaba hasta a marearse, al percibir el denso humo que el monaguillo iba esparciendo con el incensario. El único aliciente que tenía el asistir al manifiesto y demás actos religiosos, es que en todos ellos se coincidía con las chicas. Pero aún así, a pesar de la sensación o placer que al mirar hacia una y otra chica pudieran experimentar, algunos chicos iban a esconderse en la obra o en cualquier otro sitio, por no acudir a la iglesia y librarse de tener que aguantar aquellos cuarenta y cinco minutos. Quienes más incurrían en este proceder eran sin embargo los mayores, que por tener en sus respectivos lugares de trabajo algo así como un pretexto para ello, se iban a cualquier parte o se quedaban durante este tiempo en los mencionados talleres.

La citada tarde, momentos antes de que el vozarrón del mandón impartiera la orden de ir al manifiesto, uno de los mayores, Sergio Aranda, llamó a un pequeño desde uno de los portalones de la obra, aprovechando que este andaba merodeando despreocupadamente por aquellos lugares. Igual que yo, esto pudieron presenciarlo otros cuantos compañeros, próximos todos ellos a la «Huerta de Octavio», el huerto diminuto que año tras año preparaban los mayores, entre la obra y los viejos edificios, y en el que ya se veían despuntar de la tierra las flores de algunos frutos.

No hacía falta formarse malas ideas ni concebir falsas sospechas para saber de manera cierta el por qué el citado mayor se llevó al pequeño a aquel lugar tan oscuro como era la obra y a una hora tan oportuna como la de ir al manifiesto. Quizás aquel maricón empedernido hubiera pensado aprovechar aquella hora en que muchos se escondían por no ir a la iglesia para despistar con ello su verdadera intención. Tal vez se imaginaría que el hecho de abusar del pequeño pasaría de esta forma desapercibido.

Esto de esconderse para no ir al manifiesto no solamente era muy corriente, sino que con el tiempo tomó unas dimensiones desproporcionadas. Si al principio eran algunos mayores, tres o cuatro, apenas considerables, más tarde llegó a ser un número de chicos muy destacable y que se dejaba apreciar fácilmente. Se dieran cuenta de ello o no las monjas, o bien el mayor que hiciera de encargado, era raro que por tal cosa llamaran la atención o castigaran a los que así obraban. Esto se debía tal vez a que, como ya se ha dicho, los que generalmente se veían implicados en ello eran los mayores.

En aquella ocasión sin embargo, al poco rato de que hubiéramos salido de la iglesia, Javier Durán "el Teniente", el mayor que estaba de mandón, se dirigió malhumorado y con cara de pocos amigos al pequeño que el citado maricón se había llevado antes a la obra. Ya al haber reaparecido poco antes por otro lugar de la obra al que había desaparecido con el mayor y haberse sumado a los demás en el patio, podía apreciársele fácilmente la fuerte sensación que experimentaba de vergüenza, ante la observación de los presentes. Los carrillos de la cara los tenía algo sonrojados, y con gran azaramiento rehuía tímidamente las miradas fijas y conspiradoras. Se

advertía con mucha claridad el inmenso esfuerzo que realizaba por disimular lo ocurrido, intentando dar a entender, de manera mal lograda y ridícula, que el motivo por el que salió de la obra era el de haberse escondido personalmente por no ir al manifiesto, y no por lo que pudieran pensar los que merodeaban a su alrededor y le acosaban con sus miradas.

Los momentos tan horribles llenos de vergüenza y amargura por los que pasaban aquellos que se veían en tales circunstancias, como le ocurría a aquel pequeño en aquellos instantes, eran de expresión incalificable. Las ajusticiantes y pícaras miradas cargadas de reproches y curiosidad, hundían el ánimo del avasallado en una desesperante situación. Su honor y su hombría eran sometidos ante tan escalofriantes porfías a una terrible y angustiosa prueba. Todo ello era un humillante juicio en contra de la reputación y la dignidad del individuo; un acto más bien de ocio y de curiosidad, guiado con la peor de las intenciones. La acusación no era menos deshonesto ni más pura que lo que se acusaba. De los que intervenían en ella, no pocos se habían encontrado ya alguna o varias veces en una situación parecida o quizás mucho más embarazosa.

La participación en esta clase tan deprimente de manifestaciones de carácter silencioso no era una lucha o una postura en contra de la impureza y la deshonestidad, sino un acto represivo y de odio, surgido muchas veces de un instinto vengativo. En ellas se hacía acto de presencia por tratar de demostrar ante los demás la inocencia tenida en tal concepto, y para sofocar por medio de la ira, las experiencias sufridas de esta misma forma. Se hacía frente al acusado, reprochándosele calladamente su deshonor y ensalzándose a la vez, el propio honor y la propia honra.

«Tú, ya no estás limpio ni libre de mancha como siempre dabas a entender. Tú también has caído en la tentación y ya no puedes hablar ni dártelas más de hombre ante mí y ante los demás, al haber permitido que tu cuerpo sirviera de uso a la perversidad. Tú, has perdido la honra varonil, y te has convertido en una viciosa maricono e indignante mujerzuela».

Miles de impresiones de este tipo se reflejaban en las encendidas pupilas de aquellas interrogantes e inspeccionadoras miradas. Ninguna reacción mostraba en cambio su curiosidad o desprecio en contra de la otra versión

de la homosexualidad, considerada allí falsamente de hombría, ni llegaban a difundirse divulgaciones en tales medidas y dimensiones. Esta clase de perversión, igual de deshonrosa, fuera ya practicada por un mayor o un menor, no padecía grandes consecuencias. Era lo que podíamos definir, sacado de aquella bárbara y decepcionante forma de enjuiciar las cosas, como una costumbre o vicio más natural y menos perversa que la otra. El autor de dicho hecho era el que había dado y no recibido; el que había sido hombre que no mujer, y el que según aquella monstruosa mentalidad, había defendido la hombría dentro de la misma perversidad. El único perjuicio que tenían los que cometían esta clase de actos, era el calificativo de «maricón», que igualmente aquella inexperta sociedad solía imponerles.

Así, de esta forma tan cruel, sufría aquel pequeño aquella tarde al salir del manifiesto, ante el estricto y minucioso enjuiciamiento que le hacían sus compañeros. La escena, como todas las de su clase, duró escasos minutos, pero vivió mucha intensidad.

Cuando al fin, el citado mayor que hacía de encargado estuvo al lado del acobardado pequeño, le dijo en tono muy serio:

–¿Tú no has ido hoy al manifiesto verdad?

El chavalín se quedó mirándolo asustadísimo y lleno de preocupación, como si presintiera que algo malo le iba a ocurrir.

–¡Zas! ¡zas!

Las dos bofetadas fueron tan fuertes y estrepitosas que los que no habían advertido la situación volvieron la cabeza sobresaltados hacia aquel lugar. El pequeño, que tal vez contaría unos once o doce años de edad, llegó a tambolearse de tal forma que estuvo a punto de caer en el suelo al tiempo que comenzó a llorar y se llevaba las manos a la cara para aplacar el dolor de los tortazos. Las juveniles y sensibles mejillas le quedaron marcadas de rojo por el golpe, y el labio inferior le fue hinchado, apareciendo de su parte interior un hilillo de sangre.

–¡Que sea esta la última vez que no vas al manifiesto estando yo de encargado –le advirtió Javier Durán, con aire de quien todo lo puede.

Lo que no se le ocurrió a este engreído fantoche, aún a sabiendas quizás de conocer los hechos, fue meterse con el maricón de Sergio, culpable de

todo y del abuso del pequeño, como tampoco se le ocurría hacerlo con otros, también mayores, que no acudían casi nunca al manifiesto.

«Es acaso justa y para aguantar una cosa como esta, no ya solamente el ser maltratado sin razón y con toda libertad por los mayores, sino el hecho de ser inevitablemente invertido? Seguro que no. Allí sin embargo, en aquel Hogar provincial, era algo tan corriente que hasta parecía normal. Y la culpa de ello no la tenían, ni mucho menos, solo los homosexuales mayores, que de la misma manera habían sido invertidos cuando pequeños. Esta se debía más bien a la mala orientación que se dió a la auténtica condición de la sexualidad, y no menos también a que las causas más directas de tal perversión no eran combatidas.

Las monjas, tuvieran o no conocimiento de la perversión existente en la casa, no adoptaron jamás una postura en contra de ella ni hicieron una simple observación a este respecto en ninguna de las formas. No trataron de descubrir su existencia, ni de reconocer por medio de la experiencia, la posibilidad de su desarrollo. Todo parecía demostrar que conociendo sobradamente la situación –como todo el mundo la conocía– mantuvieron aquella postura tan callada y reservada por no enfrentarse a este tipo de problema tan delicado y evitar un escándalo, como también por no dar a conocer de forma abierta y declarada la existencia de tan indignante corrupción en el Hogar Provincial, en el que ellas eran regidoras. Esta debió ser la causa sin lugar a dudas del enmudecimiento e indolencia de las monjas a tal respecto, por lo que no hubieron demostrado jamás ni dado a conocer, el interés que verdaderamente debían experimentar en el cumplimiento de sus obligaciones.

La sexualidad era en realidad una cuestión tan delicada que no solamente las monjas, sino nadie en el orfanato, era capaz de tratar. Debido a esta delicadeza parecía ser un asunto totalmente cotado tanto educativamente como para evitar su vicio invertido. En toda persona responsable, y particularmente en las monjas, se apreciaba una enorme incapacidad para afrontar este tema. La rehuída que acusaban en este aspecto de cara a nosotros, los chicos, era tan relevante, que una simple charla que hubieran tenido que dirigirnos por cualquier causa sobre ello, hubiera bastado para

que se ruborizara la más atrevida y menos vergonzosa de ellas y sintiera por tal motivo una insoportable vergüenza.

Con quienes no debían sufrir esta extremada cohibición, al menos aparentemente, eran sin embargo con las chicas. Con ellas si que demostraban empeño por conseguir una determinada conducta sexual, no ya en plan educativo sobre la materia, como hubiera sido lo más adecuado, sino de forma contraria e inexplicable, por destruir lo que había de hermoso en la sexualidad. Al revés que a nosotros, que nos dejaban sueltos en todas partes al mando y placer de los mayores, a ellas las tenían casi siempre encerradas y lo más ocultas posible de nosotros y de la gente. No solamente teníamos la impresión, sino que los hechos nos daban la justificación, de que con aquella recelosa protección de las chicas las monjas trataban de destruir toda atracción sexual en la casa. Y para que ello tuviera eficacia no dudaban tan siquiera en eliminar su sensualidad y belleza, cometiendo con ellas y contra la misma belleza grandes abusos.

Uno de estos abusos era la manera tan anticuada y fea que tenían de cortarles el cabello, uno de sus más hermosos atractivos. Este se lo dejaban cortísimo y trazando, en un corte a tajo, una línea recta desde una oreja hasta la otra, quedándolas al descubierto parte de la nuca. Así, se dirían las monjas, no estarán lo suficientemente atractivas ante las curiosas e incesantes miradas de los chicos y de los hombres y no provocarán ninguna incitación a la sexualidad.

Pero no solo con el corte de pelo, sino también con el vestir, abusaban de las chicas al no permitirles que mostraran la belleza tal y como era de natural. La verdad es que resultaban feísimas de aquella manera. Sus anchísimos vestidos daban una exagerada proporción a la figura. La falda, de tela pobre y sencilla, la llevaban muy por debajo de las rodillas, dejando la mitad de las piernas libre, que eran casi cubiertas por los calcetines de color blanco. De tal forma, que las mayores parecían muy viejas a pesar de ser jóvenes y algunas de ellas incluso muy guapas, y las demás, colegialas infantiles. Para restar hermosura y atractivo sus prendas eran en conjunto de un color triste y oscuro. Hasta los pechos parecían llevarlos presionados

bajo la blusa y el peto de la falda, tal vez apretados con una prenda fuerte y tensa para que no se marcaran sus moldeaduras.

Este insensato atropello que se cometía contra la belleza de las chicas era tan inútil como innecesario, ya que allí lo que hacía falta no era un remedio contra la sexualidad, sino una educación sexual. Pero allí no había nadie que tuviera una preparación para ello. El hecho de querer destruir la sexualidad de las personas daba claro ejemplo de la poca capacidad que se tenía para andar con tan delicada materia. Es más, podíamos decir con toda seguridad que tal proceder más que subsanar sexualmente lo que hacía era corromper. Y esto no es una simple observación por querer justificar en él el alto índice de homosexualidad que existía en el orfanato, aunque tal provocación, no dejó de contribuir a ello.

Lo más decepcionante sin embargo es que dicha postura antisexual de las monjas no daba tampoco el resultado que quizás ellas esperaban. Las continuas y codiciosas miradas en la iglesia hacia los bancos que ocupaban las chicas; los paseos a deshoras por detrás de los viejos edificios, por donde ellas solían dar una vuelta al salir al recreo; el andar por las escaleras y lugares adyacentes a sus departamentos; el estar al acecho cuando una o varias muchachas pasaban por nuestro patio e iban a los lavaderos, al jardín o a maternidad, y el eterno vagar de un sitio a otro, muchas veces con el afán de encontrarse con ellas, eran una nota destacable que no perdía vigencia en la conducta de muchos jóvenes y mayores. También muchas chicas, sobre todo entre las mayores, procedían de una forma parecida por deshacerse de la estrecha reclusión a que estaban sometidas. A la menor posibilidad que tenían se escabullían de la vigilancia de las monjas y andaban de un sitio a otro como si estuvieran realizando algún trabajo. Y cuando salían de verdad a hacer un trabajo o recado, lo mismo se demoraban en él para estar más tiempo fuera y libres de toda reclusión, como quizás bajaban al patio por ver lo que hacíamos los chicos, aunque no fuera más que por el hecho de tomarse esta libertad.

Pero a pesar de esta especie de libertinaje en ambas partes y a que a veces coincidíamos con alguna chica en algún sitio, las posibilidades de entrar en contacto con ellas eran escasas, y mucho menos como para

mantener alguna relación un tanto amorosa. La citada protección a que estaban sometidas las chicas; el pudor a vencer tanto ellas como ellos, y la muy inadecuada mentalidad de ambos, eran un enorme obstáculo para ello. A lo único que se llegaba en tales circunstancias era a hecharse mutuamente una corta y penetrante mirada, o a cruzar algunas insignificantes palabras, todo ello haciendo a veces un gran esfuerzo por salvar la barrera de la vergüenza.

Este comportamiento quedaba reflejado algunas veces cuando coincidíamos con ellas para asistir al manifiesto; ellas, colocadas de menor a mayor y de espaldas al mural de la iglesia sin la asidua vigilancia de sor María Mercedes y sor María Lourdes, que siempre las acompañaban, y nosotros, en el orden que habíamos llegado tras formar la fila, describiendo con ellas un ángulo de unos noventa grados. En estos encuentros los más pequeños saciábamos la curiosidad y la satisfacción de poder contemplarnos recíprocamente, ellas a nosotros y nosotros a ellas, con quienes habíamos convivido en la casa cuna y a quienes teníamos en estima. Entre los mayores por el contrario, la curiosidad era más bien de aspecto sexual. La situación sin embargo, era tan represiva y embarazosa en ambos lados, que el mutuo intento por relacionarse se limitaba únicamente a un intercambio de miradas, más o menos inofensivas.

Pero pese a esta fuerte cohibición algunos mayores superaron toda dificultad, y contradiciendo a tan severa protección de las monjas, consiguieron hecharse novia con chicas de allí y otros incluso hasta casarse con ellas. Esto último ocurrió sin embargo mucho después y cuando tanto ellas como ellos ya no figuraban prácticamente como internados. Aquellos casamientos además, iban dirigidos más que nada a conseguir por medio del matrimonio el ansiado y obsesionante fruto carnal, hasta el momento inasequible, y por lo tanto sin ninguna experiencia sexual.

Pero no solo los mayores buscaban el acercamiento de las chicas. A nosotros los pequeños también nos agradaba su presencia aunque no tuviéramos las mismas pretensiones. Anteriormente esto era algo a lo que no habíamos prestado ni la menor atención. Es más, cuando estuvimos en la casa cuna, no hacía mucho tiempo, hasta dormíamos junto a las niñeras que

trabajaban allí, sin que ello hubiera sido nada especial ni excitante para nosotros. Ahora en cambio, al ir madurando poco a poco en nosotros la sexualidad, percibíamos cierto encanto y fascinación cuando nos encontrábamos con alguna chica e incluso. Nos gustaba admirar su figura, sus piernas, su cara y todas sus cualidades femeninas. Lo que más nos llamaba la atención de ellas sin embargo, como también de las mujeres jóvenes de maternidad, era descubrir algo nuevo de su oculto y recatado pudor, y que despertaba en nosotros una verdadera excitación sexual. Este tipo de circunstancias era en cambio muy extraño y solo se daba por verdadera casualidad, como fue la que yo viví en cierta ocasión, y que percibí por primera vez dicha clase de sentimientos. Me encontraba nada menos que en las guarreras, adonde solía ir voluntariamente para ayudar a Luciano y librarme así de la tiranía de los mayores. Este pobre hombre, internado y empleado al mismo tiempo, era quien tenían al cuidado de los cerdos y demás animales de la casa. Padecía una fuerte ceguera, y llevaba en la casa los cuarenta y tantos años que contaba de vida. Debido a su desgracia no pudo encontrar otra cosa mejor para trabajar y ganarse la vida y tuvo que quedarse allí. No podíamos decir, pese a tal desgracia, que fuera objeto de muy buen trato por parte de las monjas, que le hacían trabajar más que a una bestia. Su presencia, con su inseparable mono lleno de porquería y sus lentes de enorme aumento, era en verdad enternecedora, siendo a pesar de ello víctima de las burlas que allí le hacían, sobre todo algunos mayores. Como algunas mujeres que trabajaban en maternidad y en otros lugares, comía y hacía vida en la casa, pero no percibía sueldo por el trabajo que realizaba. Para muchos de nosotros era una verdadera pena verlo acudir al comedor para alimentarse con una simple "sopa de ajo y un trozo de pescado", después de haber trabajado duramente todo el día. De vestimenta llevaba de continuo el referido mono, que sor Milagros iba reemplazándole semanalmente.

El citado día Luciano y yo andábamos atareados limpiando el patio de las guarreras, cuando en el corralito anterior aparecieron dos monjas y varias muchachas. Venían para atestiguar la nueva cría habida de conejos y comprobar la coneja que había parido para apartarla de las demás. Al final

tuvimos que ir Luciano y yo a ayudarlas, dada la dificultad que ofrecían los animales de ser capturados. Las conejeras se comunicaban todas entre si y estaban acopladas a un metro aproximadamente del suelo. Para atrapar a los animales era necesario meterse dentro de ellas y tantear con las manos hasta localizarlos dentro de los ocultos pasadizos. Esto resultaba una ocupación tan divertida como desesperante, pues cuando no pasaban por un lado o por otro, saltaban por encima del brazo, hullendo así de ser atrapados.

Dentro de una de aquellas conejeras, arrodillada e inclinada hacia adelante, intentaba una de las chicas, ya mayorcita, atrapar a las conejas. A cada alargamiento que hacía del brazo por alcanzar alguna de ellas se le alzaba el vestido hacia arriba, ofreciendo a la vista la excitante visión de sus hermosos muslos, que íban a ocultarse en la más íntima prenda y unirse tras ella al talle de la más moldeada contorneación. Aquellas tiernas nalgas, de un color carnosos natural, atrayeron magnéticamente todos mis sentidos despertando en mí una fuerte excitación sexual. Súbitamente se apoderó de mí una fiebre fogosa y la ciega pasión de resbalar mis manos sobre ellas y acariciarlas suavemente.

Algo parecido me ocurrió en otra ocasión, esta vez con una mujer de maternidad, que venía algunos días a hacer la limpieza a nuestro comedor. Esta labor, bastante lujosa para nosotros, llegó a hacerse por temporadas, y ello quizás porque eran muchas las mujeres que había en maternidad en dichas fechas y en algo debían darlas ocupación. Tales mujeres eran aquellas que por motivos dados ya a conocer, no tenían otra alternativa que la de quedarse allí, aún sin cobrar un céntimo por el trabajo que pudieran realizar. A la que me refiero se llamaba Ana María, conocida más bien por Ani. Más que una mujer era una muchacha, guapísima: con unos ojos muy oscuros que llamaban endiabladamente la atención; con un pelo negrísimo y largo que le colgaba sobre sus delicadas y graciosas espaldas, y con un cuerpo bien modelado, cuya feminidad no presentaba faltas ni excesos en su atractivo. Coincidimos una tarde que yo me encontraba merodeando cerca del comedor y ella llegaba para hacer su trabajo. Aparte de nosotros allí no había nadie, ni siquiera un mayor de los que solían ir al comedor a

hablar con ésta y otras mujeres, buscando probablemente su proximidad. No recuerdo bien si fue ella la que me dijo algo o me hizo una pregunta, el caso fue que me acerqué a junto de ella.

Aquel día debió ser muy caluroso, pues Ani iba bastante ligera de ropa. Encima del cuerpo llevaba una bata blanca, muy usada por las mujeres de maternidad, algo desgastada y con algunos remiendos. Casi junto al escote se erguían de forma clara e imponente las abultadas moldeaduras de unos bien proporcionados senos. Las piernas, sin medias que las protegieran, dejaban ver una piel tersa y lisa, que brillaba como si hubiera sido untada con alguna sustancia grasienta. De calzado, vestía unas sencillas alpargatas de suela de goma, que llevaba descuidadamente en chancletas. Estaba en fin, tan atractiva y seductora, que no pude evitar el mirarla una y otra vez codiciosamente de arriba abajo. Al mismo tiempo hice una observación que acrecentó aún más mi curiosidad y codicia. Pude comprobar, según hablaba conmigo, que al menor movimiento de su cuerpo, el cierre de la bata se le abría entre botón y botón a la altura del bajo vientre, dejando al descubierto por décimas de segundos parte de sus blanquísimos muslos. Entremedias de ellos se divisaba a cada cambio de posición de las piernas la punta inferior de las bragas, que daban mucho más contraste por ser de color negro. A pesar de mi corta edad aquello me causó un efecto casi hipnotizante. Tanto fue, que al ponerse a trabajar seguí mirándola descaradamente como si estuviera embobado por su hermosura, y no salí del comedor hasta que ella también lo hizo, siempre bajo mi irritante y absorta mirada.

Este tipo de reacciones, que no solo se daba en mi, sino de la misma manera en los demás compañeros, era en tanto más excitante, porque aquellas circunstancias o situaciones estaban fuera de la normalidad por ser consideradas un peligro para la castidad. Fuera de la normalidad estaba también el comportamiento de la mujer, y no solo en el hospicio, atenta siempre por proteger con riguroso exceso su virtud y no mostrarse deshonestas. Entonces iban las mujeres cubiertas de tal forma que el ver una rodilla era rarísimo y motivo más que suficiente para provocar una excitación. Como desahogo y desquite de tan reprimente proceder,

rebosaba la mujer sin embargo de toda clase de coquetería, haciendo vanamente un juego insatisfactorio y vulgar de la propia sexualidad. Claro, que la culpa de este comportamiento no la tenía exclusivamente la mujer, como tampoco el hombre, de las réplicas que él adoptaba en contra de tal proceder. La más responsable de ello era la sociedad y los medios ideológicos. Pasaba como en el orfanato, que de todo lo que sucedía en él no se nos podía culpar solamente a nosotros y a las chicas, sino a quienes tenían allí el mando e imponían las normas de conducta. Y este mando no estaba integrado tan solo por las monjas, más los maestros y el celador. Por encima de ellas y de estas personas había otra autoridad de mucho más rango y poder. Esta persona o autoridad era don Carlos Cullares, interventor del Hogar provincial, y por si acaso no fuera suficiente –en sueldo y mando–, Viceinterventor de la Diputación Provincial, al mismo tiempo.

Era don Carlos un hombre de edad avanzada, de una estatura más bien algo alta y de constitución bastante fuerte y robusta. Era ancho de hombros, y de su vientre no parecía sobresalir mucho ese bulto de grasas acumuladas, muy apreciable en los hombres de su edad. Lo más llamativo y destacable de su fisonomía era sin embargo el extraño pelo color rojizo, que le crecía ya sin fuerzas hacia arriba entre innumerables canas, y que lucía suelto y alborotado sobre su ancha y achatada cabeza. Su amplia cara, siempre roja como un tomate, pasaba a la perfección con su cabello y con la gran proporción de su cabeza. Su serio carácter daba por último un tono más destacable a su extraña personalidad.

Pero lo más destacable de don Carlos, mucho más incluso, que el color rojo de su cara y de su pelo, era en cambio la irresponsabilidad con que cumplía su cargo de interventor y director del Hogar Provincial. Según decían, de lo único que se preocupaba era de darse una vida a lo grande, cosa que se advertía palpablemente; poseía algunas fincas en Fernancaballero, una o dos farmacias en Ciudad Real, un buen coche, – cosa que entonces nadie tenía– y lo que nosotros no sabíamos. Él era quien mandaba en el Hogar Provincial, y dicho mando, según contaban, le había sobrevenido por el simple enchufe de haber estado en la Guerra Civil al lado de los vencedores. Uno más de aquellos hombres que creían que el ganar

una contienda les hacía dueños del país y de todas sus pertenencias. Lo que sí era verdad, es que más que por el mando, por lo que se interesaba era por lo suyo: las fincas, los perros de caza, sus farmacias, el dinero... La forma con que se hizo con tanto capital la ignorábamos nosotros, pero por su trabajo, y por la responsabilidad que se tomaba con las obligaciones que debía cumplir, más bien se merecía otra cosa. Lo que sí sabíamos es que era terriblemente egoísta y tacaño, y ello hasta tal punto, que disponía que varios chicos de la casa fueran asiduamente a trabajar a su farmacia y a servir de recaderos a él y a su mujer por cuatro gordas que les daba, ahorrándose de esta forma el sueldo que hubiera tenido que pagar a empleados de fuera. Esto se lo permitía él sin ninguna clase de reparos, como si el hecho de ser interventor del Hogar Provincial le diera pleno derecho a ello. Ni siquiera le preocupaba si aquellos chicos, que él mismo iba reemplazando de tiempo en tiempo, aprendían o no un oficio. Cual no sería en verdad su avaricia, a pesar de ser un hombre rico, que cuando mandaba a alguien lavar su coche lo llevaba como pago en el estribo hasta la puerta falsa principal por no darle ni una perra gorda.

«Este proceder de don Carlos Cullares me recuerda ahora el hecho curioso de cierto día en que en vez del paseo hasta la puerta falsa le dió una perra gorda a Santiaguín, y de cómo éste se acercó a unos cuantos compañeros, mostrando en la mano el patacón y diciendo: ¡mira si es tacaño, me ha dado una perra gorda con un agujero!»

Otra cosa que también destacaba enormemente en don Carlos además de la irresponsabilidad y la avaricia, era su gran insensibilidad, y ello igual como persona que como interventor del Hogar Provincial. Esto pudo comprobarse infinidades de veces en su manera de obrar y de dirigir el orfanato, o mejor dicho, de no dirigir, y de forma especial cierto día en que se llegó personalmente a nuestro comedor. Ya el hecho de ver a don Carlos por cualquier parte de nuestra casa era algo rarísimo, y sobre todo a la hora de comer, ya que a esta hora más o menos, solía marchar a su casa. Él siempre estaba metido en su despacho, y si abandonaba éste, cosa rara también, era para dar una vuelta por la casa cuna o bien para salir a la calle. Aquel día sin embargo tuvo un motivo demasiado especial para acercarse

adonde nosotros. Vino a darnos una orden de tipo particular y de lo más extraña. Entonces se encontraba el comedor en el estrecho y largo local perteneciente a los departamentos de la imprenta, y que anteriormente, cuando yo hice el cambio de la casa cuna a aquella otra parte, había servido por un corto tiempo de acedemia de música.

Pese a que allí no habíamos recibido jamás una regla de educación ni de comportamiento, era muy habitual, tanto en el comedor como en la escuela, que ante la presencia de cualquier persona con cierto rango de autoridad en la casa nos pusieramos inmediate en pié, en un gesto más bien maquinal e irreflexivo que de respeto. Para la citada visita se habían congregado allí unas cuantas monjas y la superiora, lo que auguraba un acontecimiento inusitado.

Tras asomar don Carlos por la puerta y situarse en un lugar casi céntrico del comedor, muy azarado y con la cara más roja que de costumbre, y una vez que quedó establecido de nuevo un absoluto silencio tras ponernos en pié, expresó con toda resolución la siguiente frase:

–¡A partir de hoy, perro que entre en el hogar, perro que se apedrea! ¡Ya lo sabeis, perro que entre aquí, perro que teneis que apedrear! –volvió a repetir, marcando con un encono irascible las palabras y agitando enérgicamente los brazos.

Ante esta tajante determinación de don Carlos, de incomprensible salvajismo y brutalidad, nadie pareció sorprenderse ni mostrarse diferente, ni siquiera las dos o tres monjas que en aquellos momentos se encontraban en el comedor. Semejante forma de regir y dar órdenes, aún en un jefe como don Carlos, no nos podía llamar la atención a nadie, porque nuestra forma de vivir, y todo lo que rondaba a nuestro alrededor, era tanto o más salvaje todavía. Ello pertenecía a nuestra forma de ser y de pensar.

A pesar de que el apedrear a los perros de fuera ya era algo muy corriente en la casa, esta orden del interventor hizo que ello se intensificara mucho más y tomara un hábito de aspecto criminal. El motivo por el que don Carlos dió semejante orden no llegamos a saberlo de manera cierta, pero pareció ser, según se comentó, que un perro extraño mordió a uno de los suyos, allá por su finca en Fernancaballero. Y esto otro también era difícil de creer, ya

que ni siquiera a estos animales parecía querer. Al menos es lo que se podía pensar, ya que cuando uno de ellos se le hacía viejo y no valía para la caza, se desacía de él y lo dejaba en el internado. Así hizo con la Tula y la Norma, las dos perras que teníamos entonces allí.

En cuanto a nosotros y a nuestra situación tampoco tuvo don Carlos mejor comportamiento, no ya porque nos hubiera tratado igual o peor que a los perros, sino por el hecho de que lo que no tenía con nosotros, los internados, era precisamente eso, trato. Si algo llegaba a disponer para nosotros o cualquiera de nuestros asuntos, que era también muy raro, lo hacía por mediación del celador o bien transmitiéndoselo a las monjas. Al igual que estas, nunca llegó a preocuparse de nuestros problemas. No se interesó de si no teníamos celador por las tardes; de si eran los mayores los que mandaban en los demás y si estos abusaban y maltrataban a los pequeños; de si nos veíamos obligados a hacer las necesidades en el patio por falta de wáter; de si existía perversión sexual; de si no había suficiente enseñanza en los talleres, y de un etc. muy largo. Es más, salvo aquella vez que nos mandó en el comedor apedrear a los perros, no se hubo dirigido jamás a nosotros.

Este proceder de don Carlos Cullares era sin lugar a dudas el máximo responsable de que en el Hogar Provincial las cosas no hubieran marchado nunca ni marcharan como era debido. Ante tal abandono no solo faltaba una adecuada dirección en el mando, sino que en consecuencia de ello regía en todas partes un enorme desorden y alteración. Nada extraño, que los empleados de la casa y de los talleres aprovecharan las circunstancias y se pusieran a dar órdenes como si fueran ellos los jefes, unos, tal vez con la buena intención de imponer cierta disciplina y normalidad en la vida del orfanato, y otros, por el ambicioso y simple afán de mandar y hacerse los interesantes. Había muchos que abusaban incluso de los internados y aprendices sirviéndose de ellos para sus asuntos particulares. Otros en cambio, como Raimundo, el maestro de la música, solo procuraban con tal actitud tener seguro el puesto de trabajo. Hasta la gente de fuera tenía allí la posibilidad de inmiscuirse en nuestra vida, si no mandando en nosotros, si entrando en el orfanato como en su propia casa. En esto no me refiero a

aquellas personas, familiares o no, que pasaban allí sin autorización a visitar a un pariente o a preguntar por alguien, ni tampoco a los muchachos que se llagaban donde nosotros llevados por el interés de ver lo que hacíamos como por hechar una partidilla a las bolas o a cualquier otro juego. Me refiero a otros casos de mucha más importancia, como el que acaeció cierta tarde, en que un hombre se presentó en el local de la música mientras estábamos ensayando. Este señor era traquero de profesión, y venía a ver a Raimundo para pedirle cierto favor. Deseaba que el maestro de la música le diera autorización para que el autobús que debía llevar al día siguiente a la banda de música a los Cortijos de Malagón se llevara también consigo los fuegos artificiales que deberían explotar en las fiestas de aquel pueblo, y mientras tanto, le permitiera dejarlos en la academia.

Ya el hecho de que dicho hombre se hubiera dirigido al maestro de la música con semejante asunto, sin preocuparse de si allí había una autoridad o alguien que mandara más que él, era una prueba del desorden que reinaba en la casa. No obstante resultaba difícil creer que Raimundo se lo permitiera. Él, cuya única ambición era mantener el puesto de trabajo, aunque para ello tuviera que atropellar lo que se le pusiera por delante; que miraba por el local de la música y los instrumentos como algo propio y sustento suyo y de su familia; que al terminar la clase de música cerraba siempre la academia con tanto recelo que parecía como si tuviera miedo a que alguien entrara allí y fuera a estropearlo todo. Era en fin, tan cuidadoso y atento con estos compromisos, que resultaba imposible creer que fuera a consentir una cosa tan insensata.

Aquella tarde sin embargo hizo una gran excepción. Por hacerle tal favor al traquero, que lo conocía y se encontraba con él en muchos pueblos adonde iba la banda a actuar, dejó la academia abierta para que este pudiera meter luego en ella los citados explosivos. Al mismo tiempo no debió pensar en el peligro que ello podía correr.

Y así ocurrió, que al poco de cenar y salir al patio, se escucharon los estrepitosos gritos de:

–¡Fuego fuego! ¡La música está ardiendo!

Cuando todos acudimos allí ya varios mayores estaban acarreado los primeros cubos de agua que traían de la cocina. Las llamas sobrepasaban el marco de la puerta e iluminaban claramente el interior. La enloquecida traca soltaba ensordecedoras detonaciones y una lluvia incontrolable de rayos de fuego que salían furiosamente disparados en todas direcciones. Otros cuantos mayores se encargaban de llevar a un compañero hacia la casa cuna, que parecía haber sido herido por una de las explosiones.

Una vez que reventó el último cartucho y calmaron el fuego, siguieron los acostumbrados comentarios del caso, formándose los típicos corrillos. Por lo visto, algunos mayores estuvieron fumando junto a la puerta del local de la música, y al deshacerse uno de ellos de la colilla, se prendió una de las mechas, incendiándose a continuación la traca entera. El traquero había cometido tal imprudencia que dejó los explosivos en el mismo rincón, pegado a la misma puerta, la que solamente podía cerrarse con llave y que quedó algo entornada. Uno de ellos alcanzó a Laurentino Parra en la mano derecha, de la que perdió el dedo pulgar y el índice, y parte del medio.

Este incidente, que también tuvo su gravedad, no pareció despertar tampoco la atención de las personas con más o menos cargo en el Hogar provincial. Que nosotros supiéramos, no se llegó hacer, como ya era habitual cada vez que ocurría algo serio, ninguna investigación de los hechos, ni se castigó la culpa de que Laurentino se inutilizara la mano. Ni las monjas ni el interventor, don Carlos Cullares, optaron por establecer un mayor orden en la vida tan desconcertada que llevábamos, a pesar de tener sobrados motivos para ello. Con toda destreza y precaución dejaron ir el incidente que perdiera por sí solo su efecto y cayera en el olvido como muchas otras cosas. A este silencio y abstención ya estábamos nosotros acostumbrados sin embargo, y aunque nuestra experiencia no fuera entonces muy experta que digamos, nos dábamos perfecta cuenta de ello. Tal proceder obedecía a una norma común y fija en la manera de obrar de la dirección del orfanato, cada vez que sucedía una desgracia o algún acontecimiento grave. Solamente cuando la situación era muy comprometida e ineludible, y que ponía en dudas la reputación del mando, era cuando hacían frente a cualquier evento, como ocurrió cierto día en que un nuevo

hombre entró también sin autorización en la casa. Este otro hombre no se llegó sin embargo con ningún asunto peligroso, pero lo hizo por una necesidad que resultó hasta curiosa. Tras haberse colado por la puerta de la casa cuna se presentó en nuestro patio en el preciso momento que nos dirigíamos a comer. Como si fuera un internado más se unió a nosotros y pasó al comedor. Se desenvolvía además con tanta naturalidad y experiencia que parecía conocer de memoria nuestra vida y el horario de las funciones que teníamos allí. Hasta tomó asiento en una mesa libre y apartada de las demás en la que solían colocar a los arrestados.

Precisamente aquel mediodía, y desde hacía varias jornadas, me encontraba yo castigado en dicha mesa y tenía enfrente de mí a aquel señor, que a primera vista presentaba enormes pintas de ser un vago o un pobrecito que no tenía ni que ponerse. Estaba muy mal vestido, con unas ropas viejísimas y llenas de suciedad. La cara la llevaba tiznada de esa mugre que se cría al no lavarse durante largo tiempo, y del mentón le salía una barba muy desproporcionada y mal arreglada, que parecía postiza. Ante su triste imagen no pude evitar de sentir una profunda compasión. Llegué a pensar que tal vez sería más pobre que nosotros.

Nicasio, el celador, el hombre que para pegar a los pequeños era tan valiente, no tuvo ni siquiera el atrevimiento de preguntarle el motivo por el que se encontraba allí y bajo qué autorización pasaba a nuestro comedor. Se mostró por lo contrario muy servicial con él, atendiéndole incluso como si se tratara de un invitado.

Durante la comida se presentó en el comedor la hermana superiora, sor María Begoña, –casualidad poco corriente–, dando la acostumbrada vuelta ante las mesas como cada vez que se acercaba a él. Al llegar al lugar donde nos encontrábamos nosotros hizo un gesto de sorpresa ante la presencia de aquel hombre, que sin permiso alguno se había metido en el orfanato y estaba sentado allí llenando la barriga.

–¡Que sea la última vez que entra usted aquí! –le advirtió de forma severa, después de haberle preguntado quien le había autorizado pasar allí.

El señor había dejado inmediatamente de comer al dirigirle sor María Begoña la palabra. Escuchaba muy serio a la monja, asintiendo con la

cabeza a sus continuas razones y dándola a entender que no volvería a hacer aquello, pues parecía ser que ya lo había hecho en otra ocasión, aunque bien con permiso.

–Usted es un hombre y se lo puede ganar. Estas criaturas en cambio no tienen esa posibilidad –dijo al final la superiora mirando cortamente hacia mí.

«Al escuchar esta última afirmación miré yo casi inconscientemente hacia el lugar donde se encontraban algunos mayores, maravillándome del por qué seguían todavía allí en el orfanato y de que la superiora no les dijera a ellos también algo por el estilo».

Por lo que fuera, aquel señor se había dado cuenta de que en el Hogar provincial, con un poco de suerte, podría algunos días comer gratuitamente, y debido al desorden reinante en el mismo, pasar incluso desapercibido. Pero aquel día tuvo mala suerte por haber bajado la superiora al comedor, quien le hechó tal reprimenda, que hasta a mí me dió vergüenza.

Y junto con estos dos casos contados sucedían otros muchos de no menos importancia y curiosidad. Baste decir, que hasta a un loco maniático le daba por refugiarse en el internado cada vez que se escapaba del manicomio. Este era el «Mellao», un hombre alto y fuerte, próximo a los treinta años de edad. Sus escapadas del manicomio no parecían tener otra idea que el deseo de salir a la calle por cambiar de aires. Y en todas ellas iba a parar al Hogar Provincial, siempre por las tardes y a unas horas en que la presencia de un extraño apenas se hacía notar. Algunos mayores solían decir que era muy peligroso y no se acercaban a él. Nosotros los pequeños en cambio andábamos siempre a su alrededor y nunca nos hizo daño; es más: preferíamos su compañía a la de algunos mayores. La última vez que se llegó al orfanato vinieron a buscarlo tres o cuatro hombres del manicomio, varios de ellos con un látigo, quienes lo atraparon brutalmente y le ajustaron unas esposas.

Fuera de estas anomalías había una ocasión muy especial en que la entrada en el Hogar Provincial de gente extraña era maxiva y casi legal. Esta circunstancia se daba exclusivamente algunos domingos y días festivos en que se jugaba un partido de futbol con un equipo de la calle. En tales días el orfanato se abarrotaba de hombres y muchachos que venían a ver dicho

encuentro. Nuestro campo, que por porterías tenía unos postes viejos y carcomidos, mal colocados, y sin travesaños y demás armatostes, atraía a los aficionados de fuera a pesar de que el terreno de juego era demasiado chico y no reunía las condiciones más indispensables para practicar el balompié. Tenía una gran cantidad de pozos repartidos por todas partes y tapados con placas de piedra y arena. Estaba también muy desnivelado, e innumerables grietas de grandes proporciones se deslizaban por el suelo en forma de ríos, atravesándolo de una parte hasta la otra. Lo único que llamaba la atención en él, es que casi siempre estaba limpio de piedras y papeles y demás basura. De esto se encargaban los mayores que eran aficionados al fútbol, que lo cuidaban como una verdadera joya. Quien lo limpiaba éramos sin embargo todos los internados, mandados precisamente por ellos. Para esta operación nos hacían colocarnos en fila uno al lado del otro formando una grandiosa barrera a lo largo de una de las bandas. Después comenzábamos todos a la vez a arrastrar lentamente los pies, llevándonos con ellos hacia delante, al igual que una portentosa máquina recogedora, las piedras y porquería que encontrábamos a nuestro paso. Cuando llegábamos a la otra banda se hacían unos montones y se tiraba todo en un rincón junto al depósito de agua.

Esta costumbre de limpiar de vez en cuando el terreno de juego no nació sin embargo de la idea de tenerlo siempre en buenas condiciones para nuestro uso, sino por causa precisamente de los partidos que se jugaban con los citados equipos de fuera. Allí además, no se practicaba el fútbol con tanta frecuencia, debido a que no siempre se disponía de un balón de cuero. Había ocasiones, muy raras, que nos regalaban uno, pero cuando este se estropeaba, no teníamos con que jugar, salvo las excepciones en que se hacía con alguna pelota de goma. Por tal razón era muy importante para los aficionados del orfanato disputar encuentros de fútbol con equipos de fuera, ya que aunque se tuviera o no balón, siempre traían uno consigo. Estos equipos por su parte también tenían gran interés por llegarse adonde nosotros, tanto por tener un adversario con quien medir sus fuerzas, como porque allí podían entrar con toda libertad. Aparte de esto era el único lugar donde tenían la posibilidad de practicar el balompié, pues el estadio de la

ciudad, igualmente de tierra, solo estaba a disposición del equipo de la misma, y en los demás campos, que más bien eran esplanadas parecidos al nuestro, tampoco podían jugar por ser propiedad de los distintos colegios, como el de los marianistas, el del reformatorio y el de los jesuitas. Así es que cuando querían hechar un partido de futbol hablaban con los mayores, que eran los que se interesaban por ello, pudiendo pasar al orfanato sin impedimento alguno.

Aquellos equipos de mala muerte ofrecían una estampa de lo más lamentable. Algunos, solo un par de sus jugadores tenían botas de futbol o camiseta, ya calzón largo ya corto, en un conjunto tan discordante que a lo que menos se asemejaban era a un equipo de futbol. Otros, presentaban a los suyos con la ropa de diario y que en algunos casos era también la de vestir los días de fiesta, y con un calzado desigual, más o menos aparente para la práctica del futbol. Eso sí, al igual que el nuestro, todos tenían un nombre, que venía a ser el de una u otra barriada.

El equipo del Hogar provincial presentaba aún peor facha y el calzado que usaba para jugar era la alpargata de esparto, que rompía tras darle varias veces al balón, teniéndoles que dejar otra los compañeros de fuera. Esta alpargata era la que llevábamos normalmente todos los días de calzado y era confeccionada en el mismo orfanato. La planta estaba hecha de una hebra de esparto, y la parte que cubría el empeine y los lados del pie de una tela parecida a la lona, tan vasta y tan mala, que al poco de estrenarla la punta del dedo gordo la traspasaba asomando hacia arriba.

«Hubo un tiempo sin embargo, en que el equipo del Hogar Provincial pudo mostrar una imagen mucho más lustrosa que de ordinario. Entonces sus actuaciones eran oficialmente competitivas, y sus jugadores iban vestidos con un uniforme reglamentario de camiseta y calzón corto».

Nada que decir del futbol que practicaban unos y otros empedernidos futbolistas que solo sabían jugar al patadón. Durante todo el partido se pasaban dando voces unos a otros por conseguir el esférico. Palabras muy típicas en este deporte se oían constantemente, tales como: ¡Dale, dale!, ¡Mía!, ¡Duro!, ¡Centra!, ¡Sigue, sigue!, ¡Chuta!..., todas ellas mezcladas entre el barullo de las voces de los demás que presenciaban el encuentro.

Rara vez terminaban aquellos enfrentamientos sin incidentes. Al no haber árbitro que dirigiera el encuentro y tenerse que entender por ellos mismos, era mayor el desconcierto, originándose por ello tremendas peleas. Cierta vez se armó incluso uno de estos escándalos antes de comenzar el partido, simplemente por la discusión de quien había sido en realidad el que pidió cara y no cruz, al lanzar la moneda al aire para elegir terreno, sin que a continuación llegara a celebrarse el encuentro. En estos casos el ambiente se ponía tenso y todos los del orfanato nos manteníamos en guardia por lo que pudiera pasar. Algunos hasta se procuraban piedras, por si la cosa pasaba a peores, pues el equipo de fuera venía generalmente acompañado de un buen número de seguidores, que como era natural lo protegían. También es verdad que la mayoría de nosotros nos alegrábamos inmensamente cuando en una de aquellas peleas le ponían los ojos morados a uno de nuestros matones que solo sabían abusar de los pequeños. Era algo además que lo deseábamos con toda ansiedad. Con aquella gente, que eran también hombres, no les valía de nada el poder que tenían sobre nosotros.

Precisamente por haberme manifestado yo de esta manera, un mayor la emprendió una vez contra mí. No había dicho nada que pudiera ofenderlo a él personalmente, sino de los mayores en general. «Estos chulos no pueden con la gente de fuera», vino a ser más o menos mi comentario. El mayor fue el ya conocido y cobarde de Rufino Carvajal, quien por aquel entonces ya llevaba bastante tiempo licenciado del servicio militar y venía haciendo de mandón, simplemente por eso, por lo viejo que era y porque según la costumbre y su ignorante presunción, le había llegado lícitamente el turno.

–¡Ven aquí! –me ordenó tajantemente.

La gente extraña próxima a nosotros, hombres, y algunos muchachos, se quedaron sorprendidos ante la agresiva reacción de Rufino.

Al llegar junto a él, Rufino la emprendió brutalmente a tortazos y puntapiés contra mí, sin sentir la menor vergüenza por lo que tales personas pudieran experimentar al ver a un hombretón de veintitrés o veinticuatro años, como él era, maltratando a una criatura de unos doce o trece, que serían los que yo entonces contaría.

Mientras me golpeaba, rogaba yo mentalmente la intervención de aquellos hombres, pero nadie intervino, y el bestia de Rufino continuó golpeándome, amenazándome al final en su forma acostumbrada:

–¡Y esta noche, te presentas a mí!

Esto último era lo que yo más temía de todo. Los palos y golpes que llegaban brusca e inesperadamente pasaban pronto y no dejaban más que un amargo sinsabor del dolor y un sentimiento de odio contra quien maltrataba. Lo peor era atormentarse horas enteras en espera de lo que por la noche iba a sucederle a uno. Hasta los compañeros que estuvieron cerca de mí y escucharon la sentenciosa frase llegaron a sobrecogerse. Algunos de ellos se me quedaron mirando llenos de compasión, pues sabían que por la noche me esperaba una buena. No solo por tratarse de Rufino, que era un verdadero tirano con los pequeños, sino porque por las noches en los dormitorios, los mayores empleaban con mucha más libertad y desconsideración la crueldad. Como en otras muchas ocasiones anduve todo el día con una gran preocupación. No era capaz de pasar un minuto sin desechar la angustiada idea de que por la noche me pegarían. Las horribles escenas que a tales horas tenían lugar en el dormitorio abordaban mis pensamientos no dejándome ni un momento de tranquilidad. Estaba lo que se dice aterrorizado y lleno de miedo. Y lo más grave del caso, es que tanto yo como los demás compañeros, no encontrábamos la forma de librarnos de aquellos maltratamientos de los mayores. No teníamos el coraje ni la ocurrencia de ir a las monjas o a don Carlos y contarles lo que pasaba, tanto por falta de atrevimiento, como por considerar que dichas personas ya estaban enteradas de todo lo que sucedía en la casa y no querían preocuparse de ello.

Esta circunstancia no había cambiado mucho desde el día en que yo hice el cambio de la casa cuna a aquella otra parte. La tiranía de los mayores y el temor y las preocupaciones de los pequeños seguía marcando la vida del orfanato, con la única diferencia de que el personal iba renovándose con el pasar de los años. Ahora, tras la marcha de los sordomudos, éramos muchos menos los internados. Los antiguos mayores, como Dieguillo "El Gordo", Elías Morano, Doroteo, "Tinín Hambrón", Cayetano "el Cojo", Javier

Durán "el Teniente" y otros, habían desaparecido por fin del internado, y solo quedaban allí un par de ellos, entre estos: Facundo "el Loco", Sergio Aranda, Jacinto Yañez "el Chepudo", Basilio, Olegario Navas "El Trápala" y Rufino Carvajal, los seis únicos que tradicionalmente continuaban practicando la tiranía contra los pequeños.

A la hora de acostarnos Rufino no se presentó en el dormitorio como era costumbre en él casi todas las noches. Ya por aquella época creo que no se rezaba más la antigua y extraña oración antes de irnos a dormir con la que tanto nos hacían sufrir los mayores en años anteriores. Ahora nos acostábamos sin más, y algunos de estos acudían algo más tarde al dormitorio, quizás por establecer de esta manera una diferencia con nosotros, como por hacer muestras del poder que tenían. Según decían, un par de ellos iban expresamente a ver si podían charlar unos minutos con la supuesta novia que tenían donde las chicas, como Rufino, que mantenía unas relaciones más que inocentes con Delfina, hermana de uno de los chicos de allí. Eso sí, en cuanto llegaban al dormitorio para acostarse, se ponían a practicar el horrible terror con unos y otros por las sentencias hechas durante el día. La situación aquí no obstante había cambiado algo con relación al pasado. La costumbre de maltratar a los meones, que aún los seguía habiendo, había pasado casi totalmente al típico castigo de llevarlos unas horas a las guarreras. También el maltratamiento común había disminuido en sus proporciones con respecto al pasado, debido sin lugar a dudas a que ahora teníamos un celador –también por las tardes–, que además de cumplir muy bien con su trabajo, se preocupaba por nosotros y de nuestra situación. Quizás esta causa fuera la razón de que los domingos y días festivos, al librar el celador, sufriéramos mucho más que antes bajo la tiranía de los mayores, sobre todo de unos cuantos, como el mencionado Rufino, quien era una verdadera alimaña, capaz de devorar a una criatura indefensa sin sentir por ello la menor conmoción. Lo único que perseguía con tan malvado proceder, era anteponerse a los demás y hacer prevalecer su potestad de encargado, como si ello fuera en realidad una profesión.

La citada noche Rufino apareció en el dormitorio cuando ya llevábamos un rato largo acostados. Encendió la luz y se acercó a su cama. Por unos

instantes me forjé la ilusión de que quizás no me pegaría, pero al ver que alzaba el colchón para sacar el palo que tenía entre éste y el somier, tal esperanza se desvaneció. Tiritándome todo el cuerpo me dispuse a levantarme cuando ya él se dirigía hacia a mí.

–¿No te dije que te presentaras a mí? –me preguntó con mucha seriedad al estar a mi lado.

–Si ya iba a ir –contesté yo con voz apagada y aterrorizado de miedo.

–¡Pon las manos! –me ordenó.

Y con el palo aquel, que sería de medio metro de largo aproximadamente y de unos tres centímetros de grueso por cada lado, comenzó a darme golpes en las palmas de la manos. Cuando le ponía una, la otra la colocaba debajo del brazo contrario a la altura de al axila, para aligerar así más el dolor. Los golpes sonaban secos, como si la estaca de fuerte madera chocara contra un cuerpo mucho más resistente y duro que mis manos. Todo el dormitorio observaba escépticamente y en silencio como si presenciaran una extraña horribilidad. En los ojos de muchos compañeros se reflejaba la enorme repugnancia y odio que sentían hacia Rufino y hacia aquella acción tan salvaje. Nadie de ellos se atrevía sin embargo a encararse a él, ni a lanzarle siquiera su mirada desafiadora. Mi vista se cruzó con la de Celestino, que observaba también con mucho cuidado y lleno de compasión. Su mirada me envió un mensaje que comprendí enseguida. Me hizo recordar lo que tantas veces me había advertido: «cuando te peguen procura no llorar, porque así te pegan menos». Esta absurda y poco congruente convicción tenía sin embargo un efecto prodigioso. Daba la sensación de que aquellos imbéciles maltratadores querían apreciar en sus víctimas, mientras la torturaban, una gesta de heroicidad. Y eso era lo que yo hacía: sujetar tenazmente con un esfuerzo sobrehumano las lágrimas, soportando el inmenso dolor de las manos, ya rojas por la cantidad de golpes que recibían. No pudiendo más, y cuando el dolor de mis manos era tanto que no tenía fuerza ni para abrirlas, busqué con mi mirada la del cerdo de Rufino, esperando encontrar en él un mínimo de compasión. Sin conmoverse, seguía golpeándome una y otra vez con el palo, como un verdadero salvaje que no sabe lo que hace, al igual

que si tuviera frente a él un auténtico delincuente, al que había que castigar despiadadamente.

Cuando por fin se marchó a su cama, después de haberme dado con la estaca un número incontable de golpes, prorrompí en sollozos, maldiciendo hasta la hora en que nací. Mi dolor y desesperación no fueron sin embargo a buscar consuelo y refugio como de costumbre en el amor maternal o divino. Para mí no existía ya nada ni nadie en el mundo; ni madre, ni Dios, ni nada, que me inspirara la suficiente fe como para que me librara de aquellos tormentos. «Incontables, habían sido las ocasiones en que me había visto en aquella situación tan deprimente y alzado mis ruegos a lo más alto, implorando auxilio y protección. Cada vez hube sufrido un enorme desengaño que desvanecía pausadamente mis esperanzas. Solo un suave percibimiento envuelto en un silencio sepulcral era el eco de tales ruegos; un breve sosiego de fe y esperanza que tranquilizaba por unos momentos mi alma. Todo se limitaba a una corta y simple figuración espiritual producida por los sentimientos y percibida fuertemente por los sentidos como una extraña sensación; una vana visión de prometedoras ilusiones que iba perdiendo cada vez más su efecto. Algo así como un sueño de corta duración que va apagándose lentamente hasta llegar a la decepción». Y al final, vuelto nuevamente a mi estado racional, me abatía el presentimiento de que semejante forma de rogar y forjar esperanzas no eran otra cosa más que alucinaciones, y estas a su vez, espectros de la realidad que dejan un amargo sabor de esperanza y un inmenso vacío en el alma».

Y lo mismo que en otras ocasiones la citada noche me ocupaba sería y enjuiciosamente de la situación que vivía y de Rufino Carvajal, por quien sentía verdaderamente un odio inmenso. Tal era este odio, que le deseaba hasta la muerte. Como cada vez que me maltrataba conspiraba toda clase de atentados contra él. Imaginaba que de repente me había convertido en un hombre fortísimo y lo cogía con mis manos despedazándolo; o que otro hombre, igualmente fuerte y corpulento, le arreaba por intercesión mía un tremendo palizón; o veía como le sobrevenía una desgracia que acababa con su villano modo de proceder, junto con otros perjuicios más. Mi mayor deseo era sin embargo que se marchara de una vez para siempre del

orfanato, según hacían casi todos los que volvían a él después de haber cumplido el servicio militar. Pero este despreciable payaso parecía tener mucho miedo y muy poco de hombre para atreverse a dar semejante paso. Ahora, cuando hacía mucho tiempo que debía de estar en la calle trabajando y ganándose el pan como todo el mundo, se hacía el remolón, buscando la posibilidad de que allí en el orfanato le dieran un puesto de trabajo. Como muchos de sus antecesores fraguaba la ilusión de poder quedarse en el taller donde trabajaba o tal vez de celador por las tardes, puesto este que había quedado de nuevo vacante. Quizás fuera esta una de las razones por lo que se tomaba tan en serio la misión de encargado y maltratará tan brutal e ignorantemente. Su proceder era en realidad tan canallesco, que aún estando ausente hacía que se hiciera lo que él quería, enterándose después por medio de sus chivatos si así se cumplía. A veces no se le veía en todo el día y cuando aparecía, normalmente a la hora de la cena y en el dormitorio, era para emplear su brutalidad y demostrar su autoridad a fuerza de maltratar a unos y a otros, mayormente entre los pequeños. Aquellos que ya eran algo mayores y andaban por los dieciseis y más años, estaban casi exentos de tales atropellos, tanto por parte de este como de los demás mayores. Alguno de ellos ya se había enzarzado en más de una ocasión con un mayor, y no siempre salieron perdiendo de la pelea. Nosotros los pequeños en cambio nos encontrábamos indefensos ante tal violencia y no nos quedaba otro remedio que aguantar y sufrir. No teníamos defensa, y la única manera de vengarnos era maldiciendo a quienes nos maltrataban, llenándonos de odio contra ellos.

Y esto es lo que nació en mí en contra de Rufino, un terrible odio; tan intenso e incontenible además, que tiempo después, y otra de las veces que volvió a maltratarme, me propuse envenenarlo. Y aunque esta determinación pareciera ridícula en un renacuajo como era yo entonces, estaba encaminada con la peor de las intenciones. La idea de ello me sobrevino un día en la cocina vieja, junto a la despensa, cuando un chico experimentó un gran malestar al curiosear en una bombona de lejía dispuesta en un rincón para la limpieza. Mi plan consistía en hecharle un poco de este peligroso líquido en la comida. Esto no creía que me fuera a resultar muy difícil, ya que

este mayor acudía muchos mediodías tarde a comer, a veces incluso después de que todos hubiéramos comido y abandonado el comedor, dejándosele la comida encima de la mesa. Entrar en los departamentos de la despensa no era tampoco nada difícil, pero debía de hacerse por la mañana nada más salir de desayunar, ya que después teníamos que acudir a la escuela, y por las tardes, estaban cerrados.

Completamente decidido para efectuar mi plan me acerqué pues una mañana a los basureros inmediatamente después de desayunar, con la pretensión de encontrar un frasco pequeño en donde meter la lejía, de los que tiraban de maternidad después de haber sido usada su medicina. Con estos frasquitos habíamos jugado siempre los pequeños, metiendo en ellos tierra de diferentes lugares o piedrecitas muy pequeñas, o haciendo líquidos de colores o perfumes con romero y otras plantas del jardín. No tardé ni un minuto en hacerme con uno y seguidamente me puse a la expectativa con el intento de colarme en los locales de la despensa a la menor oportunidad. El único inconveniente que presentaba este hecho es que eran muchos los que perseguían tal posibilidad. Con ello buscaban la forma de hacer algún trabajillo o recado, más que nada por bajar después adonde cortaban las raciones de pan y poderse hacer con un pedazo, como también porque sor María Elena, la monja de la despensa, solía dar en recompensa alguna cosilla o un caramelo. También yo me había escabullido varias veces dentro de dichos locales, guiado por la misma razón. Ahora en cambio, por el motivo de tener que coger la lejía, me resultaba mucho más difícil. En realidad solo tenía que hacer lo que en otras ocasiones; despistarme entre la verde espesura del jardín, burlar por unos momentos la vigilancia de Nicasio, el celador, y zas: cruzar decididamente los diez o doce metros de terreno hasta la entrada en la despensa.

Tales precauciones no me llegaron a hacer falta sin embargo, al ver a los pocos minutos aparecer por la puerta de dicho local a Hilario, un antiguo internado del orfanato y ahora «medio empleado», quien depositó una inmensa sartén en el suelo y se dirigió a los que estábamos cerca de aquel lugar:

—¡Eh, venid acá dos de vosotros!

Como un rayo salí corriendo hacia allá por llegar antes que nadie, pues al igual que yo, había otros cuantos merodeando por aquellas inmediaciones, esperando como siempre la oportunidad anteriormente referida.

–¡Coged esa sartén de desperdicios y llevarla a vaciar a las guarreras! – nos ordenó Hilario a mí y a Alonso Correas, el otro compañero que llegó conmigo, en un tono serio y agrio, muy habitual en él.

Cuando estuvimos de vuelta Alonso y yo nos metimos en la despensa. Mientras él se dirigió presuroso hacia la derecha, camino del cuarto donde cortaban el pan, yo lo hice en dirección contraria, bajando los seis o siete peldaños de escalera y torciendo nuevamente a la izquierda. Aquello era la cocina vieja, prácticamente abandonada y que solamente era usada por tiempos de navidades, cuando hacían la matanza de cerdos. De allí pasé al compartimento de al lado, donde se hallaban los enseres de limpieza y la bombona de lejía. Este pequeño recinto había pertenecido en otro tiempo al almacén de víveres, y según decían, fue quitado de allí por el expreso hecho de que algunos ladronzuelos solían llevarse parte de los alimentos que en él se guardaban. Ahora estaba repleto de mesas y sillas y cacharros viejos de cocina, colocado todo ello en tal manera, que apenas había sitio por donde pasar. Inesperadamente oí pasos de alguien que bajaba precipitadamente la escalera. Con mucho cuidado me acurruqué debajo de una mesa junto al rincón donde se hallaba la bombona de lejía. Era Alonso, que venía de vuelta de la despensa, tal vez en busca mía. Sin moverme permanecí quieto y en silencio por que no notara mi presencia. Después, cuando ya hubo marchado, quité el tapón de la bombona y la volqué hacia delante, colocando el frasco por debajo del pitorro. El primer vertido salió con tanto ímpetu que se desbordó por encima de mi mano sin conseguir llenar el frasco. Los gases de hipoclorito cálcico me hicieron toser repetidas veces, y en la mano derecha, noté un ligero escozor que fue desvaneciéndose poco a poco. Sin perder tiempo volví a volcar la bombona, esta vez lentamente y con más tiento, y llenando el pequeño recipiente hasta rebosar. A continuación coloqué el tapón de corcho en la bombona y me marché, sin detenerme a limpiar la lejía que se había desparramado por el suelo. Ya en

el patio, y antes de juntarme con los demás compañeros, escondí el frasco en el hueco de un árbol del jardín hasta después de comer.

Precisamente aquel mediodía Rufino no se llegó tampoco a la hora de comer, ni aún en el momento que dejábamos el comedor. Su comida, potaje de patatas y pescado, quedaba sobre su sitio, cubierta con unos platos, vueltos al revés. Inmediatamente fui por el frasquito de lejía y me oculté en el jardín, en espera de que todos abandonaran el comedor y marcharan al patio. Aguardé unos momentos, y cuando ya nadie andaba por allí, me dirigí de nuevo al comedor. Antes de entrar tuve la ocurrencia de espiar por una de las ventanas desde la que se veía parte del lugar donde comía Rufino. Mi sorpresa fue tan grande e inesperada al comprobar que este se encontraba allí comiendo, que hasta el corazón me dió un vuelco. Asustado y totalmente decepcionado volví hacia atrás con la intención de dirigirme al patio antes de que el celador me viera indebidamente por aquellos contornos. Al no poderme dirigir inmediatamente al jardín por temor a que alguien sospechara algo, llevé consigo el frasco en el bolsillo de los pantalones, escondiéndole otra vez luego más tarde.

Al día siguiente me hice con el frasco con antelación y lo llevé consigo al comedor, pero mi desilusión no pudo ser mayor al ver aparecer a Rufino a mitad de la comida. Nuevamente volví a esconder el frasco, pues el llevarlo en un bolsillo del pantalón se notaba rápidamente. Dos días más tarde se dió de nuevo la situación que yo esperaba, pero cuando después de comer quise hechar mano al frasco, este había desaparecido. Este hecho sin embargo no me causó mucha sorpresa, pues en tales escondrijos solíamos guardar nuestros apaños para jugar, como los trompos, las bolas, la pita y la tala y hasta las piedras conque en invierno nos jugábamos las castañas, por lo que alguien lo pudo haber cogido.

Tras el fracasado intento de querer envenenar a Rufino con lejía, el único remedio que me quedaba para liberarme de su tiranía, y al mismo tiempo de la de los otros mayores, era el de llevar a cabo de una vez para siempre el tantas veces «anhelado deseo» de ir a las monjas con el asunto. Y digo anhelado deseo porque en realidad fue solamente una ilusión que me hubo acompañado desde el primer día en que pisé aquella parte del orfanato.

Semejante operación no estaba destinada sin embargo a un niño inocente y falto de experiencia, y menos aún, hartamente convencido de que la tiranía de los mayores no era ningún secreto para las monjas; y no solo esto, sino de que ellas estaban al tanto de todo lo que ocurría allí, incluso mejor que nosotros los pequeños, por la sencilla razón de que en todas partes nos dejaban a merced de los mayores. Si ellas confiaban el poder a los mayores, es que reconocían en ellos la suficiente competencia y responsabilidad como para ejercer toda clase de Encomendaciones y de que aceptaban su comportamiento con respecto a los demás internados. ¿qué cosas podía yo contar entonces a las monjas que yo creyera que ellas no conocían? ¿Qué iba yo o cualquier otro compañero a decirlas de aquellas maltrataciones y abusos? Muchas veces había creído, que por ciertos indicios, como el de tener un ojo hinchado y amoratado, presentar hematomas en la cara, o tener señales de sangre en algún sitio –como una de las veces que me pegó Rufino, que la almohada de mi cama quedó completamente manchada de ella–, hubieran tratado las monjas de averiguar de donde procedían tales lesiones, y por qué motivo se permitían los mayores proceder de tal forma con nosotros. Siempre me hube decepcionado. Lo único que probablemente llegaban a pensar cuando descubrían algunas de estas señales de violencia en nosotros, es que nos habíamos pegado con un compañero, formándose incluso mala impresión de nosotros por semejante brutalidad. Y si se enteraban de que había sido un mayor, respondían muy resueltamente: algo bueno habrás hecho... dando a entender con tal expresión, que cuando aquellos mayores pegaban a uno, aún de aquella forma tan salvaje, era por algún motivo justificado que afectaba a nuestro comportamiento; algo así, como si reconocieran en ellos a los que mantenían el orden. Ellas no sabían, o no querían saber, lo que de verdad ocurría bajo el poder de los mayores. Por otra parte, qué iban ellas a hacer por evitar la tiranía de los mayores, si ni siquiera se anteponían al retorno de estos cuando volvían de la mili, ni se preocupaban tampoco de hecharlos de allí aún años después. Por tal motivo, el haber intentado acudir a las monjas con mis quejas, igual que a otras personas responsables de la casa, hubiera sido una vana ocurrencia en la que yo no hubiera podido confiar. Esta circunstancia era precisamente

la causante de mi impotencia para hallar una solución a la tiranía de Rufino, y de que al final tuviera que consolarme con la idea de que pronto abandonaría el orfanato.

Y el día en que por fin Rufino se marcharía de allí no podía estar muy largo, pues este ya rondaba los veintiseis años de edad. Sin lugar a dudas sería un día verdaderamente grande para mí y para el resto de los internados. Su marcha se celebraría por todos nosotros como se celebró la de otros mayores que fueron unos tiranos. La alegría que a mí personalmente me proporcionaría tal acontecimiento me servía de ánimo mientras esperaba el deseado momento. Pero antes que Rufino, desaparecerían de allí sin embargo otros mayores, a pesar de ser más jóvenes que él. Uno de ellos sería Facundo "el Loco", otro de los peores tiranos que teníamos entonces en el internado. Su marcha llegó de forma imprevista una mañana, poco antes de la hora de comer. Al enterarnos de la noticia nos fuimos reuniendo todos al pie del inmenso árbol que mediaba entre las cercanías del jardín y los viejos edificios. Este árbol era una especie de frontera simbólica, del cual se decía, que una antigua superiora de las monjas lo había designado como el «límite máximo» de nuestras andanzas, mientras nos encontráramos en el patio. Tanto ante la autoridad que suponía Nicasio, el celador, para quien nuestra presencia por aquel lugar debía de ser muy preocupante por la proximidad en que se encontraban los departamentos de las monjas y de las chicas, como por el poder que ejercían algunos mayores en pos de ello, era raro que anduviéramos por dicho lugar. Tratándose de un caso especial y poco corriente, cuya novedad e importancia acaparaban masivamente la curiosidad y atención de todos los presentes, la situación era en cambio diferente.

Y allí, junto al inmenso árbol, nos dimos cita todos los pequeños y medianos a la espera de que el acontecimiento siguiera su desarrollo, y ocupándonos de forma excepcional y exclusiva de la marcha de Facundo y de su persona, como único e interesante tema del momento. En las caras irradiaba un éxtasis lleno de alegría a punto de estallar cuyas miradas intercambiaban y transmitían entre sí los auspicios de un futuro más

venturoso. Frases como: ¡Ya se va ese guarro!, ¡Es un cerdo!, ¡En la calle se va a enterar!, ¡Ahora vamos a estar mejor sin él!, se oían sin descanso. Aunque solo fuera de momento y suscitada por la embriaguez de tan espléndida situación, nos sentíamos rebosantes de alegría, como si allí acabara el poder de los mayores.

De haber sido por la tarde, o a una hora en que los mayores, en vez de en los talleres, se hallasen con nosotros en el patio, no hubiéramos tenido el atrevimiento de juntarnos y hacer comentarios increpantes contra Facundo, ni de manifestarnos de aquella forma tan alegre y abierta. El hablar mal de uno de ellos, como Facundo, era al mismo tiempo hablar mal de otros como él.

Entretanto apareció Facundo con una maleta de madera como la que daban a casi todos cuando los mandaban a cumplir la mili a la marina o se marchaban ellos definitivamente. Esta maleta en cambio parecía mucho más nueva que las que se dieron antes, de un color claro y natural, como si acabara de recibir recientemente el último cepillazo. El armatoste no podía ser más basto, con dos visagras que unían sus piezas por la parte de abajo y un enorme candado por debajo del asa. Algunos compañeros comenzaron a gritar y a silbar nada más ver a Facundo, creándose un auténtico abucheo. Otros exclamaban en voz baja entre el murmullo: ¡Anda, vete ya, cerdo! ¿Haber si fuera eres tan valiente? Hubo alguien que dijo en voz alta y clara para que Facundo lo oyera: ¡Ya se te han acabado los chuscos...!

Al escuchar esto, Facundo dejó precipitadamente la maleta en el suelo e hizo ademán de salir tras el que había soltado la frase, cuando ya éste iba disparado en dirección a la obra.

Aquella exhuberante manifestación no era otra cosa que un acto represivo en contra de Facundo. Parecía como si todos los que estábamos allí reunidos quisiéramos vengarnos de esta manera del mucho mal que siempre nos hizo. Deseábamos atestarle un golpe que contrarrestara los muchos que él nos había dado, y verlo, al menos una vez, derrotado por nosotros mismos. Todos, sin excepción ninguna, saltábamos de júbilo, festejando aquel momento tan entusiasmante. Incluso aquellos, que por ciertos motivos no sufrieron mucho bajo su villano proceder, participaban de

la misma forma en tan alegre juerga. Al final, entre carcajadas y estridentes silbidos, desapareció Facundo con malos modales por la puerta falsa, que era por la que solían entrar y salir los perros.

Con la marcha de Facundo no solo desapareció un insensible bellaco, sino al mismo tiempo, gran parte del poder y de la tiranía de los mayores. Yo personalmente me sentí inmensamente aliviado y feliz, tanto por ello, como porque al fin, me veía libre de sus constantes y crueles maltratamientos. Mi alegría y felicidad fueron tan inmensa, que por un lapso de tiempo creí olvidarme del mucho mal que me hubo causado. Qué Gloria, experimenté durante días, al llegar la hora de comer y no tenerlo enfrente de mí, ni verlo en los dormitorios maltratando a unos y a otros, ni en la iglesia, ni en ningún lado, porque su presencia realmente me repudiaba.

Otra cosa a la marcha de Facundo y de mayores de su misma calaña, era la marcha de un mayor de los buenos, es decir, de los que no maltrataban a los pequeños, como fue la de Fulgencio, acaecida también por aquella época, poco antes o después que la de Facundo. Entonces no hubo bronca ni celebramos un festejo, sino que quedamos tristes, porque con Fulgencio marchaba una de las mejores almas del Hogar Provincial. De este hombre, con una comprensión para todo algo extraordinaria, jamás supimos que hubiera maltratado a alguien. Era, por así decirlo, el Ángel de la Guarda que infinidad de veces nos libró a los pequeños de las torturas de algunos mayores, creándose por ello muchos problemas. Era de los más altos y recios entre los mayores, quizás el que más, pero lo mismo que estas condiciones, también era propio de él una enorme sensibilidad. El hecho de no comportarse de la misma manera que muchos de aquellos ignorantes suponía para estos una gran adversidad y un motivo de endeblez y enemistad. En una ocasión, y por condenar el salvaje proceder de uno de ellos, se liaron dos o tres contra él hasta lincharlo a palos.

Con la típica maleta de madera había bajado del ropero, donde sor Milagros le había dado las prendas que llevaría al salir de allí, que eran por regla general las que se llevaban puestas los días de fiesta para ir a misa o salir a la calle. Todos los pequeños nos habíamos reunido en torno a él en el lugar acostumbrado junto al famoso árbol, que indeciso a tomar la última

determinación, paseaba de un lado a otro entremezclándose con nosotros. Su última función era abandonar el orfanato, y parecía que le costaba trabajo dejar aquella casa en la que había vivido toda su vida. Bajo un extraño silencio cruzaba su mirada tranquilizadora con la nuestra, llena de curiosidad. Su semblante reflejaba cierta tristeza y preocupación, y en sus ojos se advertía la gran compasión que en aquellos momentos sentía hacia nosotros. Daba la sensación de que una inmensa aflicción se había apoderado de él por el destino que nos pudiera esperar. Aquellos instantes fueron verdaderamente entrañables y aquel hombre era en realidad un verdadero santo. De todos los mayores que había visto yo marchar, fue en único que ofreció a los pequeños la mano en señal de despedida. De Fulgencio se hablaría aún años después, y a los que nos hizo tanto bien, nos dejó el grato recuerdo de su persona.

Fuera de estos casos especiales, el hecho de que un mayor dejara el Hogar Provincial, no era sin embargo ningún acontecimiento importante; causaba incluso menos impresión que el ingreso de un chico nuevo, viniera ya de la casa cuna o bien de la calle. Lo que sí causaba impresión de verdad era la marcha de algún muchacho que jamás había oído que tuviera un familiar, mayormente un «tío», quien inesperadamente se hacía cargo de él sacándolo del orfanato. Esta circunstancia solía darse a menudo entre chicos de catorce a dieciocho años de edad, como fue el caso de Gabriel Medaño, Marcial Herrero, Pablillo Canas, Fernando Ureña, Alonso Correas, Víctor Arenas y otros más. Lo asombroso de estos casos, con familiares o sin ellos, es que la mayoría salían del Hogar provincial para ir a una ciudad grande y hacer mejor vida. Como Medaño, que según él, marchaba a Valencia para estudiar y sacar una carrera, y tiempo después, lo hallaron segando en un campo de Santa Cruz de Mudela. Algo por el estilo ocurrió también con Fernando Ureña, quien presuntuosamente marchó para cuidar pertenencias y negocios de un familiar, y al cabo de un par de años lo encontramos en una cantera destripando piedras. También Pablillo Canas, salió del orfanato en situación parecida, volviendo a él de visita y refiriéndonos decepcionadamente la forma despiadada con que era explotado y los planes que tenía de cara al futuro. Pero aún así, y aunque

algunos internados fueran realmente engañados y sacados del Hogar Provincial para trabajar, la marcha de uno de ellos provocaba un gran revuelo entre los demás. En mí particularmente volvía a revivir de nuevo la vieja esperanza de poder abandonar el orfanato. Entonces volvía a torturar de nuevo a mi madre con mis «vivos anhelos de salir de allí». En las cartas que le escribía ya no se advertía otra cosa que las continuas imploraciones de: quiero irme de aquí. Y buscando la forma de motivarla recurría a todas las ideas propicias que pasaban por mi mente. Hasta exageraba con el mismo fin los males que atosigaban mi existencia, dándoles a veces una crudeza más trágica de lo que en realidad eran. Pero aún con esta clase de maña tan refinada no era capaz tampoco de imponerme a las dificultades que tenía mi madre para sacarme de aquel lugar. Lo único que ella consiguió a este respecto, y no seguramente con pocos sacrificios, fue llevarme un mes de vacaciones. Recuerdo que fuimos a Puertollano, ella, una amiga suya y yo, y que el viaje duró una eternidad a pesar de encontrarse a treinta y ocho kilómetros de distancia. Nos alojamos en nuestra antigua y modesta casa de la famosa «Calle de las Cañas», la que aunque muy vieja, nos evitó hacer un gasto especial de vivienda. Se notaba, apenas pasamos a ella, que llevaba unos años cerrada. Las habitaciones despedían un fuerte olor a moho y humedad, y algunos techos estaban algo encorvados hacia abajo como si fueran a hundirse. También la cocina había sufrido desperfectos con el deshabitamiento, y aparte de la humedad y del desconchado de las paredes, las placas del fogón se habían corroido totalmente y creado una espesa costra de óxido. Lo demás parecía estar en buen estado. El pozo de agua en el patio aún sostenía sobre su borde el cubo de cinc, amarrado a la sogá, como si hiciera un rato que hubiera acabado de usarse. Junto a este, los dos pilones de piedra donde se lavaba la ropa, sobre los que yacían un montón de polvo y hojas secas. Más allá, el wáter de madera, al que se ascendía por una escalera de tres o cuatro peldaños. Y cubriendo parte del patio, el majestuoso parral, todo él desmoronado y con algunos brotes de uva inmadura.

Al descubrir de nuevo mi vista aquellos lugares entrañables, despertaron en mí algunos recuerdos de los cortísimos y felices años de mi primera

niñez. Por unos momentos parecí verme a mí mismo correteando alrededor del pozo y arrancando divertido las uvas de las verdes parras; estorbar a mi madre y mi abuela mientras lavaban la ropa en los pilones o viendo al churrero que freía buñuelos en nuestra casa y luego los vendía delante de la puerta de la calle. Me sentí de tal forma dentro de aquel conocido ambiente que tuve la sensación de que el tiempo que había vivido hasta entonces en el Hogar provincial fue solamente una pesadilla y no pertenecía en verdad al pasado. El hecho real de que me hubieron apartado de aquella vida tan risueña y hogareña recobró sin embargo muy pronto espacio en mi mente, dejándome un amargo sinsabor.

A pesar de este reencuentro con todo aquello que me era familiar las vacaciones con mi madre fueron de lo más turbulentas. El notable distanciamiento que había entre nosotros dos por culpa de la separación, y los años pasados en el internado bajo aquella vida tan espantosa y despiadada, hicieron de mí un verdadero desastre. No es que me hubiera convertido ni mucho menos en un demonio o en un niño demasiado travieso. Lo que ocurría, es que aparte de que nuestras relaciones ya no eran intactas, mi madre no estaba capacitada para andar con el estado psíquico y neurótico que los años de esclavitud y dolor en el orfanato habían marcado en mí. Tanto ella como su amiga, y otras personas de la vecindad, esperaban de mí una reacción y forma de comportarse como la de otro chico cualquiera que ha vivido bajo el calor y cariño de los padres. No veían en absoluto la diferencia que podía haber de uno como este a otro que viviera como yo, en la soledad y sin amor, y con el trauma de los años que llevaba en el internado. Por tal inexperiencia no se explicaban mi extremada inquietud, mi horrible miedo y mi acerado espíritu de rebeldía. Es más, mi extremada sensibilidad excitaba hasta tal punto la curiosidad de algunos vecinos, que para cerciorarse de su autenticidad se cubrían todo el cuerpo con una sábana y subían a los tejados para asustarme. Y luego después, asombrados por fin de que acusara tanta susceptibilidad, achacaban la situación a mi manera natural de ser.

De vuelta en el Hogar Provincial la amiga de mi madre dió con sus quejas a las monjas, diciendo que si yo me había portado malísimamente mal, que

si había hecho esto y lo otro, que era un auténtico salvaje y un sin fin más de lamentaciones. Esto me puso tan nervioso, que cuando varias mujeres de la casa cuna se acercaron a mí para cogermé y llevarme a la parte de los chaqueteros, heché a correr como un loco en dirección a la puerta de la calle con intención de escaparme. Como quiera que se interpusieron en mi camino corrí entonces mucho más desenfrenadamente de un sitio a otro, esquivando a todo el mundo que intentaba atraparme. Una niñera, que se acercó demasiado a mí, María Luisa, recibió tal puñetazo en la mandíbula derecha, que se la estuvo agarrando bastante tiempo. Creo que fue a sor Engracia, la monja de la casa cuna, a quien le dí un puntapié en una de las espinillas que retrocedió cogiendo y haciendo muestras de dolor. En aquellos momentos, ante el contratiempo originado por Angelines, la amiga de mi madre, y mi indisposición de volver al orfanato, no había quien se arrimara a mí. Me encontraba como un animal malherido y rabioso. De quienes estaban allí, alguien mandó llamar rápidamente al celador, quien apareció al poco rato con la larga y flexible correa de goma en las manos y me llevó adonde los chaqueteros dándome golpes con ella.

Este sofocón tras retornar de nuevo al hospicio no fue en suma para mí tan desagradable, que pronto pasó y no tuvo otras consecuencias que una serie de comentarios cuando unos y otros llegaron a enterarse. Lo peor llegó cuando me encontré otra vez en el patio con los demás internados, envuelto de nuevo en ese asqueroso ambiente que tanto me embargaba. Los primeros momentos pasaron casi desapercibidos, mientras unos y otros compañeros se acercaron curiosamente a mí asaltándome con innumerables preguntas. Al rato en cambio me invadió tal sensación de aborrecimiento y frialdad, que allí en el acto pacté la idea de escaparme. Y para no tardar más, aquel mismo día por la tarde lo intenté. Sin preocuparme de qué mayor hacía de mandón, me escabullí en la obra en un momento en que me vi libre de presencia alguna. Allí me dirigí a uno de los ventanales que daban al exterior y que tenía los cristales rotos. Junto al marco pendían algunos trozos de vidrio puntiagudos, pero al ser este de gran tamaño, había suficiente espacio para cruzar al poyete del otro lado sin peligro de lastimarse. Cuando di este paso salté los dos metros que posiblemente

habría hasta el suelo y heché a correr. Después, bordeando el edificio de la obra por la parte norte, seguí con dirección a la antigua carretera de Miguelturra. Desde allí, formando una línea recta con el horizonte, se divisaba un puente y las vías del tren, atravesando a lo lejos la carretera.

Apenas hube alcanzado aquel lugar y andado unos doscientos metros junto a los railes cuando en dirección contraria se acercó una máquina de tren que probablemente estaba haciendo maniobras. Venía muy despacito, y al llegar a mi altura aminoró aún más la velocidad y dos hombres, tirados por completo de carbón, asomaron por uno de los accesos. Uno de ellos me preguntó con cierto dominio de autoridad:

–¿Adónde vas tú por aquí, chaval?

–¡A Madrid! –le respondí, algo cohibido y con la ignorancia propia de un chico a mi edad.

Después de haberse intercambiado los dos hombres una mirada suspicaz, me dijo de nuevo el que me había dirigido la palabra:

–Anda, dá la vuelta y vete a casa.

Algo asustado volví para atrás, pero cuando la máquina se iba alejando, cambié otra vez la dirección. El camino ferroviario describía por allí una amplia curva hacia la izquierda rodeando las últimas casas de las afueras. Entremedias se esparcía una gran extensión de campos secos y maizales, los primeros según habían quedado tras la reciente siega de cereales y los otros aún en pleno desarrollo con sus cañas y hojas verdes. Al otro lado se divisaba una extensa llanura con algún que otro monte de contraste y las casi imperceptibles cordilleras que se perdían al fondo.

Al poco rato de ir andando, escasos minutos, vi aparecer a lo lejos a cuatro hombres que cruzaban el tramo de carretera que yo había traído y seguían en línea recta mi misma dirección. Aunque no pude reconocerlos tuve el presentimiento de que se trataba de gente del orfanato que sin duda venían tras de mí. Llevaban tal aplomo y cautela en el caminar que parecían perseguir a un fugitivo peligroso. ¡Vuelve para atrás! –se oían sus gritos con un eco retardado. Yo sin embargo no les hacía caso, en vez de ello aceleraba más el paso, guiado por el temor de que si me cogían me darían una buena tunda. Cuando ya se encontraban demasiado cerca, y presentí

que se me iban a hechar encima, salí corriendo precipitadamente hacia los pabellones de casas más próximas a las vías del tren.

Cuando ellos quisieron llegar allí ya había aprovechado yo la oportunidad de meterme en una de aquellas casas, al ver que la puerta estaba abierta y la dueña charlaba con una vecina. Las dos señoras se llevaron un pequeño sobresalto y antes de que pudieran reprenderme, me escusé yo, diciéndoles que me buscaban para pegarme. Una de ellas, la que parecía dueña de la casa, me preguntó el por qué me querían pegar, contándoles yo a continuación las torturas y el salvajismo que vivíamos en el orfanato. A intervalos de unos veinte a treinta segundos la mujer se arrimaba a una de las ventanas y observaba si alguno de los que andaban tras de mí rondaban por allí cerca. Tras llegar a un acuerdo salí cuando ella me lo indicó, precisamente en el momento que dos de ellos, Santiaguín y Matias, se hallaban junto a la casa. Tal proceder me hizo enojarme, muy a pesar de que la mujer lo hubiera hecho con la mejor de las intenciones.

Aquel día tuve sin embargo una suerte bárbara y no me sobrevino la paliza que esperaba. En vez de ello recibí dos ligeros tortazos del mayor que hacía de mandón, al tiempo que me amenazó con la típica advertencia de siempre: –¡Que no se te ocurra volver a escaparte estando yo de encargado.

Y ello no se me ocurriría desde luego, aunque no solamente por temor a la amenaza del mayor o porque no hubiera tenido motivos, sino porque semejante hecho no conducía en realidad a nada. Esto lo comprendía cualquiera por muy pequeño que fuera. Tal vez por ello fue por lo que nunca llegó a darse un caso serio sobre este particular. Lo que yo había hecho fue más que nada un atrevido desvarío que apenas tenía sentido. ¿Adónde se iba ir uno sin ningún sustento provisional ni familiares a quien acudir? El escaparse de allí era por lo tanto algo tan inútil que no merecía la pena ni pensarlo. Por otra parte además la vida en el orfanato iba tomando entonces para mí un mayor aliciente, lo que no dejaba de ser un pequeño desahogo ante toda esclavitud y el continuo atropellamiento de los mayores. Esto no se debía a otra cosa más que al hecho de pertenecer a la banda de música. Al hacer sonar ya un poco el instrumento, salía con esta a todos sus desplazamientos. Aunque más bien de bulto, iba a los toros, a las

procesiones de Semana Santa, a algún que otro festejo de carácter particular y a las fiestas de un gran número de pueblos de la provincia. Las mejores salidas eran sin lugar a dudas las que hacíamos a estos pueblos, donde en algunos permanecíamos hasta tres días. A cada uno de la banda, o «músico», como decían en dichos pueblos, nos alojaban en una casa en la que nos daban de comer y dormir como si perteneciéramos a la familia. En todas partes éramos acogidos sorprendentemente, y aunque sus habitantes eran en su mayoría pobres trabajadores del campo que no podían ofrecernos mucha comodidad, se desvivían por nosotros. Para aquella humilde y noble gente no éramos además los conocidísimos chicos del «hospicio», como todavía seguían llamándonos en muchas partes, (por razones de que el Hogar Provincial había sido anteriormente un hospicio o inclusa), sino la banda de música de Ciudad Real. Allí en los pueblos en fin, era diferente, y nos gustaba ir tanto por esto último como porque comíamos más y mejor y porque disfrutábamos de una gran libertad de movernos como quisiéramos. También es verdad que había momentos en algunos de ellos que no eran tan agradables, sobre todo en lo relacionado con el modo temperamental y en tanto salvaje, de celebrar sus fiestas y honrar al patrón, así como los festejos de toros y los lanzamientos de cohetes en procesiones y romerías. En Fernancaballero, el pueblo de don Carlos Cullares, el interventor del orfanato, esto era algo horrible de verdad. La mayor atracción de sus fiestas no era ya la festividad de San Agustín o el pasearlo por las calles, sino la gran traca que seguía a la procesión del santo. Nada más terminar el itinerario, y cuando la comitiva se reunía en la plaza de la iglesia para lanzar los "Viva San Agustín", ya estaban alrededor de la misma un montón de hombres, armados con sendos manojos de cohetes. A la irrupción del himno nacional comenzaba a llover un inmenso torrencial de artefactos. Algunos, los menos, iban a parar a los cielos, donde reventaban y dejaban ver sus fuegos. El resto en cambio eran lanzados oblicuamente en dirección a la imagen del santo y por encima de las cabezas de la gente, con la intención de provocar cierto pánico y pasar así un rato de distracción. Ante el miedo que teníamos nosotros, los de la banda de música, de ser alcanzados por los explosivos que cruzaban y estallaban a nuestro

alrededor, dejábamos de tocar moviéndonos de un lado para otro buscando protección. A ello respondía Raimundo, el maestro de la banda, quien dirigía, con no menos miedo que nosotros: ¡Seguir tocando!, ¡Seguir tocando!, y malhumorado, miraba de reojo hacia la gente que disparaba los cohetes y añadía: estos salvajes...

«El peligro que entrañaba esta forma de celebrar las fiestas, realmente salvaje, lo comprobamos cierto año en Picón. En este pueblo, el tirar cohetes, podía calificarse más bien de juerga sarcástica que de fiesta religiosa. Durante el pequeño itinerario de la procesión que daba por finalizadas sus fiestas, había quienes conscientemente tiraban cohetes a la multitud, divirtiéndose saturadamente con el pánico que ello provocaba. Sería al año, cuando al volver de nuevo para sus fiestas, pudimos enterarnos de que a una niña de doce años le hubieron de cortar una pierna a consecuencia de ello».

Otro hecho no menos salvaje sucedía también en Fernancaballero en la víspera de San Agustín cuando soltaban uno o dos toros bravos donados por la ganadería de "Victor y Marín" para sus fiestas. Salvo los cuatro capotazos que daban algunos aficionados, venidos de fuera, lo que allí se hacía con el animal no tenía nada que ver con el arte y la gracia de torear. Una vez que se acababa la bufonada acorralaban al toro en un espacio pequeño y sin salida. A continuación, y desde dos carros colocados en posiciones opuestas, cazaban con sendos lazos la cabeza del animal hasta engancharlo y amarrarlo a uno de ellos. Después, varios hombres, desde lo alto de este último carro, descargaban furiosamente sus cuchillos una y otra vez sobre su lomo, terminando así por descabellarlo.

Para nosotros, los músicos del Hogar Provincial, este tipo de festejos con los toros resultaba a la vez un gran aburrimiento por el hecho de estar de servicio tocando pasodobles. Lo que sí nos gustaba a nosotros dentro del tiempo de servicio era tocar el concierto por las tardes en la plaza del ayuntamiento o en el parque, y más que nada, la diana. El primero, porque éramos admirados por la mucha gente que se acoplaba a nuestro alrededor y nos escuchaba, entre ella muchas chavalillas; y el segundo, porque nos obsequiaban con dulces y galletas, y a veces, también a los pequeños, con

una copita de anís. Fuera de servicio sin embargo nos gustaba todo y en particular las salidas que hacíamos a los campos, a veces en burro, invitados por nuestro patrón, como a pié, por decisión propia. Nos encantaba andar entre los sembrados; recorrer las acequias que llevaban las aguas para el riego; sentarnos a las sombras de los árboles frutales, y divisar la inmensa y extensión de campos y montes que se abría al horizonte. Y con cierta resignación y arrepentimiento he de decir también que en más de una ocasión abusamos de esta libertad y confianza e hicimos deterioros en algún que otro huerto. Luego estaban los bailes y berbenas al aire libre en los que nos mezclábamos con la gente del pueblo sin que nos sintiéramos extraños. También eran algo especial los paseos que dábamos por la noche de un sitio a otro del pueblo, ya haciendo tiempo hasta la hora de acostarnos, como andando tras las zagalejas; el cine de verano, al que en todo lugar que lo había entrábamos sin pagar; el bañarse en las albercas cuando hacía mucho calor, y un número interminable de cosas más. Hasta la despedida nos resultaba agradable a pesar de ser amarga. Aparte de que siempre iban a despedirnos, a casi todos nos obsequiaban con galletas y dulces, bocadillos para el viaje o cualquier otra cosa de comer, en cuantiosa abundancia. Esta costumbre era tan habitual en todos los pueblos, que cuando se aproximaba la época de ir a ellos procurábamos hacernos con una talega en la que meter lo que nos daban, confeccionada por nosotros mismos con tela de sábanas viejas que pedíamos a las monjas. Lo que no podíamos meter en ella sin embargo y que nos daban con mucha frecuencia, era el típico melón. Llegado el tiempo en que ya estaban maduros, raro era el viaje que no trajéramos algunos. Un caso muy especial sobre este particular nos sucedió en Llanos del Caudillo, el cual no puedo dejar en olvido. En éste pueblo, cuya inauguración se llevó a cabo por dicha época, estuvimos tres días en una única ocasión, sin duda de los más felices de los pasados en los pueblos. Lo más divertido fue precisamente la despedida y el viaje de vuelta en camión. Cada uno de nosotros llevábamos bien agarrados un melón que nos habían dado antes de salir y algunos hasta dos. También había quien llevaba una sandía. Al rato de dejar el pueblo el camión se detuvo en un punto de la carretera por cuyos laterales discurría

un inmenso mar de viñas. Sin bajar de la cabina gritó a continuación el conductor:

–¡Los que quieran coger unas pocas uvas que salten abajo!

Esto no fue una invitación a robar, sino una invitación para que probáramos la rica uva de la comarca, refrescada por el rocío de la noche, oportunidad de pocas ocasiones.

Cinco o seis de los más mayores bajaron inmediatamente del camión y fueron a cortar racimos a la parte alumbrada por los focos del camión. La noche estaba serena, completamente oscura, y las estrellas irradiaban desde el cielo sin una nube que las ocultara.

Poco después, una vez reanudado el viaje, le dió a algunos de los mayores por sacar navajas y abrir melones, no dejando uno entero. La caja del camión se convirtió en un auténtico hervidero. En ella se formó un caldo resbaladizo producido por el líquido de las uvas y de los melones, que hizo de su piso una especie de pista de patinaje. A pesar de que el proceder de los mayores no les agradó a muchos, al final pasamos una juerga mayúscula.

Toda esta gran felicidad que vivíamos en los pueblos hubiera sido sin embargo mucho más completa de no venir con nosotros en la banda algunos mayores de los que solían abusar de los pequeños. Aunque en ellos no tenían tanta posibilidad de ejercer la tiranía, a veces llegaban también a practicarla, sobre todo en los pueblos muy chicos que no había ninguna distracción, y ello durante las horas de tiempo libre. De estos pueblos había muchos entre los que íbamos a tocar, como era Villar del Pozo, que más que un pueblo era un cortijucho. Tenía cuatro calles bien contadas, una iglesia y el abrebadero. La segunda vez que viajé yo a él lo hicimos en tren hasta la estación de Poblete, otro cortijucho, y de aquí al pueblezucho en unos carros de mulas. Nada más llegar saltamos de los carros y fuimos tocando hasta el centro. De allí nos dirigimos a la iglesia, donde poco después, unos cuantos acompañamos con los instrumentos la Misa Coral de Pio X. A continuación tocamos un concierto en el centro el pueblo, y tras terminar, se nos dió el habitual alojamiento en la casas, esta vez exclusivamente para comer.

Después de comer nos fuimos reuniendo ante la casa municipal o lo que llamaban el ayuntamiento, que constaba de dos locales, uno un poco grande y otro más pequeño, lugar donde guardábamos los instrumentos de música. Por aquellas horas todo el mundo descansaba la siesta y solo nosotros, los músicos, y algunos zagales del pueblo, andábamos por la calle. Cuando apareció Olegario Navas "el Trápala", uno de los mayores a quienes les gustaba con delirio atormentar a los pequeños, hechó una mirada a todos y cada uno de los que nos encontrábamos allí y pasó al citado cuarto donde se hallaban los instrumentos. Sin vacilar ni un segundo comenzamos unos cuantos a marcharnos de allí, dirigiéndonos hacia la parte de la iglesia. Esto lo hicimos instintiva y precavidamente, y cada uno por nuestra cuenta, por temor a una posible tentativa del villano proceder de Olegario y porque su presencia nos resultaba más que insoportable. Este engreído era de los que en el orfanato abusaban ensañadamente de unos y otros, ahora que los más mayores iban desapareciendo poco a poco. Pertenece a los que anteriormente, cuando no levantaba dos palmos del suelo, tenían un miedo espantoso a los viejos mayores. Ahora en cambio, y a pesar de que seguía siendo miedoso, o mejor dicho, cobarde, empleaba con saña su poder contra los más endebles y pequeños.

Y según habíamos supuesto, a Olegario le dió por una de sus macabrosas ideas. Al rato mandó llamar a unos cuantos por medio de recaderos para matar el aburrimiento y pasarlo algo entretenido. Uno de aquellos recaderos se acercó al lejano abrebadero, donde nos habíamos juntado unos cuantos. Al estar junto a nosotros se dirigió a mí, diciéndome de forma clara que todos le oyeron:

–Domingo, ha dicho Olegario que vayas al ayuntamiento y te presentes a él.

Este aire marcial y autoritario con que hacían llamar a uno no había perdido todavía vigencia y seguía imperando en el modo de actuar de algunos de aquellos insensatos, como Olegario, quien con semejante proceder debería sentirse como un verdadero general.

En aquella situación sin embargo me hubiera sido mucho más fácil que en el orfanato no obedecer la presumida orden del idiota de Olegario y haber

burlado su impertinencia, pero ello hubiera sido un desafío a su engreído poder, que me habría costado caro. Así fue que me dirigí al citado ayuntamiento.

Ya en la plaza, a unos cincuenta metros del lugar, se escuchaba el sonido de un saxofón tenor que entonaba deficientemente las notas de la marcha "Evocación", por lo que pude imaginarme la clase de barbaridad que estaba llevando a cabo Olegario. Inmediatamente se apoderó de mí esa fuerte sensación de temor que en tales ocasiones tanto me embargaba, y junto con ella, la ilusión de que Raimundo, el maestro de la banda, anduviera por allí cerca y se percatara de lo que pasaba.

Cuando llegué allí, un par de chavales que estaban sentados en los escalones de la entrada, se me quedaron mirando curiosamente. Subí arriba, y tras detenerme un instante en el vestíbulo, empujé la puerta donde se encontraban Olegario y los otros, la cual se hallaba algo entornada.

–¡Ah..., ya está este aquí! –exclamó Olegario lleno de satisfacción al verme entrar. Y como si tratara de buscar una pretexto con el que dar inicio a su plan, añadió: ¿Es que tú no sabes pedir permiso cuando entras en un sitio?

Yo no contesté, estaba acostumbrado a sus villanerías y sabía de sobra lo que iba a ocurrir.

–¡Ven aquí! –me ordenó. Y alzando la maza del bombo que tenía preparada en una mano, me dió un par de golpes con ella en la cabeza.

–Anda, sal, y vuelve a entrar otra vez –me mandó de nuevo.

–¿Se puede?

–Si si, pasa.

Los que estaban dentro de aquel recinto daban la impresión de asistir en aquellos momentos a un juicio, formando todos ellos un círculo en derredor a la mesa donde se encontraba Olegario, que parecía ser el juez. Junto a él se hallaban Gonzalo Arias y Fermín Estévez, recostados de tal forma sobre la plataforma de la mesa, que parecían apoyar la acción de Olegario.

–Coge tu bombardino y toca "El Gato Montés" –me ordenó a continuación Olegario.

Como quiera que desde el principio lo hice bastante bien y pensara que lo sabía interpretar así hasta el final por ser uno de los pasodobles más conocidos y de los que más practicábamos, me interrumpió de forma brusca empujándome con la maza del bombo y mandándome tocar "Evocación".

Al comenzar esta otra pieza lo hice con toda rabia y soplando tan fuertemente en el instrumento, que me interrumpió de nuevo dándome golpes.

–che che che... no tan alto, que no tienen que oírte por ahí. –Venga, empieza otra vez desde el principio.

Al detenerme unos momentos después de haber comenzado a tocar de nuevo la citada marcha, volvió a golpearme de improviso repetidas veces con la maza del bombo en la cabeza, al tiempo que me voceaba:

–¡Vamos, sigue!

–Es que llevo varios compases de espera –le contesté irridadísimo y de mala gana, anteponiendo el brazo para esquivar los golpes que llovían sobre mi cráneo.

–¡Atiza que tío más farruco éste! –exclamó entonces Olegario en un tono muy bravucón, mientras se abalanzaba hacia mí dándome golpes con la maza y puntapiés en todas partes.

Casi todos los que se encontraban allí presentes acompañaban la acción de Olegario con risas sarcásticas o simples sonrisas, como si aquello que presenciaban fuera algo gracioso de verdad. En muchos de ellos se notaba sin embargo que tal postura era fingida por temor a mostrarse contrarios ante el tirano de Olegario y a lo que él hacía. Esto era una de las cosas que más me irritaban en circunstancias como aquella: la falsa conducta, ocultando los verdaderos sentimientos en una cobarde actitud. Esta era una manera muy peculiar de ser de muchos compañeros, que por temor a los mayores, buscaban con tal comportamiento una situación libre de perjuicios y represalias.

Mi tormento de aquel día en Villar del Pozo no acabó por desgracia tan pronto, pues a la hora de retornar a casa, volvió a emprenderla de nuevo contra mí el citado mayor. El viaje no lo hicimos en autobús como hubiera sido nuestro deseo. No tuvimos ni siquiera a nuestra disposición, como a la

llegada, los carros de mulas que nos llevaran hasta la lejana estación de ferrocarril y hubimos de hacer el recorrido a pié, en una noche en la que nos sorprendió una tormenta.

En plena lluvia, y empapado totalmente de agua, se me acercó Olegario, que entregándome su maleta con el saxofón tenor, me ordenó llevársela hasta la citada estación, la que aún se encontraba a varios kilómetros de distancia. Mi desdicha se debió a que el maestro de la banda de música me descubrió en aquella penosa situación, cargando con mi instrumento más el de Olegario, quien reprendió a este por ello haciéndole coger su instrumento. Más que el hecho en sí, que era justo, debió enojarle el que unos cuantos hubiéramos sido testigos de lo inútil que era su autoridad ante la potestad de Raimundo, el maestro de la banda. Por ello, cuando llegamos al orfanato se presentó en mi cama a la hora de acostarnos, y sin advertirme ni darme explicaciones, me sacudió un montón de tortazos, puñetazos y puntapiés, entre otros golpes más.

«Cuando por fin marchó a su cama, fui presa una vez más de una tremenda depresión que afligía enormemente mi alma. Entre lloros y jadeos, y chorreando sangre por la nariz y el labio inferior, maldecía a aquel indeseable cerdo, tramando contra él toda clase de maleficios, e implorando como siempre el deseo de poderme vengar alguna vez de todos sus maltratamientos. Como en tantas ocasiones, me sentía asqueado de la penosa vida que llevábamos en aquel indigno Hogar Provincial, y de todo lo que nos rodeaba».

En esto de maltratar a los pequeños al insensato de Olegario le ocurría como a muchos otros matones que habían desfilado por el Hogar Provincial, que contra más ignorantes e imbéciles eran, mayor era la obsesión en ellos de hacerses valer por tales métodos. Este mayor era además tan cobarde que siempre escogía las mismas víctimas para sus atropellos y escalabrosas manías, que no éramos otros que los que por una razón o por otra, no le caíamos en gracia. Contra mí particularmente cometió tantos y tantos atropellos, que me resultaría casi imposible contarlos. Uno de los más horrorosos ocurrió cuando yo ya era algo mayorcito, aunque no lo suficiente como para poder defenderme ante él, y cuyo recuerdo me ha venido

produciendo hasta hace poco tiempo, un inmenso encono y desdén. En tal ocasión me hizo llamar después de comer a una de las galerías de la obra, hora en que algunos mayores solían ir allí a fumar y a pasar un rato entre ellos.

Al dirigirme allí, mientras recorría los cuarenta o cincuenta metros de patio, iba experimentando una vez más esa sensación de temor que tanto me agobiaba. La entrada a la obra por aquella parte tenía acceso a través de una amplia escalinata y tres ventanales arqueados, todos ellos con sus persianas estropeadas, los cuales daban directamente a una inmensa sala con dos columnas de hormigón en su interior. A cada uno de los lados, partiendo de la sala, se deslizaba una galería, la primera con comunicaciones a ambos lados y la otra completamente cerrada como un túnel sin salida. Esta galería, así como la que daba al lado opuesto, y la gran estancia, eran los únicos lugares de toda la obra en donde el suelo estaba embaldosado, junto con sus respectivas habitaciones. Toda esta parte tenía también las paredes enyesadas y en algunos departamentos funcionaba incluso la luz eléctrica. La habían preparado provisionalmente en vistas de que en la casa vieja había a veces dependencias que por ciertas causas se hacían inhabitables. En sus locales llegaron a estar emplazadas la peluquería, varias escuelas, la alpargatería, la carpintería y los wáteres. También de lugar de reposo, sirvió durante algunos veranos una de las galerías, adonde teníamos que ir después de comer para librarnos del sol y hecharnos la siesta, si es que así se podía llamar a semejante forma de descansar. Debíamos tumbarnos en el suelo frío de las baldosas, lleno de polvo y piedrecillas, o bien sentarnos, según le apeteciera al mayor o mayores que estuvieran mandando. Esto parecía ser una orden exclusiva de las monjas, que no permitían que a tales horas nos acostáramos en la cama. Tiempo después esta costumbre de la siesta desapareció, y la galería pasó a ser un lugar abandonado, en donde jugábamos y corríamos y donde los mayores se juntaban para pasar un rato y para practicar sus más que conocidas malvadas ideas. En aquel lugar se vivieron las peores y más horribles atrocidades conocidas en el Hogar provincial, solamente por el hecho de que aquellos cernícalos se sentían aburridos y querían pasar el

rato. Recuerdo muy bien que algunos de los pequeños nos prestábamos voluntarios para ir a trabajar a las guarreras, en donde solíamos permanecer hasta las cinco de la tarde, hora que comenzaba la clase de música, y a veces más. o bien, a la alpargatería, el taller más repudiado por todos, librándonos de esta forma de los maltratamientos de los mayores.

Cuando en dicha ocasión llegué a la citada galería me encontré con Ricardo Marín, otro compañero casi de mi edad, que salía hacia afuera todo angustiado y medio llorando. Su aspecto me hizo comprender que Olegario estaba practicando una vez más una de sus sádicas y villanas ideas. Desde la entrada pude ver a un grupo de mayores apostados al fondo de la galería, débilmente iluminados por la luz de una ventana. Estaban charlando, y del chismorreo de sus voces destacaba la de Olegario que decía en un tono bajo:

–Ya vereis como éste si lo hace.

Y nada más estar yo allí se enfrentó a mí, preparando como siempre la indispensable justificación para su malvado plan.

–¿Qué pasa, es que tú no sabes venir más rápido cuando te llaman? –me dijo muy serio y exponiendo autoridad en sus palabras.

Yo no contesté. El temor a que me golpeará se apoderó de mí como en otras muchas ocasiones no dejándome ni hablar.

–Este es un tonto –replicó entonces Olegario, dándome un empujón y mirando de medio lado a los demás.

Los mayores allí reunidos, sentados en el suelo sobre unas mantas viejas, seguían atentos lo que ocurría, unos de manera excéptica y otros con cierta chispa de alegría en los ojos, como si lo que hacía Olegario les proporcionara alguna distracción. Dos de ellos acababan de encender un cigarrillo del paquete de Celtas que tenían allí delante sobre la manta y hechaban con cierta presunción el humo hacia lo alto.

–¿Así que tú, eres el que te has chivado a Nicasio de que nosotros fumamos, no es eso?

–Esta acusación tan absurda e inesperada de Olegario debió ser sin lugar a dudas una improvisación para poder justificar mejor –quizás también ante los que estaban allí presentes- su macabrosa idea de maltratarme.

Completamente sorprendido le miré indiferentemente y de soslayo, dando a entender que tal afirmación, como el que fumaran o no fumaran, era algo que me tenía a mí sin cuidado.

–¡Y éste...!, –gruñó Olegario a continuación, todo encoraginado y haciendo ademán de querer golpearme.

Por espacio de unos segundos permaneció en silencio e indeciso, y tras haber girado el cuerpo hacia donde estaban sentados los demás mayores, se dirigió de nuevo hacia mí.

–¡Ahora, vas a restregar la lengua por esa baldosa, y hasta que no la dejes limpia, no te vas de aquí! –exclamó por último el animal de Olegario, señalando con el pie una de ellas, que en contraste con las demás, parecía haber sido manchada adrede y hechada tierra encima.

Por unos momentos, y pese a esta barbaridad de Olegario, sentí un pequeño alivio, pues el hecho de que entre aquellos mayores se encontraran también Sergio Aranda y Félix del castillo, y que antes de mí hubieran llamado a Ricardo Marín, me hizo pensar que el motivo por el que me hubo llamado Olegario había sido otro, tal vez mucho más obscuro.

–¡Venga, venga, limpia esa baldosa! –me ordenó de nuevo Olegario, al ver que me quedaba pensativo y sin reaccionar.

Consternadamente y lleno de pavor paseé mi mirada uno por uno entre los siete u ocho mayores allí presentes, tratando de hallar en ellos algo de conmiseración. Pensaba que bastaba la imploración de uno solo de ellos para que Olegario me dejara en paz. Nadie llegó a mover sin embargo un dedo en mi favor, tal vez por no incomodarse con Olegario.

–¡Venga, vamos, empieza ya a limpiar la baldosa! –me ordenó una vez más el cerdo de Olegario, pegándome un puntapié en el trasero.

Lentamente me coloqué de rodillas agachando la cabeza hasta una cuarta del suelo...

–¡Vamos hombre, que te voy a sacudir un puñetazo en las costillas, empieza ya! –seguía voceando el bestia de Olegario.

Sacando la lengua la rocé ligeramente por el suelo, notando al instante un estremecimiento angustioso que me hizo tiritar.

–Venga, venga!

Sin prestar la menor atención al indeseable de Olegario pasé la lengua varias veces por una de las mangas del babero, quitándole el polvo que había cogido del suelo. Entonces, una fulminante sensación de ira envolvió todo mi ser. Los nervios se apoderaron de tal manera de mí, que por instantes fui presa de un incontrolable histerismo y el miedo desapareció por completo de mí. En aquellos momentos me hubiera gustado tener la fuerza de un terrible monstruo para despedazar con mis manos a aquel cerdo asqueroso. Decididamente y sin reparo alguno, escupí en el suelo, casi junto a sus pies, dirigiéndole una mirada cargada de rencor y desprecio, y demostrándole el inmenso odio que sentía hacia él.

–¡Anda este, conmigo no te pongas así, que te parto la boca ahora mismo!
–exclamó entonces Olegario, completamente enojado por la decepción que se llevaba, dándome un tortazo en la mandíbula izquierda.

–Hala, vete de aquí, si no quieres que te sacuda una paliza –añadió al final, dándome con la planta del pié un patadón en la espalda.

Cuando salí de aquel lugar llevaba un enojo incontenible. No solo iba maldiciendo a Olegario y a los mayores que quedaban con él, sino que aborrecía también aquella cochombrosa galería donde tantas veces nos hacían sufrir los mayores, ya mediante los temidos combates de boxeo que organizaban con nosotros, como con los sádicos atropellos como el de esta última ocasión. Una vez más, y como siempre que me veía de esta forma abrumado, busqué la soledad donde llorar mis penas y amarguras. Por espacio de un largo rato estuve sumergido en una tremenda depresión que abatió por completo mi ánimo. También me acordé de mi madre, y sentí lo deplorable que era el no poder abandonar el orfanato e irme con ella. Al final, mi odio y mi irascible afección se desfogaron contra todo aquello que me hacía tan infeliz, como era la atrocidad de los mayores, el hambre que pasábamos, la horrible sed, la reclusión a que estábamos sometidos, el abandono en que nos tenían y el maldito verano que vivíamos en aquella casa.

Y la verdad era que todo esto, e incluso el verano, que era cuando más padecíamos bajo la atrocidad de los mayores, hacía ya tiempo que lo odiaba realmente. Aparte del proceder de los mayores, este odio se debía también a

que dicha época era la más penosa del año en el internado. Los días de lluvia y de frío no podían compararse en sufrimiento a los largos días de horrible calor. No solo ya el calor en sí, sino mucho más las derivaciones que este traía consigo y las diferentes normas que se aplicaban por tal razón, siempre de esa manera tan peculiar y conocida, como era el desorden y la mala organización, hicieron de este tiempo un verdadero infierno. La situación no había cambiado nada en relación con años anteriores. Al igual que en el pasado, la escasez de agua en verano seguía siendo alarmante, pero nadie sin embargo hubo hecho algo por remediar las dificultades. Nuestra necesidad por motivos de la escasez de agua, sobre todo la de beber, era como entonces insoportable. No digamos nada de lo que la escasez de agua afectaba en verano a la limpieza y al aseo personal, y que ya he referido al tratar este tema. Cual no sería, que había un montón de sarna y constantemente se andaba cortando el pelo por los piojos. Este bárbaro proceder, aunque también necesario, pasó a convertirse con el tiempo en un vulgar y rutinario castigo. A veces hasta se simulaba haber encontrado tales bichos en el cabello de algún compañero para que las monjas o los mayores lo mandaran a rapar la cabeza. Incluso por cualquier cosa sin importancia que uno hiciera, le imponían de sanción el corte de pelo al cero, de la misma forma que lo llevaban los militares y los presos. Yo, no recuerdo bien el número de veces que por una u otra razón me lo llegaron a cortar así, pero fueron varias.

Aparte de estas calamidades el verano era también la época de la eterna ociosidad y el aburrimiento. Esto mejor dicho, era algo propio de todo tiempo, aunque de manera especial del verano. Al ser los días más largos y no tener ninguna ocupación con que pasar el tiempo, matábamos las horas dando vueltas de un sitio a otro por el patio, mirando la manera de hallar donde entretenernos. La situación era en tanto más desesperante cuando ya estábamos hartos de nuestros juegos y no disponíamos de ningún otro medio de distracción o de una pelota de goma con la que jugar al fútbol. Para nosotros los pequeños esta racha de exasperada inactividad comenzaba a raíz del largo cierre de la escuela, que al igual que en la casa cuna, al principio lo deseábamos y luego nos arrepentíamos de él. Los

mayores contaban al menos con los talleres, que aunque a veces no estuvieran muy apretados de trabajo, continuaban el ritmo de siempre. Ellos además tenían una gran libertad de emprender cualquier asunto para no aburrirse, como era el salir a la calle cuando les placía. Aún así, la situación era también para ellos bastante hastiada, causa muchas veces de sus malvadas ideas y del villano comportamiento contra los pequeños.

También los que éramos músicos contábamos con más ocupación al seguir acudiendo a la academia en la misma forma que el resto del año. Los demás vivían en cambio en un día de fiesta sin fin. Después de levantarse de la cama y tras desayunar, se tiraban todo el día en el patio, sin otro quehacer que el de esperar a que llegara la hora de la comida. Por las tardes constaba el mismo plan. Tanto estos últimos como los que asistíamos a la música, pasábamos el tiempo libre como mejor podíamos, haciendo a veces tonterías y travesuras. Junto con los juegos de siempre podía vérsenos a todas horas, mayormente por las tardes cuando el mandón y los demás mayores se encontraban en los talleres, en un tremendo ajeteo tan diverso como indisciplinado. A un mismo tiempo y por grupos, nos colgábamos de las vigas del depósito de agua; trepábamos las tapias que lindaban con nuestro patio; nos metíamos en la obra; andábamos vagueando por el jardín; nos subíamos a los árboles de la casa cuna para coger «pan y queso», y merodeábamos por las cercanías de la cocina y demás lugares, entre mil cosas más. Y los que no estaban presentes en este desordenado ambiente era porque andaban perdidos en cualquier sitio o porque habían salido sin permiso alguno a la calle. Esto último era solo corriente entre unos cuantos internados, tanto por dejar un rato el orfanato y dar una vuelta por la ciudad, como por darse un baño en las albercas de los alrededores, o por atracar incluso a los tractores y camiones que venían cargados de uvas a la báscula municipal, hechos, entre otros más, que habían cogido cierto hábito en los últimos años y que tanto podrían ser atribuidos a la necesidad como al aburrimiento. Todo esto no quería decir tampoco sin embargo que la situación en las horas de ocio fuera siempre así. Aunque no con la asiduidad que hubiéramos deseado, había también ocasiones de alegría y divertimento, fruto precisamente del mismo

aburrimiento, y de la creatividad de algunos chicos de inventar o improvisar algún pasatiempo. Entre otras muchas cosas recuerdo cierto día que unos cuantos mayores tuvieron la idea de construir una torreta y que al final se convirtió en un columpio. Para ello clavaron dos postes bastante altos en el suelo, y unidos a estos en la parte de arriba, ajustaron un travesaño, sobre el cual montaron dos vigas giratorias que a sus extremos sostenían por cada lado un cajón de esos de embalar la fruta, haciendo de acomodamientos. Todos estos apaños, tanto ya para el citado columpio, como para algunas cosas más que allí se hacían, eran cogidos del material viejo que la carpintería iba acumulando en nuestro patio, a veces tablones bien grandes que de vez en cuando eran llevados, según decían, a la carpintería del manicomio o a cualquier otra parte.

Cuando terminaron aquel artefacto pusieron su capacidad inmediatamente a prueba. Mientras Inocencio, uno de los mayores, se acomodaba en uno de los cajones, otros explicaban a los demás que nadie subiría al columpio, que el que quisiera hacerlo tendría que pagar una perra gorda por cada dos vueltas. Esto hizo verdadera gracia porque quienes lo anunciaban lo hacían con toda seriedad como si allí tuviéramos en realidad algún dinero.

Con cuerdas y palos largos comenzaron a tirar después de las vigas de madera por la parte de arriba, elevando a Inocencio desde el suelo hasta el punto más alto del columpio, que alcanzaría unos tres metros y medio aproximadamente. Una vez arriba, prorrumpimos todos en un emocionante y agitado aplauso. En aquel preciso momento, y mientras otro mayor se disponía a tomar asiento en la parte opuesta, las maderas empezaron a crujiir bajo el peso de Inocencio, descomponiéndose una por una hasta deformarse el cajón entero.

Un gran alboroto de risas e incesantes carcajadas emanó a continuación de todos los que estábamos allí cuando vimos a Inocencio colgado en una aparatosa postura y pidiendo que lo bajaran de aquellas alturas.

Otras veces éramos los medianos y pequeños quienes organizábamos tales pasatiempos, como eran por ejemplo las procesiones, mayormente por tiempos de Semana Santa, que de tan buena forma sabíamos imitar. Con una plataforma hecha de tablas y dos maderos largos se construía la

carroza, que se adornaba con piedras y un poco de hierba. En el centro se colocaba una cruz más o menos estable en la que se ataba casi en cueros al voluntario que hacía de crucificado, que casi siempre era Quintín, “el Botones”, un muchacho muy alegre, que cuando llegaba el caso también sabía ponerse muy serio. Una vez ataviado este, pintado con carbón mineral y con la corona de ramas de árboles colocada sobre la cabeza, se elevaba a hombros. Los demás, con latas unos, y palos otros, marchábamos delante imitando a la banda de cornetas y tambores. Lo hacíamos con tanta originalidad, que las personas que nos veían observaban embobadas.

Lo más gracioso de aquellas procesiones era sin embargo cuando alguno de los que llevaban la carga tropezaba, o bien cuando uno de los que siempre iban de pitorreo empujaba a estos intencionadamente, lo que ocasionaba a veces la caída del santo al suelo y una tremenda pelea.

No menos divertidas resultaban tampoco las atracciones que se llevaban a cabo en la especie de chabola que muchas veces construíamos con cuatro tablas y alguna manta o sábana vieja que hacía de telón. Aquí, se ponía de manifiesto el humor de algunos muchachos la mar de simpáticos, que con sus chistes y anécdotas nos hacían pasar un rato agradable. A veces salían algunos que narraban historietas de cuando vivían en su casa, antes de ingresar en el Hogar provincial, como Paulino Lamas "el Cabrero", que había sido pastor y nos contaba aventuras de ovejas y lobos. Ello era más que nada un simple simulacro de teatro, en el que se exhibían gran cantidad de ocurrencias. A dos metros, resguardando el gracioso escenario, se señalaba con piedras un semicírculo y a continuación nos sentábamos en varias hileras de pequeños a mayores, permaneciendo algunos en pié.

De todo lo que allí presenciábamos, el momento más interesante, que alarmaba por así decirlo a los del gallinero, llegaba cuando hacía su aparición la «vedette», que no era más que un chavalín, que habiéndose desprovisto de los pantalones, y a veces también de su ropa interior, cubría su parte baja del cuerpo con dos baberos bien cruzados en forma de falda. Por medio de vueltas giratorias alzaba después los baberos al vuelo, dejando al descubierto por décimas de segundo sus intimidades y sus muslos, ocasionando con ello que varios mayores, más que nada por

cachondeo, se tiraran a él como si de una mujer se tratara. Dado que esta clase de actuación era voluntaria, había veces que se exigía para ello la aparición en el escenario de uno u otro muchacho, coreándose en voz alta: ¡Que salga fulano!, ¡Que salga fulano!, lo que ocasionaba la vergüenza y el sonrojamiento de los nombrados.

Y junto con estas diversiones de tipo especial, otra cosa con la que también pasábamos el tiempo de buena gana eran las abundantes y animadas charlas. Esto no se debía solamente a que las conversaciones que se llevaban allí a cabo fueran en realidad muy entretenidas, sino a que tanto en un sitio como en otro no nos estaba permitido hablar. Si era en la iglesia, porque a ella si iba a rezar y se había de guardar silencio. En el comedor tampoco nos estaba permitido decir una palabra, cosa que nosotros no comprendíamos el por qué. Lo mismo pasaba en el dormitorio y demás lugares en los que se desarrollaba nuestra vida. De tal forma que cuando salíamos al patio aprovechábamos al máximo las horas para departir con unos y otros cuanto se nos antojaba. Muchas veces se formaban hasta corrillos cuando el ambiente de parloteo era muy animado, siendo más concurridos aquellos en los que se contaban las cosas más atrayentes y divertidas.

Las conversaciones de mayor interés se escuchaban sin embargo en los grupos donde había algún chico nuevo de la calle, o bien de mayores, cuyo tema principal era siempre el de las mujeres y la sexualidad. Lo que hablaban no era otra cosa más que ardientes y pujantes deseos de tipo sexual que en la vida reclusa del orfanato no podían realizar. Padeían tanta hambre sexual que lo único que ambicionaban era experimentar de una vez las delicias y placeres que encerraba el acto carnal. Por eso cuando se juntaban varios de ellos hablaban de si fulanita tenía buen cuerpo; de si menganita estaba mucho más buena; de si la mujer que les gustaría tener debería ser así y de la otra manera, y una cantidad incontable de ansiedades sobre el deseo sexual.

Aparte de los sentimientos que cada uno pudiera tener a este respecto la mayor parte de dichos estímulos, tanto en los citados mayores como en los demás, los despertaban sin lugar a dudas las ocho o nueve mozas que

había donde las chicas y las mujeres de maternidad, no siendo nada extraño que algunas monjas, aún sin dar motivos para ello, los suscitaran también; sobre todo aquellas, como alguna hubo, que por su belleza y hermosura bien se podría pensar que más de un hombre se habría llevado una gran desilusión al saber que se metió a monja. Esto último era algo que casi siempre estaba de relieve en las conversaciones que se hacían de ellas. Al igual que se escuchaba en los corrillos los múltiples comentarios sobre el carácter, el mal genio, la bondad, y en consecuencia, la forma de ser de las monjas, también se podía escuchar con bastante facilidad y frecuencia las declaraciones hechas a la belleza de algunas de ellas. Sin llegar a tocar el tema intensamente ni sobrepasarse, por temor tal vez a que tales conversaciones llegaran a ciertos oídos, se debatía sobre la belleza de tal o cual monja, haciéndose referencia a su edad y al motivo por el que quizás se hubiera metido a religiosa; aludiéndose casi siempre las cualidades y posibilidades que aún tenía para casarse si se lo propusiera. El tema era en cambio de un carácter mucho más reservado y penetrante cuando estas conversaciones se llevaban a cabo bajo cuatro ojos. En vez de mencionarse la belleza de la monja, se hacía alusión entonces a la belleza de la mujer envuelta en el hábito, elogiándose de una manera maliciosa y en tanto codiciosa, su hermosura y todas sus dotes sexuales. Quienes llevaban la voz cantante en esto de charlar eran sin embargo los cinco o seis mayores que seguían viviendo allí en el orfanato después de haber cumplido la mili en la marina, o que se encontraban de vacaciones durante la misma. Todos estos, al contrario de los demás, parecían haber superado toda crisis sexual y se comportaban como auténticos expertos en la materia. Contaban todas sus experiencias tenidas en el tiempo que estuvieron fuera, dándoselas de auténticos «don Juanes» ante los demás, y refiriendo con exagerado orgullo sus conquistas amorosas, casi todo ello de falsa realidad.

Aparte de la sexualidad también se hablaba mucho del orfanato y de la vida que imperaba en él, la que según los mismos mayores había empeorado muchísimo desde que pasó la guerra civil, haciéndose más dura y cruel. Quienes hablaban así no se referían tan solo a lo relacionado con la tiranía que se practicaba contra los pequeños, sino con la misma razón al

abandono en que vivíamos, así como a las necesidades y al descontrol que por aquel entonces había en la casa. Esto era además una gran verdad que podía apreciarse en los trabajadores y empleados de la casa que se habían criado allí, quienes a pesar de haber vivido también muy pobremente, obtuvieron una educación y formación mucho más amplia y mejor que la nuestra. Entonces, según testigos de la época, había actividades deportivas, teatro, gimnasia y hasta clases de política. Y durante el tiempo libre se disponía incluso de una sala de recreo, instalada en el local que ahora pertenecía a la academia de música, y que aún yo y muchos de mi edad llegamos a conocer cuando estábamos en la casa cuna. Este local, dotado de gran cantidad de juegos, futbolines y billares, llegó a convertirse después en un departamento del Frente de Juventudes, que en el Hogar Provincial desempeñó ciertas funciones de carácter político-culturales, además de organizar todos los veranos un campamento al que acudía un reducido número de chicos del orfanato.

Estas salidas a los campamentos, que para nosotros podían considerarse como unas vacaciones, era lo único que quedaba ahora de aquella época posterior a la guerra, y ello no por decisión de la casa, sino por mediación única del Frente de Juventudes, que seguía acordándose de nosotros. Recuerdo que todos los años venían unos hombres de dicho lugar para hacer la relación de los que viajarían, y de cómo los pequeños nos apelotonábamos alrededor de ellos con el afán de ser elegidos. Luego marchaban, dejando la lista que habían hecho, para que la entregaran a las monjas. Desde estos mismos momentos los que habían sido alistados se sentían desbordantes de felicidad. A partir de entonces y hasta el día de la marcha, no pensaban en otra cosa más que en el campamento. Algunos, muy interesados y llenos de curiosidad, preguntaban a los que ya habían estado en estos sitios sobre lo que se hacía en ellos. Otros, canturreaban las canciones aprendidas en otras expediciones, y por todas partes, se apreciaba un ambiente de vísperas de viaje. Años antes, cuando yo me encontraba en la casa cuna, solían venir unos instructores de Falange que practicaban desfiles en el patio con los internados y les enseñaban canciones.

Lo peor de todo es que la codiciada lista que hacían los del Frente de Juventudes pasaba a veces por muchas manos antes de llegar a su destino, y si no era el mandón, eran los demás mayores, quienes tachaban a unos y ponían a otros, o se colocaban ellos mismos en sus lugares; o bien Raimundo, el maestro de música, que con el poder y autoridad que se tomaba para hacer lo que le venía en gana, borraba a los que figuraban en la banda de música y ponía a otros cualquiera por ellos. Por eso nadie estaba seguro de ir en la expedición hasta el día de la salida, Ni aún siquiera cuando la lista llegaba a las monjas, que eran las que se encargaban de ordenar y repartir las vestimentas, había completa seguridad. Esta incertidumbre también me tocó a mí vivirla, y más que nada la primera vez que fui elegido para uno de estos viajes. Constantemente veía mi puesto amenazado, tanto por lo dicho, como por las monjas, que al menor hecho insignificante que uno hacía, lo castigaban sin el campamento.

Aquella salida y aquel viaje eran para mí y para muchos de mis compañeros algo de tanto valor y apreciación que me es difícil darle definición por medio de la escritura. El dejar el orfanato y poder ver otros lugares más bonitos y bellos; conocer otra gente diferente a la que estaba siempre con nosotros; divisar los paisajes en su gran variada belleza, y sentirse bajo el sol, las estrellas y la luna, sin fronteras ni murallas que limitaran nuestro margen de libertad, y libres por una temporada de la tiranía de los mayores, era como si nos apartáramos del destino que nos tocó vivir y nos encontráramos en un paraíso: algo así como si viviéramos de verdad en un mundo maravilloso.

Por fin la marcha. Éramos veinte, casi todos pequeños y medianos. Al bajar al patio nos encontramos con dos hombres jóvenes, vestidos de corto como nosotros, con la gorra roja, el pantalón gris y la camisa azul. Aún en aquellos momentos, listos ya para salir, teníamos algunos el presentimiento de podernos quedar en casa., pues aunque parecía extraño, no era la primera vez que después de estar vestidos le hacían a uno desnudarse, aguándole la fiesta. A veces esto llegaba a suceder simplemente al no pasarle a uno las ropas, y por ahorrarse laberintos de quita y pon, escogían a otro que le venían mejor.

Al llegar al Frente de Juventudes formamos con los demás ante la entrada, y tras haberse hecho el recuento, salimos desfilando por las calles con destino a la estación. Según marchábamos íbamos entonando unas canciones que nosotros los del Hogar Provincial apenas cantábamos porque no conocíamos muy bien. También ahora, nos seguía embargando la idea de que por cualquier causa nos pudieran hechar para atrás y excluirnos del viaje. Aún al llegar a la estación persistía dicho temor, aunque ya más bien por propia y exagerada superstición. Lo mismo dentro del tren, pues allí estos tardaban un siglo en salir. Pero una vez que el tren arrancó, una amplia sonrisa escapó de los labios de muchos de nosotros y nuestro ánimo volvió a rehacerse. Al fin, nos sentimos libres, y aunque solo fuera por una corta temporada, abandonábamos la guarida del orfanato.

Hasta el miedo a las palizas y los abusos que cometían los mayores desapareció total y repentinamente de nosotros, a pesar de que en nuestro grupo venían un par de indeseables, infiltrados ya en el hábito de imponerse a los demás y maltratar a los pequeños. A partir de aquel instante no les valdría de nada sin embargo la autoridad y el poder que tenían sobre nosotros.

El viaje, aunque divertido y maravilloso, se hizo algo pesado por la lentitud con que marchaba el tren y por la gran cantidad de paradas que hacía. Fuimos en tercera clase y casi siempre de pie, aunque la categoría de los bogones y la comodidad de los asientos era una cosa que a nosotros no nos tenía en cuenta, que nos gustaba apoyarnos en las ventanillas para contemplar el paisaje exterior.

Málaga, fue el final de aquel largo trayecto, en el que habíamos visto infinidad de lugares que hasta entonces desconocíamos. Después, en un patio adyacente a la estación, subimos a unos autobuses y continuamos el viaje por carretera.

Al llegar a cierto punto, ascendiendo una pequeña montaña, se divisaba el mar. Las aguas, de un color azul espléndido, se esparcían en una interminable extensión, arrastrando hacia las orillas la blanca espuma producida por el choque de las olas.

–¡Mirad, ahí os teneis que meter, y quien no se mete, le empujan adentro!
–exclamó un compañero nuestro que ya había estado de campamento en otra ocasión, intentando asustarnos.

El recuerdo de los aguadillos en el orfanato y el miedo al agua nos vino a algunos a la memoria.

Por fin nos detuvimos en un tramo desértico de la carretera y desde allí desfilamos por un camino empinado hacia el campamento. Este se encontraba instalado en una espaciosa y llana esplanada rodeada de frondosos árboles. En el centro, enclavado en el suelo, se erguía un alto y delgado mástil del que pendían tres cuerdas entrecruzadas. En una de las esquinas había una amplia y hermosa piscina, protegida y adornada con algunas columnas y una vistosa cerca de adoquines. A otro lado, algo oculto entre la arboleda, se hallaba el comedor al aire libre, cubierto con un sencillo techado de madera. Por todas partes había caminos muy bien preparados y señalados con letreros que conducían entre zonas verdes a los diferentes lugares del campamento. Aquel lugar era maravilloso, a unos tres kilómetros de Marbella.

Los días allí los pasábamos atendiendo a las pequeñas y diversas obligaciones que disponía la vida en el campamento. Por las mañanas, nada más levantarnos, debíamos preparar la tienda, haciendo bien los petates y limpiando los alrededores. Arreglados y aseados formábamos después delante de la tienda para pasar revista. Para estos momentos cada una de las treinta y tantas tiendas que componían el campamento debía presentar la «parcela» ante la entrada, una pequeña forma de barro hecha en el suelo que simbolizara algún motivo o hecho histórico. A continuación volvíamos a formar en grandes grupos, y al toque de una corneta, se izaba la bandera española.

Todas las mañanas abandonábamos el campamento por la parte sur cruzando la carretera en camino hacia la playa. A uno de los bordes se alzaba el corte recto de la ladera, formando una enorme muralla de tierra a todo lo largo de la sierra. Al otro lado la prolongación de la pendiente discurría entre terraplenes y hondonadas y por un terreno árido cubierto de matas salvajes y arbustos secos.

Al rebasar la cima de un promontorio la grandiosidad del mar se presentaba a la vista como la más encantadora de las maravillas. A nuestros pies, iluminada por un sol incandescente, se extendía una desértica playa de finísima arena, alargándose por ambos lados hasta perderse de vista en el último punto del alcance visual. Aquello era lo más bonito e impresionante que había visto yo en toda mi vida.

Aquellos momentos de la hora del baño eran para mí sin embargo los peores del día por el simple hecho de tener que meterme en el mar. Cual no sería el miedo que tenía yo entonces al agua, y en consecuencia a meterme en el mar, que a la hora del baño me escondía entre los montículos y matorrales cercanos con el fin de pasar desapercibido y no bañarme. Y mientras permanecía escondido, tiritaba con la idea de que se dieran cuenta y mandaran a buscarme. En realidad no era miedo al agua lo que tenía, sino al bullicio de la gente, y en especial, a los compañeros del Hogar provincial. No podía ver a nadie cerca de mí sin notar una fuerte sensación de temor y sin el presentimiento de que me fueran a hacer algo. Esta reacción, que aún la seguí experimentando muchos años después, era la repercusión de todos aquellos tormentos que los mayores practicaban conmigo en el agua, como también con otros compañeros, en el orfanato. Con ello pasaba como con muchas otras afecciones más que quedaron grabadas en mí intensamente.

El resto del día lo pasábamos practicando gimnasia y juegos, haciendo trabajos manuales, ejercitando actividades deportivas y escuchando charlas. Tanto en una cosa como en otra quienes peor presentación teníamos y peor papel hacíamos éramos los del Hogar Provincial. En el comedor se notaba claramente que no habíamos recibido ni la más mínima instrucción en las reglas de comer con educación y casi continuamente estaban llamándonos la atención otros compañeros que comían junto a nosotros y que no pertenecían a ningún internado. Hasta en el vestir se apreciaba en nosotros una gran desfachatez, esto más que nada por el desordenado reparto de ropas que hubieron hecho las monjas en el orfanato momentos antes de partir. Lo más ridículo de todo sin embargo, era el tipo de bañador que algunos llevábamos, única vestimenta que pertenecía a la casa. Era oscuro y de una tela muy basta, muy similar a esa prenda tan incómoda que

llevaban mucho los niños pequeños y que aún usaban en la casa cuna, llamada "pelele", solamente que no tenía botonera en el pecho, y en vez de mangas, llevaba tirantes. Le daban un gran parecido a los bañadores antiguos de mujeres, pero sin moldeamientos en la parte de los pechos. Eran además tan viejos, que algunos puntos de su tela estaban corridos, divisándose la carne a todo lo largo de los rajones. Aquel pringo me venía a mí tan grande que tuve que hacerle unos nudos abajo entre las piernas y otro en cada tirante a la altura de los hombros para que me quedara más ajustado. Qué facha no presentaría en verdad con aquel dichoso arapo, que me veía obligado a huir ante la idea de fotografiarme. A saber de donde habían sacado las monjas aquellos guiñapos.

Fuera de estas particularidades la vida en el campamento era para nosotros, los del Hogar Provincial, un verdadero paraíso. Tanto bañándonos en el mar –incluyendo mi incomodidad y la de otros compañeros–, como acudiendo por las noches a la alegre tertulia de «Fuego de Campamento»; realizando largas marchas a los alrededores, o cumpliendo incluso cualquier clase de trabajos, vivíamos una felicidad hasta entonces no conocida. Tanta fue esta felicidad, que la despedida se nos hizo en consecuencia mucho más difícil y dolorosa. Las esperanzas de volver otra vez allí en años posteriores nos dió ánimo sin embargo en tales momentos y en el viaje de retorno al Hogar Provincial.

Dicho sueño no llegó en cambio a cumplirse, ya que un año después, y tras una última expedición, los viajes de campamento dejaron de realizarse. Aparte de destruir muchas de nuestras ilusiones, este repentino cese nos llevó a una mayor exclavitud y soledad en el orfanato y acabó con lo más importante para nosotros de aquellas salidas, como era el librarnos por una temporada de la teranía de los mayores.

Esto otro sin embargo, el abuso y maltratamiento de los mayores, había experimentado ya por aquel entonces un pequeño cambio, y ello no porque se hubiera establecido un mejor orden de vida en la casa, sino exclusivamente por la espléndida labor que venía haciendo el señor Rogelio, un nuevo celador que había sido empleado para las tardes. Ahora al menos, y mientras este hombre estaba de servicio, no se veía a ningún mandón

imponerse a los demás, ni a nadie que maltratara a los pequeños. Este otro celador era una bellísima persona, alto y corpulento y de unos cuarenta y cinco años de edad. Tenía un pelo de extraño color pelirrojo, así como un poblado bigote del mismo color, que siempre se lo estaba manuseando. Aunque a primera vista irradiaba una gran seriedad y respeto, poseía un humor extraordinario que no dejaba de manifestar en cada momento que se le presentaba la ocasión. Aparte de ejercer muy bien de celador se preocupaba muchísimo de nosotros, enseñándonos infinidad de cosas y procurando a toda costa que fuéramos felices. Mas que de celador, el papel que hacía era de pedagogo. A mí personalmente me enseñó a contestar la correspondencia de mi madre, ello además con una paciencia y comprensión propias de un auténtico padre. Mi verdadero afecto y simpatía se lo ganó sin embargo cierto día en que yo me encontraba limpiando las paredes de nuestros wáteres. Ello no lo hacía ni mucho menos porque me lo hubiera impuesto algún mayor de castigo, como ocurría en el pasado, sino por mi propia voluntad. Aparte de que sentí un gran ardor por ver limpias aquellas inmundas paredes, cuya visión se me hacía más que abominable, traté de matar con ello mi insoportable aburrimiento. Dichos wáteres estaban instalados en la obra y hacía poco tiempo que los habían construido y dejado en perfectas condiciones para su uso. A no ser por la falta de agua se podía decir que fueron unos wáteres modelo. En cambio ahora, al poco de haber sido estrenados, se encontraban en un estado pésimo, y la escasez de agua empeoraba aún mucho más la situación. Los lavabos estaban algunos sin grifo y otros sin sifón, y a todos, les faltaba el tapón. A las puertas les habían arrancado los manillares y algunas se hallaban encajadas en sus marcos sin poderse abrir. Las cisternas, prácticamente inservibles, solo un par de ellas conservaban parte de las cadenas. Las paredes, alicatadas en sus dos terceras partes con azulejos blancos, presentaban las marcas más asquerosas que nos podamos imaginar de innumerables dedos al haber sido restregados sobre ellos; cosa innecesaria esta última, de haberse tenido papel higiénico, que era allí tan desconocido como moderno. Por último los retretes mostraban un aspecto tan repugnante, que por consideración y respeto, estimo mejor no destacar.

Cuando estuve a punto de terminar aquel trabajo excepcional que me había propuesto, la alta figura del señor Rogelio se plantó bajo el marco de la puerta despistando mi quehacer. Acababa de entrar de servicio y estaba dando su acostumbrada ronda por unos y otros lugares. Su actitud ante lo que veía podría ser la de un hombre lleno de admiración y desconcierto a la vez.

Después de haberse cruzado nuestras miradas dió unos pasos hacia adentro, al tiempo que desviaba la vista a ambos lados de la estancia. Al apreciar de cerca el contraste tan sorprendente que diferenciaba la parte limpia de la parte aún por limpiar, exclamó, algo entusiasmado:

–Eso que estás haciendo, está, pero que muy bien. Hijo, no sabes cuanto vales.

Estas palabras me llenaron tanto de orgullo, que seguí atareado en mi faena con mucho más ánimo y voluntad.

De no haber sido el señor Rogelio, otra persona de las muchas que había en el orfanato, quizás hubiera calificado el buen hecho como un acto atrevido y sin escrúpulos. Él sin embargo, era muy comprensible y poseía una mentalidad a la altura de cualquier circunstancia. Al mismo tiempo sería una ofensa descarada tratar al señor Rogelio de celador. Su verdadera profesión era la de maestro de escuela, carrera que estudió y terminó, y que no ejercía por culpa de las circunstancias, y seguramente también por no pertenecer a esa clase de gente seleccionada o de la llamada recomendación. A pesar de ello cumplía la misión de celador con una entrega absoluta. Todo lo hacía con cariño hacia nosotros, sobre todo a los pequeños, a quienes nos apreciaba de verdad. Incluso muchos domingos se llevaba un chico a su casa para que pasara el día con él y su mujer, hecho éste, que no había realizado todavía ninguna de las personas que había allí en el orfanato.

Por desgracia para nosotros, los internados, el tiempo del señor Rogelio como celador fue demasiado corto. Inexplicablemente cesó en su cargo sin que llegáramos a saber si fue por decisión suya o de la casa. La plaza que dejó vacante fue ocupada por otro señor, llamado Justino, que tampoco duró mucho allí, y a quien le reemplazó don Ventura, una bellísima persona

también, y a la vez, maestro de escuela como el señor Rogelio. Esta particularidad, que maestros de escuela tuvieran que hacer allí de celadores, era algo tan contradictorio como el hecho de que personas incapacitadas desempeñaran un alto mando, ello además, en un país con un desorbitado índice de analfabetismo.

Ya para entonces me encontraba yo sin embargo en esa edad en la que se pasaba a talleres para aprender un oficio, aunque solo fuera en la forma en que ello allí era posible. Este cambio en realidad no dependía exclusivamente de la edad, y no era tampoco muy fácil efectuarlo, debido precisamente a que la formación profesional de los internados era una de las cosas más desastrosas y abandonadas en las gestiones del orfanato. No había nadie en absoluto que se encargara de este asunto, ni quien se preocupara de si fulano o mengano se encontraban ya en edad suficiente y en buena situación escolar para aprender un oficio. Ello era algo que corría más bien por cuenta propia y personal de cada uno, que con el orgullo de haber cumplido los catorce años, solo se pretendía entrar en el taller que más gustaba. Esta era la única razón por la que algunos chicos acudían aún a la escuela con catorce y quince años, mientras que otros estaban ya en talleres siendo más pequeños, sin que en un caso ni en otro interviniera para nada el nivel escolar. La situación era tan grave que ni siquiera se podía elegir profesión entre los cuatro tallerzuchos que teníamos allí; es decir, sí que se podía elegir, pero tal elección era la que menos se tenía en cuenta a la hora de hacerse dicho cambio.

Una de las formas más rápidas y eficaces para dejar la escuela y entrar en un taller dependía muchas veces de la confianza y buenas relaciones que se tuvieran con uno de los mayores que trabajaban en el mismo. Llegado el momento ambos se iban al taller, y dirigiéndose al maestro, decía el mayor algo así por el estilo:

–Este ha terminado ya la escuela y tiene que pasar a la carpintería.

–¿Cómo, otro más? –preguntaba tal vez el maestro algo sobresaltado. Y dirigiéndose al entrante, solía añadir:

–¿Así, que tú quieres ser carpintero?

–Si señor –contestaba el aludido.

–Bueno hala, ponte ahí con esos otros –terminaba diciendo el maestro, que no parecía estar muy al tanto de como funcionaban allí las cosas.

Y a partir de aquel momento ya figuraba tal muchacho como carpintero, sin contar para nada, como he dicho antes, la edad y situación escolar.

Al tocarme a mí el turno para este cambio tan trascendental no tuve que someterme sin embargo a ninguna costumbre antigua y el hecho se desarrolló como si se hubiera tratado de un caso excepcional. Contaba exactamente catorce años y diez meses de edad, y desde mi último aniversario venía soñando con hacerme carpintero. Aparte de cumplir las condiciones imprescindibles para ello, el largo periodo de verano en que pausaba la escuela había comenzado ya, y con él, la época más idónea y oportuna para pasar a talleres. Yo sin embargo no tenía especial amistad con ninguno de los mayores, y según pasaban los días, iba perdiendo las esperanzas de hacer el cambio.

Esta situación podía llegar a ser desesperante de verdad, ya que los únicos que se preocupaban de ella eran los propios interesados. De su desarrollo no dependía solamente el conseguir por fin dejar la escuela, que ya resultaba aburrida, sino la posibilidad de poder adquirir una formación profesional por muy modesta que esta fuera y de obtener con ello la confianza y disposición necesarias para salir en su día del internado y enfrentarse a la vida.

Un día de aquellos sin embargo, en pleno verano, y cuando mis esperanzas de entrar a talleres parecían perdidas del todo, se acercó a mí a media mañana Nicasio, el celador, diciéndome muy discretamente al oído, como quien confía un secreto:

–Vé, y presentaté a don carlos, que quiere hablar contigo.

Sin tener idea para lo que podía tratarse me dirigí a la casa cuna, donde se encontraba el despacho de don Carlos. Por la galería me topé con unos cuantos niños y niñas de aquella parte que se quedaron paralizados al tiempo que me observaban con cierto asombro. A casi todos ellos los conocía, incluso por el nombre, de tanto haberlos visto y hablado con ellos a través de las alambreras que separaban nuestro patio del de ellos.

Al llegar a la sala grande que daba a la puerta principal de la calle, doblé hacia la centralita, que hacía de antesala del despacho de don Carlos. A la izquierda estaba la oficina del secretario con la puerta abierta de par en par. Sobre la mesa de escritorio tecleaba don Cipriano lentamente y con ambos índices en una antigua máquina de escribir. Inconscientemente, y según iba pasando por aquellos lugares, el recuerdo de los años vividos en aquella casa volvió a recobrar vida en mis pensamientos, que se ocuparon por unos momentos de tan reciente pasado.

Antes de entrar al cuarto de don Carlos golpeé un par de veces la puerta con los nudillos, que se encontraba también algo abierta.

–¿Se puede?

–pasa, pasa –exclamó don Carlos, que estaba sentado delante de una mesa grandísima y de frente a la entrada.

En aquel instante soltó una cuartilla de las manos y dirigió la mirada hacia mí.

–¿Eres tú Domingo Navarro? –me preguntó.

–Si señor –contesté.

–¿Sabes leer y escribir y las cuatro reglas? –volvió a preguntarme, esta vez con mayor desconfianza.

–Si señor.

–Bueno, entonces, como ya tienes cumplidos los catorce años, vas a pasar a la imprenta.

Ante esta determinación de don Carlos quedé completamente sorprendido, pues sabía a ciencia cierta que el interventor no se había molestado nunca por este asunto, y yo, no era ni mucho menos un muchacho especial.

Como si se tratara de aclarar una confusión, le expuse mis deseos sobre este particular:

–Pero si yo quiero ser carpintero.

–Si, pero es que allí en la carpintería no hay más plazas libres –contestó rápidamente el interventor.

–Entonces puedo ir a la mecánica –le sugerí.

–La mecánica está igualmente rebosante de personal –replicó don Carlos, tratando de eludir de nuevo mi decisión.

Mi contrariedad y aturdimiento fueron tan grandes ante aquella extraña situación, que no encontré forma de anteponerme a la voluntad del interventor. En realidad no es que tuviera nada en contra de la imprenta, pero el tener que estar cerca de algunos mayores, como era Olegario, uno de los que yo más odiaba y que trabajaba en la encuadernación, enclavada en el mismo taller, me hacía temblar y huir de la idea de hacerme impresor. Por la misma causa no hubiera elegido tampoco libremente la panadería, donde se encontraban Basilio y Rufino Carvajal, –por mucho pan que hubiera podido comerme en aquellos tiempos de hambre–, así como la fontanería. Esto ya hacía mucho tiempo que lo tenía yo pensado y decidido. Además, ¡qué canastos!, a mí me gustaba la carpintería, y éste, era el único sitio al que yo quería ir. «Mas, si a decir verdad me avengo, he de añadir también que la predilección que yo tenía por la carpintería no era propia tampoco de una pasión natural hacia el arte de trabajar la madera, sino a que en dicho taller, como también en la mecánica, no se encontraban mayores de los que solían maltratar a los pequeños».

A pesar de ello y en contra de mi voluntad, tuve que ingresar en la imprenta, adonde me acompañó el celador. «Lo que yo no pude imaginarme entonces sin embargo es que quien había originado todo aquel teatro fue mi madre. Por medio de una carta que un abogado –para quien ella trabajaba– escribió a don Carlos, y una caja llena de bebidas y licores que ella misma sacrificó para el interventor, intentó conseguir su deseo».

Ya en el taller, el hombre que hacía de maestro, a quien no le fue dada ninguna definición exacta sobre el asunto, me colocó en el sitio que más temía yo: la encuadernación, y junto a Olegario. De esta forma, la ilusión de mi madre de que me hiciera impresor, forjada sin lugar a dudas por los rumores que corrían entonces de que en las imprentas se ganaban buenos sueldos, sucumbió rotundamente. A saber, la idea que podría tener mi madre de lo que era una imprenta y de los trabajos que en ella se hacían.

«Fue extraño, pero de todos los internados que pasaron en aquella época por el Hogar Provincial, nadie mejor que yo, había tenido tan excelentes posibilidades a la hora de elegir el oficio y entrar a talleres. Pese a ello, la extraordinaria recomendación y el sacrificio de mi madre, idea fabulosa, pero

mal aplicada, no pudieron medirse en eficacia a la simple competencia que ejercían algunos mayores a la hora de interceder ellos mismos en tal operación».

Y lo peor de todo es que tras aquella determinación no tuve otro remedio que permanecer para siempre en la encuadernación. De haberse tratado de otro oficio de la imprenta, como era el de linotipista, profesión que estaba solicitadísima y que incluso allí en el orfanato era considerada como la mejor de todas para asegurarse un trabajo y ganar dinero en el futuro, mi alegría y ánimos hubieran sido muy diferentes. La encuadernación en cambio no gozaba de semejante fama, sino más bien todo lo contrario.

«Mi verdadera desilusión de estar en dicho oficio aconteció sin embargo poco tiempo después, cuando nuestra vida de internados tuvo un cambio tan excepcional que de estar bajo el mando de las monjas pasamos a serlo de una congregación religiosa de hombres, quienes trajeron consigo toda clase de maestros para los talleres, menos para la imprenta y la encuadernación. Ya este hecho fue lamentable para nosotros, y mucho más, el que uno de aquellos maestros, muy joven aún e inexperto, augurara muy mal futuro para el oficio de encuadernador, desanimando abiertamente y sin reparo a los aprendices que allí trabajábamos».

No obstante sin embargo, y una vez que me hice a la situación, empezó a gustarme el manejo de los libros y creo que puse el mismo interés por aprender que hubiera puesto en la carpintería. En realidad era un oficio muy entretenido y variado. Incluso el taller, aunque muy antiguo, estaba bastante bien acondicionado. Contaba con una sencilla guillotina de la marca "Simplex", una troqueladora, una grapadora, una cizalla y una prensa; y en el centro, más antigua aún que las máquinas, una enorme mesa para los trabajos de mostrador, con un torno para dorar los libros. Al ser una empresa del estado y para el estado, le faltaba un sistema de trabajo moderno y de máximo rendimiento y producción, como se estaba imponiendo en todas las empresas de propiedad privada y de explotación. Aún así, la encuadernación –como también la imprenta– se encontraba en mejores condiciones que ningún otro taller y sobre todo que la carpintería, que no

tenía más que un banco de carpintero, todo viejo y astillado, y alguna que otra maquinucha.

Además de adquirir una profesión, el pasar a talleres significaba para muchos internados la tenencia de una más amplia y mayor libertad. Esto no se debía ni mucho menos a que a partir de aquel momento ya fuera considerado uno como mayor y podía hacer lo que le diera la gana, como ocurría entre los más mayores, sino a que en tal situación no se estaba tan amarrado y se podía salir con gran facilidad a la calle. Esto último ocurría desde un principio, haciéndose recados a la Diputación Provincial y otros lugares, y luego más tarde hasta por cuenta propia, abusando de tal posibilidad. Sobre todo por las tardes, después de comer, podía vérsenos a unos cuantos danzando tranquila y despreocupadamente por las calles de la ciudad. Estas salidas no tenían nada que ver sin embargo con las que hacíamos antes cuando íbamos a robar uvas a la báscula municipal o a cualquier otra cosa. Ahora, al ser algo mayorcitos y ansiar más que nunca el momento de salir de allí para siempre, buscábamos en ellas una rehabilitación para la vida tan recluida que llevábamos en el orfanato. Gustábamos de ver el mundo exterior; disfrutar un poco de esa libertad de movimiento de la gente callejera; participar de la vida en la ciudad estando en contacto con el ambiente; ser gente entre la gente, y sentirnos por unos momentos, libres de toda esclavitud.

Para mayor tranquilidad nuestra este pequeño libertinaje era consentido casi de forma total por las autoridades del internado, por lo que apenas teníamos que temer. Los únicos que actuaban en contra de él eran los celadores o algún que otro empleado de la casa, como era por ejemplo don Máximo, un «don nadie», que le gustaba mucho mangonear y hacer de «mandamás». Una tarde recuerdo que nos castigó a un par de compañeros tras el retorno de una de las citadas escapadillas a la calle. Inesperadamente se hizo con las riendas del mando y nos puso de rodillas en el local de la escuela de la casa cuna. Este señor era apodado por nosotros "el Fisgón", precisamente por inmiscuirse siempre donde no debía. Había sido maestro de escuela de los sordomudos, y tras haber andado cierto tiempo de un sitio a otro como un ambulante, lo era ahora de los niños

y niñas de la casa cuna. Tenía don Máximo los cuarenta años cumplidos y un carácter muy serio de lo más arrogante. A juzgar por la apariencia más que maestro de escuela parecía ser el jefe del Hogar Provincial o un alto mandatario de la vida civil. Caminaba siempre forzosamente erguido, procurando mantener a su paso una postura adecuada que le acreditara seriedad y respeto. Sus ropas las llevaba impecablemente limpias y casi siempre vestía con el mismo traje oscuro de listas, que le hacía aún más importante. Su cabello, alisado y bien aplastado sobre el cráneo, reflejaba el brillo producido por la crema de fijador, que no permitía ni que un solo mechón de pelos despuntara de los demás; ello hubiera significado, para un hombre como él, una desfachatez ridícula y podría restarle méritos a la plenitud de su arrogante físico. Sería bastante complicado averiguar si esta manera de comportarse de don Máximo era superpuesta o natural, pues su apariencia engañaba enormemente. Lo que sí se podía apreciar al instante, era el grado de exageración con que ejecutaba sus actos.

No recuerdo el tiempo que nos tuvo en tan penosa situación la citada tarde en el local de la escuela de la casa cuna, pero fue bastante. Cuando al fin nos dejó marchar, nos advirtió que aquello que habíamos hecho no estaba bien; que por ello merecíamos peor castigo; que tal castigo iba por nuestro bien, y un interminable etc. de consejos y advertencias.

La impertinencia de don Máximo era sin embargo tan relevante como su descarada falsedad. «Con esto no quiero tratar de calificar de mala su manera de proceder, pero sí poner de manifiesto, que toda su impetuosidad por conseguir una mejor disciplina en nuestro comportamiento recaía siempre en las travesuras de los pequeños, que más bien eran chiquilladas, pasándose por alto lo que de verdad hubiera necesitado su participación».

Esta forma tan falsa de actuar era más bien propia de las monjas, con la diferencia de que ellas eran las regidoras del orfanato y tenían entera obligación de ocuparse de nosotros. En ella sobresalía la represión casi innecesaria, aplicada mayormente contra las faltas de los pequeños, y la despreocupación de lo que era más importante. La amonestación por meterse en el jardín; la mirada seria y amenazadora por volver la cabeza atrás en la iglesia; la regañina por andar a deshoras por las dependencias; el

aviso por hablar en el comedor, y un sin fin de reprimendas más por cosas como estas sin importancia, formaban lo que podríamos considerar su plan educativo, ya que de uno no disponían. Este plan educativo, –único y “superpuesto por nosotros”–, no comprendía ni las más elementales normas para la educación de los que allí vivíamos. Al menos desde que yo me encontraba en aquella parte jamás dieron una charla por alguna causa, ni hicieron una observación a algún hecho de los muchos que ocurrieron; no dieron ninguna enseñanza, ni formaron coros de canto, ni dispusieron juegos, ni organizaron teatro infantil. No hicieron nada de nada. Es más, a pesar de ser religiosas, como aparentemente eran, ni siquiera nos hablaron de Dios.

Las monjas en realidad mantenían siempre para nosotros, los chicos, una postura poco digna como regidoras del Hogar Provincial. Tanto nuestra educación, como los muchos problemas que nos afectaban, parecían no importarles en absoluto. Ellas únicamente se preocupaban de los asuntos de la casa, así como de sus deberes religiosos y de las chicas, desinteresándose de todo lo demás, como si no fuera de sus obligaciones. Solo sor Milagros, debido al cargo que tenía, era la única que estaba más cerca de nosotros, y ello casi siempre cuando la situación lo requería con mucha necesidad. Aparte de esto, las monjas no tenían otro contacto con nosotros digno de mención. También es verdad que estaban muy saturadas de trabajo, y que las condiciones para llevar la casa no podían ser más miserables, lo que tal vez pudo haber destruido en ellas el espíritu de trabajo y llevado a obrar de tal manera. Ello sin embargo no era motivo para abandonarnos de aquella forma casi total, y mucho menos para dejarnos a merced de los mayores, quienes hacían con nosotros lo que les daba la gana. Además, el hecho de proceder con los chicos de semejante manera, mientras que las chicas las tenían siempre bajo su protección, demuestra que no les gustaba trabajar para nosotros; aunque también podía ser que tal protección solo iba dirigida a preservar a las chicas de todo lo que pudiera inducirlas a la sexualidad y del contacto con los chicos. Esto sin embargo era también muy extraño y difícil de creer, ya que tampoco así, cumplían adecuadamente con su deber de religiosas; o, ¿Acaso creían de verdad las

monjas que estando separados los chicos de las chicas, evitando así la propensión al más bello deseo humano, –señalado allí equivocada o falsamente como pecado–, habían hecho lo más principal y cumplido con su deber? ¿No era de imaginar, que al ceder de forma desinteresada la responsabilidad en el mando a los mayores, podrían verse envueltos los pequeños en una desastrosa situación? ¿No era de suponer también, que de la convivencia mutua entre los inocentes pequeños y los maliciosos mayores, surgiera la más incorregible perversión que frustrara la vida de aquellos? ¿No era todo esto acaso mucho más pecado?

Fuera por la razón que fuera, dicho proceder de las monjas llegó a crear un enorme malestar entre los internados y al mismo tiempo una reputación de ellas muy desfavorable. No solo los mayores, que comprendían bastante bien la situación, sino también nosotros los pequeños, sentíamos un gran encono hacia las monjas por tal comportamiento. Ante nuestra indignación nos ocupábamos verbalmente de ellas, reprochándolas en secreto el abandono en que nos tenían, lo poco que se preocupaban de nuestra educación, la mala vida que llevábamos con ellas, y en consecuencia, el que mostraran hacia nosotros, los chicos, una gran indiferencia. Aparte de esto también las reprochábamos otras muchas cosas, y sobre todo, el que no comiéramos mejor. Esto último, no porque las monjas tuvieran en realidad la culpa de ello, sino por el hecho de que ellas se alimentaban con una comida mucho más diferente y sabrosa que la nuestra, lo que lógicamente daba lugar a muchas críticas, como la que hizo un mayor cierto día al decir: "míralas que gorditas y cuidaditas están, y qué colores más sonrosados tienen; como se nota que se comen los conejos y que cada vez quedan menos gallinas y cerdos". Y el caso es que todo esto, a pesar de ser dicho con cierto despecho, era una gran verdad, así como algo lógico también, pues a algún sitio debían de ir a parar los animales que teníamos allí, que lo más normal es que estuvieran destinados para la manutención de toda la casa, y que si así estaba ordenado por el reglamento, era cosa que no se cumplía. Las monjas además se interesaban por ellos como si fueran algo propio de ellas. Por tal razón controlaban con tanta frecuencia y exactitud el número de animales existentes y se preocupaban con tanto esmero de las

crías cuando paría una hembra, hechándole una buena bronca al pobre hombre que cuidaba de todo aquello, si algo no salía bien. Muchos chicos, e incluso empleados de la casa, achacaban este proceder tan interesado de las monjas a que el mantenimiento de animales, al menos de conejos y gallinas, era una cuestión

particular de las monjas, junto con otras suposiciones absurdas y falta de creencia. Ciertamente era sin embargo, que nosotros los internados no comíamos jamás un trozo de carne, ni siquiera cuando se hacía la matanza de cerdos, allá por navidades. Lo único que probábamos por aquellas fechas era un trocito de morcilla, y eso que la matanza no era pequeña, pues había años que se mataban quince y dieciséis cerdos bien grandes y cebaditos. Los jamones, filetes y demás carnes sabrosas, se los comían –según suposiciones– fuera del orfanato, así como las monjas, don Carlos, el interventor, y el cura, don Anselmo del Manzano. Esto desde luego era una cosa que no podíamos justificar realmente, pero ello podía ser tan verdad como el hecho de que nosotros pasábamos hambre. Y el caso era que las comidas nos eran dadas todos los días con absoluta regularidad, pero la mayoría de las veces eran tan insuficientes y tan poco substanciosas, que no llegábamos a saciarnos. La del mediodía tenía un pase, pero lo que era el desayuno, y sobre todo la cena, podían considerarse más bien como un auténtico pisco-labis; un «tente-moi», que más que saciar el apetito lo que hacía era abrirlo. Cual no sería en realidad lo insatisfecho que quedábamos, que al abandonar el comedor habíamos cogido la costumbre de ir mirando a los platos por si alguien se había dejado algo, cosa que realmente hubiera sido un milagro

Y a consecuencia de esta circunstancia muchos días nos dirigíamos con un hambre desesperante a la cocina, y apoyándonos con las manos en el poyete de las ventanas, le rogábamos a las cocineras que nos dieran un pedazo de pan, o bien una patata para asarla y comérmola. Y dado que, al contrario de como ocurría en la casa cuna allí nunca recibíamos el pedazo de pan y ni siquiera una patata, nos íbamos entonces a probar suerte a la cocinilla, que era una especie de chabola, junto a la cocina, donde había un fogón con un enorme caldero, en el que se cocían las mondas de patatas

para los cerdos. Con un palo delgado tanteábamos entre el caldo y las mondas, dando pinchazos con él hasta clavarlo en alguna patata, que por regla general estaba podrida y por eso la tiraban a las mondas.

Bajo estas circunstancias la caza de pájaros se brindaba como una alternativa imprescindible para salir al paso de tal necesidad. Aquellos que podían, normalmente entre los mayores, se las componían para hacerse con una trampa y algún que otro día poder asar un par de pajarillos en la cocinilla con los que aplacar el hambre.

Esta apurada situación hubiera sido en tanto mucho menos grave, si las monjas y autoridades del Hogar Provincial se hubiesen preocupado un poco de ella. Si no podían darnos parte de los conejos y gallinas, y tampoco de los cerdos, porque así estaba ordenado, pudieron al menos haber intentado remediarla tratando con la Diputación Provincial, responsable de la manutención del orfanato. Pero tampoco en esto pareció ser que se tomaran alguna vez demasiado interés. Ya el hecho de que apenas se acercaran al comedor, el lugar donde realmente podía apreciarse nuestro problema con la alimentación, y no solo con el comer, sino también con el beber, demuestra lo poco que se preocupaban de ello. Es más, ni siquiera llegaban a inmutarse cuando se robaba pan en la cocina o alguien atracaba la despensa buscando alimentos, tal vez por no querer enfrentarse con la realidad de que allí en la casa se pasaba bastante necesidad de comer.

«Este hábito de robar y atracar con frecuencia la despensa me recuerda una anécdota muy curiosa acaecida cierta tarde, y que hace especial honor al famoso refrán de «ser más listo que el hambre». Mientras jugábamos al fútbol con una pelota de goma, se adentraron un par de chicos en el terreno de juego –entre ellos, Virgilio Calleja, “El Pillastre”–, pregonando por doquier que habían traído unos balones de fútbol. La noticia era de lo más rara e insólita que cualquiera de nosotros pudiéramos sospechar. Era verdad, desde luego, que a veces –mayormente el Día de Reyes–, nos regalaban un balón de fútbol, además de reglamento, pero, «cinco balones», y para mayor sorpresa rojos, como decía el Pillastre, exagerando el acontecimiento, era un hecho más que sorprendente.

–¿Dónde están? –preguntaron algunos llenos de curiosidad.

–En el cuarto al lado de la despensa.

Allá que salimos lanzados, y como bobos nos pusimos a contemplar lo que a larga distancia daban aspecto de ser balones, pero que en realidad eran quesos de bola, algo ocultos entre otros objetos.

Lo curioso de este caso fue que cuando todos nosotros nos hubimos dirigimos al citado lugar, el pillo de Virgilio lo hizo en dirección a la cocina principal, forzando una de las ventanas y llevándose dos cuarterones de pan.

También a mí, y cómo no, me torturaba de vez en cuando la odiosa hambre, y como los demás, rondaba a menudo por los alrededores de la cocina y de la despensa, buscando inutilmente la posibilidad de hallar algo de comer. Cierta día sin embargo la oportunidad fue tan espléndida, que pude saciar el hambre resarcidamente y no precisamente de pan, como era siempre el deseo, sino de tal cantidad de higos, que pasé más de dos días con un cólico tremendo y sin poder despachar. Al segundo día de estar en cama se acercó por el dormitorio Sor María Mercedes, una de las monjas de las chicas, junto con sor Milagros, quien señalando hacia mí con el dedo índice de la mano derecha, dijo de forma un tanto guasona: ¿eres tú el de los higos...?

A este delito no siguió ningún castigo ni amonestación por parte de las monjas y ni siquiera un simple consejo. Se mostraron completamente indiferentes como si el hecho no hubiera tenido importancia alguna. Este comportamiento de las monjas, que no era circunstancial en algunos hechos u ocasiones, sino general y común en todo cuanto ocurría, era sin duda la causa principal de que nuestra vida y situación continuara siendo tan salvaje y despiadada. Denotaba palpablemente una gran irresponsabilidad que ponía en duda su legítima autoridad de regidoras del orfanato, pese a todo sacrificio y trabajo que en su profesión de religiosas pudieran desarrollar.

Esta vida de descontrol y abandono bajo el mando de las monjas parecía ser sin embargo que iba a llegar a su fin en un futuro no muy lejano. Desde hacía tiempo se venía hablando que iban a traer a los Ps. Ss., que eran unos frailes, y quienes se harían cargo del orfanato. Al principio nadie creyó en ello, pero cuando se supo de cierto provocó un verdadero revuelo en toda

la casa. A quien más alegría le proporcionó esta noticia fue naturalmente a nosotros los internados, que un cambio de tal índole era lo que más podíamos desear. Los maestros y oficiales que trabajaban allí temblaban por el contrario por sus puestos de trabajo, porque habían oído que los Ps. Ss. venían con maestros para los talleres. También Raimundo, el maestro de la música, tenía miedo por su plaza, abrumado por la idea de que los frailes no querían tener banda de música. Y si eran los celadores, resignaban incluso de su profesión, sin poderse imaginar el destino que les esperaba.

Ya por aquel entonces empezaron a desfilar los últimos holgazanes que quedaban allí, mayores de veinte años, promovidos tal vez por la noticia o sacados fuera por las autoridades del Hogar Provincial. Uno de ellos fue el indeseable de Olegario, de quien yo había esperado hacía tiempo dicho momento. Este hombre, si es que así se le podía definir y considerar, estaba relacionado últimamente con esa clase de amor prohibido, considerado allí de forma ignorante como imposible. Tenía ciertas relaciones con una monja que trabajaba en maternidad, y que era a la vez la más joven y una de las más nuevas de todas las que había allí. Esta era sor María Belén. Al principio se habló de ello de una forma vacillante e insegura. Después en cambio fue sabido a ciencia cierta. El mismo Olegario, presumiendo tal vez de hombre, y quizás también por deshacerse de esa fama que tenía de medio maricón, enseñó a un compañero de la encuadernación una fotografía que mostraba el retrato de la monja en tiempos de la vida civil. Cuando el hecho quedó realmente confirmado para todos, fue sin embargo al abandonar Olegario el Hogar Provincial, que lo hizo también sor María Belén.

«Años después llegué a enterarme que la monja, por medio de su padre, le había puesto un bar a Olegario en una ciudad del norte, lugar de donde ella procedía. La suerte que este indeseable tuvo con ello, que siempre había sido un canalla, fue incalculable; ya se sabe que esta no se atiene a reglas ni condiciones ninguna, pero es incomprensible que una persona como él, pudiera tener tanta».

Otro de los matones que también dejó el orfanato por aquellas fechas fue el viejísimo Rufino Carvajal. Este mejor dicho no se marchó, sino que quedó

de empleado en la panadería de la casa. Tal fue su cobardía, que hubo aguantado hasta los veintiseis o veintisiete años que tenía de edad, para coger dicho empleo. A pesar de ello también me llevé mucha alegría, tanto más, porque la noticia me llegó de forma inesperada. Precisamente tenía yo entonces el puesto en el comedor a su lado, cuando por irme de allí pensaba cambiarme a otro lugar, aprovechando que había algunas plazas libres en otras mesas. Gregorio Valentín, que comía también en la misma mesa que nosotros, dijo aquel día, al verme como siempre todo preocupado y con gran nerviosismo: se quiere mudar a otro sitio porque tiene miedo a Rufino. Y dirigiéndose a mí, añadió: si Rufino ya no viene más a comer...

Al oír esta frase mi cuerpo se irguió sobresaltado como si hubiera escuchado algo imposible. Durante años había esperado impaciente aquel momento, y ahora que se presentaba realmente no era capaz de creerlo. Una inmensa alegría invadió entonces mi ánimo. Mi mente quedó libre de preocupaciones, y mi corazón experimentó una gran sensación de alivio.

Junto con estos dos mayores desaparecieron otros más, quedando el orfanato en poco tiempo libre de matones. A partir de entonces se acabaron de forma inmediata las palizas y toda clase de maltrataciones a menores. No se maltrataba tampoco por las mañanas al hacerse la limpieza, ni tampoco a los meones como se hacía en el pasado, ni se les llevaba como castigo a las guarreras. También se terminaron los salvajes aguadillos en los lavaderos, los combates de boxeo que celabraban con nosotros de vez en cuando en la obra y en consecuencia, todos los males que sufríamos antaño por culpa de aquellos indeseables.

Los meses que siguieron a esta masiva marcha de mayores fueron con sinceridad los más felices que vivimos en el Hogar Provincial, tanto porque ya no estábamos bajo la tiranía de los mayores, como porque vivíamos con la esperanza de que pronto vendrían los Ps. Ss.. Entonces hablábamos hasta en el comedor durante la comida, jugábamos libremente en el patio, podíamos beber agua del grifo cuando la había y lo necesitábamos, y por las noches, cuando nos íbamos a la cama, dormíamos placentemente sin que nadie estorbara nuestro sueño. Cual no sería en realidad la tranquilidad y libertad en que vivíamos, que tiempo más tarde no llegamos a oír más de

que alguien se orinara en la cama, convirtiéndose tal circunstancia en un hecho utópico.

Este cambio tan impresionante y radical que experimentaban ahora nuestras vidas y quehaceres, sin una causa que realmente lo justificara, demostraba claramente que la vida y el destino que hubimos llevado en el Hogar Provincial durante tantos años no habían estado a cargo de un régimen y una autoridad responsables, sino de unos cernícalos empedernidos, acusados de una gran ignorancia y brutalidad.

Ya por el mes de Octubre de aquel mismo año conocimos a don B.C.B., el cura que sería nuestro director, una vez que dejáramos el Hogar Provincial y viviéramos con los frailes. Aparecía algunas mañanas de manera sorprendente por las escaleras de la obra, pasando después con nosotros un rato largo en el patio. Las monjas no tuvieron ni la ocurrencia de presentárnoslo. Estaban tan carentes de experiencia que ni siquiera nos prepararon para el importante cambio que iba a llevar a cabo nuestra vida, como tampoco nos dieron una explicación del significado que ello podría tener para nosotros. No hicieron ni tan solo un simple comentario a este respecto. Otra cosa no era tampoco de esperar en ellas, que en su cargo de regidoras del orfanato, jamás hicieron prevalecer su autoridad de forma justa y responsable ni velaron como debían por la seguridad de los internados.

Días más tarde, y cuando se hubo familiarizado un poco con la casa y con nosotros, don B.C.B. dió los primeros pasos como futuro director de la "Escuela Hogar Santo Tomás de Villanueva", poniéndose a trabajar y a preparar las cosas para cuando llegaran los demás Ps. Ss.. Lo primero que hizo fue contar todo el personal que en breve estaría a su cargo, e interesarse por sus nombres. Con una libreta y un bolígrafo pasó a la imprenta, acercándose a cada uno de los que trabajábamos allí. Al llegar a mí, me saludó sonrientemente y me preguntó con mucha discrección y naturalidad:

–¿Cómo te llamas?

Esta pregunta me hizo pasar tanta vergüenza que creo que llegué a sonrojarme. El tener que aceptar y dar a conocer abiertamente que no conocía a mi padre, o que pertenecía a esas personas a quien parte de la

sociedad de entonces calificaba ignorantemente y sin razón como la deshora de la gente, por el hecho de ser hijo de soltera, me causaba una irritante indignación, aún ante una persona muy discreta y educada como era don B.C.B. No obstante tuve fuerzas para responder y dije:

–Domingo Navarro Barrera.

Días después se comenzó el traslado de los talleres y dependencias a la nueva casa, conocida por nosotros por la obra, debido a que estuvo muchos años parada y sin terminar de hacer. Ahora en cambio se hallaba recién acabada y a punto de estrenar. Aunque una buena parte de sus muchos departamentos estaba destinada a las chicas y las monjas, en ella había espacio suficiente para todos nosotros y nuestras dependencias y talleres. No obstante, todo no se pudo acoplar en la forma más conveniente. La imprenta, carpintería, barbería, enfermería, comedor y aulas de enseñanza, quedaron instaladas en la primera planta. La segunda se destinó para los dormitorios, sastrería, zapatería, música y sala de atracciones. Y la tercera la ocuparon la iglesia, unos dormitorios que quedaban libres de momento, y los aposentos de los Ps. Ss.. La mecánica, por ser el taller que más espacio necesitaba, fue instalada en una inmensa nave de los sótanos. En todos estos lugares los inmuebles, como camas, mesas, sillas, pupitres y demás enseres, eran nuevos a estrenar, al igual que la casa. Lo único que no pudimos estrenar fue una otra ropa de vestir, y de momento tuvimos que andar con los cuatro pringos que teníamos con las monjas.

Al terminar la mudanza terminó también para nosotros la vida en el Hogar Provincial, sin otra ceremonia que la de abandonar la casa vieja y meternos en la nueva. El trauma de tantos años vividos en aquel orfanato, quedó finalizado en aquellos momentos, dando paso a una otra vida, que a nosotros se nos presentaba mucho más decente y libre de tormentos.